

EL CLUB DE LAS *Cierrabares*

Yolanda

**Yolanda
Serrano Martín**



El club de las Cierrabares

Yolanda

Yolanda Serrano Martín

El club de la Cierrabares - Yolanda

Primera edición, julio 2023

© de la obra, Yolanda Serrano Martín

Instagram: @yolanda.serrano.martin

Edición y corrección: Letropía

Diseño de la cubierta y maquetación: Carmen Itamad

Para Arancha, Inma, Mamen, Maite, Mar y Yolanda.
Todo esto es por y para vosotras.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

—¡Gente, son las tres!

Virginia, camarera y propietaria del Último Café, acababa de anunciar el cierre del local, tal y como determinaban las normas. Había empleado su voz firme y autoritaria, pero con ese toque cariñoso que les encantaba a todos sus clientes.

Los pequeños grupos, congregados alrededor de las mesas, bufaron con disgusto y empezaron a ponerse en pie sin mucho entusiasmo.

Algunos, como el club de matusalenes de pesca La Perla, que celebraba su reunión semanal para acabar de discutir las bases sobre el campeonato de pesca con caña, querían seguir con la fiesta y le pidieron, por favor y con las manos juntas —como si le estuvieran rezando a la Virgen—, una última copa. Ante la negativa de Virginia, hecha con una sonrisa agradable, se dieron por vencidos y enfilaron hacia la puerta. El tesorero, el señor García, uno de los integrantes más jóvenes —y eso que contaba setenta y cinco veranos—, hizo la típica broma de golpear la persiana con la mano, mientras los demás —alguno con la bombona de oxígeno a cuestas— se descojonaban en la acera de la risa, jugándose el lanzamiento de agua helada por el balcón del señor Castella, que vivía justo encima, al grito de: «¡Idos a tomar por culo!».

Una vez que Virginia hubo comprobado que todos los clientes se habían marchado, salió de detrás de la barra, pulsó el mando a distancia y, automáticamente, las cuatro persianas que daban al exterior empezaron a descender con un murmullo acompasado y metálico.

Como siempre, dejó la verja de la entrada principal a dos palmos del suelo y, tras darse la vuelta, se dirigió al fondo, al sitio que siempre ocupaban sus chicas preferidas.

—Chicas, ¿lo de siempre?

Virginia posó una mirada cansada y entusiasta sobre las siete amigas, quienes, arregladas y con expresiones de impaciencia, ansiaban recibir la primera copa de la noche.

—¡Sí, amor, por favor! Necesito olvidarme de la mierda de semana que he tenido —se quejó Inma.

Esta, ataviada con un vestido rojo muy llamativo que dejaba entrever más carne de la que cualquier mujer permitiría que se viese, se dejó caer sobre el respaldo de la silla con expresión tensa y muy malhumorada. Su cabello moreno, corto y rizado acompañó a su movimiento, sus ojos verdosos se cerraron con frustración y una expresión de hastío se dibujó en su cara.

—¿Otra vez has intentado echarle el guante a algún cliente sin conseguir nada, cielo? —se rio Mar, sentada al otro lado de la mesa.

Inma se giró hacia ella y le sacó la lengua.

Junto a Mar, Yolanda se pasó un par de mechones de su largo y alisado pelo azabache tras las orejas antes de erguirse y contemplar a su amiga más joven con sus ojos castaños cargados de mofa y con un gesto burlesco e irónico. Llevaba un traje negro muy ceñido a su cuerpo que destacaba, gracias a su escote en triángulo, su redondeado busto.

—Lo de tu estado de soltería estaría *muy bien* si no fuera porque, a tu edad, todavía lees y sigues creyendo en esas novelas románticas medievales donde el siempre musculoso y *buenorro highlander* —que, encima, lleva una minifalda a cuadros — sigue enamorado como un gilipollas del amor de su vida, que no es otra que la princesita Rapunzel —comentó con tono medio chistoso medio irritado—. Por supuesto, él, siempre dispuesto a cualquier cosa por ella, la rescata de las garras del cabronazo y malvado duque de Candemorr, con el que se tiene que casar. Se fugan y se ponen a follar como si no hubiera un mañana, ¡y eso que la muy zorrita era de las de «virgen hasta el matrimonio»! Se casan, tienen cuatro niños y tres niñas, todos rubios con los ojos verdes, igualitos al papi, y son felices para siempre en el castillo que le regala el rey Bruce de Escocia... ¡Inma, lo tuyo es de manual!

Yolanda, una de las integrantes del club, era muy malhablada, y muchas veces —demasiado a menudo— solía tener un carácter muy voluble... pero todas la querían muchísimo. Siempre le daba su opinión a Inma sobre el amor y las desventajas que le veía a tener pareja por tiempo indefinido, es decir, al matrimonio. El maldito y sobrevalorado matrimonio.

Maite frunció el ceño con gesto taciturno. Contempló a Yolanda unos segundos con sus ojos verde claro cargados de antipatía, y se giró hacia Inma. El traje negro holgado de dos piezas que vestía no conseguía ocultar del todo los michelines que sobresalían por su cintura. En cualquier caso, tampoco era ese su objetivo. Su expresión serena y adulta, acompañada por aquella melena ondulada azabache hasta la cintura y aquella aura de paz que transmitía, conseguía que todas la vieran como a una madre.

—No le hagas caso a esta malhablada, cari —aconsejó Maite con voz firme y suave—. Ya sabes que se dio un batacazo monumental cuando era adolescente y se quedó allí, en la adolescencia. —Se giró de nuevo hacia Yolanda con una expresión que le dio escalofríos. Sus palabras fueron como un dardo envenenado—: Que sepas que tu penoso estado de soltería un día se va a acabar. Y ese día vamos a montar una a tu costa que no vas a saber dónde meterte.

—¡Ja! —soltó Yolanda con brusquedad—. Lo mío viene desde que salí del vientre de mi madre, y de eso hace ya... ¡uf...!

Yolanda se puso a meditar.

—¡Treinta y ocho años! —le soltó Mar dándole unos golpes cariñosos en la espalda—. Treinta y ocho años y sigues tan soltera y gruñona como siempre.

Era una de las pocas integrantes del club que hasta el momento había dado el gran «sí» y firmado el contrato final hacia la caída en desgracia. Pocos sabían la desastrosa historia que la había llevado, a los tres años de «feliz» matrimonio... a cortar el enlace de forma definitiva y contundente. Todas pensaban que se había desenamorado... pero solo Yolanda, su más íntima cómplice, conocía toda la verdad.

—Tú calla —rugió Yolanda volteándose hacia Mar—, que no eres nadie para darme *consejitos* de amor. ¿Te recuerdo lo que...?

Mar le lanzó una seria mirada de advertencia con sus acusadores ojos castaños. A diferencia de Inma, vestía un pantalón gris elegante y una chaqueta del mismo color apagado y oscuro, perfectos para combinar con sus manoletinillas negras sin plataforma. En consecuencia, su media melena negra y lisa no destacaba y toda su figura quedaba oculta bajo su ropa.

Yolanda le sacó la lengua antes de añadir:

—Además, tú te las das de mosquita muerta y eres quien más sabe de todas nosotras. ¿O ya no recuerdas el curso de *sesadora* de pollos que hiciste y que no te sirvió para nada? —se burló con saña.

El grupo emitió una gran carcajada que se esparció por todo el solitario local y que ahogó la suave música de fondo que Virginia no había desconectado.

Mar alzó una ceja con escepticismo.

—Es *sexadora*, no *sesadora*. ¿Y cuándo narices he hecho yo ese curso?

—Si es que... —musitó Yolanda con una amplia sonrisa socarrona—. ¿Ya no te acuerdas? ¡Fue a través del INEM!

Mar puso los ojos en blanco y le dio un coscorrón en la cabeza.

—¡Yo nunca he necesitado estar apuntada en el INEM!

Inma se giró hacia ella y la contempló con sus ojos verdes, que emitieron un ligero pero profundo brillo de envidia. Esa expresión de corderito degollado provocó la risa de todo el grupo.

—Algún día compartirás con tu preciosa amiga del alma tu gran secreto, ¿verdad que sí? —suplicó al borde del llanto.

Mar se giró hacia ella, confusa.

—¿Qué secreto?

Yolanda la miró, muy sugerentemente.

—Eso, Mar, ¿qué secreto...?

Mar volvió a golpear a Yolanda, pero esta vez en la cabeza y con fuerza.

—¡AUCH! —se quejó.

A su alrededor, todas rieron de nuevo.

—Pues el de cómo vives tan bien sin trabajar, puñetas... —murmuró Inma—. Yo también quiero...

Mar bufó.

—¿Cuántas veces os voy a tener que decir que es gracias a la herencia de mis abuelos? ¿Qué coño os pensáis, que soy traficante de órganos o algo así?

Una nueva carcajada.

Río, sentada junto a Inma y totalmente callada hasta ahora, miró a Virginia con seriedad y una ligera sombra amarga en sus ojos azules. Su piel morena y el vestido verde claro que vestía hacían resaltar, con elegancia, el cabello ondulado y rizado que caía en bucles hasta su media espalda. Apenas tenía treinta y tres años y ya arrastraba aquella expresión triste y siniestra allá donde iba. Nadie sabía por qué, era una chica muy reservada.

—Virginia, ¿traes otra botella, por favor?

La dueña del Último Café observó, sorprendida, la botella vacía que ya se habían trincado entre todas.

—¿Otra...?

Río suspiró y puso, de repente, veinte euros sobre la mesa.

Virginia estalló en carcajadas ante la sorprendida expresión de todas las chicas sentadas a su alrededor. Extendió la mano y arrastró el billete de nuevo hasta su legítima dueña, que lo cogió con desconcierto.

—No es por el dinero, tonta. ¿Cuántas veces os he cobrado por la bebida en mi bar? —alcanzó a decir entre risas. Luego se puso severa—. Es por tu salud, ¿es que quieres reventarte el hígado antes de los cuarenta, chica?

Ante su silencio, Maite se echó hacia adelante y la miró con seriedad.

—Es cierto que las últimas semanas estás bebiendo de más. ¿Hay algo que quieras contarnos? Sabes que podemos ayudarte con lo que sea, ¿verdad?

De repente, Río forzó una sonrisa despreocupada y negó con la cabeza.

—¿Qué coño me va a pasar? ¡Que tengo ganas de marcha y estáis todas hechas unos muermos, joder!

De repente, Yolanda suspiró y se incorporó.

Rodeó la mesa redonda en la que estaban sentadas y se colocó junto a Río. Tras

esto, desordenó su melena con un gesto cariñoso y la apretó con fuerza entre sus brazos.

—Aquí todas te queremos mucho, cariño, ¡así que quita ese careto amargado que tienes y empieza a mover ese precioso culo para deleitarnos con alguna danza del vientre! Déjanos babear un poco, que está visto que esta peña está bastante falta de cariño.

Maite no pudo evitar reírse con ganas al ver la expresión socarrona de Yolanda frente a ella.

—Si quieres te lo hago yo. Me da a mí que la más falta de cariño eres tú.

Yolanda se incorporó para contemplarla con un falso gesto de seducción.

—O puedo hacértelo yo a ti —insinuó con mofa—. Yo ya he visto tus michelines más veces de las que me gustaría el verano pasado en la playa, pero, si vienes conmigo ahí atrás, te haré un baile privado tan sensual que olvidarás que eres *hetero* de por vida, cariño.

Yolanda le guiñó un ojo con picardía.

En el otro extremo de la mesa, Mamen apreció que la incomodidad de Río desaparecía con el cambio abrupto de conversación. Con cuarenta años recién cumplidos, era la mayor del grupo. Y, además, la más alta. Su pelo castaño era largo y ondulado, sus ojos observadores y achocolatados, y su cuerpo algo más rechoncho que el de su amiga Maite. Era una persona muy seria y centrada, y pocas veces perdía la compostura por las cosas por las que la solían perder sus amigas. Ese día vestía un conjunto verde oscuro de pantalón pitillo y camisa de botones, y una fina capa de maquillaje potenciaba su actual gesto enfadón.

—¿Otra vez? No, gracias —repuso Mamen con sorna. Yolanda se giró hacia ella, desconcertada—. ¿Ya no recuerdas el espectáculo que diste durante las Navidades pasadas, cuando fuimos a la fiesta de El 50 Express? Cariño, te subiste superpedo a la barra y casi te despelotaste ahí en medio. Y luego intentaste ligar con el camarero. No tienes remedio... —se rio.

Yol se separó de Maite y se llevó una mano al pecho fingiendo un grado mucho mayor de sorpresa del que tenía en realidad.

A su lado, Mar rio de nuevo.

—Tú eres demasiado recta como para entender mis danzas de apareamiento, querida —le contestó—. Bueno, recta no, *mullidita* —rectificó, mirándola de arriba abajo.

—¿Y qué? A nadie le importan mis curvas de más, Yol, y mucho menos a mí —se rio Mamen con ganas.

Viendo que iba a replicar una vez más, Mar se incorporó tras un resoplido de disgusto y forzó a Yolanda a sentarse de nuevo.

—A veces tienes una boquita que tendrías que lavártela con lejía. Eres una pesada, chica.

Yolanda se vio remolcada hacia el asiento y, una vez sentada de nuevo, se giró hacia las demás con gesto ligeramente herido.

—¡Lo mío es encanto natural! El problema es que vosotras os tomáis la vida demasiado en serio —repuso con sorna—. A ver, vosotras, el resto —señaló a sus amigas—: ¿acaso os molesto con mi encantadora verborrea?

Otra carcajada general ahogó la música de fondo.

—Yol, sabes que te queremos —le respondió Río con una amplia sonrisa socarrona—, pero es que lo tuyo no tiene solución. ¡Estás como una puta chota! ¿Es que no vas a sentar nunca la cabeza...?

—La cabeza no tiene que estar sentada, para eso está el culo —replicó Yolanda entre risas—. Querida, soy demasiado lista. NUNCA voy a *sentar la cabeza*, y por supuesto tampoco voy a perder el tiempo en intentar ligarme a un tío para casarme y tener hijos con él —comentó, sacándole la lengua a Inma—. Me gusta más usar a los hombres simplemente para el llamado arte de foll...

Mamen le dio una patada por debajo de la mesa que provocó un leve quejido de dolor por su parte.

—¡Calla! —la interrumpió de golpe con intensa brusquedad—. Ya nos has hablado y descrito con todo lujo de detalles todo lo relativo a tu vida sexual. ¡No nos interesa saber más!

Yolanda se giró hacia ella, con las cejas alzadas en señal de sorpresa.

—¡Oh! Pues todavía no os he contado lo que me hizo el abogado de la parte contraria en los lavabos del juzgado antes de entrar a la sala. —Puso la barbilla sobre su mano y, con los ojos perdidos en su memoria, comenzó a divagar—. Aquellas manos prietas en mi culo, cómo me puso contra el...

Una nueva patada por debajo de la mesa, esta vez de Mar.

Yolanda se rio.

—Eso sí, adivinad quién ganó el caso —les guiñó un ojo e infló el pecho con una nota de orgullo real.

La mujer sonrió. Lo que más le gustaba en la vida, aparte de su gato Thor —gato que encontró en la calle hecho polvo debido, seguramente, a un atropello—, era atormentar a sus amigas. Era un placer único en la vida que disfrutaba cada vez que podía. Era algo sublime...

—Por favor, ¿no hay otra cosa de la que hablar? —bufó Inma—. ¡Aquí no se habla más de hombres hasta que yo consiga el mío!

Virginia se rio.

—Pues entonces no hablaremos de hombres al menos en diez años... ¿Os hace una ronda de chupitos? Invita la casa.

—Si insistes... —comentó Yolanda con una sonrisa pícaro—. Deja que te ayude a traerlas, debes estar harta de poner copas hoy.

Ambas enfilaron hacia la barra. Mientras servían la bebida, se pusieron a charlar con tono calmado.

—Oye, ¿hoy no tendría que estar aquí el culito prieto y musculoso de tu socio y marido? —comentó Yolanda.

—Sí. Pero, al saber que venías tú, se tomó la noche libre —aclaró Virginia entre risas.

—Ya, es lo que tiene ser tan irresistible.

—Ahí te equivocas. Dice que le das miedo.

Se rieron con ganas.

—Lo sé. Le doy miedo, pero en el fondo me adora.

Las chicas regresaron y colocaron las bebidas antes de sentarse.

Todas ellas eran del mismo pueblo y amigas desde el colegio. Adoraban quedar para charlar de hombres o de sus problemas. Ese día, por desgracia, faltaba Arancha, que tenía guardia en el hospital.

Como Virginia estaba casada, ya no tenía tanto tiempo para seguir al resto de sus amigas en las juergas. A pesar de ello, todos los sábados cerraba el local para ellas a partir de las tres de la mañana y, hasta la hora del cierre —aproximadamente a las cinco de la mañana—, era una más de su extraño y estrambótico club particular: las Cierrabares.

—Bueno, ¿y qué es lo que se cuece por ahí? —preguntó Virginia.

De repente, Inma comenzó a aplaudir con entusiasmo y a reírse con ganas.

—Adivina qué te has perdido, Virgi... ¿Recuerdas a ese canoso *macizorro* que se mudó hace poco al pueblo y que viene todos los sábados con Marc al bar? Pues sigue igual, ¡no le ha quitado el ojo a Yol de encima hasta que has cerrado! Está claro que le gusta.

Abrió los ojos sorprendida y feliz por ella al mismo tiempo.

—¡No! —Se giró hacia Yolanda—. ¡Chica, eso es fantástico! ¿Sabes que es uno de los pocos al que se intentan sortear todas las mujeres que vienen por aquí? Está cañón... Desde que se vino a vivir al pueblo, tiene a la mitad de las féminas de entre

veinte y cincuenta años babeando y suspirando por él.

Yolanda puso sus ojos en blanco y apuró su chupito de un solo trago.

—Pues si es tan fantástico como dices, ¡que organicen una puñetera tómbola en las fiestas de septiembre y que se lo rifen! Igual tiene suerte y le toca a la señora Mabel.

Al instante, sus amigas adquirieron un gesto de desagrado.

—¡Pua, qué asco! —musitó Maite con expresión horrorizada—. ¡Pero si esa mujer tiene ochenta años, y además usa dentadura postiza!

Yolanda la miró entre risas.

—Tú eso lo sabrás mucho mejor que nosotras, que eres de aquí la dentista. Además, dicen que las que no tienen dientes la chupan mej...

Virginia se atragantó con el chupito que estaba bebiendo y comenzó a toser con mucha brusquedad.

Miró a su amiga con asco.

—¡La madre que te parió, qué desagradable eres! Tú no tienes remedio, ¡lo llevas siempre todo al terreno sexual!

—¿Que no tengo remedio?

Yolanda se cogió la cara con las manos para potenciar una expresión de fingido asombro. Tras esto, se incorporó y volvió a señalar a sus amigas.

—¡¿Y quién tuvo la culpa?!

—¡El unihuevo! —gritaron todas al unísono.

Yolanda cogió el vaso de chupito de Virginia y se puso en pie.

—Ahora vengo, esto requiere un trato especial.

Tras un rato en el que nadie supo lo que iba a hacer, regresó con un nuevo chupito para Virginia y para sí misma.

Yolanda levantó su chupito de licor de Aperol.

—¡Por nuestra chocha! Y... ¡que siempre esté ocupada!

Capítulo 2

Yolanda estaba preparándose para irse a dormir cuando, de repente, su madre asomó la cabeza desde la puerta de su habitación haciendo un vano intento por intentar ocultar cómo iba vestida.

—¡Yolanda, me voy! —dijo con gran nerviosismo.

Sin darle tiempo a responder, su madre se marchó a grandes zancadas, dejando a Yolanda en su dormitorio con cara de idiota.

Tras enarcar una ceja, la siguió a paso rápido.

—¿Qué?! ¡Espera, que ya salgo! —Y, en voz muy bajita, añadió para sí misma—: Algo se cuece y no es estofado...

Su madre, en cambio, giró al final del pasillo rumbo a su habitación a toda velocidad y dejó a su hija atrás.

—Llego tarde, cariño... —soltó, hablando con celeridad.

—¡Mamá! —chilló Yolanda con enfado intentando hablar con ella—. Espera un segundo, jolines, ¡quiero saber a dónde vas con tanta prisa!

Yolanda salió de su habitación arrastrando sus zapatillas y con su largo pelo moreno desordenado. Iba vestida con su pijama favorito, uno rosa de manga larga con un dibujo de Hello Kitty... con un pequeño detalle que a ella le encantaba: Kitty tenía el dedo corazón levantado en un gesto muy obsceno. Esa era precisamente la razón de que se lo hubiese comprado, y era la razón de que fuese su favorito.

Descubrió a su madre arreglándose en el dormitorio.

Se estaba retocando con el pintalabios. Sus ojos castaños estudiaron la ropa que llevaba puesta: pantalones tejanos oscuros y una blusa blanca. A su hija no se le pasó por alto que los tres botones superiores estaban abiertos y dejaban mostrar, con gran picardía, su canalillo pecoso. Su look sexy finalizaba con una americana negra que hacía juego con el bolso y los zapatos.

La repasó de arriba abajo una vez más. Se lo dijo todo con la mirada.

—María Cristina Morales Díaz —llamó ella con el típico tono crítico que usaba en los juicios—, ¿se puede saber dónde narices va usted tan arreglada?

—Ahora no, hija, ¡llego tarde! —insistió su madre una vez más, intentando no mirarla directamente a los ojos.

Yolanda se apoyó en el marco de la puerta y, con una ceja alzada, le volvió a dar un buen repaso a su vestimenta.

—Eso ya me lo has dicho antes —le recordó.

—He quedado para ir al cine —respondió muy apurada.

Yolanda comprendió, casi al instante, por qué estaba tan nerviosa y por qué parecía tan apresurada.

—Ah, así que has quedado...

Sin dejar de mirarla, comenzó a acercarse a ella, poco a poco, con una amplia sonrisa cruzando su rostro.

—¿Y qué película vas a ver, si puede saberse? —preguntó y, con tono acusatorio, añadió—: No habrás vuelto a quedar con tus amigas para ir al bingo, ¿verdad? Mira que allí solo van matusalenes y sus amigos los *geriátricos*... Ten cuidado o acabarás con un vejestorio como pareja, y yo no pienso llamar *padre* a alguien que puede ser mi abuelo... o mi bisabuelo.

«Que no vaya al bingo... Que no vaya al bingo... Que no vaya al bingo... Cualquier sitio menos ese, por favor...», suplicó ella para sí misma.

Su respuesta, en cambio, dejó a Yolanda con cara de boba:

—No voy al bingo... Voy al cine con Gloria y Techí —aclaró de golpe, interrumpiendo su verborrea mental—. Vamos a ir a ver esa película del Grey.

«¡¿QUÉ?!», gritó en su interior.

Yolanda abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo? ¿He oído bien? —susurró con incredulidad.

María Cristina apartó la mirada, nerviosa.

—S... sí.

—¡Mamá! ¡Te lo advierto! —chilló Yolanda. La señaló con un dedo, una costumbre feísima que tenía, y le espetó—: ¡¡Ten cuidado con lo que haces!! No quiero que después me vengas con la maldita ideíta de que te vas a comprar cosas por la Teletienda, y que resulte que te has comprado por Amazon un cacharrito a pilas, unos cuantos *posters* de tíos en pelotas y vídeos porno de la selección de fútbol americano del Senegal.

Tras concluir su frase, Yolanda adquirió un gesto pensativo y se llevó una mano a la barbilla, meditativa. Incapaz de evitarlo, una semisonrisa de satisfacción y lujuria atravesó fugazmente su cara.

Volvió a mirar a su madre y le dijo:

—Aunque... si te apetece... puedes ir adelantando el regalo por mi santo. Podrías comprarme un cacharrito de esos, el mío ya está más que amortizado.

Juntó sus manos en señal de rezo y contempló a su madre con ojos muy brillantes y expresión de corderito degollado, quien pegó un brinco, sorprendida y abochornada a partes iguales.

—¡Pero niña...!

Yolanda sonrió, consciente de que la había dejado sin palabras.

—¿De qué narices me estás hablando?! ¡Solo voy a ver una película con las chicas! Nos la han recomendado unas conocidas del club de tenis de Techí...

Ella se cruzó de brazos con actitud incrédula y un gesto negativo de su cabeza que su madre ignoró.

—Ya, claro, y las amigas de Techí... —murmuró Yolanda—, no serán también del club de las menopaúsicas aceleradas, ¿no? Después de esta maldita aventura tuya, seguro que Maite y yo vamos a tener que aguantar todos tus sofocos y suspiros desesperados de: «¡Señor, mándame a un hombre así!» —se burló imitando, con una perfección que sorprendió a su madre, el tono con el que ella hablaba. Yolanda se detuvo a recuperar el aliento unos segundos—. Como te dé un parraque de los tuyos, yo no te llevo a urgencias, ¡te lo advierto! ¡¡Qué vergüenza!! ¿Cómo le diría a Arancha que mi madre está, a su edad, más caliente que una plancha?

María Cristina adoptó un gesto humillado. Sus mejillas regordetas se habían enrojecido a causa de la vergüenza, sus ojos oscuros se mostraban muy asustados, y sus manos temblaban sobre su boca, como si fuese una niña pequeña recibiendo una reprimenda de sus padres por haber llegado tarde a casa o por haber suspendido alguna asignatura.

Luego pareció recomponerse y adoptó un gesto de madre, como si acabase de recordar el lugar que le correspondía en esa casa.

—Ay, Dios... —levantó la cabeza al techo y se quedó mirándolo mientras seguía hablando—, ¿qué he hecho yo en esta vida para que, en lugar de tener a una mujer con la cabeza y los pies en el suelo... tenga a una especie de camionero cochino y malhablado en casa? ¿En qué he fallado, Padre?

Yolanda no pudo contener una carcajada.

—Hazme el favor de no insultar a los camioneros cochinos y malhablados. Son un gremio muy majete, conozco a alguno y... —le guiñó un ojo.

María Cristina frunció el ceño y se quedó observando a su hija de arriba abajo.

A juzgar por su mirada, Yolanda estaba segura de que buscaba cuernos, rabo, o descubrir que, de repente, su piel se había teñido de negro y le habían sobresalido colmillos por los labios.

Su hija le puso una mano en el hombro.

—Quizás las enfermeras se equivocaron y me cambiaron al nacer en el hospital, que por otra parte, podría ser... —Miró a su madre con la cabeza ladeada, pensativa—. Aunque... siempre, pero siempre —recalcó, esta vez con un ligero tono agresivo y

amenazante—, puedes echarle toda la maldita culpa al ejemplo que tuve de padre, que en paz descanse —se santiguó con los ojos cerrados.

María Cristina pegó un brinco, sorprendida y asustada.

—¿Por qué demonios te santiguas?! ¡Tu padre no está muerto!

Yolanda soltó una carcajada amargada.

—Desde que nos abandonó por ese zorrón de Satanás con medias negras de encaje, para mí es como si lo estuviera.

Su madre le dio la espalda para seguir maquillándose.

—Por el amor de Dios, hija —farfulló con desagrado—. Parece que los papeles se hayan invertido y, en lugar de ser yo la que tenga que estar dolida y enfadada con él, ¡eres tú la que no lo ha perdonado todavía! —Suspiró con cansancio y negó con la cabeza. Dejó el rímel sobre el tocador y se giró hacia su hija con gesto triste y cansado—. Eso pasó hace más de diez años, cariño... Fíjate en mí. Descubrí a tu padre en la cama con esa fulana, sí. ¡Pero no voy a permitir que ese suceso me marque y me impida rehacer mi vida y ser feliz! Tengo ya sesenta y dos años, pero todavía soy una mujer muy joven y tengo mucho que ofrecerle al mundo. —Miró a Yolanda con una sonrisa triste antes de añadir—: ¿No crees que tú también deberías ir pasando página de una vez, hija mía...? El pasado solo te distrae del presente, y te nubla los posibles caminos que has de seguir en el futuro...

Yolanda parpadeó confusa, y luego se rio.

—Joder, qué madre más filosófica tengo de repente.

Tras esto, María Cristina le puso una mano en el hombro e insistió:

—Cariño —se acercó a ella con gesto suplicante y ojos vidriosos—, estás perdiéndote toda tu vida por vivir en un pasado que ya no tiene sentido. Piensas que no es así, ¡pero yo te veo! Y sé que esa fachada de mujer burda y agresiva que le muestras al mundo no es más que una máscara para que nadie se acerque a ti y vuelva a hacerte daño. ¿Crees que tu padre se siente mal por lo que me hizo? Él estará por ahí, haciendo lo que le dé la gana y sin responsabilidades que le aten a nada. Por favor, no te conviertas en él... Tú eres mucho mejor persona. Tú eres una mujer elegante, hermosa y con mucho potencial que ofrecer. No te conviertas en una grosera malhablada por su culpa.

Ante eso, Yolanda se encogió de hombros y apartó la cara, ligeramente ofendida ante ese comentario.

Una de las cosas que más odiaba Yolanda en el mundo era hablar de su padre. Solo su amiga Mar y ella sabían, de primera mano, todo el sufrimiento que le había infligido a esa mujer tan pura y buena que tenía delante.

Odiaba el daño que le había hecho, odiaba que hubiese salido impune de ello, odiaba que su madre no lo odiase... y, sobre todo, odiaba a su padre.

María Cristina le acarició la mejilla y sonrió, conteniéndose las lágrimas.

—Deberías empezar a pensar en salir con alguien en serio...

Yolanda endureció el gesto y le enseñó una amenazante sonrisa, mostrándole los dientes como un animal salvaje depredador.

—Antes prefiero que me unten con miel en la ingle, totalmente depilada a la brasileña, y que un enjambre de abejas me pique sin compasión...

Su madre adquirió una mueca de horror.

—Pero, hija...

Estaba tan cansada de esas constantes charlas con su madre que, de repente, sin poder controlarlo, soltó un comentario impulsivo:

—Mamá, por eso no te preocupes, ¿vale? Mira, la verdad es que tendría que habértelo contado mucho antes para no preocuparte tanto, pero es que me daba mucha vergüenza. Estoy saliendo con alguien desde hace algún tiempo —mintió con gran descaro.

Los ojitos de su madre se iluminaron con entusiasmo. Cogió sus manos y las apretó con fuerza mientras una amplia sonrisa tranquila invadía su carita.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? ¡¿Quién es?!

«La madre que me parió... Yo solita. Yo solita me meto en cada berenjenal...», pensó Yolanda con un gran malestar en su interior.

Retrocedió un paso y puso a su mente a trabajar a toda máquina.

—Es... —puso el índice en la boca, pensativa— cariñoso y tiene el pelo castaño oscuro. Huele muy bien, de hecho, creo que huele a esencia de flores silvestres. Tiene unos ojos enormes, pero es poco hablador y me deja que le achuche. Lo único es que es muy peludo, pero bueno, algo malo tenía que tener, ¿verdad?

Le sonrió, cruzando los dedos en su mente. «A ver si se lo traga...», rezó para sus adentros.

—¡Ohhh! Cariño...

«¿Se lo ha tragado? No. Sí. No. Sí», piensa rápidamente.

—Vale, mamá, ya te he dicho que no te pongas nerviosa, ¿vale? Te va a subir la tensión, ¡y yo no pienso hacerte el boca a boca!

María Cristina soltó una pequeña carcajada e, ignorando su comentario, se acercó un paso a su hija y comenzó a hacer un aluvión entusiasta de preguntas.

—¿Le conozco? ¿Es del pueblo? ¿Cómo se llama?

Yolanda retrocedió un paso, abrumada ante su marcada ilusión.

—Seguro que lo has visto miles de veces, mamá. Por aquí... por allá... Incluso ha hecho anuncios en televisión.

Sus ojitos se hicieron bolitas y brillaron con mayor emoción que antes.

—¿Sí? ¿Es famoso? Pues, cielo, ahora mismo no sé de quién me hablas, lo siento... ¡Dime quién es, por favor! —suplicó.

«Te la he *co/ao* por toda la escuadra. Sí, soy mala. Muy mala...», se rio para sí misma, consciente de que se iba a enfadar con ella en breve.

—Mamá, te diré su nombre si prometes no enfadarte ni reñirme.

La cogió de las manos fingiendo seriedad mientras su madre abría los ojos con gran expectación en su mirada. «Me mata. Me va a matar...», pensó.

De repente, su madre cambió la expresión y la cogió por los hombros, preocupada y con mucha seriedad.

—Yoli, cielo... no estarás saliendo con algún degenerado de esos, ¿no?

«Joder, no. Joder. Joder. Joder...», pensó tratando de no mutar la expresión de su cara, pero dijo:

—Mamá, ¿por quién me tomas? Este es diferente...

Suspiró muy hondo y respondió sin vacilar.

—Se llama Mimosín —explicó Yolanda entre risas—, y es el que sale en los anuncios esos de suavizante por la tele. ¡Ah, y, por cierto, sale en pelotas! Mamá... es el muñeco de mi vida y sé que siempre, pero siempre, estará allí para mí. Concretamente en el cuarto de la lavadora —concluyó para murmurar en su interior—: «Tocada y hundida. Me mata. Me va a matar por ser mala con ella».

Su madre soltó sus manos con ofuscación y se separó de ella con gran enojo. Sus ojos se ensombrecieron con rabia.

—¡Grrr! —estalló María Cristina mirándola de nuevo—. ¡No puedo! ¡Hija mía, no puedo contigo!

De repente, ante la sorprendida mirada de su hija, cogió el bolso de la cama, se lo pasó por el hombro y salió de la habitación. Sin despedirse siquiera, se marchó de casa dando un gran portazo.

Yolanda se quedó unos minutos mirando la puerta con la desagradable sensación de saber que se había pasado más de un pueblo.

A pesar de ello, no podía evitarlo.

Desde hacía mucho, era incapaz de tomarse la vida en serio. Después de haber visto llorar y sufrir a su madre durante años por culpa de ese desgraciado, y después de todo lo que ella misma había sufrido por Víctor, *nadie* podía pedirle que pensase de forma diferente. Su interior se había vuelto un témpano de hielo, su lengua se había

dividido en dos y ahora era bífida y venenosa... y su corazón, antes cariñoso y con ganas de amar, había cerrado la puerta con candado y había tirado su llave al mar para que nadie pudiese entrar en él. Jamás.

La única vez que le había entregado a alguien su corazón no había salido bien parada... y no iba a pasar por eso de nuevo. Ese corazón estaba blindado a cal y canto y se había cerrado para siempre. Yolanda jamás iba a permitir que alguien del sexo contrario lo abriese de nuevo. Palabra de Cierrabares.

Capítulo 3

La semana siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, el club de las Cierrabares se reunió, como de costumbre, un par de horas antes de que Virginia echase el cierre. Todas ellas estaban sentadas alrededor de la mesa, riéndose con ganas y bebiendo, de vez en cuando, de las copas que su amiga les había preparado con todo su cariño.

Mar alzó su Manhattan y echó la cabeza hacia atrás para darle un largo trago a su copa. Su melena morena cayó hacia atrás, y una sonrisa de placer iluminó sus ojos marrones al instante. Tras soltarla, miró a sus amigas:

—Tiene que echar un buen polvo... —les aseguró endureciendo su mirada con una intensa expresión de convicción.

—De eso estoy segura y, además, con urgencia —la siguió Arancha.

Por suerte, Arancha ese día no tenía turno en el hospital, así que había podido reunirse con el club para hacer las locuras de todos los fines de semana.

Su largo y liso cabello caoba dejaba entrever ya un par de centímetros de su pelo moreno natural. Sus ojos marrones se mostraban cansados a consecuencia de sus largas jornadas de guardia, pero una amplia sonrisa en su joven rostro delataba las ganas que tenía de pasarlo bien.

—¿Qué? ¿Os ha contado ya Yolanda la salida que tuvieron su madre y la madre de esta señorita de aquí el otro día? —preguntó señalando hacia Maite, sentada a su izquierda—. ¡Fueron al cine a ver *Cincuenta sombras de Grey*!

De inmediato, el grupo al completo estalló en carcajadas de sorpresa y, a la vez, de desmadre.

—¡No puedo creerlo! —se rio Inma—. ¿Y? ¿Qué pasó?

Maite frunció el ceño y se intentó atusar su larga y lisa melena azabache para tratar de desviar la atención y cubrirse parcialmente el rostro.

—¿Sabéis qué os digo...? —murmuró, indignada ante las risotadas de sus amigas—. ¡Que nos vamos a ir olvidando ya del asuntillo este en cuestión, ¿sí?! Bastante tengo ya con imaginarme a mi padre y a mi madre, a su edad, ¡embutidos en cuero negro y azotándose con un látigo! O peor... ¡a mi madre con el culo en pompa! —exclamó removiéndose en su asiento.

Inma negó con la cabeza con tanta intensidad que su corto cabello rizado golpeó sus mejillas, acompañando a su movimiento.

Mamen la contempló con sus profundos ojos achocolatados emitiendo un ligero destello divertido mientras, a la vez, ponía su mano regordeta sobre su hombro e

intentaba no desternillarse de la risa.

—Yo de ti me arrancaba los ojos, cielo —le dijo Mamen entre risas—. ¿Te imaginas regresar a casa un día después del trabajo y encontrarte a tus padres en el salón dale que te peg...?

—¡¡CÁLLATE!! —rugió Maite, escandalizada y apurada—. Joder, ¡ahora no voy a poder quitarme esa puta imagen de la cabeza...! —lloriqueó—. Gracias, amiga, eres muy comprensiva, de verdad.

Mamen pasó su mano por su largo y liso cabello castaño, en un falso movimiento de coqueteo, y la contempló con gesto altivo.

—A mandar, colega.

—Te odio...

Maite se dejó caer sobre la mesa con gesto teatral y apretó con fuerza la cuenca de sus ojos, en un inútil intento de hacer desaparecer esa imagen de su mente. Aun así, no consiguió nada.

Se separó un poco y miró a Mamen.

—No puedo —se lamentó—, de verdad que no puedo. Voy a ir mirando alquileres para irme a vivir sola. ¡Imaginaos por un momento a mi madre con sus lорzas embutida en un liguero! Y yo... ¡Puaj!

Mamen se cruzó de brazos y la contempló con una ceja alzada, juguetona, y de incredulidad.

—A ver, Maite, no me seas siesa, ¡una mujer también tiene sus necesidades! —comentó con una tonalidad exageradamente dramática—. Y si a tu padre no le importa vestirse de cuero y andar dándole latigazos a tu madre a diestro y siniestro, o colocándole unas bolas chinas... ¿Qué problema hay?

El grupo entero estalló en carcajadas.

A diferencia del otro día, Yolanda todavía no había llegado. A pesar de que era sábado, un cliente la había llamado para hacerle unas preguntas de última hora sobre un juicio cercano, y ella no había tenido más remedio que acceder. Así pues, el club de las Cierrabares contaba, en ese momento, con dos bajas: Virginia, que iba y venía entre las mesas atendiendo a sus clientes, y Yolanda, que nadie sabía a qué hora exacta llegaría esa noche.

Maite quiso sacarse los ojos en ese mismo instante para extraer, de nuevo, aquella grotesca escena de su mente. Se giró hacia Mamen con gesto tenso.

—El problema real de toda esta historia, querida mía, es que *mi adulador padre* tiene sesenta y tres años, y *mi estrambótica madre* cincuenta y nueve... ¡Joder! Es algo... ¡DIOOOOOOS! —gritó cerrando los ojos y jalando de su larguísimo pelo

azabache.

Las miró al borde del llanto.

—Imaginaos que tenga que ir con alguno de esos dos personajes a urgencias... ¿Con qué cara me presento yo y le digo a Arancha que se les ha descoyuntado la cadera por haber estado...? ¡EJEEEM! —Negó con la cabeza con fuerza y miró a sus amigas con súplica—. ¿Qué os parece si cambiamos de tema de una puñetera vez? — Se giró hacia Arancha e ignoró todas las caras de fastidio que se desperdigaron a su alrededor—. ¿Qué tal el curro? ¿Qué tal te ha ido en el hospital esta semana? El finde pasado te perdiste una buena.

Arancha dio un trago a su copa antes de mirar a su amiga para contestar:

—La semana que viene puede que me toque otra vez turno de noche el fin de semana, así que tengo que aprovechar al máximo hoy que p...

Antes de que Arancha terminase de hablar, Inma se giró hacia Maite y la agarró del brazo con fuerza.

—No, no, no, ¡de eso ni hablar! —se quejó esta con ojos vidriosos y expresión suplicante—. ¡No podemos enterarnos de esto y hacer como si no hubiese pasado nada! Venga, por favor, ¡no seas mala! Yolanda es la que más larga, ¡y todavía no ha venido! Por favor, nosotras os lo contamos todo...

—A veces agradecería que no fuésemos tan sinceras... —comentó Maite con enorme tirantez e incomodidad.

Otra carcajada.

Justo en ese momento, la puerta del bar se abrió y dejó paso a Yolanda, que accedió al local con una gigantesca y resplandeciente sonrisa en su joven rostro. Sus andares seguros y confiados, a pesar de que no era una persona especialmente delgada, así como su actitud segura y desafiante, embelesaba a todo aquel que posaba su mirada en ella.

Sus ojos grandes, redondos y castaños buscaron por todas las mesas del local hasta encontrarse con las personas que andaba buscando. Alzó la mano para saludarlas, ajena al hecho de que un hombre sentado en uno de los bancos de la barra había posado sus ojos en ella, totalmente hipnotizado por su largo cabello moreno con reflejos rubios naturales. Pero, sobre todo, por aquella ráfaga de despreocupación y alegría que emitía a cada paso.

De todo el grupo de las Cierrabares, Yolanda era la que irradiaba más seguridad en sí misma, y una belleza innata que hacía lucir las curvas que rodeaban su cuerpo.

Inma se irguió en su silla con una ligera sonrisa.

—Hablando de la reina de Roma...

Yolanda llegó hasta ellas.

Dejó en la mesa su pequeño bolso negro de cuero y se sacó de los hombros su abrigo rojo oscuro. Al instante, sus amigas pudieron ver aquel vestido negro que se ceñía sobre su estómago y realzaba su busto casi de forma natural.

—¡Hola, chicas! —le sonrió al grupo.

Se sentó junto a ellas con una amplia sonrisa feliz.

—Qué faena trabajar un sábado, ¿no? Espero que te haya merecido la pena, chica —masculló Mar, dándole un trago a su Manhattan mientras la seguía mirando de reojo —. Yo no voy a currar un sábado ni aunque me paguen.

Río, sentada junto a Mamen, se recolocó sus rizos dorados y contempló a su amiga Mar de arriba abajo con una ceja alzada que mostraba incredulidad. Sus intensos ojos azules casi parecieron reflejar un lejano sentimiento de envidia; pero, cuando Mar se giró hacia ella, Río la contemplaba con una pequeña sonrisa divertida. Su piel morena se veía potenciada, todavía más, por el corto vestido negro que se había puesto ese día, y sus labios, pintados con un rojo chillón, se contrajeron en una mueca de escepticismo antes de hablar.

—Cielo, tú no trabajas —le recordó con sorna.

El grupo entero estalló en carcajadas.

Mar, en cambio, se cruzó de brazos y arrugó el rostro con incomodidad.

—Bueno, ¡pero si trabajase no iría! —aclaró entre risas.

Mamen la miró de reojo.

—Pero no trabajas... —susurró.

—¡YOL! —gritó Inma de repente señalándola con el brazo.

Yolanda pegó un brinco, muy asustada, y contempló a su amiga con desconcierto.

—¿¿Qué pasa?!

Inma agarró las manos de su amiga por encima de la mesa.

—Por favor, ¡te lo suplico!

Al ver que no continuaba, Yolanda estalló en carcajadas.

—Amor, tengo unas curvas de escándalo y un cabello asombroso, pero... hasta el día de hoy, no soy adivina... que yo sepa. A ver, espera...

Cogió a Inma de las manos.

Se concentró y la contempló con sus ojos muy abiertos y los labios apretados con mucha fuerza. El grupo la contempló en silencio, a medio camino entre la risa y la tensión más absoluta.

—Veo... Veo...

Inma aguardó en silencio, tan metida en la situación que casi parecía haber

olvidado que estaba hablando con Yolanda.

Yolanda se rio antes de continuar.

—Que sigues sin echar un buen polvo.

De inmediato, el grupo entero estalló en carcajadas. Salvo Inma, que, ofendida, se cruzó de brazos y le giró la cara.

—Cariño, eres joven y un bellezón. ¿A qué coño esperas para tirarte a un *buenorro* con el culo en su sitio? —Hizo un silencio dramático antes de añadir—: A no ser que quieras llevarme a mí a la cama —aventuró entre risas—. No puedo prometer darte el mismo meneo que te daría un hom...

De repente, Virginia se acercó e interrumpió la conversación. Llevaba una bandeja en la mano con una copa que contenía un líquido transparente muy apetecible.

—De parte del chico del rincón, Yolanda.

Esta abrió los ojos de golpe con gran incredulidad.

—¡¿Qué? —exclamó antes de sonreír y mirar a sus amigas con una sonrisa cómplice. No necesitaban hablar, con solo mirarse parecían tener telepatía.

Virginia puso la copa frente a Yolanda y le guiñó un ojo.

Yolanda cogió la copa con mano temblorosa, como si fuese un autómata.

—Mira, es del chico que está sentado en la esquina de la barra y que viene siempre acompañando a Marc.

Yolanda hizo un tremendo esfuerzo y se giró para buscarlo con la mirada.

—Mira, ¿ves? —Virginia se lo señaló con disimulo—. Ese, justo el que ahora mismo te está saludando con una cerveza en la mano. Chicas, joder, ¿soy yo o se da un aire a Patrick Dempsey...?

Yolanda apretó los labios y volvió la vista al frente.

—Ajá.

Su tensión era evidente, y su malhumor muy palpable.

—Se llama Damien y, en cuanto has entrado por la puerta, me ha preguntado qué bebes normalmente. Evidentemente, se lo he dicho, y él ha respondido que te invitaba a la primera copa.

Yolanda se irguió y, sin variar ni un ápice su expresión tensa, le devolvió la copa a Virginia intentando tocarla lo menos posible, como si quemase. Se giró hacia su amiga Arancha, que iba vestida con unos pantalones tejanos desgastados y una camisa negra —color que resaltaba el tono pelirrojo y brillante de su melena—. No hizo amago de mirar o dar las gracias a ese hombre y, como si allí no hubiera pasado nada, empezó a hablar con sus amigas.

—¿Qué coño os pasa? —inquirió con mayor brusquedad que de costumbre—. Por

vuestras caras, diría que ya os han dicho que...

—Yol —la interrumpió Virginia con cuidado.

Ella se giró, sonriendo como si no pasase absolutamente nada.

—Dime, cariño.

Virginia tensó los labios.

—¿Quieres que le diga a Damien que gracias y que ha sido muy amable? — Yolanda contuvo un bostezo—. ¡Venga ya! —protestó Virginia de muy malas maneras. Era evidente que comenzaba a enfadarse...—. Dale una oportunidad, joder, la semana pasada estuvo toda la noche intentando acercarse a hablar contigo y tú ni te dignaste a mirarle.

A su alrededor, sus amigas habían guardado silencio.

Todas conocían de sobra la actitud hostil y malhumorada que se adueñaba de Yolanda cuando se insinuaba el tema de echarse una pareja formal y seria. Eran conscientes de que lo último que ella quería en el mundo era enamorarse...

Yolanda suspiró.

—Emocionalmente estoy muerta... y, según de quién se trate, de cintura para abajo también.

Le guiñó un ojo, se dio la vuelta cruzando las piernas y miró al grupo de amigas, que la contemplaban con la boca abierta.

—¡¿Qué?! —exclamó ella.

Las miró como si estuviera delante de un pelotón de fusilamiento.

—¡¿Qué?! Nos preguntas que ¡¿qué?! —le soltó Mar, furiosa.

—Pues sí —respondió Yolanda frotándose las manos en las piernas.

Mar se giró hacia Virginia y le arrebató la copa con manos seguras.

—Trae aquí la bebida, Virgi —dijo, se giró hacia Yolanda y se la puso delante de ella a la fuerza. Su amiga solo desvió la mirada y apartó la cara de ella—. Yol, vas a coger la bebida y le vas a dar las gracias al pedazo de tío que te ha invitado tal y como se merece. ¡Por lo menos por educación!

—¡Ja! Lo tienes tú claro, morena —le soltó.

En ese mismo momento, Damien entró en su plano visual, con una elegancia y una masculinidad que hizo suspirar y babear a varias de las del club.

Vestía unos tejanos desgastados con una rotura hecha a propósito en la rodilla derecha. También llevaba una camisa blanca abierta por los dos primeros botones que dejaba entrever, con coqueteo, parte de sus desarrollados pectorales. Su melena azabache, corta pero rebelde, estaba teñida en algunas partes por vetas blancas. Sin embargo, lejos de afearlo, le otorgaba todavía mayor masculinidad.

Tras saludar con la mano al grupo, se agachó a la altura de Yolanda y puso la mano en el respaldo de la silla que ocupaba. Y, rozándole ligeramente el lóbulo de la oreja al hablar, le susurró:

—Ya veo que eres todo dulzura y feminidad; está claro que no me había equivocado contigo.

Yolanda se volvió para contestarle algo de su manido repertorio. Sin embargo, se quedó sin habla. Su boca se quedó seca en cuanto posó su vista en los ojos de aquel hombre. Su cuerpo se tensó por completo, y las células de su cerebro, normalmente avisgadas y envenenadas, perdieron, *ipso facto*, toda su capacidad para pensar y contraatacar. Tenía las piernas tan flojas que si hubiese estado de pie, se habría caído de culo.

«¡Joder!», pensó.

Estudió a fondo su pelo canoso —que, tal y como le había dicho su amiga del alma, le daba un aire a Patrick Dempsey en *Anatomía de Grey*—, embobada y sintiendo aquellas molestas hormiguillas en el estómago. Era alto, maldita sea, tan alto como a ella le gustaban los hombres. Y sus ojos... «¡Dios, qué ojos!», pensó de nuevo. Azules como un mar embravecido... Peligrosos, ¡muy peligrosos!

El aire se había esfumado de sus pulmones de golpe, pero Yolanda se obligó a respirar poco a poco, tal y como le había dicho que hiciera su psicóloga ante un episodio de ansiedad. «Yolanda, cuenta hasta cuatro: inspira, retén el aire... cuenta cuatro y espira», se ordenó con fuerza a sí misma.

Sin dejar de mirarla, Damien respiró hondo.

—Siento si te he ofendido. No tenía la menor intención de hacer nada que te molestara —esbozó una sonrisa torcida—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —contestó, con sus mejillas ligeramente sonrosadas.

—Me llamo Damien. Encantado de conocerte por fin, Yolanda —replicó él sin dejar de sonreír.

Esa voz ronca y tan sexy... Esa sonrisa... Esos malditos ojos hipnóticos... Todo aquello en conjunto, además de todo su porte y masculinidad, consiguió que las partes más íntimas de Yolanda se licuasen... y que el corazón le latiese desbocado en el pecho.

Por primera vez en muchos años... estaba aterrada, realmente aterrada. «¿Dónde están mis amigas cuando las necesito? ¿Traidoras...?», pensó mientras ellas se descojonaban a su costa; parecían pasárselo en grande.

Yolanda se moría de ganas de volver unos centímetros su cara para mirarlo y aspirar el perfume que emanaba. Estaba tan cerca de ella... Aun así, no se dio la

vuelta. Se tenía en muy alta consideración como para humillarse delante de sus amigas y darles la razón.

—Yo también lo estoy —le replicó ella con brusquedad.

Él guardó silencio, realmente molesto.

—¿Cómo dices...?

—Que yo también estoy encantada de *conocerme* —especificó, cruzando las piernas y manteniendo la vista al frente.

Damien soltó una carcajada amargada y esbozó media sonrisa tirante.

—Ya veo. ¿Te estás riendo de mí? —le preguntó, un poco molesto antes de incorporarse de nuevo y hacerle un repaso de arriba abajo.

—¿Yo? —Ella se giró y lo miró detenidamente—. Qué va. Te has metido tú solito en este berenjenal, chico. Dime, ¿crees que esto te va a funcionar?

—Uno ya no puede ser un caballero. La verdad es que, viendo, desde la semana pasada, la cara de amargada que tienes... no he podido dejar de realizar la buena acción del día. —Le guiñó un ojo y se fue hacia la barra, donde había dejado a su amigo.

Todas la miraron atónitas. De repente Mar empezó a toser disimulando una carcajada. El resto del grupo empezó a reír como una manada de hienas.

—¡Oh, por Dios, esto es absurdo! —gritó Yolanda.

Se levantó bruscamente y salió del café sin mirar hacia atrás.

De repente, el silencio se hizo general.

Capítulo 4

Yolanda pisó el acelerador de su Mini Cooper para adelantar, a toda velocidad y de forma temeraria, al Ford blanco que iba delante de ella. El conductor, un hombre medio calvo de más de cincuenta años, apretó el claxon con fuerza y le hizo un gesto muy obsceno con el dedo; pero ella no le hizo el menor caso.

Era jueves, casi las diez menos veinte de la mañana, y el sol de mediados de junio ya calentaba con la fuerza suficiente, a través de la ventana abierta del conductor, como para ponerla de muy mal humor. Tenía una vista oral en los juzgados de la Ciudad de la Justicia de Barcelona. No, no llegaba tarde... pero a ella siempre le gustaba llegar con tiempo de sobra para prepararse un poco.

La misión que tenía en el juicio ese jueves era muy simple: debía llegar a un acuerdo con la parte contraria sobre la cuantía de una pensión alimenticia para los hijos que había en común. Pensarlo y decirlo era fácil, pero conseguirlo... era otra cosa muy, muy distinta.

Yolanda aparcó en un *parking* que estaba muy cerca de los juzgados. Estaba encantadísima con su coche. Le había costado cerca de dos meses que se lo pintaran justo como ella quería. A pesar del tiempo que había tenido que esperar, había merecido la pena y el resultado era visualmente increíble: el color base era de un precioso azul oscuro metalizado, y tenía pintada la bandera de Reino Unido en el techo y en los dos espejos retrovisores.

Ella solo había visto un coche parecido circulando por Barcelona. Aun así, en su pueblo, La Perla, era tan vistoso y peculiar que era, literalmente, inconfundible. Su coche se había convertido en una señal de su personalidad, y a ella le encantaba que fuese así.

Los últimos cinco años de su vida, en concreto desde que se marchó a Inglaterra para terminar su carrera en Hull —una ciudad al noroeste de la isla—, tomó la decisión drástica, tanto de pensamiento como de acción, de cambiar radicalmente de vida. Nunca más volvería a ser aquella chica tan inocente y vulnerable; aquello se había acabado para siempre.

Acabó sus estudios y se graduó *cum laude*, doctorándose, así, en Derecho de Familia. Una vez hecho esto, regresó a La Perla, pero se vio obligada a dejar atrás a muchos amigos —y algo más— en territorio inglés. Por ello, y como homenaje a la tierra que una vez la aceptó, acunó, cobijó y la curó de *todo* lo que había dejado atrás

en España, quiso que su coche luciese algo de lo que vivió allí. Por ello el Mini Cooper, y por ello la bandera de Reino Unido.

Salió a la calle, y esta le dio los buenos días con una bocanada de aire caliente que la agobió y le recordó, al instante, que era verano.

«¡Joder! ¡Buenos días a ti también!», pensó, levantando la mirada al cielo, «En fin... A comerte el mundo, chica».

Se colocó las gafas de sol sobre sus ojos marrones. Con pasos firmes y acelerados, caminó hacia la puerta de los juzgados de lo civil. Allí era donde había quedado con Silvia, su socia, a las once y cuarto. La vista daba comienzo a las doce y media, pero a ellas les gustaba quedar antes para darle un buen repaso al caso por si habían pasado algo por alto. Yolanda era una persona demasiado crítica y le encantaba tenerlo todo bajo control. Era inconcebible para ella no tenerlo todo bien atado antes de un juicio.

Algo la sacó de sus pensamientos de golpe. El extraño pitido de unos silbatos comenzó a llegar hasta sus oídos. Y, a medida que iba acercándose más y más a los juzgados, fue apareciendo, en su campo de visión, un tumulto ruidoso de unas cincuenta personas vestidas con chalecos amarillos fluorescentes. Se percató, además, de que otras tantas se acercaban a observar con curiosidad y se unían a ellos.

Yolanda apreció que el ruidoso grupo de personas gritaban algo que ella no conseguía comprender justo frente al edificio de los juzgados.

—Oh, vaya, parece que hoy voy a salir en la tele —comentó con sorna en voz alta.

Varios policías del cuerpo autonómico catalán, los *Mossos d'Esquadra*, se distribuían muy próximos a los manifestantes, en posición férrea e imperturbable. Yolanda no pensó en detenerse ni en preguntar el porqué de aquella aglomeración de gente tan gritona... pero, justo al pasar junto a un par de policías, su mirada se fijó en la planta de uno de ellos, que la miraba como si fuera un postre exquisito y dispuesto a comerse. «La madre que me parió, ¡qué bueno que está el colega!», se dijo.

Los rayos del sol incidían directamente en sus ojos. Aun así, Yolanda se quitó las gafas y las colocó encima de su cabeza con aquella expresión de seguridad que sabía que le encantaba a los tíos. Se dirigió hacia el *caramelito* en cuestión con la intención de sumar uno más a su colección.

—Disculpe, agente...

Se acercó a él mirándolo directamente a los ojos y colocando, como quien no quiere la cosa, su mano en el desarrollado brazo del agente. «¡Joder, qué brazo! Este tío me pilla y me parte en dos», pensó.

—¿Sí? Dígame.

Sus miradas se encontraron en ese mismo instante. La de ella irradiaba tormenta segura; la de él era pura combustión. Yolanda le sonrió, observando, con la lujuria creciendo en su interior, aquellos penetrantes ojos verdosos, aquel corto pero rebelde cabello rubio, aquella mandíbula triangular... y, sobre todo, aquellos músculos de infarto. «Joder, joder, joder... Madre mía, estoy chorreando...», pensó.

Su mente, que ya había empezado a divagar, solo era capaz de prestar atención a la imagen interna que su cabecita estaba recreando con esmero. Se imaginó con toda claridad en los lavabos del juzgado, con su vestido azul oscuro levantado hasta la cintura, mientras él la follaba muy duro por detrás agarrándola con fuerza por el pelo, todavía con el uniforme puesto.

Suspiró. Sería tan excitante...

—Una pregunta, señor agente: ¿a qué se debe esta manifestación? Soy abogada, y me dirijo a la puerta del juzgado de lo civil. —Adoptó una fingida expresión preocupada y de intenso coqueteo—. No quisiera tener problemas para llegar, ¿sabe? Tengo un juicio a las once —mintió con gran descaro—, y me temo que puede que llegue algo tarde...

Le volvió a sonreír como solo ella sabía: volvió a mirar fijamente a sus ojos para, después, ir agachando poco a poco la cabeza. Sabía aprovechar ese gesto innato para conseguir lo que quería. Siempre surtía efecto...

El policía miró a su compañero, que sonreía ante la escena que tenía delante.

—Estas personas se están manifestando por una mejora en las condiciones laborales y salariales en su trabajo, señorita. Son trabajadores del transporte público, y el sindicato UGT los acompaña.

Ella cogió sus gafas de nuevo, con mirada profunda y una semisonrisa agradable, las llevó a su boca y comenzó a morder con sensualidad una de las patillas.

—Ya... —respondió ella. Se colocó las gafas en la cabeza de nuevo y se llevó el dedo índice a la boca para empezar a morderse la uña con una intensa expresión de preocupación—. Bueno, intentaré pasar entre ellos, a ver si tengo suerte... ¡Muchas gracias, agente! Es usted muy amable.

Le guiñó un ojo, se volvió a colocar las gafas de sol y empezó a caminar en dirección a los juzgados.

No había dado ni diez pasos cuando alguien la llamó desde atrás.

—¡Señorita! ¡¡Señorita, espere!!

«¡Bingo!», pensó con euforia. Sonrió. Ya lo tenía en el bote. Se relamió mentalmente los labios por lo que iba a pasar en breve. Se giró con semblante dulce.

—¿Sí, agente?

—Si lo desea, y siempre por su seguridad, la puedo acompañar hasta la puerta — le dijo sonriendo.

Miró el reloj. Eran las diez y media.

Perfecto, un polvo rápido. No quería llegar tarde a su reunión con Silvia. Le daría su teléfono y quedarían para darse caña mutua y en condiciones cualquier otro día.

Hasta que, de repente, una nueva voz masculina hizo acto de presencia y la sacó bruscamente de sus pensamientos.

—Hola, cariño.

Yolanda abrió los ojos al máximo, sorprendida y desconcertada. Esa voz...

Es imposible expresar lo que Yolanda experimentó en ese preciso momento. Hubiera preferido que le ensartaran un pepino por el culo a sentir lo que esa voz le hizo experimentar en su interior.

Maldita sea, con lo bien que estaba yendo el día y pasaba esto... Ya era capaz de escuchar el cachondeo de sus amigas descojonándose de ella. Malas amigas, ¡traidoras!

A pesar de todo, como si una fuerza indoblegable la embargara, comenzó a trazar su plan para devolverle el golpe a ese sinvergüenza. Se giró hacia la persona que tan dulce la saludaba «¡Te vas a cagar!», pensó con rabia, pero dijo:

—Oh, hola, tesoro, ¿qué haces tú por aquí? —le sonrió con enorme ternura.

En el mismísimo momento en el que fijó sus ojos en los de Damien, se quedó totalmente paralizada y sin aliento de nuevo. «Joder, qué ojos, ¡qué voz más varonil! Me cago en la puta, ¿por qué me pasa esto a mí?», se lamentó en sus pensamientos. Deseó arrancarse los ojos ante la visión que tenía delante.

Se dejó cautivar, una vez más, por aquel hombre de profundos y penetrantes ojos azules. Su cabello estaba desordenado sobre su cabeza, y brillaba con fuerza gracias a los rayos del sol. Sus canas, al contrario que a otros hombres, le sentaban de maravilla y potenciaban todavía más su expresión segura y aquella sonrisa tranquila que le había acelerado el corazón.

Su corazón, tan traidor como siempre, casi se saltó un latido. Pero no podía permitirse perder esa partida: aquel era su territorio... y el policía era suyo. Miró al agente, que a su vez los miraba de hito en hito.

Sí, comparado con aquel *mosso d'esquadra*, era una eminencia y una mole por la enorme altura que tenía. Así, de pasada, Yolanda podría adivinarle uno ochenta y tanto, puede que uno noventa. El *mosso*, en cambio, solo le sacaba a Yolanda un par de palmos de diferencia, y ella medía uno cincuenta y cinco.

Pero no por ello iba a dejar ir a su presa, ¡y mucho menos por su culpa! Había

decidido follarse al agente, ¡y lo iba a hacer sí o sí! «Además —pensó— el agente está como para alimentarme una puta semana entera, joder...».

—Ay... —suspiró Damien, expandiendo una enorme sonrisa misteriosa mientras la contemplaba intensamente de arriba abajo—. Yolanda, Yolanda... Estoy aquí por trabajo. Igual que tú, chica.

Yolanda fingió sorpresa y miró a uno y otro lado de la calle, como si estuviese buscando a alguien.

—Oh. Pero... ¿tú no estabas trabajando en el Bagdad? —fingió sorprenderse—. No entiendo qué haces tú por aquí a estas horas, ¿no deberías estar durmiendo, cielo? —«¡Jódete!», pensó.

Damien abrió mucho sus ojos.

—¿Cómo dices? ¡Ah! ¡Claro, ya te entiendo! —le sonrió—. Estás intentado dejarme en ridículo, tesoro. —No pudo evitar soltar una risita divertida. Ella también se rio.

—¿Yo? A ver, Damien... —Yolanda miró al agente mientras negaba con la cabeza. Luego lo miró directamente a él una vez más—. Estuve hablando con Carmenchu, tu madre, por si lo habías olvidado. Y me comentó que ahora estabas realizando el número fuerte en el club... —le sonrió—. El de tres, ¿no era? Ya sabes, el del trío. —Se separó un poco de la cercanía de Damien y se acercó al agente, al cual se le veía bastante desconcertado—. Perdone, agente. Damien es un amigo de la infancia y... bueno... —miró a Damien una vez más—, es gay, ¿sabe usted? Y va por ahí, aparentando una cosa que no es. Ya me entiende... —le dijo asintiendo con la cabeza.

Damien abrió mucho los ojos de nuevo y cerró los puños, con una clara muestra de ofensa y humillación.

—¡¿Qué?! —oyó exclamar a un nervioso Damien.

Yolanda se giró para mirarlo. Este, con gesto de enojo y expresión corporal tensa y ligeramente agresiva, se había acercado a dos palmos al agente y lo miraba con intensidad.

—Agente, no haga caso a la psicópata esta, ¡yo no soy gay! Es más, no me importaría decir mi condición sexual a nadie. Pero eso solo es de mi incumbencia, y no creo que nadie deba ir por ahí con un cartelito explicando con quién se acuesta. —Señaló a Yolanda, cada vez más enojado—. El problema aquí es la mente tan torticera que tiene esta mujer. ¡Está completamente loca!

El agente se quedó mirando fijamente a uno y a otro. Cruzó los brazos en su pecho y, dando media vuelta, les dio a ambos los buenos días. Yolanda estaba atónita, ¡no lo podía creer! Ese templo griego, el que iba a ser su polvazo de la mañana... había hecho mutis por el foro con un forzado «buenos días»... y ni siquiera se había dignado

a pedirle su número de teléfono.

«¡Joder!», gruñó para sí misma.

Miró a Damien con todo el odio que podía albergar en esos momentos:

—¡Bastardo! —exclamó con rabia.

Fue incapaz de contenerse: le escupió en la cara, se irguió, y empezó a caminar con paso rápido y furioso hacia donde había quedado con su socia.

Capítulo 5

Yolanda caminaba por la calle a toda velocidad, destilando odio por sus ojos y escupiendo veneno por su boca. Sus zancadas eran largas y fuertes, de forma que el suelo entero parecía retumbar bajo sus pies de puro miedo. Si hubiesen medido en ese momento su temperatura corporal, seguramente hubiese marcado cerca de los cuarenta grados... ¡de la rabia que tenía dentro!

Ella no estaba acostumbrada en absoluto a que un posible, potencial... y más que asegurado polvo, se le escapase de entre las manos de esa forma, ¡como si fuese humo! Como si hubiese tenido quinientos euros entre sus manos y el viento se los hubiese arrebatado de golpe, dejándola con la miel en los labios y con un cabreo de puta madre.

Era una persona poderosa... y se sentía poderosa por donde pisaba y pasaba. No quería sentirse ignorada. ¡No le gustaba sentirse ignorada! ¡Pero claro! Tenía que haberse cruzado, precisamente aquella misma mañana, ¡con el ser humano más detestable y deleznable que existía sobre la faz de la Tierra! ¡Joder, qué puta mala suerte!

Intentó realizar las respiraciones, una vez más, que le había enseñado su psicóloga... porque, como no se tranquilizase, el deseo asesino que la estaba embargando le iba a reventar la maldita cabeza.

«Venga, Yolanda, respira, joder. Cuenta cinco, aguanta el aire... Cuenta cinco, espira... —se ordenó mentalmente—. Hoy va a ser un día cojonudo... Hoy va a ser un día cojonudo...», se repetía una y otra vez.

Imágenes sádicas de ella misma empapada en sangre mientras sujetaba la cabeza de Damien inundaron su mente con gran fuerza. «Yolanda, eres abogada. Sabes que el asesinato es ilegal —se reprendió con contundencia—. ¿En qué coño estás pensando, maldita sea? Vamos, respira: cuenta cinco...».

—¡¿Se puede saber qué problema tienes?!

«Oh, mierda. Otra vez esa puta voz...», pensó con enorme fastidio. Aun así, ella no le prestó atención y siguió caminando a toda velocidad. «Respira, cuenta cinco...», se repetía.

—¡Eh! ¡¡Frena!!

Al instante, notó que una mano fuerte y segura le agarraba del brazo izquierdo y la obligaba a detenerse bruscamente. No podía ser...

Giró unos milímetros la cabeza, lo justo para verificar que no se lo había

imaginado... pero, efectivamente, una mano la estaba sujetando. Y, a esas alturas, podría reconocer al dueño de esa mano en cualquier parte.

Se giró con rapidez y lo abofeteó con fuerza. ¡¡Pum!!

Damien retrocedió un paso y se llevó la mano a la cara, visiblemente molesto.

—¡La hostia! —se quejó Damien—. Si lo sé...

Yolanda apretó los dientes y le hizo un buen repaso de arriba abajo, con el ceño fruncido y expresión furiosa.

Algo parecido a una rabia muy asesina se apoderó de ella. Se sentía tan humillada y tan enfadada como hacía siglos que no se sentía, y odiaba sentirse así. Pero comenzaba a odiar a aquel hombre todavía más...

—¡Eso por tocarme! Y esto... —¡¡Pum!! Damien se encogió de dolor ante la patada en la espinilla izquierda que le asestó Yolanda con fuerza—. ¡Esto por ser un puto gilipollas! No se te ocurra volver a ponerme una mano encima, Damien, ¡o te juro que te arrancaré los huevos!

Él soltó un gemido de dolor mientras se masajeaba la pierna. Después, levantó sus ojos azules —esos ojos azules que hicieron suspirar, una vez más, a Yolanda—, y la fulminó con la mirada. Se incorporó y se encaró con ella.

—Pero, ¿a ti qué coño te pasa, tía? ¡Me has hecho daño, joder! —Respiró hondo un par de veces tratando de tranquilizarse, y luego añadió—: ¿Qué pasa, acaso no puedo decir nada?

Ella adquirió una expresión lunática.

—¿Tú? Mua, ja, ja, ja.

—¿A qué venía lo de que era gay?

Yolanda no se quedó callada.

—¿Y tú? ¡¿A qué narices venía lo de llamarme «cariño»?! No me conoces de nada, ¡buena acción del día! —entrecomilló.

Damien parpadeó, ligeramente sorprendido por aquello. Finalmente, soltó un par de carcajadas y sonrió.

—¡Ah! Así que se trata de eso... Vaya, qué mala perdedora eres. Siempre te lo has tenido muy creído, ¿verdad?

Yolanda recibió aquellas palabras como un puñetazo en la cara.

Sin poder evitarlo, se detuvo a pensar en todo lo que había pasado en su vida hasta llegar a ese momento, en todas las dificultades, lágrimas y rabias que había tenido que pasar para llegar a ser quien era en ese momento.

Notó, avergonzada y rabiosa, que sus ojos empezaban a humedecerse y que su visión se enturbiaba por las lágrimas que se acumulaban en ellos. Porque, aunque su

fachada la hiciese ver ante el mundo como una mujer fuerte y segura de sí misma y a la que, a la vez, todo le importaba una mierda... la realidad era que solo era eso, una fachada. Una mentira con la que mantener a las personas a raya para que no le pudieran hacer más daño. A veces, le daba la sensación de que se estaba perdiendo algo. Su vida pasaba ante sus narices, día tras día, y a veces echaba en falta... ¿el qué? ¿Qué echaba en falta...?

A Yolanda le hubiera encantado echar a correr en ese preciso instante. Todos los poros de su piel le demandaban acción y, además, notaba cómo la adrenalina subía desde su estómago hasta instalarse en su cabeza.

De repente, otra persona la llamó con fuerza desde atrás.

—¡Yol!

Yolanda miró a Damien, interiormente asustada. «¡Joder! ¿Qué es lo que me pasa con ese hombre? ¿Por qué me hace sentir tan indefensa ante él? ¡¿Por qué?!», pensó.

—¡¿Yol?! —repitió Damien entre risas.

Apretó los puños y se encaró con él de nuevo.

—¿De qué coño te ríes?

Él soltó nuevas carcajadas.

—¿Yo? Yol...

Ella apretó los puños y retrocedió un paso.

—Dios... ¿Sabes que eres insufrible?

—Y me lo dice... ¿Yol? —le habló simulando la voz de Silvia, su socia, ahora mucho más cerca de ellos.

—¡Que te den, imbécil!

A estas alturas, Damien ya se desternillaba de la risa sin ningún reparo.

—Eso espero... Yol.

Yolanda empezó a caminar en dirección a Silvia, pero decidió girarse y le enseñó el dedo corazón. Se introdujo en el vestíbulo principal de los juzgados y se encaminó hacia su socia a paso rápido y fuerte.

Comprobó que Silvia estaba impecable, como siempre: espesa melena suelta de color rubio natural y labios muy rojos. Un traje negro muy elegante de tubo que llegaba hasta sus rodillas, y unas medias grises y oscuras resaltaban sus largas, finas y delicadas piernas. En más de una ocasión, Yolanda se lo había dicho: si ella hubiera sido lesbiana, no se podría haber resistido a sus encantos.

Ambas se conocían desde que Yolanda había regresado a La Perla desde Inglaterra, justo tras terminar sus estudios. Y, aunque habían comenzado con pequeños casos y alquilaban una oficina por horas... en un par de años, y gracias al

aumento de sus clientes, pudieron, al fin, alquilar un local en el pueblo y abrir su propio bufete: Yolanda y Silvia abogadas.

—¡Hostia, Silvia, me encanta tu traje! ¿Dónde te lo has comprado?

Silvia se repasó de arriba abajo. Se levantó la melena con la mano derecha y con la izquierda empezó a sobarse muy descaradamente. Yolanda sonrió al ver el porqué de tanto sobeteo: Damien.

Sabía de sobra que Silvia, a sus treinta y seis años de vida, *solo* había tenido dos novios. Uno durante su época universitaria, pero rompieron porque descubrieron que no tenían nada en común. Con Miquel, en cambio, fue totalmente diferente: salieron juntos durante ocho años, pero las cosas no acabaron muy bien entre los dos.

Ella empezó a sospechar que él se veía con otras, y un buen día lo pudo corroborar. Estaban cenando juntos en uno de esos restaurantes tan pomposos que le gustaban a Miquel. Entonces, a Silvia le dieron muchas ganas de ir al lavabo... y, cuando regresó a su mesa, vio a una morena de pelo muy corto comiéndole el morro, literalmente, a su novio, delante de todo el mundo y sin ningún pudor por parte ambos. Sin expresar ni media palabra, Silvia cogió la botella de vino —por supuesto carísimo— que habían pedido y la vació enterita en la pareja al grito de «¡Tiene ladillas!».

Ahí se les terminó el amor de tanto usarlo... o no, según como se mire.

—Yol, ¿eres consciente de lo tremendo que está ese tío? —dijo fascinada mientras se lo comía con la mirada.

Ella intentó hacer caso omiso.

—¿Quién?

—¡Yol! —se quejó Silvia con sus ojos castaños muy abiertos, incrédula ante su pasotismo—. Está buenísimo hasta decir basta. A mí ese tipo de hombres me dan mucho miedo. Sé que, como los pille, los voy a destrozar a polvos.

Yolanda frunció el ceño. «¿Damien?», pensó sorprendida

Algo recorrió su cuerpo, desde la punta de los dedos de los pies, un extraño hormigueo furioso y nervioso que llegó hasta el mismísimo cuero cabelludo.

—¡Por favor, Silvia! ¿Ese? Es... —se quedó mirando a Damien— Es... Es un arrogante, desagradable, grosero, engreído, repelente... ¿Quieres que siga?

Silvia estalló en risas.

—No, no, por Dios. Vas a gastar el diccionario y ni siquiera me lo has presentado todavía. ¿Nos acercamos y aceleramos el proceso?

Ahí estaba otra vez esa sensación... ¿Qué coño le estaba pasando?

—Silvia... no —repuso con seriedad—. Te aseguro que no te conviene.

—¿Tú crees? ¿Pero le has visto alguna vez el paquete? —preguntó, retorciéndose

un mechón de pelo con gran coqueteo sin quitarle la vista de encima—. Seguro que la tiene enorme.

—¡Qué ascooooo! Yo a ese no lo toco ni con un palo.

A pesar de su comentario, su estómago se llenó de un extraño y desagradable sentimiento que le nubló los sentidos y la enfureció de nuevo. «Qué extraño, ¿qué demonios me pasa?», pensó.

—Pues yo creo que es el hombre perfecto —reclinó Silvia con una sonrisa tontorrón—, y me tienes que decir dónde lo conociste y por qué hasta ahora no he sabido nada de él. ¡Es una orden!

Yolanda apretó los puños y decidió acabar con la conversación:

—¡Oh, sí! Es el jodido hombre perfecto. Subamos a coger las togas, que hoy ni reunión, ni café, ni nada de nada.

Pasaron por los arcos de seguridad del edificio destinados para los abogados, recogieron sus pertenencias —que se resumían en un bolso y maletín—, y se fueron directamente hacia la segunda planta. Allí, en una de las seis salas —cada una dedicada a un tema legal— se trataban los temas de familia.

Se encaminaron directamente a la sala del Colegio de Abogados de Barcelona, donde le dieron una toga a cada una. Silvia ya había firmado y enseñado su documento nacional de identidad y número de colegiado; en ese momento, era Yolanda quien lo hacía.

De repente, Yolanda tensó todo su cuerpo y se puso rígida. Notó su presencia al instante. No hacía falta que nadie le dijese quién acababa de entrar por la puerta. Su olor, ese aroma que se había pegado a ella y a su cerebro desde el famoso día en que se conocieron, hizo que Yolanda apretase muy fuerte sus muslos y sus labios.

Acabó de firmar la cesión de sus togas, se irguió y lo vio. Damien pasó por delante de ellas, sonriendo con una suficiencia que a Yolanda no le pasó desapercibida. Sintió un retortijón de tripas.

¿Qué coño estaba haciendo allí? Su cuerpo, su forma de caminar y de moverse, su manera de hablar... todo en él emanaba una poderosa atracción sexual tan intensa para ella que, durante un instante, se pudo imaginar a la perfección montándose en el baño con él mientras le agarraba con fuerza del pelo. Ese hombre era puro fuego; estaba segura de que cuando se ponía a follar... ¡Joder! Aunque no le gustara reconocerlo —ni siquiera pensarlo—, en su fuero interno sabía que era uno de los hombres más atractivos que había conocido. Lo tenía casi todo: era guapo, elegante y muy masculino. Pero, a la vez, también era un tocanarices, engreído, prepotente y un chulo...

Yolanda enumeró en su cabeza, uno a uno, todos los defectos que Damien tenía...

Capítulo 6

Yolanda contempló su reloj de pulsera. Estaba estresada y al borde de un ataque de nervios, lo que le impedía respirar con normalidad. Ya era la una de la tarde y, aunque se habían cerciorado de la sala y la hora a la que iba a celebrarse el juicio, iban con retraso. Ella, tan acostumbrada a controlarlo todo, odiaba la impuntualidad.

En silencio, tanto Damien como ella se miraban de reojo. Yolanda se maldijo al darse cuenta de que cada vez le costaba más y más evitarlo. Finalmente, Silvia sonrió y decidió romper el silencio:

—Si sigues mirándolo así, vas a desgastarlo antes de usarlo.

Yolanda pegó un brinco, asustada e incómoda por sus palabras.

—Si decirme esto te hace estar más tranquila, tú sigue, no te cortes —comentó con tirantez—. Que te quede bien claro que solo lo miro porque todavía no me explico por qué coño está él aquí. Esta es la antesala para nuestro juicio, ¿qué narices le pasa, es que tiene predilección por molestarme, o qué?

Silvia la contempló en silencio con los ojos muy abiertos, incapaz de ocultar la sonrisa divertida que asomaba por la comisura de sus labios. A Yolanda no se le escapó ese detalle y se incomodó todavía más.

—¡Hostia, Yol! —exclamó Silvia con fingida sorpresa—. Doctorada en Derecho de Familia y con más de trescientos casos a tus espaldas... ¿y todavía no te has enterado de que ese *macizorro* de ahí —señaló, disimuladamente, a Damien— es la parte contraria en nuestro juicio?

Yolanda se atragantó con su propia saliva.

—¡¿QUÉ?!

Llevó sus ojos hacia el final de la sala. Él estaba de espaldas, de modo que, con lo alto que era, no podía ver con quién estaba hablando. De vez en cuando, veía que se pasaba la mano por su cabello en un acto inconsciente para desordenarlo. «¡Quién fuese mano!», pensó, muy excitada.

Damien asentía con la cabeza, como si estuviese afirmando algo, mientras escuchaba a su... ¡¡Un momento!! ¿Quién estaba hablando con él...? ¡Sí, era la parte contraria! Pero ¡¿cómo era posible?! ¡¡Todo el tema lo había llevado, hasta ese mismo momento, Carlos!! ¿No...?

—Silvia...

Ella la miró nuevamente.

—Dime.

Yolanda la cogió de la mano con una increíble angustia aferrada a su pecho.

—Tú... tú has estado hablando con Carlos sobre el caso toda esta semana, ¿verdad? ¡¿Verdad?! —exclamó, al borde de la histeria.

Ella se rio.

—¡Sí!

—¿Y...? —insinuó, cada vez más ansiosa.

Silvia le puso una mano en el hombro intentando por todos los medios, aunque en vano, no descojonarse.

—Yol, verás... te vas a reír.

Yolanda comenzó a comprender que no estaba bromeando. Y, al tiempo que asimilaba aquella información, su corazón ardía en rabia y su mente se nublaba a consecuencia del miedo y de la inseguridad. Cuando Silvia terminó de contarle las novedades del caso, expulsó todo el aire de golpe.

—¡Bromeas!

—Ja, ja, ja... No, no bromeo. Lo siento...

Cogió aire de nuevo con gran rapidez.

—¡Tú lo sabías, Silvia, joder! —le recriminó con rabia—. ¡Me cago en la puta! ¡¡Me cago en la puta!!! —Miró a Silvia, que se estaba partiendo de la risa a su lado—. Silvia, ¡no te rías! ¡¿Qué coño vamos a hacer ahora?! —Señaló a Damien con un leve gesto de cabeza—. A Carlos ya lo conocemos, ¡hemos hablado con él! Y habíamos quedado en llegar a un acuerdo. ¡Pero con el de allí —volvió a señalarlo con la cabeza—, no hemos hablado! ¡No sabemos lo que planea ni lo que va a hacer, maldita sea! ¡¿Cómo no me lo has dicho antes?! —

—¡Y yo qué sé! —dijo esta encogiéndose de hombros—. Carlos me dijo el otro día que, a partir de esta semana, el caso lo iba a llevar un compañero nuevo que se había unido a su bufete como socio. Me dijo que era muy majete y que no tendríamos problemas con él. Así que no le di la mayor importancia...

Yolanda empezó a reírse con tantas ganas que tuvo que salir de la sala para intentar tranquilizarse y respirar con normalidad. De repente, un potente sentimiento de miedo irracional se adueñó de todo su ser y, debido al lugar en el que se encontraban y al cargo que ella tenía, no deseaba, en absoluto, dar el cante. Podía perder el caso por ello...

No sabía con certeza cómo se iba a desarrollar el juicio. Antes de entrar a los juzgados lo tenía todo muy claro en su mente: habían estudiado al abogado contrario, habían hablado con él y habían hablado de llegar a un acuerdo. El caso ya estaba hecho y ganado. Pero ahora... ahora todo el maldito caso se tambaleaba como si fuese

un barco a la deriva y tenía la sensación de que se le escapaba entre los dedos.

Lo único que *siempre* había querido —y siempre se había sentido satisfecha y muy orgullosa de ello y de poder conseguirlo en sus casos— era el beneficio de los menores, poder darles las cosas que se merecían y que necesitaban para desarrollarse correctamente en sus vidas. Sin embargo, ahora se encontraba en un dilema que le oprimía el corazón y la hacía temblar de miedo e impotencia: ¿y si resultaba que la parte contraria no quería entrar en el aumento de la pensión por alimentos...?

Se sentó en uno de los bancos del impersonal, silencioso y tranquilo pasillo contiguo. Levantó la vista y vio a Silvia caminar hacia ella un tanto apresurada.

—Silvia, mira, vamos a hacer una cosa. —Ella la contempló con ojos vidriosos—. No. No nos da tiempo —musitó Yolanda con angustia. Señaló tras ella con la cabeza—. Acaba de salir la secretaria judicial y está pidiendo los carnés.

Silvia se quedó pensativa.

—¡Ya sé! —dijo—. Pidamos un aplazamiento.

Yolanda se llevó las manos a la cara y se cubrió el rostro con ellas.

—No podemos —gimió con pesar—. ¿En base a qué? La jueza se va a negar. No sé, Silvia... —Empezó a masajear sus sienes con los pulgares—. Vamos a entregar los carnés, y a ver qué coño pasa...

—Bien. Vamos. Tranquila, cariño, todo va a salir bien. Estoy convencida.

Se acercaron de nuevo a la puerta de la sala y dieron sus carnés a la secretaria judicial.

Esta entró y, a los pocos minutos, volvió a salir llamando a los abogados del caso:

—Caso 2765, hora: doce y treinta. Letrados, la jueza les pide que entren en sala un momento, por favor.

Se sentaron, cada uno de ellos, en sus respectivos puestos: ella al lado derecho de la jueza. Damien, en cambio, tomó asiento con seriedad y elegancia al lado izquierdo, que era donde normalmente se colocaba la parte contraria y, en caso de necesitarse, los fiscales.

Ambos se miraron un momento, totalmente en silencio. La cara de Damien se había convertido en un rictus serio y orgulloso. Ella supo, justo en ese momento y gracias a su expresión, que se aproximaba una batalla fiera y seria.

—Como quieras, capullo. Te vas a cagar... —murmuró Yolanda apretando los dientes con mucha fuerza. Si batalla era lo que él quería, batalla tendría... Ella sería como Atila: no iba a dejar ni crecer la hierba.

—Letrados —los llamó la jueza—, después de leer el expediente del caso que nos ocupa en este momento, he de decirles que deberían llegar a un acuerdo para la mejor

solución de sus representados. Creo que, como profesionales y personas habituadas a esta clase de casos, sería lo mejor para ustedes y sus clientes. En caso de que no exista acuerdo entre las partes, me veré en la obligación de dictaminar una solución, y les puedo asegurar que no es lo que solicita la parte que usted —contempló a Damien con gesto neutro —defiende.

«Jódete», pensó Yolanda antes de intervenir:

—Disculpe, señoría, y con la venia —dijo—. Pongo en su conocimiento que mi representada desea fervientemente llegar a un acuerdo. Estamos hablando de un aumento de cien euros por menor, y creemos que la parte contraria representada por... —Yolanda miró a Damien con desdén y con una leve sonrisa de victoria— aquí el señor letrado, estará de acuerdo con ello. Mi representada no desea litigar más. Es más, en alguna ocasión me ha manifestado el agotamiento físico y mental al que ha sido sometida por la parte contraria al no querer hacerse cargo ni siquiera de gastos tan básicos y elementales como los del vestido. La parte contraria apunta, y así lo atestiguan los mensajes recibidos por mi representada en su teléfono móvil, que, al tener ella la guarda y custodia en exclusiva, el padre no tiene que hacerse cargo de nada más que de pagar, de su bolsillo, los gastos varios de sus dos hijos cuando están en su compañía. Apuntar, además, que el representado por el letrado goza de una situación económica boyante, llegando a comprar, hace un par de meses, una embarcación de recreo por el importe de sesenta mil euros.

Yolanda se detuvo unos segundos para recuperar el aliento y para disfrutar de la expresión de derrota de Damien. No obstante, como comprobó con rabia que él no había variado su rostro ni un ápice siquiera. Continuó con convicción y seguridad:

—Esta parte, y dando por terminados los argumentos a los que nos hemos referido, entiende que, para la parte contraria, el aumento de cien euros por menor no supone una merma respecto al nivel de vida que sigue llevando el defendido por el letrado. Por lo tanto, y en consonancia con lo anterior expuesto, esta parte entiende que llegar a un acuerdo es lo más factible para ambas partes. Y, con todos mis respetos a este tribunal, sería lo más conveniente para todos en cuanto al ahorro de costes y tiempo.

Yolanda se detuvo y se cruzó de brazos, dando a entender que había concluido en sus argumentaciones. La jueza asintió.

—Bien. Una vez escuchada la postura de una de las partes, procedo a escuchar la exposición de la parte contraria.

Damien sonrió y se puso en pie en el acto. Hizo una leve reverencia a la jueza, hecho que ella correspondió con otra leve inclinación de cabeza. Acto seguido, Damien

se giró un segundo hacia Yolanda y la contempló con una breve sonrisa burlona.

—Gracias, señoría, y con la venia. Creo que este caso podría resumirse en encontrarse esta parte, y por extensión mi patrocinado, en una acusación absurda e ilógica por parte de la letrada de la parte contraria, no siendo así por su patrocinada. Pongo en su conocimiento, su señoría, el hecho de que ambas partes se han reunido ya en varias ocasiones en punto neutral para fomentar un diálogo comprensivo y argumentativo y, así, poder llegar a un acuerdo entre nuestros patrocinados. Que, como bien dice la letrada, aquí presente... —Yolanda apretó los puños con rabia cuando Damien se giró hacia ella y la señaló con la mano con expresión de victoria. «Cómo te odio...», pensó muy enfadada. Damien se giró hacia la jueza para concluir su frase—: no desean litigar más. La letrada de la parte contraria era conocedora y estaba totalmente al corriente, puesto que ella misma estaba presente, del acuerdo mutuo al que llegaron nuestros patrocinados. Acuerdo en el que se pactó aumentar la pensión alimenticia de los dos hijos que tienen en común en 100 € mensuales, así como la redacción de un nuevo convenio regulador en cuestión a la guardia y custodia, pasando de ser en exclusiva de la madre a ser compartida quincenalmente. Así que, con todos mis respetos a su señoría y a la parte contraria, esta parte considera una mera pantomima la exposición realizada por la Sra. letrada que representa a la parte contraria, queriendo... entendemos... ser un mero centro de atención ante este Tribunal, sabiendo con anterioridad que se había llegado a un pacto por ambas partes. Gracias, señoría.

Dicho esto, Damien hizo un nuevo movimiento con la cabeza en señal de respeto y se sentó en su silla. Yolanda apretó los dientes y los puños.

—Bien. Gracias, letrado. —La jueza se giró hacia Yolanda—. ¿Algo más que añadir, letrada?

En esta ocasión, Yolanda sí se puso en pie.

—Con la venia, señoría. Estoy segura de que la parte contraria está conchabada con el Ministerio Fiscal y pretende en este caso...

Yolanda cogió un puñado de folios y, sin añadir nada más, los lanzó hacia arriba con fuerza para provocar una lluvia de documentos. Con esto, dio a entender perfectamente lo que pretendía. Silvia se llevó la mano a la cara en señal de vergüenza al mismo tiempo que la jueza abrió la boca con sorpresa y Damien soltaba una risa divertida.

—¡Señora letrada, le pido que mantenga las formas! No estamos en un circo ni en un teatro. La acusación que ha hecho es muy seria, ¿tiene usted pruebas de lo que acaba de decir? —preguntó la jueza.

Yolanda frunció el ceño con rabia.

—No, pero...

La jueza alzó la mano para acallarla.

—Entonces, debería retractarse de sus palabras de inmediato. Poseo la facultad tanto para llamarle al orden en cuanto a su actitud respecto al Ministerio Fiscal y al letrado de la parte contraria, como para sancionarla e informar al colegio al cual usted pertenece si persiste en su comportamiento infantil e insultante. No toleraré más faltas de respeto a ningún miembro de esta sala. Le pido, por favor, que adecúe y modere sus palabras, no solo para dirigirse a su patrocinada, sino al resto de la sala.

Yolanda respiró muy hondo en un intento de tranquilizarse.

—Lo siento, señoría. Le... le aseguro que no era mi intención faltar al respeto a su señoría y al Tribunal. Acepte mis disculpas...

Silvia le cogió la mano y se la apretó con fuerza para llamar su atención y, cuando ella se sentó a su lado y acercó la oreja, le susurró:

—¿Qué bicho te ha picado, Yol? ¡Deja de dar la nota! —se quejó.

La jueza alzó la voz para captar su atención:

—No solo a mí, letrada. Al resto de esta sala.

Yolanda volvió a ponerse en pie.

—Señoría, vuelvo a pedir que acepte mis disculpas.

La jueza no dio su brazo a torcer:

—Y yo, letrada, le pido que extienda sus disculpas al resto de esta sala.

Yolanda llevó la vista hacia Damien, que, cruzado de brazos y con expresión de superioridad, la contemplaba con una sonrisita. Luego la desvió hacia la fiscal, que, en su asiento, la observaba como quien observa a un niño pequeño en mitad de un berrinche histérico. Sintiéndose totalmente humillada, susurró:

—Le reitero mis disculpas, señoría...

La jueza suspiró.

—A la sala... —insistió—. No me haga perder el tiempo, letrada. Las calumnias que ha soltado pueden bastarme para imponerle una sanción.

—Con su permiso, señoría... —dijo Silvia de repente.

La jueza asintió, Silvia se puso en pie y se acercó mucho a Yolanda para cantarle las cuarenta a su socia.

—Pide disculpas de una vez. Como perdamos el acuerdo por tu cabezonería, te juro que dejo de ser tu socia y monto un bufete de abogados sin ti. ¡Vamos! —Yolanda la miró con disgusto—. Mira, no sé qué puta mosca te ha picado hoy, pero, sea lo que sea que te pase, ¡solúcionalo de una vez como la adulta que se supone que eres! ¿A

qué coño viene todo esto, Yol? Sabes de sobra que ya habíamos llegado a un acuerdo, ¡el letrado de la parte contraria tiene razón! Como no arregles esto de buenas maneras y llevemos a cabo el acuerdo, ¡te juro que no llevo ni un solo caso más contigo! ¡¿Te queda claro?! ¡Pide disculpas ya!

Yolanda cerró los ojos y apretó los puños con fuerza. Sentía una humillación tan grande en su pecho, las lágrimas en la garganta y tal dolor de tripas que no podía pensar con claridad.

Volvió a mirar a Damien y a la fiscal que, en silencio, la contemplaban aguardando a que hablase.

—Está bien, señorita... —murmuró con rabia antes de elevar un poco la voz—. Pido disculpas... a la sala... al... al letrado de la parte contraria y... y... a la fiscal —soltó con enorme rapidez.

La jueza asintió, conforme antes de tomar la palabra.

—Siéntense, letradas. —Yolanda y Silvia obedecieron—. Bien, he escuchado ambas partes dar sus argumentos. —Dirigió la mirada hacia Yolanda con seriedad—. En los treinta años que llevo como jueza, jamás había visto un comportamiento tan errático y con tanta falta de respeto en una de las partes. —Señaló a Damien con la mano—. Usted, letrada, si bien en el caso que nos ocupa es la parte contraria de este letrado, no debería olvidar que son compañeros y colegas de profesión. Y permítame darle un consejo: la falta de respeto que ha mostrado hacia toda la sala y hacia el buen hacer del Ministerio Fiscal ha sido terrible. Debería imponerle una multa y hacer llegar una denuncia a su Colegio de Abogados por su deleznable comportamiento en el juicio... pero, debido a que conozco su impecable trabajo, esta vez lo pasaré por alto. Bien, caso visto para sentencia. En unos días recibirán, en sus respectivos despachos, la copia de la resolución del caso.

Cuando todos se estaban poniendo en pie, la jueza volvió a mirar a Yolanda y habló de nuevo:

—Debería bajar de la nube en la que siempre se ha creído subida, porque a veces esa falta de visión puede provocar una caída a nivel profesional de la que difícilmente se recuperaría. Buenas tardes a todos.

La jueza se marchó de la sala.

Para desgracia de Yolanda, Damien le dijo algo a su patrocinado y, tras esto, alzó la mirada y posó sus victoriosos ojos azules sobre los suyos. Ambos se mantuvieron la vista unos segundos... hasta que él, ni corto ni perezoso, estrechó la mano del hombre y se encaminó, sin duda alguna, hacia ella.

—Nos veremos en la oficina, Yol —comentó Silvia de malas maneras—. La

próxima vez que tengas ganas de jodernos un caso, avísame para quedarme en casa.
—Silvia dio media vuelta y caminó hacia la salida con expresión enfadada mientras farfullaba—: De verdad, esto es increíble...

Capítulo 7

Maletín en mano, Yolanda caminaba a paso rápido y enfurecido por los pasillos de los juzgados de Barcelona. Su mente repetía una y otra vez todo lo sucedido en la sala, cómo Damien había echado por tierra todos sus argumentos y cómo la jueza, seria y enfadada, la había humillado hasta verse obligada a pedir perdón a ese maldito patán. ¡¿Por qué demonios le pasaba todo esto, joder?! «¡No quiero volver a encontrarme a ese desgraciado en mi vida!», pensó con rabia mientras apretaba el paso.

De repente, una mano grande y fuerte agarró de nuevo su brazo y la hizo detenerse con bastante brusquedad. «Por favor, que no sea él...», pensó, al borde del llanto.

—Eh, espera... ¿Dónde vas con tanta prisa? —dijo su inconfundible voz.

«Mierda...», se quejó Yolanda, que se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Espera, espera, solo quiero hablar contigo...

—Y yo no quiero hacerlo —masculló Yolanda entre dientes.

Escuchó una risita irritable a sus espaldas que le tensó toda la columna de punta a punta. Apretó los dientes con fuerza.

—Tu compi se ha ido sin esperarte, ¿eh? Veo que hoy has enfadado a unas cuantas personas, *Yo!* —comentó Damien con tono irónico.

Yolanda se giró hacia él echando humo por las orejas. Entonces se percató de que sus irresistibles ojos azules estaban mirando hacia todas partes, como si estuviesen buscando algo. Quizás a Silvia.

—¿Qué coño quieres? —gruñó Yolanda de malas maneras.

Él sonrió.

—Cuida esas palabras, ¿no te han dicho ya hoy que debes controlar tus modales y bajar de las nubes? ¿Cómo fue...? Ah, sí: «Esa falta de visión puede provocar una caída a nivel profesional de la que difícilmente se recuperaría».

Entonces Damien estalló en carcajadas. Yolanda contuvo el impulso de darle un puñetazo.

—Mira, cretino —murmuró con rabia, acercándose a él y apuntándole a la cara con el dedo—, la única razón por la que has podido humillarme en público ha sido porque no conocía tu forma de trabajar. Deberías saber que...

—¿Mi forma de trabajar? —interrumpió él con sorpresa—. No, querida, te has humillado tú por no ser sincera. Yo venía hoy a un juicio en el que, según mi nuevo

socio, ya se había confirmado la elaboración por ambas partes de un nuevo convenio. Y, cuando comienza el juicio, me encuentro con que la parte contraria, ¡tú!, se me echa encima como si fuese una leona buscando qué comer. No entiendo a qué ha venido todo eso. ¿Qué pretendías acusando de esa forma, sabiendo que el pacto ya estaba hecho entre las partes? Te has hundido tú solita, *Yo!*

Yolanda tuvo el fuerte impulso de cruzarle la cara... pero se perdió, de repente, en el mar profundo de aquellos ojos azules que la contemplaban con diversión. Su corazón se detuvo de golpe; una vez más, sus manos comenzaron a temblar, y su mente se fue a divagar a un universo muy muy lejos de aquel lugar.

Damien soltó una risita.

—¿Te he dejado sin argumentos? —se rio de nuevo—. Escucha, no ha sido mi intención echarte por tierra como profesional —se disculpó, en esta ocasión, con un tono real de arrepentimiento—, pero no tendrías que habernos atacado de esa forma cuando el pacto ya está más que hablado y cerrado. Solo quiero decirte que me ha gustado competir contra ti. Esperaré con ansias el siguiente juicio para ver cómo te desenvuelves cuando no te dejas llevar por la ira... que, sinceramente, no sé a qué viene. —Yolanda apretó los puños ante esas palabras. Sin embargo, Damien sonrió, esta vez de forma sincera—. Vamos, te invito a un café —comentó—. Aquí al lado hay un bar que me gusta mucho, ponen un café con unas galletitas riquísimas.

Yolanda parpadeó, totalmente desarmada ante sus palabras. Sus ojos se posaron sobre la sonrisa de Damien, que ahora la contemplaba con expresión amable y con una leve sonrisa que a ella se le antojaba malditamente seductora. Varias personas, entre ellas abogados y sus representados, pasaban a su lado para dirigirse a otras secciones... pero ella solo tenía ojos para él.

Sin poder evitarlo, se imaginó yendo con él al bar, tomando juntos un café como viejos colegas, charlando de cosas banales, contándose sus vidas... y sintió un tremendo retortijón en el estómago. Nadie mejor que ella sabía el peligro que eso conllevaba...

Yolanda retrocedió un paso de forma inconsciente.

—¿Qué te hace pensar que quiero tomarme nada contigo? —respondió con mayor brusquedad de la que pretendía—. Tú y yo hemos sido partes contrarias en un juicio, Damien, nada más. ¡Nada más! Y te juro por Dios, por Alá, por Yoda, por los *Teletubbies*, o por quien sea que tú reces, que, como vuelvas a ser mi parte contraria en otro juicio, voy a aplastarte como una maldita mosca hasta no dejar nada de ti.

Damien deshizo su sonrisa y adoptó, en esta ocasión, un gesto altivo.

—No me desafíes, Yolanda... —murmuró con una maldita voz muy sugerente y

provocativa—, o te tragarás tus palabras en un futuro.

Yolanda se obligó a no pensar en nada pervertido. Él alzó una mano en señal de despedida y, en silencio, dio unos pasos y rebasó a Yolanda para marcharse. Antes de irse, no obstante, y sin dar media vuelta, giró la cabeza unos milímetros y alzó la voz:

—Soy muy bueno en mi trabajo, Yolanda —añadió él—. El día en que tú misma me demuestres que eres buena en el tuyo, empezaré a tener miedo de esas palabras de niña maleducada. Hasta entonces... que pases un buen día. Yo sí voy a por mí café.

Yolanda apretó los puños con rabia desmedida. Se giró para ver la espalda de Damien marcharse por el largo pasillo de los juzgados. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal y titánico para conseguir que aquellas lágrimas de humillación y de furia que sentía arder en el vértice de sus párpados se mantuvieran bien a raya.

Soltó un gruñido por lo bajo y sacó su móvil. Mandó dos rápidos wasaps. El primero, para Silvia, decía lo siguiente: «Siento mucho lo ocurrido en juicio, Silvia. Te prometo que no volverá a suceder. Te veré esta tarde en la oficina».

El segundo lo mandó en un grupo de WhatsApp que tenía por nombre «El club de las Cierrabares», y decía lo siguiente: «Chicas... os necesito. ¿Vamos este finde a una disco a quemar la pista? Necesito desahogarme... y tal vez follarme a un *buenorro* que me quite las penas».

Después de recibir muchos «ok», y «¡claro!» como respuesta, Yolanda se guardó el móvil y comenzó a caminar a toda velocidad por el pasillo. En su mente solo había cabida para el rostro de ese maldito desgraciado humillándola una y otra vez.

Ella no podía saber que Damien se había ocultado tras unas columnas cercanas. La vio marchar hecha un huracán embravecido, incapaz de ocultar un suspiro de incomodidad y un deseo interior por llegar hasta esa fierecilla indomable.

Capítulo 8

Yolanda, sentada en una de las mesas del lateral del local, le dio un largo y bien merecido trago a su cubata de ron y cola. Levantó la cabeza hacia el techo de la disco para disfrutar de la agradable y ardiente sensación que descendió por su garganta y que encendió su pecho. Se atusó con gesto distraído su melena castaña, suelta hasta media espalda, y posó una mirada seria en la pista de baile.

Lucía uno de los vestidos que solía utilizar las noches en las que podía surgir algo: un traje rojo de tubo palabra de honor que realzaba su pecho. Se había maquillado a conciencia, pero de forma que pareciese natural. El último toque provocativo lo conseguían sus tacones negros, que la hacían cinco centímetros más alta de lo normal, y su mirada sensual.

Con el pelo revuelto y el rostro rojo de tanto beber y bailar, su mejor amiga Mar salió de la pista riéndose a carcajadas y se acercó a ella.

—¡Yol, ven! —gritó a diez decibelios más alto que de costumbre—. ¡Vamos, baila con nosotras, no seas muermo! —Su media melena negra cayó por delante de sus hombros y le guiñó su ojo derecho con coqueteo y persuasión.

Yolanda negó con la cabeza.

—Los pies me están matando —mintió con una leve sonrisa de disculpa mostrándole los tacones—. Ve y diviértete con las chicas, yo iré un poco más tarde, ¿vale? Solo necesito descansar un poco.

Mar suspiró.

—Vaaaaaale —respondió, molesta—. ¡No tardes!

Yolanda vio a Mar encaminarse hacia el grupo de las Cierrabares.

Eran ya casi las tres y media de la madrugada, pero aquello no era ningún impedimento para que la discoteca Luz de luna estuviese a rebosar y con la música *techno* a todo volumen. Siendo sábado, era absolutamente normal.

La pista se iluminaba a intervalos gracias a los intensos focos de luz que iban y venían entre la gente y que estaban comenzando a marear a Yolanda. Los gritos eran insoportables, y el nivel de la música era tan intenso que empezaba a notar una intensa punzada de dolor en la sien. Cogió su cubata para darle un trago, pero no llegó a beberlo. Un joven, de unos veinticinco años como mucho, se acercó a ella dando traspiés y con un evidente tufo a alcohol que le provocaron arcadas.

—¡Ey, guapa!, ¿quieres bailar? —le preguntó. O, más bien, gritó.

Se hizo a un lado a tiempo de esquivar parte del contenido del cubata del chico que, debido a su inestabilidad, había salido del vaso y se había precipitado sobre ella. Apretó los labios y observó que, pese a su mal estado, lo cierto es que era bastante mono. Llevaba pantalones negros ceñidos, y una camisa de botones verde clara semiabierta que mostraba ligeramente sus desarrollados pectorales. Su cabello era corto, negro y estaba revuelto, y sus grandes ojos claros estaban enrojecidos a consecuencia de la borrachera que llevaba encima.

—Chico, búscate a una de tu edad —le cortó con un sentimiento de desagrado en su interior—. Unos años más y podría ser tu madre...

Él pareció ofenderse por su rechazo y adquirió un gesto enfadado.

—Mi madre, que tú podrías ser mi madre... ¡qué gilipollas eres! Pues tú te lo pierdes...

Yolanda forzó una sonrisa tirante.

—Seguro que sí. Anda, camina, que me tapas la pista.

Ella no pudo contener la risa cuando el chico, que se había marchado despotricando en voz alta y con la cara todavía más roja, se tropezó con otro chico que se cruzó en su camino, cayó de espaldas y se echó toda la bebida encima.

Sin embargo, dejó de reír casi al instante y bajó la mirada, a medio camino entre el enfado y la desesperación. Porque, sin poder evitarlo y sin saber el motivo, ese chico le había hecho pensar en Damien. Tal vez por sus ojos, tal vez por el color de su cabello... Yolanda no entendía por qué, pero, mientras lo veía marchar maldiciéndola en voz baja, se encontró inmersa en sus pensamientos. Se perdió en el precioso color de ojos de Damien. En su perfecto cabello. En su voz, varonil y segura, y, a la vez, delicada y humilde. Su rostro angelical pero firme. Sus brazos, gruesos y bien trabajados. Incluso en su sonrisa altiva.

Damien. Damien. Damien. ¡Damien!

Apretó los puños, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¡Para ya, Yolanda! —se riñó a sí misma con rudeza—. ¿Qué narices te pasa? ¡Deja ya de pensar en él de una puta vez!

Cansada de las vueltas de su mente, le dio el último trago a su cubata y decidió aceptar la invitación de Mar de ir a la pista con ellas.

El club de las Cierrabares no estaba completo ese día. De hecho, ese día el grupo estaba con más bajas que de costumbre. A pesar de que todas le habían dicho que sí a la idea de ir de disco cuando lo mencionó por WhatsApp tras el desastroso juicio, varios días atrás, la mayoría había puesto excusas esa misma tarde echándose para atrás.

Por ello, esa noche solo habían quedado Mar, Arancha —que, gracias a Dios, no

tuvo turno en el hospital—, Inma y ella misma. Por suerte para todas ellas, Mar había decido invitar a la primera ronda esa noche. Y a la segunda, y a la tercera... Y, por supuesto, ninguna puso objeciones al respecto.

—¡¡Por fin!! —aplaudió Mar con ganas, todavía más roja que antes.

Sin añadir nada más, comenzó a bailar a su alrededor, casi como si fuese un ave cortejando a su posible pareja. Yolanda no pudo contener la risa al ver que el largo y sencillo traje negro de su amiga, con un escote humilde en forma de barco, se elevaba del suelo y volaba en círculos a su alrededor.

—¡Esto está lleno de presas muy apetitosas! —exclamó Inma y sus ojos verdes brillaron con una evidente expresión de entusiasmo.

Su corto, rizado y moreno cabello brilló con intensidad adquiriendo tonos azules cuando varios focos se movieron hacia ella. Inma aprovechó esa llamada inesperada de atención e hizo un movimiento rápido y aparatoso intentando seguir el compás de la música, de forma que su corto pero volátil vestido celeste se movió con ella y dejó ver sus largas piernas. Tuvo que agarrarse a Arancha para no caer, y, sin poder evitarlo, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reírse con estridencia.

Arancha luchó contra su inestabilidad unos pocos segundos antes de contemplarla con críticos ojos castaños.

—Cariño, te vas a caer. ¡Ten cuidado! —se quejó, observando, a su alrededor, las risas de varios adolescentes—. Estás haciendo el ridículo...

Yolanda se acercó a ella y acarició su cabeza con intensidad, consiguiendo, así, desordenar su liso y bien cuidado cabello de color caoba que caía hasta la mitad de su espalda.

Arancha soltó un quejido de rabia y separó su cabeza de Yolanda con una expresión asesina. Se arregló como pudo el cabello intentando peinarlo con sus dedos, y tras esto, de forma totalmente inconsciente, se recolocó su traje dorado, de brillantes, con forma de tubo, que le llegaba hasta las rodillas. Usaba un escote en pico y tenía mangas largas hasta las muñecas formadas por tres capas.

—Cielo, estás preciosa —le dijo Yol—. ¡Deja de manosearte!

Mar se acercó a Yol, la agarró de las manos y, con violencia, la obligó a bailar con ella un par de compases ante las risitas de Arancha e Inma.

—¡Muévete, corazón!

Durante un buen rato, solo se dedicaron a reír, a bailar y a gritar tonterías absurdas que arrancaron más de una carcajada de varios chicos que pasaron cerca de ellas. Pero gracias a estas locuras, Yolanda consiguió, al fin, sacarse el nombre y el cuerpo celestial de Damien de la cabeza. Y comenzó a pasárselo bien.

—¡¡Ey, guapa!!

El grupo miró hacia la derecha. Allí, un hombre de unos treinta y pocos años se acercaba hacia ellas con una sonrisa pícara y sensual.

Yolanda lo estudió de arriba abajo. Era del montón. Del montón bajo, para ser sinceros. Sus ojos eran castaños y su cabello medio largo, rubio oscuro y ondulado. Tenía una barba de varios días mal cuidada que le hacía perder mucho. Además, vestía con ropa de adolescente que le hacía parecer, más que un hombre, un niño de pueblo.

Observó a las integrantes del club de las Cierrabares... y, de repente, se giró hacia Inma con una leve sonrisa seductora.

—Hola, guapa... ¿Quieres bailar conmigo?

Inma hizo caso omiso a las expresiones de desagrado de sus amigas y se acercó unos pasos a él.

—¡Hola! —exclamó ella—. ¿Qué tal la noche?

Para Yolanda no pasó desapercibido el matiz esperanzado y soñador que mostraban los ojos de su amiga, ese que siempre usaba cuando le hablaba de novelas de *highlanders*. Y también sintió un nudo de preocupación en su estómago al observar a ese hombre que no le gustó nada en absoluto.

Y, rauda y veloz, acudió a su encuentro y se puso delante de ella.

—Esta preciosidad de aquí es *mi chica* —recalcó con enorme tirantez—. Tú búscate a otra, chato —le cortó con sequedad y mucha mala hostia.

—Oye, Yol, que yo no... —empezó Inma a su espalda.

Yolanda la forzó a quedarse tras ella con mucha brusquedad. Se giró hacia Inma y, enfadada, le susurró:

—Quédate quieta y no me toques las narices, Inma. ¡Déjame esto a mí!

Inma adoptó un gesto triste.

—Pero...

Él miró a Yolanda de arriba abajo.

—No estoy hablando contigo, *flor* —se burló con una sonrisa de altivez—. Si quisiera enrollarme con una madurita me iría a un asilo, no a una discoteca un sábado por la noche.

Aquella simple respuesta le sirvió a Yolanda para saber, de inmediato, por qué había sentido ese rechazo: ese tío solo buscaba a alguien a quien tirarse, y no iba a permitir que se aprovechara de Inma.

«Serás hipócrita... —la increpó una voz en su mente— ¡Tú has hecho lo mismo con otros chicos muchísimas veces!».

Sacudió la cabeza y volvió al presente con brusquedad.

—Mira, tío —intimidó Yolanda con fiereza—, o te largas o te largo. No me toques más las narices, o te juro que te dejo sin dientes. Conozco a una dentista muy buena que te haría precio por arreglártelos después...

Él enarcó una ceja.

—¿Eres su madre, o qué? —masculló.

Yolanda se acercó un paso más con una expresión tan amenazadora que sorprendió a sus tres amigas. Él pareció percibir su ira, porque retrocedió un par de pasos.

—No, soy su abogada —informó con increíble hostilidad—. Y a menos que quieras tener un problema muy serio conmigo, te aconsejo que te des la vuelta y te largues por donde has venido. ¡Arreando, que es gerundio!

El hombre la estudió de arriba abajo con una expresión a medio camino entre el enojo y una ligera intimidación, y, tras soltar una carcajada que solo sirvió para potenciar más el mal humor de Yolanda, dio media vuelta y se marchó... no sin antes despedirse con un seco:

—El mar está lleno de peces. Bajad esos humos, ¡bolleras!

—¡Gilipollas! —exclamó Yolanda—. ¡¡Y aféitate!!

Inma, Arancha y Mar intercambiaron sendas miradas de desconcierto a sus espaldas de las que ella no fue consciente. Comprobaron, cada vez más confusas, que su amiga respiraba con mucha ira, y que sus puños estaban cerrados con mucha fuerza a sus costados.

Mar dio varios pasos cautelosos hacia Yolanda y le puso una mano en el hombro en un intento de tranquilizarla un poco.

—Ehhh... Yolanda, ¿estás... bien?

Ella se giró y abrió la boca para responder algo de mala manera, pero no fue su voz la que le dio respuesta a Mar.

En su lugar, una inconfundible voz varonil respondió por ella:

—Algo me dice que ha pasado una mala semana...

Yolanda abrió los ojos en redondo. Se giró a la izquierda y descubrió, sorprendida, que Damien estaba allí, sonriendo divertido y mostrando aquellos dientes blancos y perfectos.

Yolanda vio que se había vestido con unos vaqueros oscuros, además de una camisa de botones blanca. Algunos de estos, desabrochados, mostraban sus pectorales bien definidos, húmedos y brillantes a causa de los focos y el sudor. Su cabello, corto, rebelde y canoso, también estaba mojado en la zona de la frente, las

mejillas y la nuca. Sin embargo, lejos de afearlo... lo hacía todavía más sexy, si es que era posible.

«Yolanda, por favor... No pienses más tonterías», se dijo a sí misma.

—Oh, vaya... Buenas noches, Damien —saludó Mar con una expresión picarona—. Qué inesperada sorpresa verte por aquí...

Algo en el tono sugerente de Mar hizo que Yolanda se girase hacia ella. Una rápida y desagradable sospecha surcó sus pensamientos.

—No me jodas, Mar. ¡¿Le has dicho tú que viniera?! —Ante su silencio, Yolanda apretó los puños con rabia y con un nudo en la garganta tan irritante que se trabó al hablar de nuevo—. ¡¿Cómo... cómo se te ocurre...?! ¡MAR! —gritó con rabia.

Arancha miró a su alrededor con intensidad, pero Yolanda, Mar e Inma, tan centradas en lo que pasaba ahora mismo, no se percataron de ello.

Damien alzó las manos con pose apaciguadora.

—Eh, eh, tranquila... No quisiera enfadarte otra vez. Por lo que he visto, das verdadero miedo cuando te peleas con alguien...

Yolanda se le echó encima.

—Tú no sabes nada —se quejó, al borde del llanto—. ¡Nada! ¡¿Qué demonios haces aquí, si puede saberse?! —

Damien sonrió con culpabilidad y llevó la vista hacia la barra. Las chicas siguieron la dirección de su mirada de golpe. Allí, un hombre estaba sentado en una de las sillas, con la cabeza dejada caer sobre ella, los brazos cruzados bajo su cara y, a juzgar por el movimiento que hacían sus hombros, llorando con gran intensidad. Media docena de vasos vacíos estaban a su lado, sobre la barra de la discoteca. Desde esa distancia, solo pudieron distinguir que, a diferencia de Damien, este vestía con pantalones negros de traje y una camisa pulcra de color celeste.

Yolanda se giró hacia Damien.

—¿Es tu colega? —su voz sonó más calmada—. ¿Está llorando?

—¿Es Marc? —intervino Arancha de repente. Todos la miraron—. ¿El que siempre va contigo al bar?

Damien asintió.

—Sí, es Marc.

Arancha contempló a Damien en silencio unos minutos, y luego posó una mirada muy preocupada sobre Marc. Mientras tanto, Yolanda no le quitó los ojos de encima a Damien ni un solo minuto. Inma se acercó un paso hacia ellos y preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Podemos... ayudar en algo?

Damien se encogió de hombros con auténtica expresión de preocupación.

—No, pero muchas gracias. Yo me ocupo de él, estoy acostumbrado...

Arancha lo miró de nuevo antes de preguntar:

—¿Suele ponerse así a menudo?

Damien se mordió el labio inferior.

—A veces... De verdad, no os preocupéis por él, está lidiando con fantasmas del pasado que atormentan su mente.

«Vaya, qué poeta»; pensó Yolanda.

Mar miró fijamente a Arancha y a Yolanda durante un largo tiempo, comprendiendo, mentalmente, muchísimas cosas. Y, de repente, cogió del brazo a Inma y comenzó a *sentirse mal*.

—Amor, creo que he bebido demasiado. Estoy algo mareada... ¿Por qué no le haces el enorme favor a tu amiga de llevarla a casa?

Inma soltó un bufido de disgusto y respondió:

—¡No tengo ganas de irme todavía!

Damien se rio interiormente al ver que Mar le daba una pequeña patada a Inma de la que ni Arancha, demasiado preocupada por Marc, ni Yolanda, que no apartaba los ojos de él, se percataron.

Inma se quejó de nuevo.

—¡Venga, Inma! No irás a negarle este favorcillo a la que os ha estado invitado a bebidas toooda la noche, ¿verdad, chiqui? ¡Sería de muy mal gusto! —insistió Mar.

Inma gruñó por lo bajo, pero finalmente asintió. Ambas se despidieron de Yolanda, Arancha y Damien y comenzaron a alejarse por la pista de baile para a perderse entre los focos de luz y las personas.

—Tienes una amiga muy peculiar... —comentó Damien, observando el lugar por donde Mar se había alejado casi arrastrando a Inma.

Yolanda se encogió de hombros.

—Y muy bocazas...

Un intenso silencio se hizo entre los tres durante varios minutos. Fue tan tenso que todos se sintieron incómodos, y tan largo que comenzaron a suspirar, casi sin poder controlarlo. Finalmente, Arancha habló:

—Voy a ir con él, a ver si consigo calmarlo un poco.

Damien se mordió el labio de nuevo, algo inseguro.

—No sé yo si...

—¡Hasta luego! —Sin más, Arancha se despidió y salió corriendo hacia él.

Yolanda vio la espalda de su amiga alejarse a toda velocidad, interiormente asustada por tener que quedarse a solas con Damien.

Él, en cambio, sonrió con enorme seguridad y le señaló con la cabeza un lugar alejado del bullicio.

—Ven, aquí hay demasiado ruido.

Yolanda iba a negarse, pero algo en el tono masculino y seductor de su voz y en sus ojos le prohibieron hacerlo. Con el corazón a mil por hora y la respiración bastante alterada, siguió a Damien por detrás... incapaz de apartar la mirada de aquel culito tan redondeado y en su sitio.

Damien la llevó, sin saberlo, a la misma mesa que ella había estado ocupando con sus amigas antes de que todo aquello pasara. Esperó a que ella se sentase antes de decir:

—¿Qué quieres beber? Invito yo.

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias, tengo que volver en coche. Ya me he tomado un cubata, no es plan de ponerme piripi y que me pare la policía. ¿Qué iba a decirle al juez?

Damien se rio y se sentó a su izquierda.

—Yo seré tu abogado para cualquier problema que te surja, te lo prometo —dijo guiñándole un ojo—. Y soy muy bueno...

Se mantuvieron unos largos y tensos minutos en silencio.

Resultaba muy evidente en ambos los nervios a flor de piel, así como el tono de sus mejillas, ahora ligeramente más sonrosado. Además, parecían incapaces de mirarse o de decir ni una sola palabra.

Yolanda, inconscientemente, miró a Arancha, que, sentada junto a Marc, intentaba hablar con él. Este, en cambio, había apartado la cara.

—Oye, Yolanda... —musitó Damien de repente. Ella lo miró—. Siento lo que te dije el otro día en los juzgados. Creo que me pasé un poco contigo, no debí decirte aquellas cosas. Lo siento mucho.

Yolanda abrió los ojos, sorprendida ante esas palabras.

—Tranquilo... —susurró.

Damien la miró con curiosidad.

—¿A qué vino lo de antes?

—¿El qué? —preguntó ella.

Él señaló la pista de baile con la cabeza.

—Pues... a todo lo que le dijiste a ese tío —explicó—. Parecías una leona hambrienta...

Yolanda suspiró y se dejó caer sobre el respaldo del cómodo sillón negro.

—Tú no conoces a Inma... —suspiró. Lo miró con preocupación—. Esa chica tiene

la mente en las nubes, es muy enamoradiza y piensa que esas novelas en las que el hombre lucha por la mujer hasta el final son reales. Si se le acerca un tío que esté bueno y le dice una cursilería estúpida para llevársela a la cama, ella pensará que quiere pedirle en matrimonio y le creerá. Y no voy a permitir que nadie la utilice...

Damien la estudió con una sonrisa durante unos minutos.

—Así que la proteges de tíos como yo —bromeó riéndose.

Yolanda lo miró y se rio.

—Sobre todo de tíos como tú —le siguió el juego. Suspiró y borró su sonrisa—. No sé, ese niñato de antes me ha dado muy mala espina, me ha puesto nerviosa. No podía permitir que se fuese con él...

De nuevo, silencio.

—Eres...

Yolanda se interrumpió a sí misma poco después de abrir la boca.

Él la miró.

—Soy... ¿qué? —inquirió con curiosidad.

Ella lo miró e, incapaz de contenerse, terminó la frase:

—Eres un buen abogado.

Damien abrió los ojos con sorpresa, y Yolanda apartó la mirada.

«Maldita sea, Yolanda, ¿qué te pasa? ¡Aléjalo de ti, vamos!», se dijo.

Él le guiñó un ojo de nuevo.

—Estoy convencido de que tú también lo eres, solo que aún no me lo has demostrado. No sé si coincidiremos como contrarios en otro juicio, pero... sé que va a ser divertido ser tu oponente en otra ocasión.

Yolanda se rio.

—No te lo pondré tan fácil.

—¡Eso espero! El del jueves fue pan comido, me regalaste la victoria.

Ella sintió una punzada de ira en su corazón, pero la controló.

—Ya, bueno... tuve un mal día. Cierta zoquete sin cabeza me hizo perder el polvo mañanero y me jodió a base de bien. La próxima vez no será así.

Damien se rio.

—¿No te haré perder el polvo?

—No... Que la próxima vez te aplastaré yo a ti.

Se quedaron de nuevo en silencio.

Damien sonrió y abrió la boca para decir algo, cuando un fuerte grito amenazante y varios chillidos de sorpresa lo interrumpieron. Ambos se giraron a la vez hacia la barra... y, cuando vieron lo que sucedía, Damien endureció la mirada, se incorporó de

golpe y salió corriendo, dejando a Yolanda allí plantada. Se incorporó, preocupada y asustada.

Un hombre joven, de unos treinta años, había tumbado a Marc de un buen puñetazo. Arancha, entre sollozos y súplicas, le pedía que parase mientras este, que no escuchaba, trataba de lanzarse otra vez sobre él. Yolanda se puso en pie y corrió también hacia ellos.

—¡Desgraciado! —rugía el hombre—. ¡¿Cómo te atreves a hablarle así a una dama?! ¡¡Discúlpate, imbécil!!

Damien apartó a Arancha con rapidez y se interpuso entre ambos. Con sus fuertes brazos y su expresión cargada de ira, agarró a ese hombre y lo obligó, poco a poco, a retroceder para alejarlo de Marc.

Arancha se agachó sobre Marc, que estaba desorientado en el suelo. Tenía el pelo negro y canoso ligeramente revuelto, y sus ojos, de color castaño claro, estaban enrojecidos de tanto llorar.

—No te conviene hacer esto, amigo... —amenazó Damien con un temple que sorprendió a Yolanda—. Si quieres acabar bien la noche, te aconsejo que invites a este caballero y a esta dama a una copa de disculpa y pidas perdón.

El aludido abrió los ojos con sorpresa.

—¡¿Perdona?! —estalló—. ¡Ese desgraciado ha llamado «puta» a esa chica de ahí! ¡Sí, a esa que esta agachada a su lado! ¡Y luego le ha dicho que es una zorra desalmada y sin escrúpulos, sin venir a cuento!! Quien tiene que disculparse es él, *amigo*... —ironizó.

—No sabe lo que dice... sus palabras no iban por mí. Me estaba hablando de otra persona —sollozó Arancha.

Damien miró ligeramente a Marc y a Arancha, suspiró, soltó al chico y le sonrió con marcado esfuerzo.

—Mi amigo está borracho. MUY borracho. Y, cuando está así, dice muchas gilipolleces que no piensa. —Yolanda se desconcertó ante el cambio de parecer de Damien—. Mira, hagamos algo: te invito a una copa de lo que sea que estés bebiendo y hacemos como que aquí no ha pasado nada. ¿Te parece bien?

El hombre adquirió un gesto tenso.

—A mí y a todos mis colegas —rebatía con una sonrisa maliciosa.

Yolanda se cruzó de brazos e intervino:

—Eh, no te aproveches de él, que no...

—Por supuesto —la interrumpió Damien. Se giró hacia la barra y gritó—: ¡Camarero, ponga una nueva ronda a todos estos caballeros!

—¡Marchando! —gritó.

Damien pagó al camarero, le tendió la mano con fuerza a ese joven y se giró hacia Yolanda.

—Yolanda... ¿podrías llevarnos a casa de Marc, por favor? Está demasiado borracho para conducir, y yo... prefiero no conducir y ocuparme de él.

Yolanda asintió de inmediato.

—Sí, claro...

Arancha se puso de pie y se frotó los ojos.

—Os acompaño —dijo de golpe.

Damien iba a agacharse para levantar a su amigo, pero Arancha fue más rápida que él y lo puso en pie con marcado esfuerzo.

—Está bien... vayámonos. No quiero más problemas esta noche... —musitó Damien encogiéndose hombros.

Y, así, salieron de la discoteca, Arancha y Damien arrastrando a Marc por los brazos y Yolanda contemplando a Damien por la espalda, todavía sorprendida por cómo había evitado una nueva pelea... porque sabía que ella, con su carácter, habría provocado que aquellos dos hombres acabasen a puñetazo limpio.

Capítulo 9

Yolanda abrió la puerta de su característico Mini Cooper azul metalizado y, con gesto severo y taciturno, los dejó pasar.

Su exterior intentaba, por todos los medios, no dar muestras del mal humor y del enfado que se había adueñado de su estómago. Aun así, la expresión incómoda de Damien cuando forzó a su amigo a entrar en el coche, y el semblante medio enfadado de su mejor amiga Arancha mirándola a los ojos, le hicieron comprender que había fracasado estrepitosamente en el intento.

—Lo siento... —se disculpó Damien con una leve inclinación de cabeza.

Ella negó con la cabeza.

—No importa...

Cuando iba a cerrar la puerta tras Marc, su amiga la agarró de improviso del brazo para detenerla. Yolanda se giró hacia ella, desconcertada.

—¿Qué...?

—Yo iré detrás con ellos —la cortó Arancha con ojos preocupados—. Marc está muy mal, ayudaré a Damien con él...

Esta se encogió de hombros y asintió. A pesar de que el pueblo era realmente pequeño... Yolanda nunca había sentido tantísima distancia entre dos puntos tan cercanos. La incomodidad era palpable, la tensión apabullante... y el silencio aplastante. Se sentía como si estuviese rodeada de leones hambrientos y, al mismo tiempo, como si no tuviese escapatoria. Dios, ¿cómo era posible que un viaje en coche de apenas quince o veinte minutos pudiera parecer tan endemoniadamente largo?

«Esto va a ser divertido...», pensó para sí misma.

—No vayas muy deprisa, por favor... —suplicó Damien.

La voz tensa, preocupada y madura de Arancha rompió el incómodo silencio que se había formado entre los tres.

—¿Siempre bebe de esta forma? O... ¿le ha pasado algo?

Yolanda apreció con marcado interés, a través el espejo retrovisor, cómo Damien —siempre seguro de sí mismo y sonriente—, desviaba la mirada con nerviosismo, incomodidad e inseguridad. «Esto es nuevo...», se dijo ella.

—¿Problemas en el paraíso, jefe? —insinuó Yolanda con curiosidad.

Arancha la observó desde atrás con el ceño fruncido y expresión severa. Ante esto, Yolanda suspiró con la pesadez que sentía cuando su madre le reñía, se agarró al

volante con fuerza y posó la vista en el frente.

Damien se retorció las manos sobre su regazo antes de responder.

—Es... una historia muy larga y personal. Yo no debería...

Arancha alargó su brazo hacia él y posó su mano sobre sus puños cerrados para detenerlo. Le sonrió con delicadeza antes de contestar:

—No te preocupes, no hace falta que cuentes nada.

Él sonrió a Arancha con timidez... y Yolanda sintió, ante esto, una patada en el estómago que le hizo apretar los labios con fuerza y sentir unas poderosas ganas de vomitar subiendo desde su estómago. Incluso sintió el sabor amargo de su última copa ascendiendo por el esófago. Sonrió con esfuerzo, intentando hacer desaparecer esa desagradable sensación.

—Bueno, Damien... —masculló con tono enojado—. Cuéntame, ¿qué tal te va en tu nuevo bufete? ¿Algún caso pendiente en el que podamos enfrentarnos para que te aplaste como a una cucaracha? —«¿Por qué rayos estás tan enfadada, Yol? ¡Serénate!» se reprendió.

—Yol... —advirtió Arancha.

Sorprendido por ese cambio tan repentino e inesperado de actitud y de conversación, Damien levantó la mirada y lanzó una expresión desconcertada y desorientada hacia el espejo retrovisor.

Damien le hizo un ademán con la mano a Arancha y sonrió. Yolanda apreció que ya había recuperado su sonrisa altiva y pendenciera. Algo en su interior se relajó de golpe. Recibir su atención, aunque fuese de esa forma, le hizo sentir, repentinamente, mucho mejor.

—¿No le parece que este no es un buen momento para discutir nuestras aptitudes profesionales, letrada? Mi mejor amigo está en malas condiciones, ¿no debería preocuparse más por su bienestar que por ganar el caso?

Arancha abrió los ojos, sorprendida ante esa respuesta tan profesional y atractiva, y Yolanda, igual de atónita que ella, volvió a fruncir el ceño y guardó silencio, incómoda y cada vez más enfadada.

Damien sonrió con petulancia.

—Estas son justamente las provocaciones sinsentido que pueden hacerle perder un caso, letrada —añadió, continuando con su tono profesional—. Estás acelerando... Yolanda, por favor, echa un poco el freno. Marc no se encuentra demasiado bien...

Ella guardó silencio cuando Damien volvió a recuperar su tono amistoso. Pero era cierto que estaba aumentando la velocidad... así pues, menguó un poco y trató de relajarse en la medida de lo posible.

Aun así, el resto del trayecto no fue mucho mejor.

Yolanda se dedicó a mirar de vez en cuando por el retrovisor. Podía observar a Damien en el asiento que estaba justo detrás de ella, a Arancha junto a la otra puerta y a Marc, pálido como la cera, con la mirada perdida y moviéndose de adelante hacia atrás como un pato mareado.

Su interior clamaba a los cielos para que llegasen a su destino de una maldita vez... pero su corazón, en contraposición, le pedía alargar el tiempo todo lo posible. Aquella mezcla de contradicciones estaba haciendo enloquecer a Yolanda cada vez más... Frenó en un semáforo en rojo.

Y, al mirar de nuevo por el retrovisor, apretó con fuerza el volante al apreciar que Marc se llevaba una mano a la boca para contener una arcada.

—¡Aquí no, tío! ¡¡Sal fuera!! —chilló, conmocionada.

Salió del coche a toda velocidad, lo bordeó y se apresuró a abrir la puerta por donde estaba Damien para que Marc saliese fuera a echar todo el contenido de su estómago... pero no llegó a tiempo. El inconfundible y repugnante sonido del vómito llegó hasta sus oídos.

Yolanda abrió los ojos con horror. Y, temiéndose lo peor, se asomó al interior con un nudo en el estómago.

—¡Lo siento muchísimo, Yolanda! —exclamó Damien muy apurado.

Ella apretó los puños con inusitado enojo al apreciar el desastre que había originado encima de la palanca de cambios, en la parte delantera del coche y en la parte trasera de ambos asientos.

Antes de que pudiera decir absolutamente nada, Arancha se le adelantó:

—Tranquilo, Damien, no pasa nada. Es normal que una persona vomite en su estado actual... Además, esto puede hacer que su resaca disminuya un poco. Yolanda, ¿tienes un poco de agua? Le vendrá bien.

Arancha salió del coche y la contempló con sus penetrantes ojos castaños cargados de antipatía y advertencia. «Qué bien me conoce, la tía», masculló Yolanda para sí. Sonrió con esfuerzo a la vez que Damien ayudaba a Marc a salir.

—Lo siento... no tengo agua, amiga mía —entornó los ojos y lanzó una fugaz mirada rabiosa a su mejor amiga—. No pasa nada por la vomitona, solo es mi coche... Y, además, tenía que lavarlo, de todas formas.

Damien se llevó la mano a la nuca y se inclinó un poco para disculparse en nombre de Marc, avergonzado y ligeramente abochornado.

Nada más poner un pie en la acera, Marc se dobló sobre sí mismo y vertió parte de lo que había bebido y comido aquella noche sobre la entrada de un parque para perros.

Arancha se acercó a él antes de que Damien tuviese la oportunidad de dar un solo paso, le apartó varios mechones negros y canosos de su frente para que no se los manchara y lo sostuvo en esa posición. Él, ajeno a todo lo que pasaba, volvió a vomitar.

Damien se giró hacia Yolanda con sus hipnóticos ojos azules cargados de pesar y arrepentimiento.

—De verdad que lo siento... —murmuró.

Yolanda no le respondió. Acababa de recordar dónde estaba. Frente a ellos había un parque para perros lleno de juegos y espacios abiertos para que pudieran explayarse y quemar toda la energía del día. Había colinas enormes, árboles más grandes que un edificio... y, en varios puntos repartidos del lugar, fuentes para que los perros y las personas pudieran hidratarse.

Ajena a la lúgubre mirada de angustia con la que Damien la contemplaba, Yolanda dio un par de pasos hacia Arancha y Marc, que estaba mucho más pálido que instantes antes.

—Arancha, en este parque hay fuentes de agua. ¿Quieres que...?

Su amiga ayudó a Marc a incorporarse, pasó su brazo derecho por detrás de su cabeza con vigor y decisión y contestó:

—No. Quedaos aquí, yo... yo me ocuparé de él. —Se giró hacia Damien, indecisa —. No te importa, ¿verdad?

Él la contempló en silencio unos largos segundos, a medio camino entre la sorpresa y la incomprensión más absoluta. Finalmente, se encogió de hombros.

—No, claro...

Arancha asintió y, poco a poco, se llevó a Marc al interior del parque.

El silencio tirante y pesado que se apoderó de ellos fue tan intenso que ambos se miraron a los ojos, serios y nerviosos.

—¿Damos... una vuelta por el parque? —sugirió Damien en un intento de apaciguar el ambiente.

Ella se encogió de hombros. Uno junto al otro, comenzaron a caminar muy despacio en mitad de una oscuridad, solo rota por las lejanas farolas repartidas por el parque que, siendo sinceros, apenas iluminaban el camino.

La tierra de los senderos estaba removida, seguramente a consecuencia de los perros que habían echado sus buenas carreras allí aquella misma tarde. Los árboles más altos y estrechos se mecían ligeramente, golpeados de vez en cuando por las corrientes de aire que azotaban y refrescaban el ambiente. Algún que otro grupo de amigos adolescentes se dispersaba por lo alto de las colinas, varios de ellos con

litronas de cerveza o cubatas en sus manos, estallando en atronadoras carcajadas contagiosas que hacían sonreír a Yolanda y a Damien. La verdad es que todo aquello sería maravilloso... si no fuera por el ruido de fondo de Marc vomitando.

Damien echó un rápido vistazo a Yolanda de reojo mientras comenzaban a ascender por una de las colinas.

—Siento mucho lo del coche... —se disculpó con un tono real de arrepentimiento —. Te pagaré la limpieza, ¿vale?

Ella apartó la mirada, abochornada e incómoda.

—No... no hace falta.

Seguía sin comprender por qué demonios tenía que sentirse tan frágil y tan poca cosa delante de Damien. ¡¿Por qué la hacía sentirse tan vulnerable y tan malditamente nerviosa?! Sentía la presión en su estómago ascender hasta su corazón. Notaba la falta de aire, percibía sus manos sudorosas temblequeando, como si fuese una niña pequeña. Y no era tonta, sabía lo que eso significaba... pero no quería sentirlo.

—Creo que a tu amiga le gusta mi amigo —comentó él, de repente.

Yolanda se encogió de hombros.

—Sí, yo también lo creo.

Se atrevió a mirar, al fin, a sus cautivadores y profundos ojos azules. La lejana tonalidad blanquecina de las farolas del parque ensombrecía su rostro y lo bañaba en tinieblas, y, además, potenciaba el color oscuro de sus ojos y su cabello. Aun así... seguía hipnotizándola con su aspecto varonil y su aroma a discoteca mezclada con colonia masculina.

—¿Puedo saber qué le pasa a tu amigo? —inquirió.

Yolanda apreció que Damien apartaba la mirada y volvía a ponerse incómodo. Notó su frente poblarse de sudor, cómo se mordía el labio inferior, cómo hacía todo lo posible por no mirarla a los ojos. Eso le hizo confirmar sus sospechas.

—O sea, que le pasa algo grave de verdad... —suspiró Yolanda comenzando a caminar de nuevo.

Durante unos minutos no comentaron nada más. Se dedicaron a ascender por aquella colina, alejándose de las carcajadas de aquellos chicos y de los desagradables sonidos que emitía Marc. Y, cuando estuvieron arriba del todo y contemplaron la ciudad, ambos sonrieron como tontos colegiales.

Desde esa altura podían apreciar todo el pueblo. Urbanizaciones de casas preciosas, algún que otro edificio, árboles repartidos por todas partes... incluso la poderosa negrura que los envolvía más allá, cuando las casas finalizaban y comenzaban kilómetros y kilómetros de carreteras. Yolanda había pasado mucho

tiempo allí... pero esas vistas tan bonitas siempre conseguían hacerla sentir mucho mejor. Cuando se hubo relajado un poco, se giró de nuevo hacia Damien.

—No estará casado, ¿verdad? —intentó adivinar.

Damien sonrió.

—No, no está casado.

Yolanda se mordió el labio inferior con expresión concentrada y meditó con mayor esfuerzo. Esto hizo reír a Damien. Fueron a sentarse a un banco de madera cercano para poder conversar con mayor tranquilidad.

—¿Tiene hijos? —inquirió, ella más asustada.

Damien negó con la cabeza.

—¿Un grano más grande que su cabeza en el culo?

Él se agarró el estómago, echó la cabeza hacia atrás y dejó soltar una enorme carcajada divertida. Luego, miró a Yolanda y sonrió.

—No lo vas a adivinar... —vaticinó.

Eso hizo que Yolanda se riese con ganas.

—¿Y qué me darás si gano? —retó.

Comenzaba a sentirse como una adolescente enamorada, eso la asustaba muchísimo. Sin embargo, no podía evitar sentirse así...

Damien pensó unos largos segundos... y luego sonrió con malicia y le guiñó un ojo.

—Un beso...

Esa respuesta pilló tan por sorpresa a Yolanda que abrió los ojos de par en par y se quedó mirando fijamente a Damien durante un buen rato. Todos sus sentidos se obnubilaron, su cerebro dejó de reaccionar, y su corazón comenzó a latir con tantísima fuerza y rapidez que le dolía el pecho. Sus mejillas comenzaron a arder y a colorearse, y sus ojos, normalmente seguros y victoriosos, contemplaron a Damien como una niña asustada. Yolanda cerró los ojos y sacudió la cabeza, asustada por cómo estaba desvariando aquella noche. En lugar de replicar nada ante eso, sus labios y su cerebro respondieron por ella.

—Es... ¿es gay?

«Joder, Yolanda, ¡¿qué coño haces?! ¡Para de una vez!», se gritó a sí misma con furia.

Damien se rio con ganas.

—Marc puede ser muchas cosas... pero gay no es una de ellas. —Entonces, miró fijamente a Yolanda y sonrió—. ¿Por qué sigues insistiendo? ¿Quieres que te bese...?

Yolanda alcanzó su tope. No pudo seguir soportando aquella conversación. Se incorporó de golpe, le dio la espalda y apretó los puños con fuerza.

—Marc ya debe de sentirse mejor después de haber echado los intestinos por la boca. Volvamos con ellos, es peligroso que estén solos tan tarde —ordenó con voz neutra.

Tras ella, Damien sonrió. Yolanda no fue consciente de que esa noche se aceptaron y confirmaron muchas cosas sin necesidad de haberlas dicho en voz alta. No fue consciente de que, pese a sus intentos... Damien ya tenía lo que necesitaba saber: estaba completamente seguro de que le gustaba... tanto como ella le gustaba a él. Y no iba a darse por vencido hasta conquistarla...

Yolanda guardó silencio durante todo el trayecto. Nunca les contaría a sus amigas del club de las Cierrabares lo que había sucedido aquella noche. Se llevaría el secreto consigo a la tumba. Ellas no podían saber que, efectivamente, se estaba enamorando de Damien. Y mucho menos que, si hubiese permanecido más tiempo a solas con él... seguramente le habría besado.

Capítulo 10

—¿Por qué sigues insistiendo? ¿Quieres que te bese...?

Sentada a su lado, Yolanda bajó sus ojos marrones hacia sus labios, que le sonreían con una picardía y una lujuria que, al instante, hizo que sus zonas más íntimas se humedecieran sin remedio.

Sin poder evitarlo, recorrió con la mirada el templo griego que tenía ante sí: sus hermosísimos y cautivadores ojos azules, su rostro cuadrado y varonil, su cabello a lo Patrick Dempsey... sus seductores y apetitosos labios...

Entonces, ella también le sonrió con sensualidad.

—Quiero que me hagas mucho más que besarme...

Damien escuchó aquellas palabras sin variar su sonrisa. Un brillo lascivo de deseo apareció, imperioso, en sus ojos, y su cuerpo se movió de forma automática unos centímetros hacia ella.

Y ella, que ardía en deseos de fundirse en una pasión loca y desenfrenada con él, también se acercó un poco más.

En ese mismo momento, Damien alzó sus manos, agarró su cabeza y la atrajo hacia sí con tanta desesperación que Yolanda se vio obligada a contener la respiración, sorprendida. Sin embargo, lejos de incomodarla... le gustó.

Sus labios, sus lenguas y sus alientos se mezclaron con la pasión del anhelo, mientras Yolanda se sentaba en sus piernas y comenzaba a explorar cada parte de su fuerte y desarrollado cuerpo... Él, con la respiración muy agitada, hacía exactamente lo mismo.

Pronto los besos y las caricias ya no eran suficiente como para suplir la desesperación tan enorme que ambos tenían por sentirse. Los besos fueron absurdamente insuficientes, las caricias les sabían a muy poco, ese leve contacto entre sus cuerpos era realmente escaso...

Olvidándose de que estaba en un parque público, donde adolescentes felices y borrachos podían verlos... Damien agarró a Yolanda por la cintura y la tumbó con delicadeza sobre el banco en el que estaban sentados. La miró con ternura, le acarició la mejilla y, antes de ponerse encima de ella, le susurró con tono cariñoso:

—Te quiero, Yolanda...

Yolanda abrió la boca para responder... y, de repente, una voz irrumpió en el parque y en sus pensamientos:

—¡Hija mía, pero ¿qué haces?!

Yolanda abrió los ojos con un enorme sobresalto. Trató de enfocar para poder ver algo entre el manto de niebla que cubría su mirada y, entonces, descubrió que la figura borrosa de una persona estaba parada a un par de pasos de ella, junto a su cama.

Cerró los ojos e intentó respirar con dificultad. Notaba su entrepierna palpar con fuerza, y sentía lo humedecida que estaba. ¿Por qué demonios había soñado con Damien...? ¡¿Por qué?! Sus labios y su garganta estaban resacos, su cuerpo estaba, inexplicablemente, acostado en la misma posición que en su *pesadilla*... y su mano derecha, que al parecer se había movido hacia su intimidad de forma inconsciente... se preparaba, ella sola, para ofrecerle un alivio.

Abrió los ojos de golpe, se incorporó con rapidez y miró a su alrededor con una expresión de niña asustada. Y fue entonces cuando descubrió que su madre estaba de pie, a su lado, de brazos cruzados, expresión crítica y con una ceja alzada en señal de incredulidad. Y adivinó que había hecho o dicho algo que provocó que su madre supiese qué estaba soñando. Sonrió con esfuerzo.

—M... mamá... —saludó con tono inocente.

—Déjate de mamá ni tonterías, hija. ¿Con qué demonios estabas soñando? Tus gemidos tienen que haberse escuchado hasta en la luna...

Yolanda sintió que su interior se congregaba en nervios y miedo.

«Que no lo sepa, que no lo sepa...», pensó con rapidez.

—Pues... yo... ya sabes, mamá —comentó, poniéndose en pie y fingiendo desperezarse con ganas—. Si quieres te hago un dibujo y te lo cuelgo en la nevera para que te hagas una idea... —explicó, levantando y enseñándole su mano para fingir que se aliviaba en sueños.

Su madre se llevó una mano a la boca.

—¡¡Hija!! —chilló.

Yolanda se rio y la miró.

—¡Pues no pregunt...!

Se interrumpió a sí misma y la estudió de arriba abajo, con una ceja alzada y con los brazos cerrados con desconcierto. Su madre volvía a estar *muy* arreglada. Era un traje negro y sencillo, que se ceñía bajo su pecho con un lazo rojo atado a su espalda para realzar su busto, y que tenía, además, un escote en forma de pico tan pronunciado que dejaba ver más pecas de las convenientes en su canalillo. Se había puesto unos tacones de aguja con los que Yolanda estaba segura de que ella misma se habría matado, y agarraba un pequeño bolso blanco de fiesta con toques dorados que, estaba segura, no tenía el día anterior. El último toque diferencial lo daba aquella

rebeca de algodón fina y elegante de color blanco que llevaba puesta sobre los hombros y que no cubría nada en absoluto.

Yolanda puso los brazos en jarra sobre la cintura. La miró con desdén, obviando el hecho de que con su pijama de Hello Kitty rosa, con el dedo corazón alzado en un gesto obsceno, no podía imponer respeto a nadie. Y, con mirada acusatoria e intimidante, gruñó:

—María Cristina Morales Díaz, ¿con quién ha quedado usted, que se ha arreglado tanto? Solo son las...

Llevó sus ojos al reloj de la mesilla de noche y abrió los ojos, sorprendida:

—¡¿Siete de la tarde?! Pero bueno, ¡¿cuándo ha desaparecido el día de hoy?! —inquirió Yolanda, realmente desconcertada.

Su madre se acercó a ella y le dio un golpe en la cabeza.

—¡Te acostaste a las seis y veinte de la mañana! Una abogada de tu nivel haciendo esas locuras a tu edad... —comentó, negando con la cabeza—. Desde luego, no sé qué voy a hacer contigo, hija...

Yolanda sonrió ampliamente:

—¡Comprarme el consolador que te pedí para mi santo! Es el sábado que viene, ¡queda una semana! Y te lo llevo pidiendo ya días.

Su madre frunció el ceño y le dio la espalda.

—Con los sueños tan escandalosos que tienes, no creo yo que te haga mucha falta un cacharrito de esos. Total, ya sabes desahogarte tú solita, ¿no?

«Guau, qué feo eso que me ha dicho... Pero bueno, no le falta razón, a la pobre», pensó entre risas. Abrió la boca, dolida ante las palabras de su madre, y se llevó una mano al pecho, simbolizando que acababa de recibir un dardo envenenado. Su madre salió de su dormitorio con ella corriendo a su espalda.

—Qué cosas más bonitas le dices a tu querida hija. ¡El día en que decida irme por esa puerta —exclamó, señalando a la entrada— me echarás mucho de menos, María Cristina!

Entonces su madre se detuvo con brusquedad. Yolanda retrocedió un paso, acobardada ante la mirada fiera y enfadada de su madre. Sus ojos oscuros destilaban rabia, su largo cabello castaño y ondulado la hacían parecer más agresiva de lo normal, y su tono iracundo le hizo saber que no estaba en absoluto bromeando.

—¡Yolanda Hernández Morales! —gritó con rabia—. ¡Treinta y ocho años! ¡Treinta y nueve, dentro de tres malditas semanas! ¡Soltera, burda, grosera y sinvergüenza! ¡Y sigue viviendo con su madre! —Apretó los dientes con rabia y, con contundencia, clavó un par de veces su dedo índice sobre su clavícula derecha y añadió—: El día en que

decidas salir por esa puerta para irte a tu propia casa, ¡¡te aseguro que lo único que harás es que me sienta feliz!!

Yolanda suspiró y negó con la cabeza.

—¿Así me agradeces que te cuide...?

—¡¿Y quién te ha pedido que me cuides?! —exclamó ella—. ¡¿Qué te crees, que yo no sé cuidarme solita?! Cuídate primero a ti misma y arregla tu vida, ¡que buena falta te hace!

Ver la cara dolida y tensa de su hija hizo resoplar a María Cristina. Se acercó a ella y agarró su cara entre sus manos con cariño.

—Hija mía, te quiero. De verdad, ¡te quiero muchísimo! Pero veo día a día cómo te vas sumergiendo en un abismo oscuro y solitario, ¡y me aterra! No quiero que te conviertas en una vieja amargada y sin amigos. ¡Por favor! Sal por esa maldita puerta de una vez, ¡y no vuelvas! Bueno, ven a comer los fines de semana y por Navidad, ¡pero forma una vida! ¡Vive, maldita sea! ¡¡Vive!!

Su madre estampó un beso en su frente y, tras despedirse de ella, dio media vuelta y salió a toda pastilla por la puerta. Yolanda abrió los ojos, sonriente y alucinada.

—¡Mira la tía! Al final no me ha dicho dónde va; será lista...

Suspiró y recordó que era sábado: noche del club de las Cierrabares por excelencia. Noche de desmadre y locura... esta vez, por segunda noche consecutiva. Menos mal que había dormido todo el día, porque, si no... no sabía si iba a poder aguantarlo.

Se encaminó hacia su dormitorio y se dispuso a ponerse algo cómodo.

Cuando llegó al bar de Virginia, ya estaban todas allí. Salvo Arancha, que volvía a tener turno de noche en el hospital. Tampoco estaba Mar, que, inexplicablemente, había dicho por el grupo de WhatsApp que se quedaría en casa atiborrándose a palomitas y viendo películas de miedo. Maite tampoco las había honrado con su presencia; había avisado un par de horas antes de que necesitaba descansar de una dura jornada en la clínica. Así pues, ese día solo estaban Inma, Río, Virginia —que estaba todavía trabajando—, Mamen y ella.

Nada más entrar en el bar, el mismo grupo de babosos que siempre volvía la mirada ante ella hizo lo propio. Sin embargo, Yolanda, que ese día no tenía ningunas ganas de impresionar a nadie, avanzó a paso rápido para acercarse a sus amigas y saludarlas con una inclinación de cabeza.

—Llegas tarde —masculó Río.

Yolanda miró su reloj: la una de la noche.

—Cariño, la belleza requiere su tiempo —replicó con sorna tras sentarse.

Se percató, al instante, de que pasaba algo raro. Inma tenía la cara enrojecida y los ojos muy hinchados; una corriente imparable de lágrimas y de quejidos de angustia manchaban su esencia, normalmente alegre y jovial. Río y Mamen trataban de animarla, pero ella, al parecer, no escuchaba.

—¿Qué le pasa? —quiso saber, preocupada, mirando a Mamen.

Mamen se encogió de hombros y la miró con gesto apurado.

—Un gilipollas le robó la cartera anoche... —masculló, enojada.

Yolanda abrió los ojos en redondo.

—¿Qué? ¡¿Cuándo?!

Río la miró.

—Un imbécil la embaucó y se fueron juntitos. Un largo paseo por el parque, cursilerías... ya sabes, lo típico que dicen los imbéciles. Y... cuando llegó a su casa, pues... le faltaba la cartera. Doscientos euros que le han robado a lo tonto, ¿sabes?

Yolanda frunció el ceño cuando Inma, tras soltar un quejido atormentado al rememorar lo sucedido, dejó caer la cabeza sobre la mesa y comenzó a llorar con mayor amargura que antes. No obstante, su mente se encontraba vagando en los recuerdos del día anterior. Porque, que ella supiese...

—Pero ¿cuándo pasó todo eso? —insistió Yolanda, confusa—. Lo último que sé de ti es que anoche te fuiste a llevar a Mar a su casa cuando Damien apareció en la disco...

Río abrió sus ojos, sorprendida, y miró a Yolanda con coqueteo.

—¿Estuviste con Damien anoche?

«¡Mierda, pensaba que lo sabían! ¡¡Joder!!», gimió para sí misma.

Mamen contempló fijamente a Yolanda, incrédula. Pero, antes de poder decir nada, Virginia apareció de la nada con una copa para Yolanda. Saludó a su amiga con una amplia sonrisa, pero se giró hacia Río cuando esta la cogió por el brazo.

—¡Virgi, ven, siéntate que hay novedades! —exclamó—. Yolanda estuvo anoche con Damien...

Virginia parpadeó, confusa, y miró a Yolanda. Al ver que esta solo apartaba la mirada para no tener que responder, sonrió con alegría y ocupó el asiento libre que estaba a su derecha.

—¡¿Sí?! ¿Y qué tal fue?

—¡Chicas! —estalló Inma alzando la mirada—. ¡Estábamos con mi desgracia, joder!

Yolanda la miró, ceñuda:

—¿Qué pasó anoche?

—Pues... —respondió ella, comenzando a llorar de nuevo— que... Mar me pidió que la llevase a otra disco cuando nos fuimos. Empezamos a bailar y a beber y... se me acercó un chico muy tierno... ¡¿Cómo iba a saberlo?! Era dulce, cariñoso, atento... ¡¡y estaba muy bueno!!

—Eso no te habría pasado si te hubieses quedado conmigo, reina... —suspiro Yolanda con pesar.

Se hizo un tenso silencio que no rompió ninguna. Y, poco a poco, la mayoría de las miradas se dirigieron hacia Yolanda. Esta, sorprendida por esa repentina muestra de interés y atención, se encogió de hombros, abochornada y desconcertada.

—¿Qué pasa...?

—¿Y ya está? —insinuó Mamen, sorprendida.

Yolanda frunció el ceño.

—¿Ya está el qué?

Virginia intercambió una mirada audaz con sus amigas antes de añadir:

—¿No vas a decir lo de siempre? —Ante su incompreensión, Virginia añadió, imitándola con voz aguda—: ¿Le pediste el teléfono?

—Esos tíos se aprovechan para un buen polvo y después lo despachas —intervino Río, cautelosa.

Mamen alzó una ceja con desconcierto.

—Yo me lo habría cepillado en el baño, y luego...

—¡¡Parad ya!! —exclamó Yolanda, roja de vergüenza y de incomodidad—. ¡¡No siempre digo esas tonterías!!

Ante esto, Río abrió los ojos de par en par y se giró hacia Virginia.

—Cariño, ¿tenéis un termómetro en el bar? Es urgente, creo que Yolanda está alucinando. Existen las alucinaciones, ¿verdad? —se giró hacia su amiga y alzo tres dedos—. Yol, ¿cuántos dedos tengo levantados?

Yolanda comenzó a ponerse cada vez más nerviosa ante las carcajadas de todas sus amigas y se puso rápidamente en pie. De inmediato, la silla que tenía a su espalda cayó hacia atrás y provocó un ruido tan ensordecedor que el local al completo enmudeció de golpe para girarse hacia ellas.

Pero ella no prestaba atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. No vio que todas las personas del bar habían enmudecido y la observaban, algunos tensos y otros asustados. No miró hacia la barra, donde el marido de Virginia había dejado el grifo de la cerveza abierto para mirarla y ahora todo el contenido de un vaso se rebosaba sobre la mesa. Y tampoco fue consciente de que Marc y Damien acababan de entrar por la puerta y se habían quedado observando la escena, desconcertados.

—¿A qué viene todo esto?! —gritó, furiosa—. ¡Yo no tengo siempre una polla en la boca, ¿sabéis?!

Fue entonces, al escuchar una leve carcajada de fondo, cuando se dio cuenta del silencio que se había formado a su alrededor.

Apretó los puños y se giró.

Contempló que todo el bar reía en voz baja... y que allí, a un par de pasos de la puerta, Marc intentaba esforzarse en no reírse y que Damien, a su lado, había ladeado la cabeza, confuso, y contemplaba a Yolanda con incompreensión y desconcierto.

La presión de aquel día iba a poder con ella. No pudo evitar recordar el sueño húmedo y lujurioso que había tenido con Damien hacía unas horas, ni todo lo que había hablado con él el día anterior. No podía sacarse de su cabeza la maldita preguntita, «¿Por qué sigues insistiendo? ¿Quieres que te bese...?», pero menos aún podía olvidarse de esos besos pasionales que habían compartido en su subconsciente.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta del bar... con tan mala pata que se resbaló con algo húmedo en el suelo y cayó de boca a dos palmos de Damien.

Las nuevas carcajadas le dolieron todavía más... pero no tanto como el ardor agresivo que comenzaba a adueñarse de su pie izquierdo.

—¡Joder!

—¡Yolanda! ¡¿Te has hecho daño?! Ven, dame la mano... —se apresuró a decir Damien.

Marc se agachó a su lado para ayudarla a levantarse. No obstante, cuando apoyó el pie izquierdo en el suelo, soltó un grito de dolor y tuvo que levantarlo y ponerse a cojear.

Damien se arrodilló delante de ella, y Yolanda se apoyó en sus hombros para no caerse mientras él, concentrado y preocupado, movía unos pocos milímetros su tobillo para asegurarse un poco más. Yolanda soltó un quejido, humillada, consciente de que sus amigas estaban observándolo todo en la distancia con sumo interés.

—Creo que te has hecho un esguince... —murmuró Damien poniéndose en pie. La sostuvo con su brazo por detrás de los hombros y la forzó a caminar a su lado—. Marc, ve a por tu coche, vamos a llevarla a que le miren ese tobillo.

Mientras Marc se iba, Damien la miró apenas a un par de centímetros de distancia y sonrió.

—Estas cosas os pasan a las mujeres por ponerlos esos zapatos con tacones tan incómodos. ¿No es mejor ir con deportivas? ¿O... es que pretendías impresionar a alguien, Yol...? —sonrió.

Ella resopló con rabia y salió a la calle con él.

Todo estaba pobremente iluminado gracias a las luces de las farolas más cercanas. El amplio acceso al bar, repleto de coches mal aparcados, no era más que un descampado abierto de tierra y rocas. Podían verse, además, a algunos borrachos dispersos echando la vomitona junto a sus vehículos.

—Sí, a Mickey Mouse —ironizó Yolanda dando saltitos a su lado—. Dicen que es muy alto para ser un ratón. Y tenía pensado liarme con él esta noche, así que pensé en ponerme tacones para ser más alta. Yo no necesito impresionar a nadie, causo furor sin pretenderlo allá por donde voy. ¿A quién voy a querer impresionar?

Damien ensanchó su sonrisa.

—Pues a mí...

Yolanda abrió los ojos, pero no tuvo tiempo de responder.

Un coche rojo, un precioso y enorme Honda Civic Coupé de 2016, hizo señas con las largas desde el otro extremo de los aparcamientos.

A diferencia del día anterior, el viaje hasta el hospital de la ciudad fue mucho más rápido.

Los ojos de color celeste de Marc estaban mucho más despiertos y concentrados que el día anterior. Su cabello, en esta ocasión, estaba mucho mejor arreglado, y sus mejillas no mostraban el tono enrojecido que causaba la excesiva ingesta de alcohol.

—Me alegra ver que estás mucho mejor que ayer, Marc —comentó Yolanda entre dientes desde el asiento trasero.

Había alargado la pierna y la había puesto sobre Damien, que acariciaba su muslo distraídamente... cosa que ella no pareció advertir. Marc sonrió al espejo retrovisor a modo de disculpa.

—Anoche os agüé la diversión a todos... Os pido disculpas.

Yolanda sonrió con esfuerzo. El pie le dolía muchísimo...

—No pasa nada.

Ella volvió a mirar por el espejo.

—Me dijo Damien que vomité en tu coche. No sabes cuánto lo siento... Dime cuánto te ha costado limpiarlo, yo mismo te lo pagaré.

Ella negó con la cabeza.

—No, tranquilo. De verdad, no pasa nada...

Él sonrió.

—Eres un sol...

—¡Auch! —gritó Yolanda, sorprendida, al sentir que Damien clavaba sus dedos de forma inconsciente sobre su pierna—. ¡Damien, ¿qué haces?!

Él parpadeó, confuso, y soltó su pierna.

—Lo... lo siento, Yolanda, no... no me he dado cuenta...

Aun así, a Yolanda no se le pasó por alto la expresión taciturna y de advertencia que le lanzó a su amigo a través del retrovisor.

—¿Qué te ha pasado?! —exclamó Arancha, sorprendida cuando la vio entrar a Urgencias—. Espera, voy a por una silla de ruedas...

Yolanda parpadeó, confusa, entre los brazos de Damien. No recordaba que Arancha tenía turno en el hospital esa noche... Poco después regresó con la silla, y todos la ayudaron a sentarse.

—Me ha pasado que soy una patosa —masculló.

—Según parece, quería impresionar con sus tacones a Mickey Mouse —se rio Damien en la sala de espera. Se giró hacia Arancha—. No hace falta que te lo presente, ¿verdad? Creo que él esta vez sí se acordará de vosotras...

Yolanda sonrió para sus adentros, captando, al instante, el tono casual y divertido en su voz. Estaba claro lo que pretendía conseguir... Arancha posó una sonrisa cautelosa sobre Marc, y este retrocedió un paso y apartó la mirada avergonzado. Saludó con un gesto de cabeza, pero no dijo absolutamente nada. La tensión se hizo palpable en el ambiente casi de inmediato.

—Sí, me acuerdo... —repuso Arancha, confusa ante su reacción. Se giró hacia Yolanda—. Bueno, vamos a ver qué tienes en ese piececito... ¿Habéis avisado en el mostrador?

—Sí —afirmó Damien.

—Vale, voy a buscar a un médico y ahora vengo a por ti.

Y, sin más, se marchó sin mirar siquiera a Marc.

Media hora más tarde, Yolanda salía de Urgencias, de nuevo en la silla de ruedas, con el pie derecho elevado y rodeado por una venda compresiva. Arancha empujaba su silla y hablaba con ella en voz alta, riéndose de cosas que ni Damien ni Marc atinaron a oír.

Damien se giró hacia Marc antes de que ellas llegasen.

—Tío, no te hagas esto a ti mismo y pórtate bien. No puedes estar así el resto de tu vida, ¡tienes que superarlo de una maldita vez!

Marc apretó los puños y asintió con esfuerzo.

Unos segundos más tarde, las chicas llegaron hasta ellos. Arancha levantó la mirada y contempló directamente a Damien. Estaba claro que hacía enormes esfuerzos por ignorar a Marc...

—Bueno, os traigo de vuelta a la paciente. Torcedura básica, un par de semanas de reposo y estará como nueva.

—Gracias, Arancha... —murmuró Damien, que giró su vista hacia Marc, que era incapaz de levantar sus ojos del suelo. Suspiró y miró de nuevo a la chica—. ¿Necesitará medicamentos, o algo?

Yolanda alzó una ceja con desconcierto.

—Tranquilo, papá, yo me costearé mis propias cosas y me ocuparé de mí. Por si no lo sabes, yo soy una mujer madura y autosuf...

Antes de poder terminar, sonó su móvil. Yolanda lo sacó y observó, confusa, el número desconocido de su pantalla. Cuando descolgó y escuchó el tono autoritario al otro lado, supo en el acto que algo no iba bien...

—¿Yolanda?

Ella frunció el ceño.

—Sí, soy yo...

Arancha, Damien y Marc se lanzaron miradas tensas y alarmadas.

—Soy Fernando, te llamo desde la comisaría de Mossos.

Ella se relajó.

A veces, la policía solía llamarla en relación a algunos de sus clientes, ya sea porque hubiese pasado algo, porque debía recoger algún informe que se le había olvidado, o algo así.

—¿Qué sucede?

—Tenemos aquí a tu madre.

Aquello rompió por completo todos sus esquemas. Se incorporó un poco en la silla de ruedas y frunció el ceño, sintiendo una punzada de dolor y miedo en el corazón que le hizo contener la respiración.

Arancha reconoció, en el acto, la expresión aterrorizada de su amiga.

—¡Dime que está bien! ¿No le ha pasado nada...?

—A ver... cómo te lo explico... Hemos detenido a tu madre por escándalo público...

Capítulo 11

El coche de Marc dio un brusco frenazo en los aparcamientos de la comisaría de los Mossos d'Esquadra del pueblo.

Yolanda estaba tan preocupada y enfadada al mismo tiempo que hizo caso omiso al hecho de que llevaba el pie izquierdo vendado. Nada más notar el movimiento brusco del vehículo detenerse, abrió la puerta y salió del coche a toda velocidad sin mirar atrás. No había dado ni dos pasos cuando se detuvo en seco y se tambaleó, presa de un dolor insoportable en el tobillo.

—¡Yolanda! —exclamó Arancha corriendo en su ayuda.

Su amiga había pedido un favor por teléfono a una colega suya quien, nada más comprender la situación, había accedido en el acto a su petición y se había presentado en el hospital quince minutos después, totalmente dispuesta a sustituirla. Por eso podía estar con ella allí, frente a la comisaría, con expresión preocupada y gesto severo.

—No debes caminar, ¡tienes un esguince!

—¡Ahora mismo eso no me importa, Arancha! —repuso ella entre dientes.

Agarró las dos muletas del interior del coche y se las cedió.

—Toma, cabezota...

Damien se bajó del asiento del copiloto y se quedó de pie, junto al coche, con gesto inseguro e inquieto.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó—. Tal vez pueda...

Yolanda lo miró.

—No... Es mi madre, yo soy quien debe ocuparse de ella —replicó encogiéndose de hombros. Agarró las muletas y miró a Damien y Marc—. Gracias por traerme.

Sin más, Yolanda dio media vuelta y comenzó a caminar con bastante dificultad hacia la comisaría. Su garganta soltaba quejidos de dolor y esfuerzo, sus manos le ardían de dolor a consecuencia de tener que soportar su propio peso a cada paso que daba, y su frente se había cubierto de sudor.

A su lado, Arancha caminaba muy despacito, sin apartar la mirada de Yolanda y llevando, de vez en cuando, los ojos hacia la comisaría. Antes de poder atravesar el pequeño sendero que conducía a la entrada principal del edificio, ambas escucharon un suspiro a sus espaldas. No tuvieron que darse la vuelta para ver qué pasaba, Damien le arrebató las muletas con una habilidad pasmosa. Se las cedió a Arancha con gesto decidido y rudo y, sin ni siquiera pedirle permiso, se pasó el brazo izquierdo de Yolanda

por detrás su cuello y la forzó a caminar a su lado.

—¡Eh, tío, suéltame! ¡¿Qué te crees que...?!

Damien la calló con una tensa expresión taciturna.

—¡¿Quieres cerrar el pico de una maldita vez, quejica?!

Tras él, Arancha abrió la boca con sorpresa ante su atrevimiento. Luego, se giró para que su mejor amiga no la viera reírse de la situación. No obstante, cuando vio que Marc se acercaba hacia ellos tras haber estacionado su coche, se puso seria y trató de darle la espalda.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Tú no me conoces, Damien —gruñó Yolanda, ofendida—. No sabes nada de mí como para...

Damien la miró con furia.

—¿No? —interrumpió él con un brillo impaciente en sus ojos azules—. Eres una mujer de casi cuarenta años terca, ordinaria y grosera. Te encanta ir de diva por la vida, presumir de la belleza que tienes porque, en el fondo, tienes mucho miedo a que te juzguen por quien eres.

Se detuvo unos segundos para recuperar el aliento e ignoró, como buenamente pudo, los ojos como platos de Marc y de Arancha y el gesto ofendido e impactado de Yolanda, ante él. Tragó aire de nuevo y añadió:

—Eres la típica mujer que prefiere insultar a todo el mundo para que nadie se acerque a ella, ¡la típica que preferiría clavarse un puñal envenenado en el estómago antes de admitir que necesita ayuda!

Yolanda abrió la boca para defenderse, pero no se le ocurrió nada que decir y prefirió quedarse en silencio. «Joder, ¿qué pasa, que hoy es el día de hundir a Yolanda, o qué?», pensó ella con enorme rabia.

—Y ahora, *Yol* —añadió Damien con sarcasmo—, ¿qué te parece si te ayudo a entrar en la comisaría y hablamos con los agentes? A no ser que prefieras que tu madre pase hoy la noche en el calabozo, claro. —Sin esperar respuesta, se giró hacia Marc y Arancha—. Estas cosas pueden llevar su tiempo —explicó él con seriedad—. Marc, ¿por qué no me haces el enorme favor de acompañar a esta señorita a su casa? Ven a buscarnos cuando te llame, ¿de acuerdo?

Antes de que Marc pudiese objetar nada, Damien entrecerró los ojos:

—Marc...

Él asintió y le lanzó una breve mirada a Arancha. Ella le mantuvo los ojos unos breves segundos hasta que, tras encogerse de hombros, entró en el asiento del copiloto del coche.

Yolanda aún estaba alucinando con su comportamiento autoritario. «Mierda, me

acaba de poner a cien... Vale, céntrate, Yolanda... Vista al frente, que no se note que le miras el culo».

Damien volvió a tomar su brazo y se encaminaron hacia la comisaría, ella apoyada en él y agarrando las muletas con su mano libre. Una vez dentro, Yolanda comenzó a ayudarse de los apoyos para caminar.

La entrada de la comisaría era un pequeño habitáculo cuadrado, conformado por un mostrador a la derecha —donde un agente novato tomaba los datos a los recién llegados—, unos cuantos asientos de madera a la izquierda —en esos momentos, prácticamente vacíos—, un pasillo que llevaba hacia la izquierda y unas escaleras justo enfrente que descendía hacia los calabozos. Tres policías conversaban frente a las escaleras, y el joven del mostrador miraba a Damien y a Yolanda en silencio.

Ella, en cambio, ignoró todo esto y se encaminó hacia el mostrador con pasos acelerados y dificultosos.

—Buenas noches, Fernando, ¿puedo saber dónde está mi *santa madre*?

—Siéntate, anda..., siéntate y cálmate. Miro cómo sigue el tema abajo y enseguida te aviso. Pero escúchame, Yolanda..., no la vayas a refir mucho que te conozco desde que naciste...

Yolanda iba a replicar, pero Damien asintió y la forzó a tomar asiento.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió él, mirándola con curiosidad.

—Depende, ¿vas a insultarme otra vez? —repuso con marcado enfado.

Damien suspiró, pero prefirió no decir nada al respecto.

—¿Cuántas veces ha arrestado la policía a tu madre por escándalo público? —quiso saber.

Ella parpadeó.

—¿Cuántas veces? Mi madre no es una de esas a las que arresten a diario, Damien. De hecho, todavía no entiendo cómo demonios ha pasado esto...

Él asintió.

—Eso es bueno. Sabes que, si no tiene cargos anteriores, no es probable que la manden a juicio —comentó jocoso—. Yolanda, estás muy alterada. ¿Por qué no dejas que yo me ocupe de todo esto...?

Ella frunció el ceño.

—Sé hacer mi trabajo, Damien, no necesito lecciones de otro letrado.

Él iba a responder que no se trataba de eso, cuando Fernando salió del pasillo de la izquierda. Era un hombre muy alto y entrado en carnes, de corto cabello castaño y canoso y con un bigote bastante prominente. Sus ojos marrones se posaron sobre ellos con gesto cansado.

Yolanda y Damien lo miraron.

—Ya podéis ir a ver a tu madre.

Esta asintió. Agarró las muletas y trató de ponerse en pie. Damien se apresuró a incorporarse y a ayudarla a hacer lo propio. Una vez de pie, siguieron al agente hasta una habitación abierta, llena de mesas y ordenadores, justo al final del pasillo. No había mucha gente allí, cuatro agentes más, a lo sumo. Y, además, al final, sentados en los asientos del fondo, un hombre y...

—¡Mamá! —exclamó Yolanda cojeando hacia ella.

Su madre la miró con gesto avergonzado.

—Fernando me ha dicho que te han arrestado por escándalo público. Mamá, ¿qué demonios has hecho...?

Entonces, se percató de que el señor que estaba sentado a su derecha apartó la mirada y clavó sus arrugados ojos claros con patas de gallo en el suelo. Yolanda estudió a aquel hombre vestido con un traje de chaqueta marrón de estilo juvenil. Poseía una corta y densa melena rubia oscura, y sus manos, que temblaban sin control, estaban agarradas al borde de la silla.

—¿Quién es este señor, lo conoces?

Su madre apretó los labios, abochornada, pero no respondió. Tras ella, Damien abrió los ojos y, aunque no lo dijo en voz alta, comprendió, casi de inmediato, lo que había pasado.

Fernando se acercó a ellos y alzó la voz para hacerse oír.

—Un par de agentes en coche patrulla pillaron a tu madre y a este caballero a las cuatro de la madrugada en el interior de un coche, en mitad de la plaza central y bajo una farola —comentó con voz tirante.

«Ay, la Virgen...», pensó Yolanda, asombrada antes de preguntar:

—Les pillaron... ¿cómo? ¿Qué estaban...?

Damien se llevó una mano a la cara y la vista al suelo; tenía las orejas rojas e intentaba contener un ataque de risa.

El policía se cruzó de brazos.

—En pleno acto sexual, Yolanda. —Aquel hombre, que habría visto de todo a lo largo de su carrera como policía, no sabía dónde mirar, o meterse.

Yolanda abrió los ojos en redondo, atónita. Se giró hacia su madre.

—¡Mamá! —gritó, exaltada—. ¡¿Pero tú te crees que tienes veinte años, o qué?! —se giró y señaló al hombre, que seguía sin ser capaz de mirarla a los ojos—. ¡¿Y quién demonios es este?! ¡Nunca lo había visto!

Él, de unos cincuenta y tantos años y rojo como un tomate, levantó tímidamente la

mirada hacia Yolanda y, con un titubeo, susurró:

—Sss... soy...

—Se llama Paco —intervino su madre antes de dejarle terminar—. Sí, hija, nos estábamos dando el lote en su coche. ¿Y qué pasa? El amor es un sentimiento precioso que no se puede detener...

—¡¡Mamá!! —gritó Yolanda.

—¡Por favor, ¿puedes dejar de gritar?! —exclamó Fernando, alterado.

Damien dio un paso al frente y se apresuró a intervenir:

—Señora Morales... —dijo Damien con una sonrisa mirando a Yolanda con gesto de advertencia—. ¿Podría, por el bien de todos, guardar las formas? Le recuerdo que su madre está en una comisaría de policía arrestada por alterar el orden público. Eso no es una tontería...

El policía lo miró.

—Gracias, Damien...

María Cristina miró a Damien, desconcertada.

—¿Y tú quién eres?

Yolanda comenzó a perder la paciencia.

—¡¿Qué más da quién sea?! —gritó, al borde de un ataque de nervios—. ¡¿Cómo se te ocurre...?! —empezó.

—¡Estás en una comisaría! —repitió Fernando con voz autoritaria. Dio un paso hacia Yolanda y la contempló con gesto severo—. Te ruego que hables como una persona normal, muchacha. Los dos sois abogados, ¿es así?

Yolanda asintió, intimidada ante su mirada. Jamás había visto a Fernando así, y eso que lo conocía desde que ella nació.

—Pues bien, como letrada que eres, ¡te sugiero que mantengas la compostura! O esta noche habrá dos arrestos por desorden público...

Señaló a la madre de Yolanda, mucho más serio que antes.

—Tu madre estaba practicando sexo en zona pública a las cuatro de la madrugada. Como estipula la ley, la sancionaremos con una multa de...

Su madre, en cambio, se puso en pie y estalló en ira.

—¡Eso es absurdo! ¡¡No he hecho nada malo!! —gritó con rabia—. Este hombre es mi novio... —Damien dirigió la vista hacia Yolanda, que observaba a su madre con una expresión digna de estudio. Estaba alucinando— ¡A mí nadie me puede prohibir hacer el amor con mi pareja cuando me dé la real gana!

Fernando dio un paso hacia ella.

—María Cristina... ¡En la vía pública, sí! Como alguien vuelva a levantar la voz en

mi comisaría, pasará la noche a la sombra. ¡Quedáis las dos advertidas!

María Cristina miró a su hija con desesperación.

—¡Pero, hija! —protestó, al borde del llanto.

Yolanda suspiró y se giró hacia Fernando, mirándolo con toda la serenidad que pudo.

—Fernando... señor agente, ¿podría...?

—Te rogaría que firmases la multa a la mayor brevedad posible para que todos os podáis ir de aquí —la interrumpió, dándole la espalda—. ¿Me acompañas, por favor?

Su madre estalló de nuevo.

—¡No vas a firmar nada! No he hecho nada malo, ¡quiero un abogado!

Fernando se volvió hacia ella, incrédulo.

—¿En serio?

Yolanda se apresuró a salir en su defensa.

—Soy abogada, yo llevar...

—Eres su hija —replicó Fernando—, no puedes defender a tu propia madre.

De repente, María Cristina se giró hacia Damien.

—Él también es abogado... ¡Te contrato, sé mi abogado!

Yolanda abrió mucho los ojos.

—¡¡Ni hablar!!

—¡¡Yolanda!! —chilló el pobre Fernando, con la cara colorada y muy enfadado—. La próxima vez que alcas la voz, ¡te llevaré al calabozo! ¡¿Cómo es posible que una abogada tenga un comportamiento tan infantil?!

Yolanda iba a decir algo, pero Damien se apresuró a intervenir para que aquello no fuera a mayores.

—Señor agente, yo representaré a esta señora. ¿Podríamos hablar?

Fernando suspiró y se masajeó la sien.

—Solo es una multa rutinaria por desorden público —se quejó, al borde del llanto—. Está bien... Seguidme los tres.

Yolanda se apresuró a ir tras su madre, pero Fernando se giró hacia ella.

—He dicho *tres*. El abogado, tu madre y su acompañante. Tú te quedas aquí, ¿me has comprendido?

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada al respecto.

Casi una hora más tarde, cuando su reloj ya marcaba casi las seis de la mañana, Damien, su madre y Paco, el novio de su madre, se acercaron a Yolanda.

Damien lucía una amplia sonrisa satisfactoria.

—Bueno, señora traidora que elige a un desconocido para que la defienda en lugar de a su propia hija... —masculló Yolanda poniéndose en pie—. ¿Qué tal ha ido, de cuánto es la multa?

Ella alzó una mano para restarle importancia.

—No tenemos que pagar nada —repuso.

Yolanda se giró hacia Damien, confusa.

—La duda ofende, letrada —comentó Damien con una sonrisa—. Soy el mejor abogado de la ciudad, ¿recuerdas? He conseguido que se la quiten...

—¿Qué? ¡¿Cómo?! —

Damien señaló hacia la puerta.

—¿Qué os parece si nos vamos de aquí de una vez? Marc debe de estar aburrido de tanto esperarnos desde que le llamé, pobrecito...

Yolanda apreció que Paco agarraba la mano de su madre.

—¡¿Y qué ha pasado?! —exclamó para hacerse oír.

Damien se encogió de hombros.

—Le han quitado la multa, pero le han dado una advertencia: si la vuelven a pillar en algo, cualquier cosa, no habrá multa. Directamente irá al calabozo.

Se giró hacia su madre para decir algo, pero esta, con actitud infantil y una sonrisa de felicidad, salió de la mano con Paco. Yolanda la miró desde atrás, incrédula.

—Déjala que disfrute un poco, se la ve feliz —comentó Damien observando a María Cristina de espaldas—. Mira qué sonrisa...

Ella apretó los labios, pero no dijo nada.

Damien señaló el coche de Marc, aparcado a un par de metros de ellos. El gesto serio y cabizbajo que tenía le hizo saber, en el acto, que las cosas no habían ido como él había planeado en su mente al dejarlo solo con Arancha.

Yolanda se giró hacia su madre para decirle que ese era el coche, pero esta se había detenido a unos pasos de ellos y había ensanchado aún más su sonrisa traviesa.

—Paco me llevará a casa, nos veremos allí.

Viendo el peligro, Damien se alejó unos pasos para acercarse a Marc a la vez que Yolanda se acercaba a su madre.

Damien contempló el rostro de su amigo, preocupado.

—Tío, ¿a qué viene ese careto? ¡¿Qué ha pasado?! —

Mientras ellos hablaban y se ponían al día, Yolanda se enfrentó a su madre.

—¡¿Cómo se te ocurre montártelo con este hombre en una plazoleta?! ¡¿En qué estabas pensando, mamá?! —

Ella frunció el ceño.

—No me hables en ese tono, jovencita. ¿He de recordarte cuántas veces has hecho tú lo mismo con otros hombres?

Yolanda guardó silencio unos minutos ante esto, dolida. «Eso es cierto, pillina...», se repuso a sí misma.

—¡A mí no me han arrestado nunca por escándalo público, sé escoger muy bien dónde me tiro a los tíos! ¡Y, por cierto! —Señaló a Paco con el dedo, que retrocedió un par de pasos—. ¡¿Quién coño es este señor?! ¡¿Y por qué no sabía que existía?!

María Cristina endureció la mirada.

—Habla con más respeto, niña, yo no te eduqué para ser una verdulera gritona. Paco es mi novio, ¿te enteras?

Yolanda lo miró, furiosa.

—Hola... —saludó él con timidez—. Siento todo esto, de verdad...

—Hija, nos veremos en casa. Vámonos, Paco.

—¡Mamá! —chilló Yolanda, viendo cómo se daban la vuelta y la ignoraban para encaminarse a un viejo Citroën azul.

Damien metió en el coche a su decaído amigo y se acercó a Yolanda.

—¿Estás bien? Menuda noche, ¿eh?

Ella se giró cojeando hacia él.

—Se pone mejor por momentos —masculló con pesar. Señaló a Marc con la cabeza—. ¿Qué le pasa ahora a tu amigo?

Él se encogió de hombros.

—Pregúntale a Arancha, porque no tengo ni idea, no me cuenta nada... —Aguardó unos segundos más antes de añadir—: Yolanda... ¿qué te parecería cerrar la noche (o, más bien, la madrugada) tomándote un café conmigo? Así me cuentas todo lo que quieras sobre tu madre y su extraño ligue. Yo invito...

Yolanda abrió los ojos y lo miró, sorprendida. Y, sin poder evitarlo, dio media vuelta, en un intento de ocultar su rostro enrojecido y sus ojos abiertos como platos y con un brillo de nervios. Comenzó a respirar con rapidez y, tratando de controlar el tembleque de su pie derecho y de sus manos, respondió en voz baja:

—Otro día... en un par de horas he quedado con... con Silvia —mintió, con un quejido tono en su voz—. Otro día...

Damien apretó los labios y los puños, pero prefirió no decir nada.

Había notado ese cambio receptivo en Yolanda, cómo la altanería y los comentarios jactanciosos y despectivos se habían tornado, poco a poco, en una actitud suave y nerviosa. Y sabía lo que eso significaba. Le costase lo que le costase... iba a

conseguir conquistar a Yolanda.

Capítulo 12

El club de las Cierrabares se había reunido en una discoteca pequeña pero acogedora de las afueras de su pueblo. Yolanda estaba tan preocupada y enfadada al mismo tiempo que hizo caso omiso a sus amigas, que estaban dándolo todo en el centro de la pista. Su mente solo era capaz de centrarse en Damien. Y odiaba pensar en él. En sus atractivos ojos, en su poderosa voz varonil, en su seductor aroma, en su expresión segura, en sus palabras firmes y convencidas...

—¿Estás bien? —preguntó una voz.

Yolanda salió de sus pensamientos y se giró hacia los preocupados ojos de Mar, sentada ahora a su lado.

Ella solo sonrió.

—Sí, claro. ¿Por qué tendría que estar mal?

Mar se rio.

—Porque este océano está repleto de peces —explicó, señalando a los hombres que reían y bailaban por todo el local—, y tú todavía no le has tirado la caña a ninguno. Me preocupas mucho, amiga mía...

Yolanda apretó los labios.

—No me apetece.

Mar negó con la cabeza y repitió:

—No te apetece... Sin duda, algo te ha dado fuerte estos últimos días, hermana. ¿Qué ha pasado en tu vida que yo desconozco?

«Mucho...», pensó Yolanda.

Desde que había coincidido con Damien como parte contraria en el juicio, no habían dejado de suceder cosas extrañas y fortuitas entre ellos... cosas que la ponían nerviosa y que la desarmaban, al mismo tiempo. Y eso la sacaba de quicio porque, por mucho que lo intentaba... era incapaz de resistirse a Damien.

Aun así, Yolanda sonrió e hizo un ademán con la mano para restarle importancia al asunto.

—Mar, yo...

—Yol —la cortó ella—, si vas a decir algo... por favor, que sea la verdad. Somos amigas de toda la vida. ¡Soy tu mejor amiga, joder! Creo que me merezco saber qué demonios te está pasando.

Yolanda la contempló en silencio unos segundos... y, finalmente, suspiró.

—Vale...

Y, tras otros segundos de incómodo y tenso silencio, Yolanda comenzó a explicar todo lo que había sucedido desde que, casi sin querer y por caprichos del destino, Damien había entrado en su vida y la había puesto patas arriba.

Le habló del juicio, de la discoteca, de sus discusiones, del parque... y del finde anterior, cuando él le había salvado el culo a su madre. Pero, sobre todo, habló de lo que Damien provocaba en su interior: de cómo la hacía sentir vulnerable e indefensa con su presencia, de cómo desarmaba todos sus comentarios envenenados y dejaba su mente en blanco; de cómo le temblaban las piernas y aumentaban los latidos de su corazón cuando él la miraba a los ojos... Y, además, le contó los sueños calientes que había tenido con él, sueños que se repetían cada noche desde hacía ya más de una semana.

Mar la observó unos segundos con los ojos muy abiertos.

—No puedo creerlo... —susurró—. ¡Te has enamorado de Damien!

Yolanda se llevó las manos a la cara.

—Creo que sí...

Mar contempló a su amiga ante ella, totalmente derrotada. Se echó hacia delante para poner la mano en el hombro de Yolanda. Al instante, su media melena oscura cayó hacia delante y cubrió, parcialmente, el vestido verde oscuro de tubo que envolvía todo su cuerpo.

—¿Y por qué estás así? Vamos a ver, por lo que me has contado, parece un buen tío. ¡¿Qué tienes que perder, Yolanda?!

Ella levantó la mirada hacia Mar, angustiada.

—Tú ya lo sabes...

Mar suspiró.

—Cariño, deja atrás el pasado de una puta vez. Él ya no puede hacerte daño, ¡todo está en tu cabeza! ¿Cómo puedes seguir pensando en...?

De repente, Arancha salió de la pista de baile y, con su cabello caoba totalmente revuelto, que le caía hasta la mitad de la espalda, se dejó caer en la silla que estaba al lado de Yolanda con gesto cansado y ojos cerrados. Con voz alegre, dijo:

—Dios, ¡cuánto necesitaba esto!

Mar se rio.

—¿Una semana dura en el hospital?

Arancha abrió los ojos y miró a Mar.

—Tú no sales con nadie. ¿Nunca te ha llamado otro tío, aparte de tu ex?

Mar abrió los ojos, sorprendida ante esta pregunta.

—Pues no...

—¡Cómo te envidio, chica! —farfulló ella con angustia—. Soltera se está la mar de a gusto, ¡nunca te cases otra vez!

Yolanda enarcó una ceja con desconcierto.

—¿A qué viene eso...?

Arancha se acomodó los tirantes de su traje negro y miró a sus amigas.

—¡Viene a que Marc es un capullo! —exclamó con rabia.

—¿Marc? —inquirió Mar ligeramente perdida.

Yolanda había olvidado contarle a Mar que Arancha había estado con ellos el fin de semana anterior y el día del parque.

Al ver su frustración, recordó la conversación con Damien:

«¿Qué le pasa ahora a tu amigo?», le había preguntado ella. «Pregúntale a Arancha, porque no tengo ni idea, no me cuenta nada...», le respondió él.

Yolanda frunció el ceño.

—¿Qué pasó ese día con Marc...?

Mar frunció los labios.

—Chicas, esto no es serio: exijo una reunión de Cierrabares, ¡nos estáis ocultando información crucial! —se quejó, enfadada.

—Otro día —cortó Yolanda—. Arancha, ¿qué pasó cuando te fuiste con él?

Ella la miró con seriedad.

—Lo mismo que en el parque: nada. Ese hombre no me habla, no me mira, no reacciona a nada de lo que le digo. Es, literalmente, ¡como estar con una estatua! —exclamó con enojo—. ¡¿Cómo se supone que llevo yo hasta un hombre así?! Joder, ¿no había más hombres en el mundo en los que fijarme?

Mar adquirió expresión dubitativa.

—Quizás le pase algo...

—Sí, ¡que no tiene una maldita neurona en el cerebro! —estalló Arancha henchida en una intensa rabia—. No pienso intentarlo más, ¡estoy harta de él! Me sentí muy humillada, ¡me dejó en casa e ignoró todas y cada una de las cosas que le dije! Es más, ¡ni siquiera se despidió de mí, solo se marchó! Yo hablándole como una carajota, ¡y él callado y con la vista al frente!

Mar abrió la boca para decir algo. Antes de que le diese tiempo a decir nada una persona salió despedida de la pista de baile y, entre risotadas y pasos alocados, cayó de bruces al suelo, a los pies de las tres mujeres, cortando la conversación en el acto.

Yolanda abrió los ojos de par en par y, al ver a Río tirada a sus pies, con su melena rubia revuelta, sus ojos azules enrojecidos y su vestido rojo manchado de alcohol, no

pudo más que soltar una carcajada al mismo tiempo que Mamen aparecía corriendo tras ella y se apresuraba a ponerla en pie.

—¡Te vas a abrir la crisma! —exclamó Mamen con gesto enojado.

Río la miró con ojos desenfocados y las piernas temblequeando sin control. Era más que evidente que estaba demasiado bebida...

—¡Vamos, chica, te llevaré a casa! —bramó Inma, cogiéndola de repente por el brazo y forzándola a caminar junto a ella.

Antes de perderse en la pista, se giró hacia Mar, Yolanda y Arancha.

—Tías, la llevo a su casa, ¿vale? —y, en voz más baja, añadió—: A ver si consigo sacarle de una maldita vez qué puñetas le pasa para estar siempre borracha. ¿Nos vemos mañana?

Yolanda asintió.

—Sin duda. Ya nos contarás... —comentó, señalando a Río con la cabeza.

El resto de la noche pasó despacio. Muy despacio.

Mar y Arancha se unieron al resto de las Cierrabares, y Yolanda, incapaz de alejar sus pensamientos de Damien, permaneció en los asientos con su cubata en la mano. Cubata del que no tomó absolutamente nada. Cuando sintió que el culo le empezaba a doler de estar tanto tiempo sentada, decidió que ya era hora de ponerse en pie y de tomar un poco el aire. Así se lo anunció a sus amigas.

—¿Tú sola? —inquirió Virginia, muy preocupada—. Cari, son las dos de la madrugada. ¿Quieres que te acompañe?

Yolanda le guiñó un ojo.

—Cielo, sé cuidar de mí misma. Además, necesito estar sola un rato, lejos del caos de la música y de las luces. Quiero pensar...

Mar la estudió con atención.

—Si pasa algo, estamos aquí.

Yolanda se rio con ganas.

—No exageréis, chicas, ¡¿qué demonios va a pasar?! —

Yolanda salió de la disco y se apoyó, con gesto cansado y una molesta e incipiente presión en el corazón, sobre la pared del local.

Al frente tan solo había una carretera, y al otro lado se podía ver una amplia explanada, que ese negocio utilizaba como *parking* y en esos momentos estaba llena a rebosar. Varios hombres charlaban en la entrada de la discoteca, con bebidas en sus manos y cigarrillos a medio terminar. A ella no se le pasó por alto que, a un par de metros de la entrada, un hombre cuarentón, de corto cabello negro y los ojos verdes tan enrojecidos como sus mejillas, posó una intensa mirada sobre ella.

Yolanda pasó por completo de todos ellos y levantó la mirada al cielo nocturno y estrellado. Y, sin poder evitarlo, se encontró pensando de nuevo en Damien.

—¿Estás sola, guapísima...? —preguntó, de repente, alguien a su lado.

Miró hacia la izquierda y descubrió que aquel hombre, el mismo que la había contemplado con sumo interés, se había acercado a ella. Ahora que estaba a su lado, pudo oler, con enorme desagrado, el enorme tufo a alcohol que desprendía. Y también descubrió que su rostro estaba desencajado por todo lo que había consumido aquella noche. Fue entonces cuando se percató de que el resto de hombres habían entrado de nuevo a la discoteca y de que ella y ese extraño estaban solos.

Yolanda chasqueó la lengua y le giró la cara.

—Amigo, estás muy borracho, ¿por qué no te vas a casa?

De repente, ese hombre se puso frente a ella y apretó su cuerpo contra el suyo con tanta brusquedad que Yolanda sintió que se le escapaba el aire. Trató de forcejear, en vano.

—¿Quieres divertirte...? —balbuceó él con esfuerzo. Apenas se le entendía nada.

—¡Suéltame! —le increpó.

Él, en cambio, agarró sus brazos y comenzó a darle mordiscos en el cuello con una fuerza excesiva. Y, entonces, comenzó a manosearla.

—¡Ay! —exclamó Yolanda—. ¡Suéltame, desgraciado, o te juro que...!

Antes de terminar su frase, sucedió algo que le dejó boquiabierta. Alguien apareció de la nada y, con una fuerza descomunal y una contundencia que le heló la sangre, agarró al hombre, lo separó de ella con intensa brusquedad y, sin mencionar ni una sola palabra, le estampó un fuerte derechazo en la mandíbula que lo tiró al suelo.

Yolanda abrió los ojos, sorprendida y asustada a partes iguales. Su salvador le daba la espalda, pero ella no tardó demasiado tiempo en reconocer aquel cabello corto, negro y canoso, y aquellos brazos curtidos y musculosos. Tampoco le costó mucho reconocer su voz cuando, una vez el hombre trató de ponerse en pie, le advirtió con vibrante voz amenazadora:

—Márchate... o te destrozo...

Ella contuvo el aire, asustada, cuando Damien se giró hacia ella con sus impactantes ojos azules irradiando odio y rabia. Dio un paso hacia ella, todavía temblando de furia.

—¿Estás bien...? —Ella tan solo pudo asentir—. ¿Qué demonios haces sola aquí fuera? —rugió con ira—. ¡Ese hijo de puta podría haberte hecho algo muy malo, Yolanda!

De nuevo, ella no respondió. Él se acercó, la cogió del brazo y la forzó a caminar a

su lado, con brusquedad, pero con mucho cuidado.

—Te acompañaré a casa.

Ella lanzó una mirada preocupada a la discoteca.

—Pero... mis amigas...

Damien la miró con seriedad.

—Mándales un mensaje, diles que estás conmigo.

Yolanda, totalmente cohibida ante su fuerza y sus exigencias, se soltó de él con rapidez justo cuando entraban en el aparcamiento. Lo miró con miedo antes de decir:

—No soy una niña, Damien... no me trates como si lo fuera.

—Ese bastardo ha estado a punto de hacerte algo horrible, Yolanda —dijo, terriblemente enfadado—. ¿Sabes las cosas que se me han pasado por la cabeza al verle toquetearte por todas partes? ¡Solo pensaba en matarlo!

Se miraron fijamente durante unos largos segundos en los que no dijeron nada. Y, entonces, con una pasión y una desesperación palpable, Damien se lanzó sobre ella, la puso sobre un coche, agarró su cabeza... y, con la respiración agitada y el corazón a mil por hora, apretó su cuerpo contra el de ella y comenzó a besarla con gran ansiedad y ardor.

Capítulo 13

Yolanda sintió el peso de Damien aprisionándola contra el coche que tenía a su espalda con una explosión intensa de emociones removiéndose en su interior. Él pasó su gruesa y cálida mano por detrás de la cabeza de Yolanda y sostuvo su nuca con firmeza. Después, con la cabeza inclinada hacia abajo, le lanzó una mirada depredadora con sus seductores ojos azules.

Parecía que le pidiera permiso para continuar... a lo que Yolanda, anonadada ante su mirada, no pudo más que guardar silencio. Entonces, él comenzó a acariciar muy poco a poco cada parte de su cuerpo con una calidez y un cuidado encomiables, casi como si temiese que lo detuviese. Aun así, pronto comprobó que ella, que tenía los ojos cerrados para concentrarse en las caricias, no hacía ningún esfuerzo por detenerlo.

A Yolanda se le estaban pasando por la mente todos los sueños eróticos que había estado teniendo con Damien.

Él se separó un poco y bajó lenta y apasionadamente sus labios por su cuello, lo que arrancó en ella un breve gemido de placer. Lejos de detenerse, recorrió cada peca de sus hombros con su lengua juguetona, besando, lamiendo y hasta mordiendo todo lo que quedaba a su alcance. Cuando agarró con las manos ambos tirantes de su ajustado y suave vestido rojo —con la clara intención de bajarlos—, Yolanda abrió sus grandes ojos castaños y lo miró, ofuscada.

—Pa... para... ¡Para! —exclamó de repente.

Damien detuvo sus besos cerca de su pecho y la miró con la respiración agitada.

—¿Qué...?

—Aquí no —dijo ella, respirando entrecortadamente y mirando a su alrededor—. Vamos a mi casa...

Al mismo tiempo que Yolanda metía las llaves en la puerta para abrir, Damien la abrazó por detrás y, con manos juguetonas y extasiadas, le agarró ambos pechos con una de sus manos y la apretó contra sus fuertes pectorales mientras mordía la parte de atrás de su cuello.

Yolanda emitió un nuevo gemido de placer cuando notó, en sus redondeados glúteos, el miembro duro y caliente de Damien. No se molestó en decir nada; se separó de él sintiendo cómo todo el calor se le subía a la cabeza y, algo mareada, se adentró en su casa con pasos torpes, dejando la puerta abierta para que él entrase. Él la cerró tras de sí y, con una expresión traviesa, observó a Yolanda, por primera vez indefensa, mirándolo con deseo mientras atravesaba el salón de su casa.

La siguió con pasos firmes, como un león tras su presa, hasta la puerta cerrada de

su dormitorio. Ella se giró en el último momento, le pasó las manos tras su nuca y lo atrajo hacia sí con exigencia y deseo, sintiendo cada célula de su cuerpo tan caliente que parecía a punto de entrar en combustión espontánea.

Damien le mordió los labios con pasión e introdujo la lengua en la boca de Yolanda mientras ella trataba de desabrochar la camisa blanca de botones que cubría su torso. Él agarró sus glúteos con sus enormes manos y los apretó con fuerza. Poco después, subió su vestido sin reparo y dejó al descubierto su tanga de encaje negro. La agarró de nuevo por los glúteos y con un impulso la levantó del suelo.

Yolanda abrazó sus caderas con sus piernas, volviendo a sentir su miembro eréctil esta vez entre sus piernas. Damien la sujetó con firmeza con su brazo derecho, abrió el pomo de la puerta con la mano izquierda y entró en la habitación con ella.

Ninguno de los dos, demasiado centrados en el ardor de sus cuerpos y en sofocarlo con el contacto del otro, fue consciente de que María Cristina, la madre de Yolanda, había sido testigo de todo. Cuando la puerta se cerró tras ellos, se metió de nuevo en su cuarto con una enorme sonrisa pícara.

Yolanda, acostumbrada a llevar las riendas en las relaciones sexuales, se sintió completamente manejada por Damien, que la tiró sobre la cama y se quedó mirándola desde arriba como un depredador dominante mientras, casi al mismo tiempo, se arrancaba la camisa para desnudarse. Se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones mostrando, así, unos bien ajustados bóxers negros que enmarcaban a la perfección su definida y fuerte figura.

Ella trató de incorporarse para intentar liderar la situación, pero él se abalanzó sobre ella, mostrando los marcados y apretados músculos de sus brazos. Mordió con ardiente lujuria la parte del vestido que cubría sus pechos. Al soltarlo, susurró con voz vibrante:

–De eso nada, reina... Hoy eres mía.

Yolanda sintió un éxtasis tan enorme, ante esas bien escogidas palabras y esos ojos iluminados por la cálida luz de la lamparita, que se estremeció y humedeció en el acto.

Por esa misma razón, contrariamente a lo que ella haría con cualquier otro hombre, esta vez no opuso ninguna resistencia. Solo entonces, y sin apartar la mirada de aquellos ojos castaños que lo volvían loco, él deslizó con suavidad cada tirante del vestido de Yolanda por cada uno de sus brazos para, después, bajarlo con brusquedad y dejar al descubierto su precioso sujetador de encaje negro.

Ella, recostada sobre la cama, contemplaba con lascivia aquellos desarrollados pectorales y cómo sus fuertes brazos terminaban de retirar por completo su vestido. Damien lo lanzó de cualquier manera al suelo, lo que provocó que Yolanda se lamiera labios y expandiera una sonrisa lujuriosa. Durante unos minutos, se dedicó a disfrutar de la visión que Damien le ofrecía. «Joder, está tremendo, el colega...», pensó, babeando en su interior.

Damien pareció percatarse de ello. Sonrió con el ego inflado y le pasó su cálido brazo por detrás de la espalda. Le desabrochó con tremenda habilidad el sujetador y dejó su redondeado y firme pecho al aire. Cubrió su cintura y su espalda con sus manos y aproximó su cara hasta hundirla en sus pechos y comenzar a besarlos con calor. Yolanda sintió su mentón rasposo, sus suaves labios y su lengua recorriendo sus senos, notando cómo acababa de humedecer parte de la tela de su tanga. Las bocanadas del aliento caliente de Damien se le antojaron reconfortantes llamas que se aproximaban a sus pechos y lamían su cuello.

A él no le hizo falta quitarle el tanga para acceder a ella. Deslizó hacia abajo su mano derecha y, haciendo que Yolanda cayese de nuevo sobre la cama y tras apartar de su camino la tela empapada y caliente con sus dedos, los introdujo breve y suavemente en su interior.

Yolanda arqueó su espalda y emitió un intenso gemido cuando sus dedos pasaron por su excitado clítoris y comenzaron a subir y bajar hacia su vagina, cada vez introduciéndose un poco más. Estaba demasiado caliente... ¡Necesitaba dejar de lado los preliminares de una vez!

Damien comenzó a bajar la cabeza, lamiendo deliciosamente su vientre y su bajo vientre... hasta que agarró el tanga, lo deslizó por las piernas de Yolanda y se deshizo de él por completo con maestría. Cuando su habilidosa lengua rozó con pasión los labios que tenía entre las piernas, Yolanda no pudo soportarlo más y dejó escapar, al fin, un gemido tan intenso que estaba segura de que la había oído todo el bloque.

Damien sonrió, complacido, al ver los espasmos en el curvo y perfecto cuerpo de Yolanda.

—¡Oh, Dios...! —exclamó ella al sentir cómo su lengua recorría su húmedo interior.

Yolanda estaba demasiado caliente, mojada y excitada como para poder avergonzarse de sus actos o intentar controlarse.

Damien solo jugó con su lengua un par de minutos, hasta que estuvo seguro de que ella estaba lo suficientemente caliente. Lo que no sospechaba era que Yolanda se encontraba ya muy cerca del primer orgasmo. A pesar de ello, él estaba disfrutando tanto que intentaba alargar todo lo posible aquellos momentos. Se incorporó brevemente y dejó al descubierto su enorme y duro pene. «Joder, pero ¿qué tienes entre las piernas, tío? Es enorme...», pensó.

Damien captó la expresión sorprendida de Yolanda. Se volvió a recostar sobre ella y la agarró por las muñecas, dejando caer parte del peso de su cuerpo sobre ellas. Ambos acabaron entrelazando los dedos, mientras él la volvía a besar con toda su pasión y comenzaba a rozar la punta de su pene contra sus partes, recorriéndolas de arriba abajo. Tras unos instantes, la penetró totalmente, llegando a tocar el fondo de su vagina. Su grueso y enorme miembro resbalaba a la perfección en su interior, haciéndola sentir plena y completa.

Él comenzó a embestir rítmicamente mientras lamía y mordía su cuello. Soltó sus muñecas y cubrió con su fortalecido y caliente cuerpo el pequeño cuerpo de Yolanda. Esta se agarró a su espalda y le clavó las uñas, cosa que le produjo un escalofrío a

Damien. Sentía cómo el interior de Yolanda apretaba su pene y casi parecía masajearlo, mientras sus suaves y delicados pechos rozaban sus pectorales y su tersa piel se acariciaba con la suya.

A cada embestida, Yolanda sentía corrientes eléctricas que subían desde el final de su vagina por toda su zona íntima y llegaban casi a su pecho. Estas se mezclaban con las caricias, los besos y los mordiscos y le estaban haciendo llegar a un punto crítico. Cuando Yolanda apretó las piernas, tensó y arqueó todo su cuerpo, Damien aumentó la velocidad y la fuerza de las embestidas. La abrazó con más fuerza y la manejó habilidosamente mientras ella estallaba de placer y perdía la conciencia durante unos momentos.

Cada contacto de su cuerpo pareció volverse mero placer cuando el orgasmo la invadió por completo, le provocó gemidos incontrolables y dejó sus ojos casi en blanco.

Damien notó cómo se le hacía la boca agua observando cómo aquella preciosa mujer, de carácter indomable, se derretía de placer gracias a él. Después de casi medio minuto de placer, Yolanda relajó su cuerpo sobre las sábanas y cerró los ojos, resoplando con cansancio. Damien sacó su pene muy despacio, duro como una piedra y tan caliente que parecía estar a punto de explotar.

—Aún no hemos terminado... Ahora vas a saber lo que es disfrutar de verdad, preciosa... Voy a hacerte tocar el cielo.

Yolanda abrió los ojos de par en par y observó a Damien, que tenía la cara roja, los ojos brillantes y una expresión ansiosa. Su pene la apuntaba como un arma a punto de disparar... y ojalá lo hiciese ya. Le dio la vuelta y la puso a cuatro patas. Él se puso de rodillas sobre la cama y se la introdujo completamente. Yolanda estaba tan húmeda y caliente que tan solo ese movimiento casi la hizo alcanzar el orgasmo; pero él quería que, esta vez, los dos se llegasen a la vez.

Él agarró su cintura con la mano izquierda y, con la derecha, cubrió placenteramente su zona íntima y comenzó a masajear el clítoris con sus resbaladizos dedos. Yolanda abrió la boca a causa del placer y volvió a tensar todo su cuerpo. Al sentir en cada embestida sus preciosos y calientes glúteos impactar sobre su miembro, él no pudo aguantarlo más y se dejó llevar por completo.

Ambos llegaron al clímax a la vez como dos bestias salvajes hambrientas. Yolanda perdió por completo las fuerzas al sentir cómo, justo cuando empezó a tener el orgasmo, Damien movió rápidamente su mano sobre su clítoris, haciéndole tener el orgasmo más placentero e intenso que había sentido en su vida. Incluso pudo sentir la eyaculación de Damien en su interior, añadiendo aún más deleite a la situación.

Al oír los gemidos que acompañaron el orgasmo de Damien junto al suyo, Yolanda sintió un alivio en su interior distinto al que le proporcionaba el sexo... Desde hacía mucho tiempo, no se había sentido libre de verdad, vulnerable y ella misma. Quería tener siempre el control de las situaciones para poder protegerse de todos los que la rodeaban y que no le hicieran daño... Pero esa noche no había sido capaz y, tan solo

por ese ratito, había conseguido airear su interior y todo lo que guardaba.

Cuando Damien perdió sus fuerzas, sacó su pene completamente mojado del interior vibrante de Yolanda. Tras abrazarla por la cintura, la tiró sobre la cama junto a él. Después de respirar agitadamente durante un par de minutos, Yolanda se giró hacia él y observó cada parte de su cuerpo.

—¿Ya te has cansado...?

Damien la miró entre ofendido y sorprendido. Se incorporó con energía y la agarró con fuerza por las nalgas.

—Te vas a arrepentir de haberme dicho eso...

Bien entrada la madrugada, cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte, ambos cayeron rendidos en la cama, uno junto a otro, entre abrazos sudorosos y dos sonrisas iluminadas de felicidad y gozo.

Esa noche, ambos se entregaron el uno al otro su parte más íntima y personal. Esa noche, compartieron mucho más que solo las palabras de dos desconocidos. Esa noche... ambos se hicieron uno por fin.

Capítulo 14

Yolanda despertó al día siguiente con la sensación de que no había dormido nada en toda la noche... pero con un sentimiento inigualable de paz y dicha que no sabía de dónde provenía.

Entonces, sintió que alguien se movía a su lado. Tensó todo su cuerpo, incómoda y alerta, cuando notó el inconfundible tacto de un brazo rodeando su cintura y la incómoda pero suave sensación de unos labios sobre su hombro desnudo que le daban un cálido beso.

—Buenos días, preciosa... —saludó una voz—. ¿Cómo has dormido?

Yolanda abrió los ojos de golpe y se incorporó con brío. Al mirar hacia la cama y ver aquel templo griego desnudo, cubierto tan solo por una sábana blanca de cintura para abajo, sintió que iba a morir. Los ojos azules de Damien brillaron con felicidad al tiempo que una amplia sonrisa cruzaba su rostro al posar la mirada, inequívocamente, en el cuerpo desnudo de Yolanda. Ella ni siquiera tuvo fuerzas para cubrirse.

Damien se incorporó, igual de desnudo que ella, y se acercó para darle un par de besos seductores y delicados sobre los hombros que la hicieron estremecerse de los pies a la cabeza.

—¿Te apetece una segunda ronda, cariño?

Yolanda quiso resistirse a él, pero los besos en sus hombros y en la base de su cuello la estaban volviendo completamente loca.

—¿Te gusta? —murmuró él, subiendo con sus besos hasta su barbilla.

Yolanda quiso empujarlo y echarlo, pero sentir las manos de Damien sobre su estómago empujándola delicadamente hacia la cama de nuevo rompió, al instante, todas sus malditas defensas. No pudo evitar soltar un intenso gemido de placer al notar como sus grades manos comenzaban a jugar con sus senos. Se sintió todavía más débil y vulnerable cuando él pegó sus labios con fuerza sobre los suyos y comenzó a besarla, primero lenta y delicadamente, y, a medida que pasaban los segundos, con mayor fiereza y pasión desenfrenada.

Cuando notó que sus manos comenzaban a descender por su estómago y que, con delicadeza, usaba su pierna derecha para separar las suyas, supo que debía de impedirlo a toda costa.

Yolanda se forzó a abrir los ojos y, con un movimiento violento y agresivo, echó a Damien a un lado y ella se incorporó con brusquedad. Se puso por encima su pijama

de Kitty a una velocidad impresionante y se quedó mirando al hombre, respirando entrecortadamente y con el rostro impregnado en sudor.

Recordaba a la perfección cómo había permitido que Damien la dominase por completo la noche anterior... y eso la hizo sentir humillada y débil. No le gustaba nada sentirse débil, porque ella siempre había sido quien decidía cómo llevar sus relaciones sexuales. En la cama, ella mandaba.

—¿Qué haces aquí todavía...? —quiso saber ella, asustada.

Damien sonrió. Se incorporó y, antes de responder a su pregunta, se vistió. Solo entonces se acercó de nuevo a ella para responder.

—¿Por qué no iba a estar aquí? —respondió—. ¿Acaso no quieres que...?

Yolanda lo interrumpió antes de que insinuase algo tan detestable y terrible como la idea del noviazgo.

—No, no, ¡no! —gritó ella, enfadada—. ¡¡Fuera, vete de mi casa!!

Damien enarcó una ceja con gesto ofendido.

—¿Perdona? ¡¿Pero qué dices?! ¡¡Si fuiste tú la que quisiste que viniese a tu casa a culminar lo que empezamos en los aparcamientos, Yolanda!! ¡¿A qué demonios viene todo esto, si puede saberse?!

Yolanda se agarró la cabeza y le dio la espalda, cada vez más preocupada.

—Joder, joder, ¡joder! Tío, ¡quiero que te largues de mi maldita casa! ¡¡No quiero volver a verte en toda mi vida!!

Damien enarcó una ceja con desconcierto.

—Pero ¿qué coño te pasa, tía? Anoche disfrutaste, ¡yo te vi! ¡¿A qué viene que te comportes ahora como una adolescente?!

—¡Yo no disfruté! —gimió Yolanda, ignorando sus quejas—. ¡Dios, joder, ¿pero qué has hecho, Yolanda?! ¡Esto no tendría que haber pasado!

Ante estas palabras, Damien abrió mucho los ojos e, incapaz de poder asimilar todo lo que le estaba diciendo, comenzó a reírse con ganas. Yolanda parpadeó, confusa.

—Ahora entiendo por qué estás sola... —comentó él poniéndose su abrigo a toda velocidad. Se acercó a ella y le señaló con un dedo—. Madura de una vez, tía, y deja de usar a los hombres como un muñeco sexual cada vez que te da el puto calentón. Si te pones cachonda haz dedillos, como todos hemos hecho en la vida alguna vez. ¡Pero a mí no me líes! Lo único que he hecho contigo ha sido perder el tiempo...

Y, dicho esto, dio media vuelta y se marchó de allí dando un fuerte portazo en la habitación de Yolanda.

Pocos segundos después, entró su madre con gesto preocupado.

—¿Por qué se va tan enfadado?! ¿Qué le has hecho?!

Yolanda la miró con ojos abiertos de par en par.

—¿No deberías defender a tu querida hija, en lugar de a un tío al que no conoces de nada?! ¿Dónde está tu amor de madre?!

Su madre se acercó a ella con ojos iracundos.

—¡¡Anoche llegasteis a las tantas de la madrugada calientes como dos ollas hirviendo!! —gritó roja de ira—. ¡Y os metisteis en el dormitorio a darlo todo como si no hubiese un mañana! —María Cristina respiró profundamente para intentar tranquilizarse, ignorando como buenamente pudo el rostro pálido y en *shock* de su hija. Luego, le puso una mano en el hombro y apaciguó su expresión—. No es un mal hombre, hija. La otra noche me salvó el culo de una buena multa, y esta noche, cuando hablaba contigo, usaba un cariño y un cuidado en sus palabras... Hacía tiempo que no escuchaba a nadie hablarte de esa forma. —Yolanda se quedó sin aliento al contemplar los ojos tristes y casi suplicantes con los que su madre la observaba—. Cariño, por favor... he visto cómo ese hombre te mira, cómo te habla, cómo te protege a ti y a todo lo que te importa. Si eso no es amor real, que venga alguien y me explique lo que es. Sé muy bien que no quieres saber nada de hombres por lo que ocurrió, ¿pero no va siendo hora de que sientes la cabeza de una vez? Que hayas conocido a un hijo de la gran puta que te rompió el corazón... no convierte en malos a todos los hombres del mundo. No dejes que te engañen, cariño... Los hombres no son malos, lo que es malo es el egoísmo.

Y, tras decir esto, la dejó allí sola. Yolanda se quedó dándole vueltas a todo lo que su madre le había dicho, incapaz de pensar con claridad. Aquellos besos y aquellas caricias que había compartido con Damien no se iban de su cabeza... y comenzaba a replantearse que lo que su madre le decía día a día tenía todo el sentido del mundo.

¿Qué debía hacer...?

Capítulo 15

—Buen trabajo, Yol —le sonrió Silvia, guardando sus documentos en el interior del maletín—. Hacía tiempo que no te veía tan profesional en un juicio.

Ella se giró hacia Silvia y le estrechó la mano con fuerza, mostrando en su gesto cansado una expresión orgullosa.

—Todo ha sido producto de la organización, cariño. Pensaba que seis días no serían suficientes, sobre todo con lo que...

Yolanda se cortó a media frase. Había estado a punto de decir: «Sobre todo, con lo que me pasó ese día con Damien y lo mal que he estado desde entonces», pero, por suerte, pudo contenerse. Nadie sabía lo que había pasado entre ellos, y nadie lo sabría nunca.

—Pero, por suerte... sí que ha sido suficiente —murmuró, cambiando su expresión por una sonrisa forzada.

Una vez que sus documentos estuvieron guardados en sus maletines, Yolanda y Silvia recorrieron con lentitud el pasillo de la sala de juicio, donde ya solo quedaban ellas y un par de espectadores, para salir a los pasillos del tribunal.

Silvia contemplaba de reojo a Yolanda, incapaz de ignorar que sus ojos iban y venían por todas partes.

—¿Se te ha perdido algo? —insinuó ella cuando empezaron a alejarse, por el largo pasillo de madera oscura, de la sala del juicio.

Yolanda se detuvo y se giró hacia ella, incómoda.

—Nada...

Silvia sonrió y se acercó un paso a ella.

—Cariño, que no nací ayer. Esta semana has estado comportándote de forma extraña. Has estado tensa, malhumorada y más burda de lo normal. Salvo hoy, hoy has trabajado de una forma tan eficaz que casi parecía que querías demostrarle algo a alguien.

Yolanda guardó silencio ante sus palabras, totalmente incómoda. Claro que había estado comportándose de esa forma, maldita sea, ¡lo que había pasado con ese imbécil la tenía muy confundida! ¡¿Cómo había podido acostarse con él, por Dios?! ¡¿Cómo?! Y ahora, encima, sentía la extraña e imperiosa necesidad de arrasar en un juicio y que Damien le viese hacerlo. ¡Quería demostrarle a ese hombre lo buena que era en su trabajo para que no se atreviese a infravalorarla nunca más!

Pero... ¿por qué quería demostrarle nada? ¿Por qué quería demostrarle a ese impresentable malnacido que era una muy buena abogada? Esos días estaba comportándose de una forma que ni ella misma entendía... Y lo peor de todo... ¿por qué lo buscaba por las esquinas allá a donde iba? ¿Por qué sentía esas ganas internas de encontrarse donde fuera para que pudiesen hablar, insultarse o abofetearse, lo que surgiese? ¿Qué demonios le estaba pasando, joder...?

—Oye, cariño, dentro de un par de días es Navidad, y he quedado con otras colegas abogadas hemos quedado para ir a tomarnos unas copas. Tal vez quieras acompañarnos y ponerme al día de lo que está pasando en tu vida. Creo que te vendrá muy bien desconectar un poco de *macizorros*...

Yolanda iba a responder, pero, entonces, captó unos penetrantes ojos azules observándola desde el final del pasillo. Su respiración se cortó con brusquedad, tensó cada músculo de su cuerpo y sus manos, cerradas en fuertes puños a sus costados, comenzaron a sudar como si no hubiese un mañana. A su lado, Silvia la contempló con preocupación.

—Ey, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

Yolanda se percató de que Damien le hacía un gesto con la cabeza y le señalaba una habitación que estaba a su derecha. Y, tras captar el mensaje de forma inmediata, se giró hacia Silvia.

Le cogió las manos con urgencia.

—Sil, tengo que irme. Tengo asuntos urgentes que atender. ¿Nos vemos mañana en la oficina y te llevo el pastel de carne, como cada Nochebuena?

—¿Y me pones al día...? —tentó ella con expresión acusadora.

Yolanda sonrió.

—Te quiero, amiga.

Y, sin responder a su pregunta, se marchó a toda velocidad por el pasillo.

Su corazón comenzó a inflarse de un sentimiento puro y ardiente que sustituyó, en el acto, el amargor y la pesadez que había estado notando emerger durante toda esa semana. Ahora solo tenía mente para Damien. Acudir a su encuentro de esta forma tan infantil, con lo que había pasado, la hacía sentir humillada. Aun así, era incapaz de controlar esos impulsos que la empujaban, sin frenos y a toda prisa, hacia sus brazos. Se sentía exhausta y, a la vez... con el corazón a mil por hora y dispuesta a hacer cualquier cosa.

Por ello, no pudo evitar aquella amplia sonrisa de felicidad cuando accedió a la sala vacía en la que Damien la esperaba. Era una sala pequeña, que tan solo contenía una mesa y dos sillas, destinada a que los abogados hablaran con sus clientes antes de un

juicio. Las persianas levantadas dejaban entrar toda la luz helada del invierno y envolvía el ambiente con un toque frío que llenaba la habitación de vaho.

—Hola, Yolanda.

Ella quiso expandir una enorme sonrisa y saludarlo con enorme efusividad, pero su barrera interior entró en juego; su mirada se endureció, su gesto se volvió altivo y sus andares seguros mientras se aproximaba a él.

Damien aguardó hasta que tomó asiento antes de suspirar.

—Hemos de hablar.

Esta asintió.

—Estoy de acuerdo —afirmó ella, incómoda, recordando el revolcón—. Mira, Damien, estás muy bueno, y muchas tías se pegarían por que las invitases a un cubata, pero yo no deseo...

—Quiero que vengas mañana conmigo a una fiesta privada de unos colegas —la cortó él de inmediato con voz tensa.

Yolanda abrió los ojos, descolocada ante esa brusca información.

—¿Qué...?

Damien suspiró. Y, entonces, su expresión seria y grave se derrumbó y le mostró un gesto angustiado y desesperado. Ver ese grado de vulnerabilidad en él se le antojó extraño a Yolanda. Pero, al mismo tiempo, la preocupó.

—¿Estás bien?

—Sí. No. No sé... —repuso él alborotándose el pelo—. Mira, tía, después de cómo me trataste la semana pasada, ¡me debes un maldito favor! Y... quiero que... me acompañes a esa fiesta.

Yolanda entrecerró los ojos, desconcertada.

—Uno: no te debo ningún favor. Lo que pasó el otro día fue consentido por los dos, así que no me lées con tus tonterías. Y dos: no puedes soltarme esto de esta forma y no decirme qué narices pasa. ¿Es que habrá dragonas en bolas en la fiesta, o qué?

Este adquirió un gesto de desagrado y negó con la cabeza.

—Peor...

Yolanda alzó una ceja con confusión.

—¿Peor que dragonas en bolas en una fiesta? ¿Qué puede haber peor que eso...? —quiso saber, un poco descolocada.

Damien se incorporó. Le dio la espalda y caminó hacia la ventana. Yolanda fue consciente de los claros intentos que hacía para evitar mirarla a los ojos, y esto solo la angustió todavía más. Por Dios, ¿qué iba a haber en esa fiesta? ¿Narcos? ¿Líderes de una secta a los que él había encerrado?

Se incorporó y se aproximó a él por detrás, pero, antes de poder decir nada, él habló, con sus preocupados ojos azules fijos en la carretera que se veía a través de la ventana.

—Has estado sublime hoy en el juicio —dijo en un susurro.

Yolanda se detuvo a tres pasos de él, anonadada ante ese drástico cambio de tema tan repentino.

Aun así, ladeó la cabeza con orgullo.

—Gracias, pero... no estamos aquí para que me felicites por el juicio en el que me has espiado. Das escalofríos, Damien, ¿dónde puñetas estabas, que no te he visto?

Damien sonrió con gesto sombrío.

—Si no quiero, no me ves —susurró con cuidado girándose hacia ella.

—¿Qué es peor que las dragonas en bolas en una fiesta? —insistió ella—. ¿Qué puede haber en una fiesta que sea tan terrible como para pedirme a mí que te acompañe, Damien...?

Este sonrió con esfuerzo y miró a Yolanda de frente.

—Mi... —Apartó la mirada y apretó con fuerza los puños antes de responder—: Mi... exmujer.

Capítulo 16

—No quiero hacer esto... —se quejó Arancha mirándose al espejo—. ¡Yolanda, por favor, sé una buena amiga y no me obligues a ir!

Yolanda sacó su colorete y se dispuso a pasarlo por las mejillas de su amiga, que le acababa de poner una expresión de corderito degollado. Sus ojos marrones estaban vidriosos, su largo pelo teñido de color caoba caía por su espalda en forma de preciosos tirabuzones, y su modelito —un coqueto y elegante traje rojo de tubo con escote de corazón— se pegaba a su cuerpo resaltando sus curvas y convirtiéndola en un pecado para el alma. Yolanda ignoró su comentario y siguió trabajando sobre ella a toda máquina.

—Cielo, estás buena, estás en la edad perfecta para tirarte a quien quieras y es Nochebuena —rebatió Yolanda con un deje de fastidio en la voz.

—Pero he quedado con mis padres, Yolanda... —se quejó esta una vez más al borde del llanto.

Yolanda chasqueó la lengua y la miró fijamente a los ojos con severidad.

—Error. Habías quedado con tus padres —alegó, comenzando a cansarse de su actitud tan pesimista—. Los llamé ayer y les expliqué la situación, y me dijeron que, como te vean aparecer por allí para pasar una noche tan bonita como esta con dos viejales aburridos como ellos, te pegan un tiro. Y... no creo que lo dijeren en broma, ¿sabes?

Arancha abrió sus ojos, perfectamente delineados y resaltados con una sombra oscura, y la miró con asombro.

—¡¿En serio?!

Yolanda expandió una sonrisa socarrona.

—¿No te han llamado para decírtelo? —inquirió, con sorpresa real—. Amor, deberías de afianzar un poquito más tu relación con tus pad...

—Yol —la cortó Arancha cogiéndole de las manos—, te quiero. Eres una amiga de puta madre, y me haces reír y me apoyas muchísimo cuando me hace falta... ¡pero no puedo presentarme en la misma fiesta que Marc!

Yolanda puso los ojos en blanco y le dio la espalda para contemplarse en el enorme espejo que tenía detrás. Sonrió con coqueteo y removió su larga melena azabache con un toque lujurioso, provocando una cascada de color negro sobre su espalda que habría hecho babear a cualquier hombre. Se guiñó a sí misma su ojo

castaño, resaltando así el rímel que lo perfilaba y la base anaranjada. Todo esto no era nada comparado con el precioso vestido ceñido a su torso, pero suelto y largo desde su cintura, que resaltaba sus agraciadas curvas y mostraba, gracias a su escote de pico, su pequeño pero redondeado busto pecoso.

—Yol, ¿me estás escuchando?! —exclamó Arancha.

—¿A qué viene tanto grito?!

Yolanda se giró hacia la puerta de su dormitorio a tiempo de ver entrar a su madre. Esta iba vestida con un traje de chaqueta femenino negro entreabierto, y se había pintado más que un cuadro de Goya.

Yolanda se cruzó de brazos y alzó una ceja con retintín.

—¿Has quedado con Pepe?

—Paco —corrigió María Cristina con brusquedad—. ¡Y por supuesto que he quedado con él! Tú pasas de tu madre para irte de fiesta, ¿qué se supone que voy a hacer yo sola en Nochebuena?

Yolanda avanzó hacia ella.

—Quedarte en casa como una buena madre y preocuparte por que tu amada hija llegue sana y salva a casa —replicó ella con enojo.

María Cristina se rio en sus narices.

—¡Ya, claro! Voy a quedar con Paco, y luego vamos a irnos a darlo todo en cualquier discoteca que pillemos abierta. Quizás tengo que llamarte de madrugada para que me quites una nueva multa —añadió en el último momento, guiñándole un ojo con gesto muy sugerente.

Yolanda apretó los labios con fuerza, pero Arancha, tras ella, se cubrió la mano con la boca para evitar una carcajada. Entonces, decidió intervenir:

—Di que sí, cielo, ¡estás buena, estás en la edad perfecta para tirarte a quien quieras y es Nochebuena! Si tienes que pasar la noche en el calabozo por escándalo público, llámame a mí en vez de a tu hija y me uno a ti.

—¡¡Arancha!! —gritó Yolanda girándose hacia ella, ignorando, como buenamente pudo, las risotadas de ambas mujeres.

Su amiga la miró con seriedad y, articulando con la boca, pero, de forma que ella lo comprendió absolutamente todo sin mencionar palabra, dijo: «Esto es por obligarme a ir a esa maldita fiesta contigo».

Tras lanzarle una mirada de odio puro, se sentó en la cama y se puso unos zapatos de tacón negros de tamaño medio para suplir su baja estatura.

—Como me llamen de nuevo por escándalo público, te juro por Dios que no respondo, mamá. ¡Así que ten cuidadito con lo que haces! ¡¡Vamos, Arancha!! —

Echando humo por las orejas, agarró su pequeño bolso negro de fiesta y ambas se marcharon por el pasillo—. ¡Habrás visto...! Una hija advirtiéndole a su madre para que no la llamen de la comisaría de policía en Nochebuena. —Yolanda se detuvo y alzó la voz hacia el pasillo vacío—. ¡No tomes drogas! ¡Y no hagas nada que yo haría!!

Arancha comenzó a desternillarse de la risa.

—Sabes que has fracasado como hija cuando le tienes que decir esas cosas a tu propia madre. Yolanda... encáuzate un poco, anda.

Damien se mantuvo con sus enormes e hipnóticos ojos azules abiertos de par en par durante casi veinte segundos, incapaz de apartar la mirada de Yolanda, de su cuerpo, de sus ojos... de toda ella. Su cabello negro con motas blancas parecía brillar esa noche más que nunca —o, al menos, eso le parecía a ella—, y se había vestido con un extraño traje de chaqueta azul claro que hacía un desconcertante contraste con sus ojos.

—Es por mi exmujer, ella odia este tipo de trajes.

—Y cuanto más la molestes, mejor... ¿No? —inquirió Yolanda con una sonrisa pícara y divertida.

Él sonrió con timidez. Yolanda, en respuesta, expandió una amplia sonrisa juguetona, se acercó a Damien y le agarró por un brazo emitiendo risitas coquetas y divertidas.

—Pues estás de suerte, colega, me encanta putear a las ex de otros...

A su lado se encontraba Marc, cabizbajo y vestido con un vaquero azul oscuro y una chaqueta elegante de color marrón. Sus ojos celestes estaban clavados en el suelo y parecía totalmente incapaz de posar su mirada en Arancha, que se había cruzado de brazos y parecía expresar sin palabras «te lo dije, Yolanda».

Esta, incómoda, miró a Damien exigiendo una explicación. Y él, tras encogerse de hombros, se acercó a su amigo y le susurró algo al oído. Solo entonces Marc pareció reaccionar al fin y, tras lanzar una breve mirada a su colega, posó una expresión nerviosa sobre Arancha.

—Estás... estás preciosa, Arancha...

Esta se encogió de hombros.

—Gracias...

Yolanda inspeccionó aquel pequeño local en Monte Llano, la ciudad vecina. Al menos veinte parejas distintas se dispersaban por todas partes, algunas sonrientes, otras gritando entre el poderoso ruido de la música y unas pocas sentadas en las mesas que se desperdigaban pegadas a las paredes. La pista del escenario, además,

contenía losetas blancas en el suelo y, justo encima, una enorme bola disco recubierta de placas que proyectaba luces azules y rojas, un antiguo estilo rock ochentero que a Yolanda le causó rechazo casi de inmediato.

Se giró hacia Damien para preguntarle algo, pero este le cogió de la mano de repente y, sin preguntarle nada siquiera, la forzó a atravesar la pista de baile a toda velocidad para encaminarla hasta la barra. Yolanda llevó la vista atrás, donde captó la mirada suplicante de Arancha alejándose en la distancia.

—¡Damien! —exclamó, medio sorprendida medio asustada—. ¡Damien, ¿qué narices estás haciendo?!

Este se detuvo frente a la barra y se giró hacia ella.

—¿Qué vas a tomar? ¿Un *whisky* con mora?

Esta ladeó la cabeza, sorprendida de que recordase sus preferencias.

—Sí... Oye —comentó, señalando hacia atrás—, hemos abandonado a Arancha y a Marc ahí atrás.

Él llevó la vista atrás y sonrió.

—Creo que les vendrá bien un poco de soledad para conocerse más, ¿no te parece? Mira —dijo de golpe, señalando a una mesa vacía que estaba a un par de metros—, siéntate allí, ahora llevo tu vaso.

Yolanda asintió y fue a sentarse en el lugar que le había indicado. A lo lejos, pudo ver a Marc y a Arancha muy tensos e incómodos. Al parecer su amiga trataba de entablar algún tipo de conversación con él que, de nuevo, mantenía los ojos clavados en el suelo. ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? ¿Por qué parecía tener tanto miedo?

Miró a su alrededor. Seguía sin comprender qué demonios hacía allí, aunque pasar la Nochebuena puteando a la ex de Damien era, sin duda, el mejor plan que podría haber deseado. Esa puta iba a saber lo que se había perdido... «Yolanda, no pienses tonterías... —se reprendió, angustiada—. Estás aquí para hacerle un favor, pero tú no quieres nada con él. NAD...».

—Disculpa... ¿Yolanda? ¿Eres Yolanda?

Aquella voz sensual y femenina interrumpió sus cavilaciones con rapidez. Yolanda regresó al presente con brusquedad y levantó la mirada hacia la mujer alta, espigada y delgada que estaba de pie, a su lado. Su larga y acaracolada melena dorada resplandecía en tonos verdes y rojos debido a la luz de la pista de baile, lo que, unido a su piel naranja —de un tono artificial— y a sus intensos ojos oscuros, le daba aspecto de ser una aparición fantasmal. El vestido beige que llevaba puesto, hasta las rodillas y agarrado a uno de sus hombros, no mejoraba demasiado este detalle.

No se le pasó por alto el vistazo que le echó de arriba abajo, ni la semisonrisa que curvó sus labios en la comisura derecha en un claro gesto de cretina.

—Sí, soy yo, en carne y hueso —asintió Yolanda con voz segura.

—Bueno, más en carne que en hueso, ¿no? —repuso riéndose con ganas ojeando, sin ninguna duda, los escasos michelines que salían de su cintura.

Yolanda sonrió, tensa y enfadada a la vez.

—¿Podría tener el placer de saber el nombre de esta dama? —inquirió.

Ella se removió el pelo con pesadez antes de contestar:

—Estefanía, dueña de una veintena de industrias y mujer de Damien.

Yolanda suspiró y se incorporó. Sin variar su sonrisa segura ni un solo segundo, miró a Estefanía —unos diez centímetros más alta que ella— a los ojos y ladeó la cabeza.

—¿No has mirado el correo, encanto? —insinuó Yolanda—. Ya no es nada tuyo, cariño, siento ser yo quien te dé ese terrible disgusto.

Estefanía tornó su semblante fugazmente de una rabia que ocultó en buena medida a una sonrisa tersa y despiadada.

Yolanda se cruzó de brazos y no retrocedió.

—A Damien no le van las mujeres de tu clase, rica.

—¿De mi clase? ¿Y cuál es exactamente el tipo de mujeres de mi clase, si puede saberse?

Esta se acercó todavía más y dejó su rostro a un par de milímetros del suyo.

—Mujeres buitres: os acercáis a los hombres de otras para recoger los restos de basura que hemos dejado. Pululáis alrededor de nuestros hombres para pillar cacho, y nos hacéis ver como las malas de la película para quedaros con nuestros maridos —explicó con voz furiosa.

Yolanda guardó silencio un tiempo para procesar y asimilar el significado que guardaban todas aquellas palabras, incrédula y bastante ofendida. Aunque no se sentía ofendida por ella, en absoluto...

—Mira, Barbie —repuso Yolanda con tono furioso—, Damien no es, ni por asomo, los restos de basura de nadie, y mucho menos de una rubita de bote esquelética que se ha pasado con los rayos uva esta semana —Estefanía abrió los ojos y la boca, humillada ante sus palabras, pero Yolanda no le permitió continuar—. Damien es un hombre de putísima madre, y si tú no has sabido verlo, ¡mala suerte! Ábreles paso a las mujeres de verdad.

—Sé quién eres... He estado investigando sobre ti. —Aquella simple afirmación la pilló por sorpresa—. Eres una abogada familiar que no tiene familia propia y que juega

a salvar la de los demás. Y no eres muy buena, me han dicho —dijo de repente, con tono hiriente y gesto rabioso—. Eres una mujer desecho, de esas que permiten que un tío le dé bien por detrás un día y al siguiente, si te he visto, no me acuerdo. Damien no se merece a un putón verbenero como tú, desecho.

Yolanda apretó los labios.

—Soy una abogada de diez. Así que ten cuidado, Barbie, porque podría ir a por ti y buscar todos tus trapos sucios.

—Como abogada, deberías saber que la amenaza es un delito —masculló ella con una sonrisa socarrona—. Ten cuidado, cariño, puedo acabar con toda tu carrera. O... también puedes alejarte de mi hombre. Tú decides...

—Estefanía... —murmuró, de repente, una voz colérica a su espalda.

Yolanda levantó la mirada y comprobó, medio intimidada medio agradecida, que Damien había regresado con un par de copas en las manos.

Sus ojos azules destilaban odio, y su gesto estaba tan serio que parecía un depredador contemplando a su presa. Yolanda apreció que, de repente, toda la pose y la expresión de Estefanía cambiaron abruptamente. Su gesto de odio se transformó en una cálida expresión de sorpresa y cariño, y toda el aura de envidia, desprecio y veneno que la había envuelto se disipó hasta presentar a una mujer calurosa y serena. «Menudo bicho manipulador... Rápido, Damien, aplástala antes de que tenga crías...», musitó Yolanda para sus adentros.

—Veo que ya has conocido a Yolanda... —murmuró.

Yolanda apreció, desconcertada y medio dolida, que sus ojos fieros adoptaban un brillo inseguro y bajaban al suelo. Y cómo, de repente, todo su porte protector, enorme y duro se vio desplazado por la apariencia de un hombre retraído, apocado y totalmente vulnerable.

Parpadeó, todavía más confusa, al ver que la saludaba con un par de besos en la mejilla.

—Es una mujer muy simpática —dijo Estefanía, mirándola con un deje sarcástico y divertido.

Yolanda decidió que no iba a dejarse pisotear.

Pasó junto a ella, se colocó al lado de Damien y agarró su brazo ante la atenta y furiosa mirada de su ex.

—¡Claro que la he conocido, cariño! —exclamó ella. Tras esto, se acercó más a Damien y, ante su sorpresa, le estampó un morreo apasionado y entregado que hizo enloquecer a Estefanía—. Has tardado muchísimo, mi vida, ¡estaba terriblemente preocupada por ti! —musitó Yolanda con fingida y exagerada voz inquieta—. Ven, deja

las bebidas aquí y ven conmigo, ¡tengo ganas de bailar! —Se giró hacia Estefanía y le guiñó un ojo con descaró—. No te importa que te robe a tu exhombre, ¿verdad, cielo?

Y, sin esperar su respuesta, empujó a Damien a la pista de baile. No se quiso perder la expresión de Estefanía, así que, sin poder remediarlo, volvió la cabeza a tiempo de ver cómo ella apretaba los puños con fiereza y le lanzaba una mirada amenazadora y peligrosa.

Yolanda lo sintió como una victoria bien merecida y, sin darle tiempo a Damien a mencionar absolutamente nada, aprovechó el cambio de música —empezó a sonar una melodía romántica y ñoña— y, sin perder el tiempo, lo rodeó por el cuello. Notó, en el acto, cómo él tensaba todo su cuerpo ante su contacto, y cómo se quedó mirándola con miedo y apuro sin saber muy bien qué hacer. De modo que le sonrió con tranquilidad, agarró sus manos y las colocó, con suavidad, sobre su cintura.

—Tranquilo, hombretón, ¿nunca has bailado así con una mujer? —Este abrió y cerró la boca varias veces, pero no fue capaz de responder—. Estuviste casado, ¿de verdad que...?

Él sacudió la cabeza.

—No me hagas hablar de mi matrimonio... Fue un verdadero y absoluto desastre, esa tía me tenía engañado de verdad. Estuve muy ciego...

Yolanda sonrió y echó un último vistazo a Estefanía. Tras asegurarse de que lo observaba todo desde la misma posición en la que la habían dejado, sonrió con placer. Pegó su cuerpo al de Damien, que tragó saliva y vibró nerviosamente como un niño pequeño. Yolanda pensó que era verdaderamente adorable verlo tan indefenso. Apoyó su cabeza sobre su pecho, lo abrazó con fuerza y, en completo silencio, empezó a moverlo suavemente de un lado a otro.

—Bueno, Patrick Dempsey, ¿y por qué has venido a este bodrio de fiesta, si sabías que ella iba a estar aquí? —le susurró en su oído.

Conocía a las mujeres. Y no había otra cosa que las enfureciera más que ver a sus ex con otras tías en plan acaramelado, justo como ahora estaba haciendo. Casi podía sentir los ojos de Estefanía como rayos láser en la nuca. Aun así, le encantaba, y no sabía por qué. Estaba disfrutando muchísimo de joder a su ex, de hacerla enojar... de hacerle ver que ahora era suyo. De ella. «¡No es tuyo, Yolanda, deja de pensar así!», se rió, furiosa.

—¿Patrick Dempsey? —se rio él, confuso.

Yolanda se separó un poco para mirarlo con gesto divertido.

—¿Nunca te han dicho que eres clavado a él? —preguntó—. Oye... ¿qué pasó entre vosotros, porque esa put...? Quiero decir, esa... Barbie... ¿Por qué os

separasteis, Damien?

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho, y él, de forma distraída, apoyó la cabeza sobre la de ella y se movió delicadamente al compás de Yolanda.

Solo entonces respondió:

—Es una larga historia. La conocí poco después de terminar la carrera, y... te puedo asegurar que era muy diferente a lo que es ahora. Era buena, gentil y muy cariñosa. Todos los años nos reuníamos con los más íntimos de nuestros amigos en Nochebuena, tan solo para ver cómo nos iba. Después de la discoteca, de hecho, vamos a reunirnos en un bar para charlar. Bueno... —continuó con incomodidad—. Poco a poco, yo empecé a perder amigos y a parte de mi familia (tíos, primos...). Se enfadaban conmigo por cosas que yo no entendía. Algunos decían que yo hablaba mal de ellos a sus espaldas, otros que les había dado una puñalada traperera... Te puedo asegurar que jamás hice nada de lo que me acusaron, Yolanda. Nunca.

Esta frunció el ceño y lo miró de nuevo.

—Vaya, no me digas que esa mosquita muerta...

Él asintió.

—Elegió muy mal a su siguiente objetivo: fue a por Marc. Y le dijo que yo había pasado todo el fin de semana despotricándole sobre él, poniéndolo verde. No te imaginas las cosas que le dijo... Le dijo incluso que yo iba diciendo por ahí que él era un *pichafloja*, que no se le levantaba y que solo servía como pañuelo de lágrimas. —Damien dejó de bailar, aparentemente muy afectado, y miró a Yolanda con ojos vidriosos y suplicantes—. Créeme... jamás diría algo así de cruel y terrible de Marc. Marc es mi mejor amigo, mataría por él...

Yolanda asintió.

—Te creo...

—Marc me llamó para quedar conmigo en un bar cuando Estefanía se fue de su casa. Y... me contó todo lo que le había dicho. Ahí supe la verdad: Estefanía se había encargado de poner a todos mis amigos y a parte de mi familia en mi contra. La mujer tierna, simpática y gentil de la que me enamoré y con la que me casé no existió jamás. Era fría, calculadora y manipuladora... y me quería solo para ella.

Yolanda enarcó una ceja, asustada.

—Eso es... algo psicópata, ¿no te parece? ¿Ves sano seguir manteniendo el contacto con ella de esta forma? —inquirió, señalando a su alrededor—. Tío, como abogada... Bueno, como amiga... te aconsejo que te alejes de esa puta loca dos continentes de distancia, si puedes.

Damien miró fijamente a Yolanda con seriedad.

—¿Solo como amiga...? —Ella sintió un ramalazo de miedo recorrer su columna de punta a punta, pero no respondió a eso—. ¿Qué ha pasado en ese corazoncito para que lo blindes de esa manera, Yolanda...? ¿Por qué no me dejas entrar en él? Yo acabo de abrirte el mío...

Yolanda sonrió con ternura y le puso una mano sobre su hombro.

—Eres un buen hombre, Damien, de los mejores que he conocido. Y me ha jodido mucho saber lo que te ha hecho. De verdad. Ojalá jamás te hubieses cruzado en su camino.

—¿Pero...? —murmuró él, cabizbajo.

Yolanda sonrió, triste.

—Ella tiene razón en una de las cosas que me ha dicho antes: soy de esa clase de mujeres que permiten que un tío le dé bien por detrás un día y al siguiente, si te he visto, no me acuerdo —susurró, tensa—. Tú te mereces algo mejor que eso, Damien... mucho mejor.

Yolanda le acarició la cara con cariño, aguantando las ganas de llorar que amenazaban con romper en su garganta. Odiaba sentirse así, odiaba parecer y verse vulnerable. Pero de verdad, debía evitar a toda costa que aquello fuese más lejos, y, si continuaba permitiendo esos acercamientos, no iba a poder seguir resistiéndose.

—Adiós, Damien... —murmuró y dio media vuelta dispuesta a irse.

No esperaba sentir, repentinamente, que Damien la agarraba de la mano y tiraba de ella con fuerza. Yolanda se vio forzada a dar media vuelta a toda velocidad y, antes de que pudiese comprender lo que estaba pasando, se vio envuelta entre los brazos de Damien. Y, al par de segundos, él estampó sus gruesos y apetitosos labios en los suyos mientras sus brazos la aprisionaban con fuerza en un intento de no dejar que se fuese de su lado. Ella se sintió derretir por dentro entre el calor abrasador de su aliento y el fuego pasional de su propio corazón.

—Damien... —murmuró ella, intentando recuperar el control.

—Eres mía, Yolanda —repuso él con seriedad—. Ahora ya eres mía. Me da igual lo que digas, lo que pase por tu estúpida cabecita o de lo que intentes convencerte, yo sé lo que sientes. ¡Esto es lo que sientes! —Damien pasó su mano con delicadeza por el centro de pecho y acarició, en un movimiento descendente, todo su torso. Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Yolanda—. Déjate de juegos infantiles y di que eres mía...

A tiempo que decía esto, dejó caer a Yolanda hacia atrás mientras soportaba su peso con su brazo izquierdo y besaba sus clavículas con delicadeza. Yolanda se estremeció de nuevo.

—Dilo...

Y, sin poder soportarlo más, sabiendo que se arrepentiría... Sabiendo que iba a cometer el error más grande de su vida por segunda vez... murmuró, entre gemidos de placer:

—Soy... soy tuya... Solo tuya... ¡Sácame de aquí, Damien!

Damien sonrió, le dio la mano y la sacó de la discoteca dispuesto a hacerla suya de nuevo esa noche con mayor fervor que la semana anterior.

No fueron conscientes de las lágrimas de rabia y odio que rodaron, implacables, por las mejillas de Estefanía, emborronando su rímel y deshaciendo su maquillaje perfecto.

Capítulo 17

Yolanda no podría olvidar fácilmente la noche maravillosa que había pasado con Damien en Nochebuena.

Todo cuanto se había prometido a sí misma no volver a permitir, pasó de una forma tan rápida y sin frenos que sintió un pánico atroz por lo que estaba ocurriendo. No obstante, Damien se comportó con ella de una forma tan buena, caballerosa y protectora que pronto le hizo olvidar todo aquello.

Se fueron al coche de Damien y este condujo en dirección a la playa para alejarla del bullicio de la ciudad. Aparcó y fueron a su cala preferida, donde iba cuando necesitaba espacio y pensar en soledad.

—Dime otra vez que eres mía... —murmuró Damien acariciándole el rostro.

Yolanda lo contempló, ahora con un gesto más tenso y temeroso.

—Esto me da un poco de miedo... —confesó ella con gesto nervioso.

Damien le sonrió.

—Te necesito, Yolanda... —dijo él de repente, con sus ojos azules brillantes y una sonrisa sincera que la dejó helada—. Desde la primera vez que te vi en el bar, con tus amigas, comportándote como una verdulera y como una vieja verde. Desde la primera vez que me rechazaste una copa, desde que competimos en aquel juicio. Yolanda... desde que te vi aquella noche en el bar de Virginia, yo... no he podido dejar de pensar en ti ni un solo segundo.

Ella trató de contener las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos.

—Eso es lo que me da miedo... —sollozó en voz baja. Él ladeó la cabeza sin comprender—. No eres la primera persona que me dice eso, Damien... No eres el primer hombre del que he estado enamorada. No podría soportar... yo no... no podría...

No consiguió terminar su frase. Los sollozos se atropellaron en su garganta, y Yolanda no pudo hacer otra cosa más que bajar sus ojos hacia el suelo del asiento del copiloto y cubrirse las manos con la cara, sintiéndose totalmente ridícula y vulnerable. Damien la contempló en silencio un par de segundos. Después, abrió la puerta del conductor, rodeó el coche y abrió el acceso por donde estaba ella. Se arrodilló sobre la tierra humedecida por la marea, le apartó con cuidado las manos de su cara y la obligó a mirarlo mientras le sonreía con cariño.

—Olvídate del cabrón que te haya destrozado ese corazoncito, Yolanda. Yo soy Patrick Dempsey —le recordó, guiñándole un ojo—, y jamás, nunca... te haría daño. Ya

me has visto con Estefanía, me dejé manipular porque pensé que la quería... ¿Qué te hace pensar que te haría daño?

Yolanda no respondió. Damien le estampó un delicado beso en la mejilla.

—A mí nunca conseguiste engañarme, preciosa. Fui capaz de ver a través de tu armadura desde el minuto uno: siempre fui consciente de que aquella mujer fría, sarcástica, verdulera y egocéntrica nunca llegó a existir. ¿Puedes confiar en que yo cuidaré de ti, Yolanda? Creo que, después de todo lo que he hecho por ti... me lo merezco.

Ella sonrió con ojos vidriosos y le acarició la mejilla. Y, entonces, le susurró:

—No hagas que me arrepienta de esto, Damien... porque te juro que mi corazón no podría soportar otro mazazo sentimental.

Esa cala fue el único testigo de un momento único y pasional entre dos personas adultas enamoradas. Toda la pasión y el desenfreno alocado que usaron la primera vez para hacer el amor fue sustituido por el cuidado, el mimo y el cariño más íntimo y absoluto. La desesperación se transformó en cuidado, el ansia en la paciencia, y las posturas imposibles y ardientes en caricias, besos y la unión de dos personas que no quieren volver a soltarse.

Esa noche, Damien la acarició con mucho mimo con cada beso que estampó sobre sus senos y en todo su cuerpo. Moldeó su ser con posturas imposibles en cada masaje lujurioso que daba con sus dedos inquietos sobre su húmeda entrepierna. Besó el alma de una mujer atormentada por su pasado en cada embestida, sobre el capó de su coche, con los gemidos de Yolanda y las estrellas como únicas espectadoras.

Lo hicieron más de una vez. Unas veces, Damien la tumbaba sobre la arena y la hacía suya con pasión, con amor, con entrega y con un esmero que jamás había usado con nadie. Ni siquiera con Estefanía. Otras, Yolanda se tumbaba sobre él con expresión enloquecida y saltaba con cuidado, disfrutando de cada momento mientras él acariciaba y besuqueaba todo su pecho.

Cuando los primeros rayos del sol salieron por el horizonte y Yolanda cayó exhausta y sudorosa sobre el desarrollado pecho desnudo de Damien, ambos se quedaron dormidos. Con la fría brisa del invierno poniendo sus pelos de punta. Con sus respiraciones agitadas y una amplia sonrisa feliz y satisfactoria en sus labios. Con sus únicos brazos como abrigo y con un sentimiento de paz interior.

El veinticinco de diciembre, Yolanda se despertó con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan llena de paz, tan tranquila y tan querida como ese día. No tenía forma alguna de saber que todo estaba a punto de

cambiar... y que estaba a punto de enfrentarse a inquietudes del pasado.

—¿Contenta? —insinuó su madre, asomándose al cuarto de baño y contemplando la amplia sonrisa de su hija mientras se peinaba—. Vaya, ¿quién se ha querido morir, hija? ¿Qué pasó anoche? Bueno, anoche... —Miró su reloj, sarcástica—. Bienvenida al mundo real, guapa, son las cinco de la tarde...

Yolanda se giró hacia ella y corrió a abrazar a su madre.

—Ayer fue un día de miedo.

María Cristina suspiró, incómoda.

—Conozco a una amiga tuya que no piensa lo mismo...

Yolanda frunció el ceño, desconcertada ante eso. Hasta que recordó que Damien y ella se habían marchado de la discoteca y habían dejado allí a Arancha sola con Marc... «Oh, Dios, me va a matar», pensó.

—¿Pasó algo bueno con Damien anoche...? —quiso saber su madre.

Yolanda hizo un ademán con la mano.

—¿Y Arancha? ¿Te ha dicho algo?

Su madre suspiró.

—Ha llamado una veintena de veces para ver si estabas despierta. Y... me ha dado un pequeño recadito para ti. —Yolanda aguardó en silencio para que se lo dijese—. Literalmente, me ha dicho que te vayas a la mierda. ¿De verdad te fuiste con Damien y dejaste a la pobre toda la noche esperando con ese tío?

—Te lo ha contado, ¿eh...? —murmuró ella, arrepentida—. ¡Fue todo imprevisto, no lo hice a posta! Ayer apareció la ex de Damien y me puso de vuelta y media, ¡y yo me llevé a Damien a la pista de baile para darle envidia a esa puta guarr...!

—¡¡Yolanda!! —gritó su madre para acallar su insulto.

Ella suspiró con pesadez y trató de calmarse antes de continuar.

—Nos pusimos muy...

—¿Calientes? —terminó María Cristina por ella.

Yolanda se mordió el labio y asintió.

—¡Pero, mamá, escucha...!

—¡¿Y dejas a tu amiga allí sola por un calentón?! ¡Pero hija!, ¿qué te he enseñado yo todos estos años...? ¡Hay que cuidar la amistad más que a cualquier hombre que se te...!

Se acercó a su madre y le tapó la boca para que guardase silencio.

—Mamá, tiempo muerto. Para y déjame explicarte: anoche, Damien y yo nos enrollamos otra vez.

—¡Eso me lo imagino! —exclamó ella.

Yolanda resopló, molesta por tanta interrupción.

—Pero no solo follamos, mamá, ¡déjame hablar! —exclamó con rabia.

María Cristina se calló, roja de ira, y miró a su hija con expresión furiosa.

—Sí, follamos, ¡follamos como si el mundo se fuese a acabar, joder! ¡¡Y sin condón!! ¡¡¡No es un puto crimen!!! Sobre todo, porque...

Yolanda se calló y se mordió el labio inferior. Todavía le costaba admitirlo en voz alta... pero ya había comenzado a soltar la información, y sabía que su madre no iba a quedarse contenta solo con eso.

—Porque... ¿qué? —susurró María Cristina, tensa.

Yolanda la miró al borde de un ataque de nervios, asustada y con sus ojos abiertos de par en par. Antes de responder, resopló un par de veces para calmarse.

—Porque... Damien y yo, anoche... hablamos sobre el asunto y... y...

Su madre comenzaba a saber de qué iba el tema, y no podía esconder la sonrisita divertida que empezaba a escaparse por el lado derecho del labio. Eso tan solo servía para sacar a Yolanda más de quicio todavía.

—Y... —insistió María Cristina, muy nerviosa.

Yolanda resopló de nuevo.

—Y... creo que... parece que... bueno... ¡Estamos saliendo juntos!, ¿vale? ¡¿Ya estás contenta?! Vamos, ríete, ¡mala madre!

Contrariamente a lo que su hija esperaba, su madre soltó un grito de histeria y salió corriendo para abrazar a su hija. La rodeó con sus brazos, la apretó con fuerza y comenzó a dar brincos de alegría sin soltarla. Yolanda no sabía si reír o llorar.

—¡Mamá!

Su madre estuvo varios minutos saltando de alegría con ella, hasta que finalmente la soltó y la miró con el cabello muy alborotado. Yolanda la observó con una mezcla de desesperación y una sonrisa incapaz de evitar ni de ocultar.

—¡¡Ya era hora, hija mía!! ¡¡Qué contenta estoy!!

Ella simplemente gruñó por lo bajo.

—Ahora tengo que preocuparme por Arancha...

—¡¡Lo entenderé, corazón!! —gritó María Cristina—. Me dijo por teléfono que más te valía haber estado follando toda la noche con ese cabrón, y que pobre de ti si no volvías casada con él si querías que te dirigiera la palabra.

Yolanda abrió la boca para responder, ofendida, pero su teléfono cortó su respuesta antes de poder pensarla siquiera.

—¡Salvada por la campana! —gritó.

Corrió hacia su bolso de noche negro, rebuscó en su interior, tomó el móvil en él y

contempló, desconcertada, el número desconocido que salía en la pantalla. Su madre se acercó desde atrás al ver su expresión de desconcierto.

—Es Navidad, quizá es un colega que quiere felicitarte —comentó María Cristina con tranquilidad—. Anda, cógelo. ¿Y si es tu futura suegra?

Yolanda le dio un golpe en el brazo a su madre, incómoda. Realmente deseaba que no fuese la madre de Damien, suspiró un par de veces, descolgó la llamada y se lo acercó a la oreja.

—¿Diga? —Un breve silencio incómodo fue su respuesta—. ¿Hola?

—Mmm... ¿Yolanda?

Ella no pudo reconocer aquella voz femenina e incómoda al otro lado del teléfono, aunque debía admitir que se le antojaba extrañamente familiar...

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —De nuevo, silencio—. Oiga, mire, es un día festivo muy señalado, no puedo perder el t...

—Yolanda, soy yo.

Esta suspiró.

—¿Y quién es yo? —replicó, comenzando a sentirse incómoda.

Casi pudo escuchar cómo la persona que estaba al otro lado del teléfono respiraba hondo varias veces antes de responder.

—Yolanda, soy... Abril.

Aquella simple frase provocó un cortocircuito en el cerebro de Yolanda. Sus ojos se abrieron como platos, su piel perdió, *ipso facto*, todo el color que todavía la caracterizaba y sus manos comenzaron a temblar, presas de una furia interna enorme y de un desconcierto abrumador.

—Putas zorra... ¡¿Cómo te atreves a llamarme, desgraciada hija de puta?! —

—¡¿Qué pasa?! —gritó María Cristina, muy asustada.

—¡Abril! —exclamó Yolanda mirando a su madre con odio—. ¡La hija de la gran puta que...! —se contuvo y, tratando de controlarse, se centró de nuevo en la llamada—. ¿Qué coño quieres, Abril? ¡¿Qué coño quieres ahora?! ¡¿No fue suficiente destrozarme la vida hace unos añ...?! —

Sus sollozos interrumpieron sus quejas.

—Yolanda, por favor... tenemos que hablar.

Capítulo 18

Todo cambiaría para Yolanda en su segundo año de Derecho; algo ocurriría que transformaría su vida para siempre... y no para bien, precisamente. Ese año, conocería a quien sería el mayor error de su vida: Víctor de Andrade Segura, estudiante de intercambio venido desde Sevilla.

Aquel chico apareció de la nada, con su metro ochenta marcando el paso, un precioso cabello ondulado y castaño con reflejos dorados y con una mirada intrigante en sus claros ojos azules. Su llegada sacó las hormonas a relucir de todo el corral de la universidad. En cada cambio de aula, podía verse un grupito de chicas revoloteando a su alrededor, cuchicheando, jugueteando con sus melenas y repasándose los labios con *gloss*; intentos todos de captar la atención del chico sexy nuevo.

El resto de chicos observaba cómo el nuevo gallo del corral transformaba el ambiente de los pasillos. Había incluso varios chicos que desviaban su mirada hacia aquel culo bien puesto cuando este pasaba a su lado.

Aunque todo el mundo cedía a sus encantos, Marcos y el Pumuki —mote que se había ganado a pulso por la extraña forma aleonada de su pelo— eran los únicos que pasaban de todo —seguramente por algún que otro cigarrito de la risa—. Mar, mientras tanto, miraba a su chico con esa expresión tan suya que Yolanda conocía tan bien —que no era otra que la de salida y cachonda—.

Yolanda, en cambio, no necesitaba llamar la atención como las demás chicas, ni colocarse la melena de lado, ni ponerse *gloss*, ni lanzarle miradas coquetas y furtivas. Ella se encontraba centrada totalmente en sus estudios y estaba bien como estaba. Pero un día todo cambió. Y ojalá que no lo hubiera hecho...

Sus miradas se encontraron en un intercambio de clases. Él llevaba su camisa blanca bien arremangada, unos impecables pantalones tejanos azul desgastado y unas botas a juego. Su aspecto de niño bueno no prometía nada bueno... Joder, estaba para comérselo.

A medida que iba caminando por el pasillo, él se fijó en ella. Yolanda, no obstante, apartó la mirada hacia el grupito de estudiantes que se encontraba en el aula donde ella iba a entrar. Sabía que era un estudiante nuevo venido de fuera, pero no tenía ni idea de dónde exactamente.

Él llegó a su altura. En ese preciso momento, el corazón de Yolanda empezó a latir desbocado en el pecho, y, aunque esperaba que su expresión no la traicionara por lo

que sentía en esos momentos, sus mejillas ardían.

Pero no se acercó a ella, sino a Abril, que se encontraba justo al lado de Yolanda, y era una compañera de Derecho Constitucional.

—Hola, rubia —la saludó él con dos cariñosos besos en las mejillas.

Una amplia sonrisa feliz iluminó el rostro y los ojos castaños de Abril.

Yolanda quiso desaparecer en ese mismo instante. Aun así, no pudo hacer otra cosa que empequeñecerse mientras Abril y Víctor conversaban con animosidad delante de ella.

—¡Hola, Víctor! Creo que me has leído el pensamiento, ¡iba a llamarte esta tarde para quedar y repasar con el resto del grupo!

—Perfecto.

Entonces Víctor miró a Yolanda, solo un segundo, durante el cual se observaron el uno al otro en silencio, y luego volvió a mirar a Abril.

—Me alegro de verte.

Víctor esbozó una sonrisa mientras entraba en el aula, y ese simple gesto consiguió que las partes más íntimas de Abril se licuasen de inmediato.

Yolanda, en cambio, había enmudecido ante ese despliegue de belleza y zumo apetitoso. Cerró los ojos de puro deleite. Tenía la voz más maravillosa que jamás había escuchado, grave y ronca. El miedo la embargó. ¿Y si la llega a saludar? ¡¿Qué habría hecho?!

Entonces, Abril se giró hacia ella sonriendo como una idiota.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—¿Sobre? —respondió Yolanda.

Esta hizo un gesto de impaciencia.

—¡Sobre Víctor y yo! ¡¿Sobre qué, si no?!

—Es... es estudiante nuevo de intercambio, ¿verdad? —tartamudeó.

—Sí —asintió—. Y si te digo la verdad, llevaba tiempo esperando algo así. Desde que lo dejamos Pablo y yo, no sé, había algo dentro de mí que me decía que algo mejor estaba por venir. Ya sabes...

Entonces, una voz interrumpió sus cavilaciones.

—Chicas, ¿entramos?

Era Mar, y venía con los labios hinchados, lo que le hizo suponer lo que su amiga había estado haciendo. Yolanda no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Vamos, salida!

Las tres entraron juntas en el aula; a Yolanda le resultó espantoso y emocionante a partes iguales. No buscó a Víctor, se limitó a sentarse en primera fila junto a Mar, su

mejor amiga, como era su costumbre. Pero admitía que fueron los minutos más largos que había experimentado en toda su vida. Sabía que él no podía estar muy lejos, porque escuchaba la risa esperpéntica de Abril. ¿Dónde estaba? ¿La estaría mirando a ella? ¿Se habría fijado en ella...? ¡Eso era absurdo! Ella era Yolanda, la simplona Yolanda, y a ella no la miraba nadie. Lo más probable es que estuviese citándose con Abril para lo del grupo de estudio de después. Ella sabía que su compañera era mejor que ella en todo: más pecho, más alta, más guapa, más rubia, más estilosa vistiendo... más todo.

Se moría de ganas por girarse y ver dónde estaba sentado. Ver su perfecto cabello, sus preciosos ojos, su impecable sonrisa... Aun así, no lo hizo. La vergüenza que sentía en su interior por que la descubriese era superior.

Durante la siguiente hora, intentó centrarse por todos los medios en las explicaciones que les daba el profesor. ¡Fue inútil! Jamás le había sucedido nada como aquello, no comprender o entender a un profesor. Ella tomaba apuntes como un autómatas sobre la elección, composición y funciones del Tribunal Constitucional, mientras su cuerpo y mente palpitaban como si un peligro extremo la acechara. Cerró los ojos un momento y se oyó respirar a sí misma profundamente.

—¿Te encuentras bien? —dijo Mar en voz baja.

Yolanda abrió los ojos y la contempló con inseguridad.

—Sí. Bueno, no —repuso con gesto decaído. Se llevó una mano a la cabeza y la apretó ligeramente—. Me duele un poco la cabeza. ¿Sabes? Creo que cuando termine la clase me voy a ir a casa.

—Tranquila, cariño, a la salida te doy un Paracetamol, ¿vale? Aguanta un poco, solo quedan diez minutos —la animó Mar con una leve sonrisa.

Terminó la clase, puntual como un reloj, diez minutos más tarde. Yolanda se incorporó con brusquedad y se apresuró a recoger todas sus cosas a tal velocidad que parecía que la perseguía una manada de toros. En su interior rezaba para que no pasase nada extraordinario, pero su interior también ansiaba descubrir que él estaba mirándola directamente a ella.

A pesar de ello, no hizo el más mínimo intento por mirar hacia las filas de arriba... no directamente, al menos. Como quien no quiere la cosa, como si buscara a alguien conocido, desvió su mirada disimuladamente cuatro filas por encima de la suya. Y, entonces, lo vio.

Él pareció notar que Yolanda lo estaba mirando desde la distancia, pero ella fue muchísimo más rápida que él. Justo cuando sus ojos se iban a encontrar, ella desvió la mirada a tiempo para que no la viese y empezó a subir las escaleras hacia la puerta a

toda velocidad.

Aun así, algo le provocó una corriente eléctrica justo cuando estaba llegando a la salida. Una voz grave y ronca elevó la voz por el ruido del aula:

—Adiós, Yolanda.

Ella tensó todo su cuerpo. Sin siquiera responder, salió del aula como si una manada de lobos la persiguiera.

Yolanda consiguió, por fortuna para ella y con muchísimo esfuerzo, pasar desapercibida todas las semanas que quedaban de cuatrimestre. Llegaba puntual cada día a clase, tomaba apuntes como una máquina y atendía, como siempre. Cuando acababa la clase, se dirigía a la siguiente sin siquiera esperar a Mar. A Víctor... bueno, a él lo miraba disimuladamente cuando podía, pero estaba prácticamente segura de que él no la veía. Al... ochenta por ciento. Bueno, más bien al sesenta...

La semana previa a los exámenes finales siempre era un caos para todo el mundo: nervios muy intensos; alumnos que prácticamente no dormían por intentar estudiar todo cuando podían; miedo a suspender alguna asignatura y volver a tener que matricularse; pagos por resúmenes de asignaturas...

Yolanda, en cambio, estaba muy segura de sí misma. Ella era una de las pocas personas que siempre hacía bien las cosas. Se aseguraba de tener siempre los apuntes listos y bien resumidos para los exámenes. Seguía un horario con las horas que iba a dedicar a estudiar por asignatura y estaba tranquila... Pero aquel semestre algo no iba bien. Ese algo tenía nombre, y era el chico más guapo e interesante que había conocido en su vida.

Los exámenes finales empezaban justo aquel día de principios de junio. Era un día bochornoso, muy bochornoso, lo que empeoraba la ansiedad, los nervios y el mal humor de los estudiantes.

Yolanda llegó antes que nadie. Solía hacerlo para intentar tranquilizarse. Eran las siete y media de la mañana, y esperaba junto a un grupo de estudiantes a que abrieran las puertas de la facultad a las ocho.

Se palpaba el nerviosismo en el ambiente. Algunos miraban sin descanso los apuntes; otros, fumaban como carreteros un cigarro tras otro; unos pocos se mordían las uñas, presas del nerviosismo, y ella... ella solo pensaba en que abrieran la dichosa puerta de una maldita vez.

Cuando abrieron, y después de responderles a varios de sus compañeros que lo llevaba todo bien, se perdió a grandes zancadas entre el gentío que iba entrando, rodeada de expresiones nerviosas y caras rojizas inundadas en sudor.

Su plan era llegar lo antes posible al aula y sentarse en primera fila. Allí tenía la sensación de pasar desapercibida. No quería bajar la guardia.

—Yolanda... —Cerró los ojos y empezó a acelerar el paso hacia la puerta del aula—. ¡Yolanda, espera!

Siguió andando, casi empezando a correr, pero no fue lo suficientemente rápida. Una mano la sujetó por el hombro. Ella se detuvo en seco y miró detenidamente la mano que la tenía agarrada.

La persona a la que pertenecía aquella mano llevaba un reloj con una esfera bastante grande de color azul y correa marrón claro. Cerró los ojos sintiendo cómo esa zona de su hombro se iba calentando. «Cálido y suave», pensó.

—¿Por qué corrías? ¿Es que había fuego?

—Ehhh...

Yolanda se giró, pero, incapaz de mirarle a la cara, mantuvo sus ojos clavados en el suelo.

—¿Me vas a decir por qué corrías? —Apoyó la mano libre en su otro hombro y la buscó con la mirada—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo?

—Yo... Nada...

El corazón le empezó a palpar exageradamente. Notaba cómo subía el calor hasta instalarse en sus mejillas. «¡Dios mío, ahora no!», pensó en un ruego.

Víctor apareció en su campo visual y, en cuanto vio su sonrisa, esa que era única y pícara al mismo tiempo, tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no caerse al suelo. Era guapísimo, y aquella mañana llevaba puestos esos tejanos que le hacían un culito increíble, además de un polo azul marino que acentuaban más, si cabe, sus bíceps de infarto. Lo tenía delante de sus narices y le parecía imposible que la hubiera seguido por todo el pasillo...

—Llevo buscándote varios días. Me hubiera gustado hablar contigo.

—¿En serio? —le dijo muy bajito. Fue un sonido casi imperceptible, pero él la oyó perfectamente.

—Sí, claro. ¿Y por qué no?

Yolanda lo miró y dejó que sus ojos se pasearan por su cara, su pelo, sus labios, sus mejillas... era perfecto. Demasiado perfecto para ella.

—¿Yolanda? —la movió atrayéndola hacia él.

—¿Di... dime?

Él la contempló con preocupación.

—¿Te encuentras bien?

—De maravilla —respondió sin pensar. Se sentía en el Olimpo de los dioses con

aquel adonis que la sujetaba.

—¿Cómo?

—¿Qué?

Se miraron. Él paso los dedos suavemente por su cara hasta llegar al mentón. Ella cerró los ojos ante ese leve pero apasionado contacto. Al abrirlos, vio su mirada y se quedó totalmente en blanco. ¿Qué es lo que le quería decir con esa mirada...?

Víctor carraspeó. Se apartó y Yolanda notó ese vacío como si mil clavos ardiendo se adhirieran con fuerza a su corazón.

—¿Entramos?

—¿Um...?

Le sonrió.

—Si acabas antes que yo, ¿me esperarás?

Ella sonrió como una tonta.

—Toda la vida.... —le soltó sin pensar—. ¡Oh! ¿Pe... pero qué es lo que he dicho? —reculó—. Lo siento, no había pensado...

Víctor sonrió de esa manera que a ella le derretía. Le cogió de la mano y sin decir palabra entraron juntos en el aula. Ese simple gesto, esa simple respuesta, cambiaría su vida para siempre... y la convertiría en la Yolanda cerrada y sin escrúpulos que había tenido que mostrarle al mundo.

Capítulo 19

Yolanda conducía su Mini Cooper con los puños apretados, agarrando el volante con mucha fuerza y con los pensamientos puestos en todo lo que había pasado desde el maldito día en que había conocido a Víctor.

No podía creer en la mala suerte del destino. Hacía tantos años que había dejado atrás todo el martirio vivido por lo sucedido con Abril y Víctor; tantos años en los que se había forjado una coraza impenetrable para dejar atrás un tormentoso pasado que solo le provocaba malos recuerdos y dolor de cabeza... Sin embargo, ahora aparecía para alcanzarla de nuevo y ponerla, una vez más, ante aquella terrible tesitura.

Abril aparecía después de no sé cuántos años y le decía que quería hablar con ella. ¿Hablar de qué, de lo mala amiga que era? ¿De lo zorra que fue? ¡¿De qué puñetas tenía que hablar, joder?!

Yolanda frunció el ceño, desconcertada por primera vez.

«Y... ¿cómo narices ha conseguido mi número?».

Decidió no pensar en ese misterio hasta que la tuviese delante para poder romperle la nariz y preguntárselo ella misma en persona. Se imaginó a sí misma entrando en el bar, dándole un puñetazo y yéndose con la cabeza alta, bien alta, y con el orgullo intacto. Se imaginó su carota cubierta de sangre, sus ojos desorientados por el golpe y cubiertos de lágrimas y su intensa expresión de derrota mal disimulada. Y le encantó... Sonrió con maldad y giró a la derecha al final de la calle.

«Vamos, Yol, no seas cruel... Deja que la pobre hable al menos un par de minutos. O uno. Bueno, venga, concédele treinta segundos antes de explotar...».

Aparcó a un par de calles del bar La buena esperanza, un sitio coqueto y apartado a las afueras de La Perla que les concedería intimidad... y a ella un buen lugar si, finalmente, decidía hacerle una cara nueva gratis.

Ese bar no era muy frecuentado por la gente del pueblo. Ellas preferían el bar céntrico de Virginia o las ruidosas discotecas del centro para sus salidas de fin de semana. La buena esperanza sobrevivía, únicamente, gracias a sus clientes más antiguos y consolidados, esos que llevaban yendo más años que Matusalén y que siempre pedían lo mismo: un café doble con un chorrito de *whisky* para animar el cuerpo.

Ella, en cambio, solía ir allí para terminar de esclarecer los puntos clave de un caso con sus clientes, dada la intimidad que ofrecía. Y, ahora, para reencontrarse con viejas,

retorcidas y traidoras amigas de su adolescencia.

Yolanda no estaba segura de poder reconocer a Abril. Habían pasado muchos, muchísimos años desde entonces, y ella de por sí había dado un cambio bastante notable. Su pelo oscuro estaba más largo y sedoso, y, ahora, su cuerpo estaba mucho más desarrollado y mimado que en aquel entonces. Su ropa juvenil se había transformado en un estilo maduro y muy sexy, y sus expresiones, antes vulnerables y tímidas, ahora eran altivas, seguras y valientes.

Ya poco o nada quedaba de aquella Yolanda retraída e insegura que una vez Abril conoció en la universidad. Y lo iba a descubrir en breve...

Cuando Yolanda entró al bar acompañada del sonido de campanillas de la entrada, una camarera cincuentona, regordeta y con el pelo corto, castaño y revuelto se acercó a ella con una amplia sonrisa.

—Bienvenida, Yolanda. Tienes tu mesa libre.

—¿Ha venido una chica de mi edad al bar? —la cortó ella con bastante brusquedad—. Se supone que me está esperando.

La camarera meditó unos segundos, y luego se giró y señaló a la mesa del fondo, junto a la ventana.

Yolanda pudo ver a una chica de largo cabello rubio sentada de espaldas a ella, aguardando en silencio a que ella llegase. La miró recordando, durante unos segundos, a la Abril joven y seductora que había conocido hacía ya muchos años.

Se giro hacia la camarera y sonrió con forzada cordialidad.

—Me sentaré con ella, muchas gracias. ¿Puedes prepararme un café con leche y... echarle un toque de *whisky*? Lo necesito...

La camarera asintió.

—Claro, en seguida te lo llevo a la mesa.

—Gracias...

Yolanda respiró hondo varias veces para intentar tranquilizarse. Miró fijamente la espalda de Abril unos minutos, que se le hicieron eternos, mientras su interior se llenaba de fuerza para aquello que pretendía hacer. Su corazón palpitaba con brío, incluso lo notaba sobre su yugular. Sus manos temblaban con una mezcla de enfado y miedo que era incapaz de aplacar. Y toda la despreocupación y la seguridad que la habían acompañado durante su viaje hasta allí... súbitamente había desaparecido.

Pegó un brinco, asustada, al sentir vibrar su móvil en el bolsillo. Lo cogió y leyó rápidamente el wasap que Mar, la única de las integrantes del club que sabía lo sucedido en su pasado, le había mandado. Y era, además, la única a la que había llamado para contarle que Abril quería hablar con ella en aquel bar...

«Ánimo, colega. Estoy tomándome un café con tu madre en tu casa. Si pasa algo, llámame e iré a socorrerte. Te quiero». Yolanda sonrió con ternura. «Gracias, Mar. Te avisaré con cualquier cosa», le respondió.

Decidió guardar el móvil para ir hacia Abril... pero, de repente, un mensaje la sobresaltó. Al ver que se trataba de Damien, se puso nerviosa. «He venido a buscarte a tu casa para invitarte a cenar, pero tu madre me ha dicho que has recibido una llamada urgente y has tenido que irte. ¿Va todo bien, princesa?, ¿necesitas que vaya a algún sitio? Llámame».

Yolanda le respondió con manos temblorosas. «Todo va bien, no te preocupes. Vuelve a casa, termino de hacer unas gestiones de última hora e iré a buscarte, lo prometo. Tenme preparada un dulcecito sabrosón para darme el lote...».

Esta vez sí guardó el móvil. Con pasos firmes pero actitud vacilante, cruzó en unos segundos el pequeño pasillo que las separaba. En completo silencio, se sentó delante de ella. Hacía años que no la veía, pero Yolanda pudo apreciar lo desmejorada que estaba casi de inmediato. Y, al instante, su rabia se transformó en preocupación real.

Abril levantó sus enormes ojos castaños, cubiertos por una sombra de preocupación y tristeza y subrayados por oscuras ojeras, y los posó directamente sobre los suyos. Su cara, antes iluminada y alegre, se había tensado con arrugas de preocupación, y los que antaño fueron labios sedosos, carnosos y pintados de rojo rubí, ahora estaban resecos, agrietados y descuidados. Aquella estampa no mejoraba con su largo y rizado cabello rubio desordenado y sin brillo que rodeaba su picudo rostro. Había sustituido, además, sus faldas y sus llamativos escotes por una apagada blusa gris oscura y unos vaqueros oscuros de lo más decentes.

—Por Dios, chica, ¿qué te ha pasado? —murmuró Yolanda.

Abril sonrió con tristeza y, con sus ojos anegados en lágrimas, susurró:

—Víctor de Andrade Segura....

Ella abrió los ojos, desconcertada. Pero, antes de que pudiese decir nada, la camarera volvió y puso ante Yolanda la taza de café que había pedido. Y, luego, se giró hacia Abril.

—¿Sigues sin querer nada, cielo?

Yolanda venía totalmente dispuesta a pelearse con ella... pero algo en su interior estaba aplacando su rabia, algo que casi nunca nadie había conseguido hacer. Y eso la desconcertaba. Se giró hacia la camarera y le dijo:

—Un café para ella. ¿Te sigue gustando solo y con dos terrones?

Abril miró a Yolanda en silencio.

—Sí...

La camarera asintió y sonrió.

—Ahora mismo lo traigo.

Ninguna de las dos dijo nada durante los cinco minutos que tardó la camarera en traer el pedido. Se dedicaron a mirarse, en silencio. Yolanda con curiosidad y Abril con un atisbo de miedo.

Cuando la camarera trajo su café, Abril le dio un sorbo gigantesco que provocó que su expresión sombría se iluminase ligeramente. Yolanda frunció el ceño, intentando retener en su alma el odio que sentía.

—¿Mejor...?

Abril asintió y dejó la taza de nuevo en la mesa.

—Siento haberte llamado tan tarde, en Navidad... y siento haberte hecho venir, seguramente tenías otros planes.

Yolanda decidió hacerla sufrir un poco. Se cruzó de brazos y asintió.

—Pues sí, has acertado. Había quedado para cenar con mi novio *buenorro* —estalló, modificando ligeramente la verdad—, pero tú me has hecho venir de repente para... ¿qué?, si puede saberse.

Abril hizo grandes esfuerzos para no llorar, y ella se percató de esto. Se llevó la manga de su blusa disimuladamente hacia su cara, se secó un par de lágrimas perdidas que habían nacido de sus ojos y forzó una nueva sonrisa cargada de amargura.

—De verdad que lo siento... Yo no quería molest...

—¿Cómo demonios has conseguido mi número? —la interrumpió Yolanda con brusquedad—. Lo cambié cuando... ya sabes.

Abril se encogió de hombros.

—Llegué a La Perla hace una semana, más o menos. Te he estado buscando, pero solo he...

—¿Me has buscado una semana entera?

Abril asintió, y Yolanda se rio con malicia.

—Pues, chica, con lo pequeño que es La Perla, no has debido de buscar demasiado bien... —se jactó con los brazos cruzados.

Abril, en lugar de achantarse o amedrentarse ante sus palabras, sonrió a modo de disculpa, cruzó sus manos sobre sus piernas y se echó hacia atrás, siguiendo un movimiento automático que la hizo alejarse un par de centímetros.

Yolanda comenzaba a notar algo parecido a la compasión por ella, sentimiento que detestaba y que no deseaba sentir en absoluto...

—Sí, no he buscado muy bien... —concedió Abril en voz baja.

—Bueno, ¿y cómo me has encontrado?

Abril alzó la mirada y la posó en ella.

—Silvia...

Ante ella, Yolanda abrió los ojos, incrédula.

—¿Silvia?

—Sí... —asintió—. No te encontré a ti, pero encontré tu bufete de abogados y a tu socia. Llamé, quedé con ella y le pedí tu número. Le dije que necesitaba un abogado y que... solo aceptaría a la mejor.

Aquello hizo enfurecer a Yolanda. Sin poder evitarlo, apretó su puño derecho y golpeó la mesa con fuerza. Varios clientes y la camarera se quedaron mirando a las chicas, a medio camino entre el susto y el miedo por una posible pelea. La camarera, de hecho, se acercó hacia ellas, ansiosa.

—¿Va... todo bien, chicas?

—¡Divinamente! —exclamó Yolanda.

Cuando esta se marchó hacia su puesto de trabajo, Yolanda se encaró al fin con Abril, que agachó la cabeza y recibió sus gritos en silencio y con gesto derrotado.

—¿Solo aceptarías a la mejor abogada, Abril?! ¡Tú no me conoces en absoluto, no sabes nada de mí! Os marchasteis en mi cara después de humillarme, después de destrozarme la maldita vida. ¡¡Así que no te atrevas a decir sandeces sobre mí porque no me conoces una puta mierda!!

De repente, el rostro de Abril se descompuso. Su cara se retorció, su gesto se contrajo en la congoja y el sufrimiento, y sus labios se apretaron con fuerza hasta convertirse en una fina línea blanca.

—¡Lo... lo siento, Yolanda! ¡¡Siento muchísimo lo que te hice, me comporté como una puta zorra contigo!!

—Sin duda —rugió ella con ira.

Yolanda cerró los ojos, tensa y rabiosa, y rememoró el fatídico momento en el que toda su vida se había marchado por el retrete.

Se había vestido con su mejor traje para celebrar el fin de carrera.

Hacía ya dos años y medio que había empezado a salir con Víctor, justo después de ese examen al que le estaba tremendamente agradecida... y su vida no había parado de ascender imparable hasta el paraíso.

Iban juntos a todas partes, siempre de la mano, con la expresión embelesada cada vez que la miraba y con aquella seductora voz grave recitándole algunos poemas románticos que, antes, le daban repelús... pero que ahora le sabían a ambrosía de

los dioses. Sobre todo, en sus labios.

El mundo entero era suyo, y ambos lo sabían.

Eran la pareja del momento en la universidad, la pareja de moda, esa por la que todos se detenían al verlos pasar cuando caminaban por el pasillo cogidos de la mano y con una sonrisa de oreja a oreja. Y Yolanda no cabía en sí misma de gozo. Casi parecía estar viviendo un sueño del que no quería despertar, un sueño que se lo había dado todo —seguridad, amor, estabilidad, paz y descanso mental—, y que, siendo sincera, temía perder más que nada en el mundo.

Pero esa noche era la noche de su graduación, y ambos habían decidido pasarla con sus mejores amigos para despedirse de ellos antes de emprender un nuevo destino hacia la vida adulta y el matrimonio.

Por eso, Mar, Yolanda y unas cinco chicas más de su clase —entre las que no se encontraba Abril, porque, al parecer, tenía planes con su familia— habían quedado para ir a la mejor discoteca de la ciudad a emborracharse como nunca y darlo todo en la pista de baile.

Yolanda no sabía que esa sería la peor noche de su existencia...

Cuando llegaron a la discoteca, todas mostraban una sonrisa impaciente y luminosa en sus rostros, ansiosas por disfrutar y celebrar tan ansiado momento.

—¡Sentaos allí y esperadme! —gritó Yolanda señalando una de las mesas vacías del fondo—. ¡Iré a pedir copas para todas! ¡¡Hoy me siento generosa, yo invito!!

—¡¡¡Bieeeeeen!!! —gritó Teresa, una chica pelirroja, regordeta y con gafas, aplaudiendo con ganas.

Yolanda se marchó hacia la barra, sonriendo como una tonta y con unos increíbles nervios en su estómago.

Su vida solo acababa de comenzar. Tenía a un hombre maravilloso con el que se casaría en un par de años, una carrera terminada que le encantaba, unas amigas de puta madre con las que poder seguir quedando para hacer sus locuras... ¿Qué podría salir mal?

Estaba a punto de descubrirlo...

Subió medio cuerpo a la barra y, con mucha felicidad, gritó:

—¡Póngame tres *whiskies* con mora, tres ron-cola y un mojito de fresa con alcohol, por favor!

—¡Ahora mismo! —exclamó el camarero.

Yolanda dio media vuelta y se apoyó en la barra. Sus ojos marrones se dirigieron hacia las parejitas que se dispersaban por todo el local... y, entonces, los vio.

Sus ojos se abrieron de golpe, sorprendidos y asustados, al reconocer a dos

sujetos muy acaramelados y juntitos a unos diez metros de ellas. Él iba con un traje negro de chaqueta. Ella, con un vestido rojo de tubo de putón, muy pegado a su cuerpo y que mostraba todo su culo. Pero eran ellos...

Se alejó de la barra caminando muy despacio donde estaban, con la boca semiabierto, los puños apretados y varias lágrimas cayendo por sus ojos.

Víctor se agachó sobre Abril y, entre susurros y muy cerca de su oído, le susurró algo que solo ella pudo escuchar. Y luego, tras unas dulces y coquetas carcajadas de Abril... la besó.

No como la besaba a ella. No con pasión, con esmero y con esa fuerza que quitaba el aire. No, a Abril le pasó un par de mechones rubios tras su oreja, la miró con un cariño especial con el que nunca la había mirado a ella y una dulzura en su trato y un cuidado que la pusieron enferma.

Yolanda se quedó plantada allí, viendo cómo Víctor, su novio, y Abril, una de sus mejores amigas, se besaban allí en medio, ajenos a que ella los miraba.

—¡¡Hijos de puta!! ¡¡Cabrones!!!

—Escucha, Yolanda, sé que estuvo mal lo que hicimos, ¡y me arrepiento desde entonces! —exclamó Abril, comenzando a llorar de nuevo.

—¿Sí? Seguiste con él, ¿verdad? De hecho, os casasteis. Una boda preciosísima, de ensueño, me han comentado.

Abril se mordió el labio, arrepentida.

—Nunca tendría que haberte hecho esto... No me he portado como una amiga contigo, Yolanda. Pero... ¡quiero que sepas que ese hombre con aspecto de ángel no es más que un demonio disfrazado! ¡Nos engañó a las dos, Yolanda, no es más que un puto cabrón!! —Yolanda ladeó la cabeza, confusa—. Nos casamos —asintió Abril, ahora furiosa—. Nos compramos una casa enorme, un coche precioso y carísimo y tuvimos dos hijos. Sara y Enrique, ambos están en primer ciclo de primaria ahora.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —inquirió Yolanda, desconcertada.

—Porque quiero que lo sepas todo, Yolanda. Todo. Contratamos a una chica que se queda todo el día en casa con los niños, una joven de veintipocos años que necesita el dinero. Así se quedaba con ellos mientras nosotros trabajábamos. Bueno, eso pensaba yo, claro. La verdad es que se la tiraba. Y tienen una preciosa hija en común que cumple ahora un año, Susana.

Yolanda se quedó muda al instante.

—Joder, ¿se tiró a la niñera? —musitó ella, asombrada—. Bueno, típico de él, liarse con zorritas —aclaró, mirándola de arriba abajo.

—¡Insúltame todo cuanto quieras, me lo merezco! ¡Pero ayúdame, Yolanda! ¡¡Por favor!!

—Que te ayude... ¿a qué?

Abril comenzó a llorar con ganas.

—¡Quiere quitarme a mis hijos! Me da igual que se quede con la casa, con el coche y con esa zorra, pero... —Sus sollozos se hicieron más potentes—. Yolanda, Sara y Enrique son mi vida, ¡y no quiero dárselos a un cabrón que se tira a todo lo que se menea y que no puede tener la polla guardada en sus pantalones! —exclamó con ganas.

Yolanda se apretó las sienes y apoyó los brazos en la mesa. Se masajeó con delicadeza unos segundos para aplacar el dolor que empezaba a asentarse en esa zona y, con cansancio, miró a Abril.

—A ver si lo he entendido bien... ¿Me estás pidiendo que te lleve tu divorcio con Víctor, Abril..., el ex que me destrozó la vida?

Ella siguió llorando y no respondió, pero asintió. Yolanda miró a Abril llorar en silencio un rato y, finalmente, suspiró. No sabía por qué, pero esa mujer había deshecho toda su rabia acumulada contra ella desde el mismo momento en que había entrado en el bar y la había visto en ese estado. Le había ablandado el corazón...

—Me arrepentiré de esto... pero vale, está bien —aceptó Yolanda.

Abril sonrió con su carita mojada a consecuencia de las lágrimas.

—Gracias, Yolanda... muchas gracias.

—No me des las gracias, lo hago para ver a esa hormiga aplastada por mis propios tacones —masculló—. Abril, necesito que me cuent...

Entonces, una llamada telefónica la interrumpió. Al contemplar la pantalla y ver el nombre de Mar en él, no pudo más que sonreír. Seguramente estaba preocupada por ella... Lo descolgó.

—Tranquila, Mar, todo va...

—¡Mueve el puto culo hacia aquí cagando leches, Yolanda! —gritó, de repente, con voz de urgencia.

Yolanda abrió los ojos, preocupada.

—¿Mar? ¿Qué ha pas...?

—¡¡Tu padre!! —respondió entre gritos—. ¡¡Está aquí, Yolanda, ha vuelto!! Joder, ¡¡como no vengas ya tu madre se fuga con él!!

Mar colgó, y ella se quedó mirando la pantalla del móvil con una nueva ira incontrolable resurgiendo en su corazón. Suspiró y miró al techo, cansada.

—El día mejora por momentos...

Cuando llegó a casa y vio a su madre abrazada a su padre en el salón, tuvo que frenar el fuerte impulso que sintió de acercarse y darle un fuerte puñetazo. No a él, a ella... por idiota, por buena y por estúpida, todo a la vez.

Mar, acorralada y sin saber qué hacer en una de las esquinas, contempló a Yolanda con gesto preocupado y se encogió de hombros.

—¡¡¡María Cristina Morales Díaz!!! —bramó Yolanda con la cara roja de ira—. ¡¡¡Como no te separes de esa cosa asquerosa ahora mismo, te quedas sin hija, te lo juro por Dios!!!

Su padre, un hombre de la misma edad que su madre pero mucho más castigado que ella, se giró hacia Yolanda. Su barriga estaba más crecida que la última vez que lo había visto, sus arrugas estaban más marcadas y su pelo era más escaso. Pero, sin duda, era él. Pablo... su padre. Ese al que había enterrado hacía ya años y que ahora volvía para... ¿qué?

—Hola, hija...

—¡¡No me llames hija, perdiste ese derecho hace mucho!! ¡¡Yo no soy nada tuyo, ya NO!!! —Se acercó a su madre, la agarró por el brazo y la forzó a retroceder—. ¡¡Quiero que te largues de mi casa ahora mismo!!

—Pero hija... —murmuró María Cristina a su espalda.

—¡¡Cállate!! —rugió Yolanda sin mirarla. Contempló a su padre con puro odio—. ¿Crees que puedes destrozar nuestras vidas y volver cuando te dé la puta gana, *papá*? —reprochó con sarcasmo—. ¡¡No, esto no funciona así!! ¡¡Ya no soy una niña, ahora soy una adulta, *papá*!! ¡¡Y te juro por lo que más quieras que como no saques tu puto culo de esta casa ahora mismo llamo a la maldita policía y te denuncio por allanamiento de morada!!

Este se mordió el labio, incómodo, y trató de avanzar hacia ella.

—Pero...

—¡¡¡LARGO!!! —bramó Yolanda, totalmente descontrolada—. ¡Vete con esa puta zorra a la que te tiraste, ya que tanto la querías! ¡Y déjanos en paz a nosotras de una maldita vez! ¡¡No quiero volver a verte, no quiero que te vuelvas a acercar a mi madre!! ¡¡¡Haz como si nunca nos hubieses conocido!!!

Su padre agachó la cabeza, pero no respondió. Recogió su abrigo del sofá, lanzó una última mirada arrepentida a su mujer y, antes de marcharse, susurró:

—Siento haberte hecho daño...

—Te perdono —le susurró María Cristina a su vez.

Su padre cerró la puerta y Yolanda, incapaz de lidiar con tantos problemas y tantos

sentimientos encontrados, solo pudo mirar a su padre con reproche.

—¿Le perdonas, mamá? ¿En serio?

Y, sin despedirse de Mar, corrió hacia su habitación y se quedó allí.

Capítulo 20

Los siguientes días fueron, con diferencia, los peores que Yolanda había vivido en mucho tiempo.

Madre e hija se distanciaron más que nunca, y eso era algo que Yolanda era incapaz de soportar. Ya no la miraba a los ojos, no le hablaba, y ni siquiera le preguntaba cada mañana, al despertar, si había tenido sueños húmedos, como era costumbre suya desde hacía años.

Simplemente, dejó de acercarse a su madre.

Desde que su padre las había abandonado por una furcia, Yolanda siempre había cuidado, protegido y mimado a su madre de cualquier forma inimaginable. Y que ahora, cada vez que se vieran por el pasillo, no fuese capaz ni de mirarla a la cara... Le dolía muchísimo toda esa situación.

Pero estaba tan enfadada por lo que había pasado...

El club de las Cierrabares y Damien trataron de llamarla y de hablar con ella en varias ocasiones... pero no les cogió el teléfono ni les atendió ni una sola vez.

Ella sabía que los estaba preocupando mucho. A pesar de ello, esos días necesitaba su espacio. La realidad era que su fuerza interior, esa que utilizaba a diario y desde hacía años para mantener bien afianzada su máscara orgullosa y ordinaria, se había ido agrietando y resquebrajando, poco a poco, desde que se había reencontrado con Abril y con su padre. Era como si, literalmente, no tuviese fuerzas de seguir luchando...

El ocho de enero, dos semanas después del magnánimo desastre, su madre entreabrió la puerta de su dormitorio con sumo cuidado. Y habló, en un hilillo de voz con tanto pesar y agotamiento mental que le helaron el alma.

—Cariño, por favor, necesito que solucionemos esto de una vez... —le suplicó su madre con gesto derrotista nada más abrir la puerta—. Por favor, entiende por qué le dije lo que le dije el otro día...

Yolanda, que estaba sentada en el suelo —con la espalda apoyada en la cama y sus extremidades superiores abrazando sus piernas—, levantó sus ojos anegados en lágrimas y la miró con profunda rabia.

María Cristina retrocedió un paso de forma inconsciente mientras su hija se incorporaba con actitud agresiva.

—¿Qué quieres que entienda, mamá? ¡¿Qué?! —exclamó Yolanda.

Sin poder soportar tanta presión en un día, dio media vuelta y comenzó a resoplar muy profundamente para intentar calmarse. Su madre lo tomó como una buena señal y se acercó por detrás a su hija.

—Tu padre y yo estuvimos juntos durante casi treinta años... y, aunque se haya portado conmigo como un cabrón, yo... yo todavía...

Yolanda se giró hacia ella y la interrumpió a voz en grito.

—¡¿Todavía lo quieres, mamá?! —

María Cristina sonrió con tristeza.

—Tu padre fue el gran amor de mi vida, hija —le explicó en voz baja—. Él fue para mí el fuerte y valiente caballero de brillante armadura que tanto necesitaba cuando peor lo estaba pasando en mi vida. Me sacó de una familia agresiva y violenta y me ayudó a seguir adelante. ¿Nunca te has preguntado por qué no te llevé a conocer a tus abuelos maternos? Conoces a Luis y a Ana, los padres de tu padre... pero no a los míos.

Yolanda se quedó meditando aquel detalle, pensativa. Siempre había pensado que sus abuelos maternos estaban muertos. Nunca se lo había preguntado a su madre, pero el hecho de que jamás los hubiera conocido y de que jamás se hablase de ellos en casa la habían conducido a hacer varias suposiciones por su cuenta. O eran espías encubiertos del Gobierno, o sicarios... o, simplemente, habían muerto.

—Pensaba que estaban muertos...

María Cristina negó con ojos vidriosos.

—No, ellos están bien vivos en su casa de campo a las afueras de Lugo —respondió su madre con una risa amarga—. Mala hierba nunca muere...

Escucharla decir eso de sus propios padres y descubrir de repente que estaban vivos sorprendió tanto a Yolanda que, por unos instantes, se olvidó de por qué estaba enfadada con ella.

Relajó su postura, descubrió sus brazos y le prestó toda su atención.

—¿Qué...? —inquirió Yolanda.

Su madre la cogió de la mano y se sentó al filo de su cama. Ella hizo lo propio y se sentó a su lado. Antes de hablar, respiró hondo un par de veces.

—Siempre he tratado de darte todo cuanto necesitas y más, lo sabes bien. Nunca he querido que te faltase nada, aunque tuviese que quitarme yo el dinero para mis propios caprichos. Por eso siempre te he seguido el juego con tus comentarios salidos de tono, ¡intentaba ser la madre que necesitabas, hija!

Yolanda apretó los dientes con fuerza, desconcertada ante eso.

—Yo no necesito a una madre que responda a mis picardías con otras picardías,

¡para eso ya tengo a mis amigas! —le respondió Yolanda con una leve sonrisa tranquilizadora—. Yo solo necesito una madre a mi lado que me quiera... pero, sobre todo, que se quiera a sí misma. Bueno, y que me pare un poco los pies cuando se me empieza a ir la olla...

A su lado, su madre soltó una pequeña risita.

—Cielo, yo no he tenido la suerte que tú has tenido... —murmuró, de repente, dejando escapar un par de lágrimas de tormento—. Yo nací en el seno de una familia retrógrada que me molía a palos por no levantarme temprano a ordeñar a las vacas. Que me cortaba el pelo a cero como castigo por no echar de comer a los cerdos porque el día anterior me había acostado tarde por arar el campo... O que me rompía un brazo al regañarme porque se me había olvidado hacer el desayuno para toda la familia nada más levantarme. Por cierto, éramos cinco hermanos, pero yo era la que tenía que hacer todo lo que mis padres dijeran porque era la única niña.

Yolanda tenía los puños fuertemente cerrados sobre sus rodillas.

—Nunca me has contado esto... —murmuró.

Su madre sonrió.

—Nunca me ha gustado compadecerme de mí misma, creo que eso es algo que has heredado de tu madre —respondió guiñándole un ojo. Suspiró y continuó su explicación—. Un día, estaba regando el jardín, acababa de cumplir los dieciocho... vi pasar a cierto guaperas en moto que se quedó mirándome. De hecho, casi se choca contra el poste de la luz —recordó entre risas—. Y, desde ese día y durante casi cinco meses, pasó por allí todos los días a la misma hora para verme los diez segundos que tardaba en pasar con la moto.

Yolanda no pudo esconder una sonrisa tierna.

—Un día, cuando mis padres dormían, me asomé y me quedé fuera, esperándolo. Y a él pareció gustarle, porque aparcó la moto y se quedó una hora hablando conmigo con una sonrisa tontorróna. Ahí comenzó nuestro romance prohibido... y ahí me robó mi primer beso. —María Cristina sonrió con nostalgia antes de continuar—: Estuvimos casi un año viéndonos a escondidas. Me traía pasteles, dulces, pequeños regalos, flores... Me trató mejor que nadie hasta ese momento, y eso para mí fue algo diferente, algo... admirable. El día en el que le entregué mi virginidad, él descubrió al fin los moretones debajo de mi camiseta. Y, claro, no le hizo ni pizca de gracia y me pidió fugarme con él. Cuando me negué, me amenazó con llamar a la policía y denunciar «a esos cabrones sin corazón». Me asusté muchísimo, no sabía lo que podía provocar aquello... así que le pedí algo de tiempo mientras lo pensaba.

Yolanda podía entender perfectamente que hubiera querido denunciarles... ella

había hecho exactamente lo mismo. Aun así, prefirió no interrumpirla.

—Un día, mi padre lo descubrió visitándome en casa y se armó la de Dios. Pero él no se achantó. Te prometo que nunca he visto a nadie enfrentarse a mi padre como él lo hizo aquel día... fue impresionante. Los gritos que pegaban... Cómo se enfrentaba a él sin retroceder ni un solo paso... Cómo me defendió de toda mi familia, que estaba bien calladita a unos metros de mi padre... —sollozó con una sonrisa triste—. Ha sido lo más bonito que tu padre ha hecho nunca por mí.

—Y luego te engañó con la primera zorra que se cruzó en su camino —rugió Yolanda, recuperando su rabia—. Todo eso está muy bien, ¡pero después te destrozó la vida él mismo!

Su madre negó con la cabeza.

—No, Yolanda, no fue así como pasó... Nuestro matrimonio era perfecto. Todos los días del año y a todas horas del día. Nunca he visto a un hombre más bueno que él...

Yolanda frunció el ceño.

—Yo no lo recuerdo así. Yo solo recuerdo sus caras largas y sus miradas de reproche... —murmuró, enfadada.

Su madre bajó la cabeza, triste.

—Corazón, creo que... ha llegado el momento de que sepas algo.

Sin añadir nada más, se incorporó y se marchó por la puerta del dormitorio. Yolanda frunció el ceño, desconcertada y enmudecida, cuando la vio encaminarse a su dormitorio. Escuchó, en la distancia, el sonido de su madre rebuscando algo con gran rapidez durante unos diez minutos. Y, finalmente, distinguió el inconfundible sonido de una llave metálica abriendo algo grande.

Su madre regresó apenas un minuto después, llevando consigo una carpeta marrón desgastada y con manchones ocasionados por el paso del tiempo. La llevaba abrazada con mucha fuerza, como si quisiera proteger su contenido a cualquier precio. Aquello solo puso a Yolanda más nerviosa.

María Cristina se sentó a su lado, lanzó un hondo suspiro... y se la cedió. Yolanda cogió la carpeta con manos temblorosas y, temiéndose lo peor, la abrió y sacó el primer documento que se encontró.

Cuando leyó el encabezado, sus ojos se abrieron como platos y se quedó sin habla unos pocos minutos en los que su cerebro olvidó cómo pensar. Sus manos comenzaron a temblar, su corazón se encogió de la sorpresa y todo su interior, todas sus creencias, empezaron a romperse en mil pedazos. Se giró hacia su madre con el documento temblando entre sus manos.

—¿Soy... soy adoptada? —Su madre asintió—. ¿Y no podrías habérmelo dicho

veinte años antes? —se quejó.

—Me daba miedo... —admitió—. No quería que pensaras que no éramos tus padres, porque lo somos. Te amo con locura, eres mi hija de sangre, aunque esos papeles digan lo contrario. Nunca lo olvides...

Yolanda sonrió con tristeza.

—¿Y a qué viene decirme esto ahora?

Su madre suspiró.

—Tu padre y yo intentamos durante años tener un hijo, pero nunca funcionaba. Así que, un día, hicimos las pruebas.

—¿Y resultó que sus espermatozoides eran defectuosos? —se burló.

—Más bien, mis óvulos lo son —repuso María Cristina—. Él funcionaba perfectamente, yo soy la que no puede tener hijos sin complicaciones... El caso es que le dije que buscaríamos otra forma. Y, bueno, es lo que hice: te busqué por todas partes hasta encontrarte. En un orfanato de una ciudad vecina, me dijeron que tus padres te habían abandonado en un contenedor de basura con el cordón umbilical recién cortado y todavía cubierta de sangre... y, cuando te vi por primera vez, toda regordeta y durmiendo a pierna suelta en tu cunita, lo supe: tenías que ser tú. —María Cristina se mordió el labio inferior—. Pero... todo cambió de repente. Su comportamiento conmigo, su actitud, su amabilidad... Se volvió amargado, déspota, se enfadaba por todo y pasaba el menor tiempo posible en casa con la excusa de que tenía más juicios que atender que nunca —comentó con pesadez.

Y Yolanda lo comprendió de golpe.

—O sea, que el problema real de que te pusiese los cuernos con otra y se marchase con ella no eras tú, sino yo. Porque nunca me quiso.

Su corazón terminó de romperse, pero Yolanda se agarró a la barandilla de su cerebro y trató de no desmoronarse. No podía permitirse caer, y menos por un imbécil como él...

Su madre le puso una mano en la rodilla.

—Tu padre no soportó la idea de que yo no pudiese darle un hijo propio. No soportó saber que nunca podría darle una descendencia pura y real, y creo que eso fue lo que le hizo cambiar. No tú, la situación. Pero... él nunca dejó de amarme, de eso estoy segurísima.

Yolanda se incorporó, furiosa, y la enfrentó.

—¡No estás mejorando las cosas para que le perdone, mamá! —bramó con rabia—. Me dices que el hombre que te salvó del infierno, al enterarse de que no tendría un hijo de sangre, te abandona y te pone los cuernos con otra. ¡¿Y quieres que yo piense

que te ama?! ¡¡He visto matrimonios separarse por muchísimo menos que eso, y lo sabes!! Además, hablas como si te siguiese importando. ¿Qué coño pasa con Pepe, ya no te gusta? ¡¡Es un buen tío!! —exclamó a la desesperada.

María Cristina se rio con ganas.

—¡¡Se llama Paco, Yolanda!! ¿Y quién ha dicho que no me gusta? Tu padre fue, y siempre será, el amor de mi vida. Y jamás podré olvidarle. Pero... mi corazón se ha enamorado de Paco.

Yolanda frunció el ceño como una adolescente enfurruñada.

—Eso no es justo para él...

—¿Y qué debería hacer? —insinuó ella, incrédula—. ¿Pasar toda mi vejez sola y amargada, recordando un amor imposible que nunca jamás volverá? ¿Eso debería hacer, cariño? No seas hipócrita...

Su hija se rio, más calmada.

—No, tienes razón. Eso no va contigo...

—Hija mía, que haya perdonado a tu padre no quiere decir que vaya a volver con él. A veces, perdonar y soltar ayuda a sanar un corazón roto... mucho más que retener el veneno de la rabia y el odio en tu corazón.

Yolanda se empezó a reír.

—Eres como una madre filósofa, siempre diciéndome cosas profundas... ¿Tienes un repertorio por ahí que yo desconozca, o qué?

—Si te lo enseñase todo de golpe, no tendríamos estas interesantes charlas de vez en cuando —respondió. Entonces, señaló con la cabeza hacia fuera del dormitorio y le guiñó un ojo con una malsana picardía—. Tienes a cierto bombón esperándote en el salón desde hace... —se miró el reloj de la muñeca— más de una hora. ¿Por qué no te arreglas y lo recibes?

Yolanda abrió los ojos, estupefacta.

—¡¿Por qué no me lo has dicho antes, mala madre?! ¡¡Joder!!

Damien, vestido con tejanos oscuros y con una camisa celeste de botones que dejaba entrever sus perfectos pectorales, aparcó el coche en el descampado a las afueras de la ciudad vecina, donde empezaron a salir.

Yolanda se había arreglado con un traje suelto de color rosa claro que, firmemente ceñido bajo su pecho, hacía resaltar sus atributos. Su largo y liso cabello azabache estaba pulcramente recogido en una gruesa trenza, a la que le había dejado dos flequillos junto al rostro para remarcar su cara. Se había aplicado una suave base de maquillaje, que iluminaba su rostro, y se había puesto, además, un toque del mismo

color que su traje sobre sus labios.

Después de responder a todo lo que le había contado, abrió la puerta del coche y lo bordeó. Le abrió la puerta del copiloto para que ella saliese y, sin decir absolutamente nada, sacó una sábana enorme y amarilla del asiento trasero y la extendió debajo del enorme árbol que tenían al lado.

Entonces, se giró hacia Yolanda, le tendió una mano y la invitó a sentarse con él con una sonrisa agradable y tranquila.

—Estoy impresionada —comentó ella con los ojos todavía vidriosos.

—No hay por qué, solo es una sábana —respondió él entre risas. Se miró su reloj y añadió—: Es la una, imagino que aún no tienes hambre, ¿verdad?

Ella ladeó la cabeza, desconcertada.

—¿Hay comida?

Él le sonrió.

—Yo siempre cuidaré de ti...

Aquellas palabras calaron muy hondo en Yolanda.

No pudo evitar apartar la mirada de sus penetrantes ojos azules, posar los suyos en el suelo y sentirse pequeña e indefensa otra vez frente a él. Él pareció darse cuenta, porque decidió cambiar abruptamente de tema.

—Menuda semana, ¿eh? ¿Por qué no me has llamado? Te habría ayudado... —dijo con un suspiro.

—¿A qué? Tú no puedes lidiar por mí con mis fantasmas del pasado —replicó esta con un toque agresivo.

Damien se puso de rodillas y se acercó para darle un delicado beso en los labios con tanta dulzura que la dejó, de nuevo, sin habla.

Entonces, se sentó de nuevo.

—A veces no se necesita hacer nada en especial para ayudar a otra persona. A veces basta con la compañía... Otras, en cambio, un buen polvo suele funcionar. O cinco, los que sean necesarios —bromeó. Esto hizo reír a Yolanda—. En serio, cariño, déjame ayudarte. ¿Por qué no preparamos juntos el caso de Abril? Podemos machacar juntos a ese desgraciado. Tú eres buena, eres la mejor abogada del pueblo... pero yo soy el mejor abogado del país.

Yolanda abrió la boca fingiendo estar ofendida.

—¿Disculpa?

—Disculpada, ¡ja, ja, ja! —se rio él con ganas—. Todavía no me has ganado en ningún caso, cariño.

Ella apretó los puños.

—¡Solo nos hemos enfrentado en uno!

—Y te machaqué —repuso él—. ¿Soy o no soy el mejor abogado del país?

Ambos se lanzaron miradas de desafío durante unos largos segundos.

Finalmente, Yolanda lanzó un hondo suspiro y volvió a cubrir su rostro con una sombría expresión de tortura.

—No quiero mezclarte con esto... —murmuró, decaída—. Víctor fue el peor error de mi vida, y... ni siquiera estoy segura de que vaya a poder mirarlo a la cara en el juicio y no quedarme sin argumentos.

Entonces, Damien se puso en pie.

—¡Razón de más para que lo hagamos! Podemos ser los dos los abogados de Abril, reventar a ese tío y dejarlo seco. Juntos. —Se arrodilló ante ella y le cogió las manos con una sonrisa—. A partir de ahora, no habrá nada en este mundo que yo planee sin ti, y nada que tú planees sin mí. Somos uno... y siempre lo seremos. Vete acostumbrando... porque aceptaste ser mía, y la palabra es lo más importante que existe en el universo para mí.

Justo en ese momento, a pesar de que lo que más ansiaba Yolanda en ese instante era lanzarse sobre él y hacerlo suyo... el sonido de su estómago los interrumpió.

Damien bajó la mirada hacia su barriga y, tras dejar escapar una sonrisa divertida, se puso de nuevo en pie. Fue hacia el coche, sacó del maletero una cesta de mimbre, y la puso ante ella.

—Así que me has preparado un delicioso pícnic sorpresa... Vaya, Damien, estoy impresionada. Estás ganando puntos conmigo. Y ganarás más puntos aún si aquí dentro hay sándwiches de crema de cac...

Cuando Yolanda abrió la cesta y vio aquellos sándwiches cortados por la mitad y rellenos con esa cremosidad beige, supo lo que era. Levantó la mirada sorprendida hacia Damien.

—¿Cómo has sabido que...?

—Tienes amigas muy chismosas —le respondió entre risas—. Sándwiches de crema de cacahuete, tus favoritos. Y... arroz con verduras salteadas, filetes de ternera bien hechos y, por cortesía de la casa... fresas con nata.

Yolanda sonrió.

—Si intentas animarme, lo estás haciendo muy bien.

Damien se sentó con seriedad a su lado mientras ella le daba un buen bocado a un sándwich.

—Yo siempre te protegeré, Yol. Te ayudaré en ese juicio y, si quieres, incluso

indagaremos para buscar quién es tu auténtica madre.

Ella adoptó un gesto serio de repente.

—Yo sé muy bien quién es mi madre: María Cristina Morales Díaz. —Damien sonrió—. Ella me cuidó cada vez que enfermaba. Me vistió, me alimentó y me educó como buenamente pudo, aunque al final yo me descarrilara un poco. Se ha encargado de pagarme una educación y de mantenerme. Y, lo más importante, me quiere tal y como soy. Si eso no es una madre... No sé quién será mi verdadera madre. Solo sé que la que tengo en casa es la mejor del mundo, y que nunca la cambiaré por nada ni por nadie. Y prepárate, cariño, porque cuando cumpla ochenta años y sea una viejecita chocha adorable, vivirá con nosotros y la cuidaré como se merece.

Este comentario pilló a Damien tan de sorpresa que se atragantó con el arroz que estaba comiendo. Yolanda lo miró sin comprender.

—¿Cuándo tenga ochenta años...? —repitió.

—Claro, ¿qué...? —inquirió ella, desconcertada.

Damien sonrió. Y, sin más, le quitó lo que estaba comiendo, la tumbó sobre el mantel y la miró desde arriba con una tierna sonrisa que le hizo ver mucho más hermoso.

—Yolanda Hernández Morales —recitó él con tono de abogado—, ¿de verdad acabas de admitir que quieres vivir conmigo el resto de tu vida?

Ella, sorprendida por la pregunta y consciente de que, realmente, acababa de hacerlo, se sonrojó y ladeó la cabeza para dejar de mirarlo a los ojos. Damien, en cambio, aguardó su respuesta.

—No, no lo sé... —respondió ella, nerviosa. Lo miró de nuevo—. No quiero volver a sufrir... no quiero que me hagan daño de nuevo.

Damien se acercó a ella y, tras agarrar su cara con sus manos, le dio un largo y suave beso en los labios que le cortó la respiración. Cuando se separó de ella, la contempló con gesto seguro y convencido.

—Amor mío —le susurró, impregnando su cara con su cálido aliento—, te prometo que le rebanaré el cuello al maldito desgraciado que trate de hacerte el más mínimo daño, así sea una amiga, tu padre o yo mismo en persona.

Yolanda se sintió abrigada ante esas palabras. Tanto como nunca antes se había sentido. Porque las sintió sinceras, las vio venir de un hombre que la contemplaba con el mayor cariño con el que nadie la había contemplado nunca... ni siquiera Víctor.

—Esa promesa es el mejor regalo de Reyes que nadie me ha entregado nunca, Damien... —susurró, con lágrimas en los ojos—. A cambio, yo te prometo que, si alguna furcia desalmada intenta acercarse a ti... o que si Estefanía reaparece para

destrozarte la vida... me beberé sus sesos.

Damien se rio con ganas. Yolanda agarró su cuello y rodó con él. Y, entre besos y caricias, entre suspiros y gemidos, ambos se fundieron, una vez más, como si fueran uno solo.

Capítulo 21

—Te lo dije, Yolanda... ¡y aquí está la prueba! —exclamó Maite riéndose con muchas ganas.

Sus penetrantes ojos de color verde claro le guiñaron un ojo antes de alzar su copa y darle un buen trago. Maite había recubierto su cuerpo regordete con un vestido ancho y amarillo que hacía resaltar su largo cabello azabache y que, a la vez, le quedaba estupendamente bien y enmarcaba su pecho.

Yolanda no pudo evitar apartar la mirada del club de las Cierrabares con los mofletes rojos a causa de la vergüenza. Aquella era la primera vez en la historia de las amigas que un hombre acudía a una cita de las amigas. A pesar de ello, todas estaban encantadas... porque todas estaban superemocionadas de ver a Yolanda, por fin, con un hombre a su lado y con la cabeza sobre los hombros.

Virginia, que había echado a los clientes a eso de las cinco de la tarde para disponer de su local todo el día —hacía cosa ya de media hora—, sonrió con ganas y alzó la copa en el aire.

—Quiero proponer un brindis.

Al instante, todos los presentes cogieron sus copas y las mantuvieron bien firmes sobre sus cabezas.

—Por Damien.

—¿Por él? —se quejó Yolanda fingiendo sentirse ofendida—. ¿Cómo que por él? Yo llevo en el club de las Cierrabares prácticamente toda mi maldita vida.

Los ojos marrones de Mar se posaron sobre Yolanda con un brillo divertido. Las pálidas luces del local ensombrecían su media melena morena, pero potenciaban todavía más el traje negro simple pero elegante que vestía.

—Por eso, cariño... ¡Por que te vayas al cuerno y nos dejes en paz de una maldita vez, pesada del demonio!

—¡Eso! —exclamó Inma.

Se quitó de su cara un par de rizos cortos, rizados y morenos simulando un acto de coqueteo y le guiñó un ojo con diversión.

—Además —intervino Río con falsa seriedad—, así dejas algo para las demás, ¿no crees? Ya te has ligado al *buenorro* del pueblo, ¡ahora me toca a mí!

Sus ojos azules se desviaron hacia Damien con intensidad, y este se sintió, sin saber por qué, ligeramente intimidado ante la expresión de aquella chica de piel morena y largo cabello rubio. Río se acercó unos metros a él por encima de la mesa.

—¿Dónde está tu amigo el guaperas?

—A Marc déjalo fuera de esta conversación, Río —gruñó, de repente, Arancha con voz tensa.

Al ver que todas se giraban hacia ella, trató de ocultar su tensa expresión incómoda detrás de su larga melena teñida de color caoba. Aun así, todas se percataron de cómo sus manos se cerraron en fuertes puños sobre la mesa.

Damien trató de intervenir en el acto.

—Lo siento, Río, pero Marc no está... del todo disponible —comentó con un nudo en la garganta—. Pero no os preocupéis, señoritas, este pueblo dispone de muchos peces sabrosos y jugosos para ser pescados.

Mar aplaudió con ganas y lo miró.

—¡Con esa actitud vas a encajar en el club de miedo!

—¡¡No me cambiéis de tema, estaba hablando yo!! —exclamó, de repente, Virginia con un leve gesto enfurecido—. Dejadme hacer el brindis, ¡hostias!

Sus amigas se callaron y ella levantó la copa de nuevo.

—Por Damien: por ser de los pocos hombres que he conocido que tienen los huevos bien puestos e ir a por Yolanda, la chica de carácter insoportable, jerga vulgar y comportamiento indomable a la que nadie había conseguido amansar... hasta ahora, claro. ¡¡Olé tus huevos, Damien!!

Damien no pudo más que estallar en carcajadas.

Aun así, intercambió una mirada cómplice con Yolanda y ambos se unieron al brindis con sonrisas tranquilas y gestos alegres.

—Dime algo, Damien —comentó Maite apoyando su cabeza encima de su mano y mirándolo fijamente a los ojos—: ¿cómo ha sido lidiar con una persona orgullosa, cabezota y verdulera? ¿Te costó mucho llevártela a la cama?

—¡¡Maite!! —gritó Yolanda entre risas—. ¡Damien no va a responderte a...!

—¡¡Mucho!! —respondió Damien.

—¡¡DAMIEN!! —bramó ella girándose hacia él, incrédula ante su respuesta—. ¡No cuentes esas cosas aq...!

El hombre acalló a su nueva novia acercándose a ella y estampándole un apasionado beso en los labios que le cortó la respiración.

Al instante, silbidos y vítores cubrieron todo el bar.

—¡¡Uuuuuh!! —gritó Mamen aplaudiendo.

—¡¡Vivan los novios!! —la siguió Mar.

Yolanda se separó de Damien con brusquedad y miró a sus amigas con un deje nervioso, abochornado e incómodo, todo a la vez.

—No habléis así... no nos hemos prometido.

—Todavía... —le susurró Damien en voz muy baja.

—¿Y cómo fue? —insistió Maite, de nuevo con voz interesada.

Al ver que todos la miraban sin comprender, suspiró y añadió:

—Que cómo conseguiste ablandar el corazón más frío que he conocido en mi

puñetera vida, chico. ¿Sabes? —inquirió de repente sin dejarle hablar—. Hace un tiempo estábamos aquí, en este mismo bar, casi todas reunidas y bebiendo, y le dije a Yol que su penoso estado de soltería se iba a acabar algún día, y también le aseguré que ese día íbamos a montar una a su costa que no iba ni a saber dónde meterse. Creo que ese mismo día la invitaste a una copa y ella se portó como una mala zorra contigo.

Yolanda enarcó una ceja, ofendida.

—Te estás pasando, chica... —le susurró con enojo.

—¡Y aquí estás! —continuó Maite sin hacerle ningún caso—. Te has acercado a la fiera del grupo y la has amansado como a un gatito doméstico.

—¡¡Maite!! —exclamó Yolanda.

Su amiga se giró hacia ella entre risas.

—Es broma; qué pronto te picas —se giró hacia Damien—. Está un poco más calmada, pero yo que tú trabajaría un poquito más ese carácter que tiene... o un día te dará un buen bocado en los hue...

Antes de que pudiese terminar, Yolanda se incorporó y la calló abrazándola por detrás con tanta fuerza que le cortó la respiración.

Todo el grupo empezó a reírse a carcajadas ante los desesperados e inútiles intentos de Maite por soltarse y ante la risa malévola y demencial que soltaba Yolanda mientras le mordía con fuerza la cabeza.

Mar aprovechó el ambiente descontrolado para girarse hacia Damien y susurrarle en voz muy baja:

—¿Cómo va el estudio del caso del imbécil de Víctor?

Damien le sonrió, un poco tenso.

—Tranquila, lo tenemos controlado. Hemos estado esta última semana y media indagando en la vida matrimonial de Abril y Víctor. Ya sabes, peleas, informes médicos, posibles maltratos y borracheras... ese tipo de historias. Pero todavía nos queda mucho por hacer. Ese cabrón es un hijo de puta muy listo que ha sabido esconder sus huellas muy bien. —Entonces le guiñó un ojo—. Como le dije a Yolanda, ella es la mejor abogada del pueblo... pero yo soy el mejor abogado del país. No se saldrá con la suya, te lo aseguro.

Mar suspiró.

—Eso espero... —murmuró—. Esta es la primera vez desde que la conozco que la veo tan feliz y relajada. No solo con un tío, sino... en general. Ese desgraciado le hizo mucho daño, Yolanda nunca fue la misma desde lo que pasó. Le ha costado tanto destruir su coraza y abrirse a ti que el hecho de que Víctor pueda hundirla de nuevo me aterra...

Damien miró de reojo a Yolanda, que seguía mordiendo la cabeza de Maite ante las carcajadas de su grupo de amigas. Se giró hacia Mar y sonrió, ligeramente nervioso.

—No te preocupes, Mar... yo mismo me aseguraré de que Víctor no se acerque a

ella. Yo la protegeré...

Mar sonrió, feliz y complacida.

—Es una verdadera suerte que te tenga... Eres un buen hombre.

Damien apartó la mirada y agachó la cabeza con las mejillas sonrosadas. Y, entonces, se incorporó ante la mirada de todo el mundo, se acercó a Yolanda para estamparle un beso en los labios e inclinó la cabeza ante todas las mujeres, que lo contemplaban confusas.

—Disfrutad del resto de la tarde, señoritas.

—¿Dónde vas? —inquirió Yolanda con voz triste.

Damien le dio un nuevo beso.

—Me marchó a casa. Creo que esta reunión de chicas ya es lo suficientemente alocada sin que haya hombres de por medio.

Yolanda le sonrió.

—No eres ningún estorbo, cariño, puedes quedarte.

—Pásalo bien con tus amigas —insistió él—. Nos veremos después en tu casa, ¡pero no te emborraches!

Cuando giró un par de calles en dirección a su casa, posó sus ojos en aquella ranchera antigua y oxidada de color rojo oscuro y frunció el ceño. Aparcó a unos metros de él y se quedó un par de minutos con sus ojos azules posados en aquel coche, desconcertado y angustiado a partes iguales.

Estaba convencido de que ese era el coche de Estefanía... Sin embargo, estaba seguro de que ella no tenía amigos por esa zona y de que su trabajo quedaba muy lejos de La Perla. Concretamente, a varias ciudades de distancia. Él mismo se había encargado de asegurarse de que ese barrio no tuviera conexión con su ex antes de alquilar una casa en las inmediaciones, porque conocía de sobra lo manipuladora que era y la quería muy lejos de él, de sus amigos y de su vida.

¿Qué demonios estaba haciendo allí entonces...?

Achinó los ojos y examinó el vehículo con atención: no estaba dentro. Un inquietante mal presentimiento se adhirió al fondo de su alma.

No se atrevería... ¿o quizás sí? La conocía lo suficiente como para saberla capaz de cualquier cosa. Damien suspiró y decidió sacarse esas tonterías de la cabeza. Quizás ese coche era de otra persona y se estaba preocupando en exceso...

Así pues, encendió el motor de nuevo y condujo un par de calles más hasta llegar a su casa, un coqueto y pequeño chalet de una planta con las paredes de color blanco y el techo de tejas rojizas. Un vistoso jardín repleto de árboles lo rodeaba, y una verja verde la protegía de los vecinos.

Damien se introdujo en el estrecho sendero de roca que conducía hasta la puerta

principal... justo a la vez que una mujer rubia salía de la casa y cerraba la puerta.

–¡¡Estefanía!! –gritó Damien con voz agresiva y enfadada.

Ella, que todavía se encontraba de espaldas a él, pegó un brinco y se giró hacia él con gesto temeroso. Sus grandes ojos oscuros se bañaron con miedo cuando Damien se acercó a ella en grandes y rápidas zancadas, y su cara perdió, *ipso facto*, el poco color que tenía cuando se detuvo ante ella y la observó desde arriba con expresión incrédula e iracunda.

–¿Te has colado en mi casa? ¡¿Tú estás loca?!

–Damien, yo... –empezó esta con voz temblorosa.

Damien estaba tan rabioso que temblaba de ira.

–¡¿Cómo coño has entrado, Estefanía?!

Ella apartó ligeramente la mirada y la posó en el suelo, asustada y sin saber muy bien qué decir.

Damien extendió la mano y la dejó en el aire.

–¡Dame la llave que tengas!

Estefanía suspiró.

–No tengo ninguna llave, Damien... –repuso ella con voz cansada.

–¡¿Y cómo coño...?!

Ella adquirió un gesto envalentonado antes de responder:

–¡Cuando una mujer está enamorada puede hacer cualquier cosa que se proponga!

Damien le dio la espalda.

Se llevó las manos a la cabeza y, con movimientos histéricos y alterados, se alborotó el pelo con fuerza con los ojos cerrados y soltó un potente y descontrolado grito de rabia.

Un par de vecinos se giraron hacia ellos con caras escandalizadas.

–¡¿Qué coño pasa?! –les gritó Damien—. ¡¿Queréis algo?!

Cuando ellos se giraron y siguieron su camino, Damien resopló molesto y se volvió hacia Estefanía de nuevo, que apartó la mirada.

Trató de calmarse antes de hablar.

–Te doy una sola oportunidad: explícame ahora mismo cómo has entrado en mi casa y qué coño has hecho ahí dentro.

Al ver que esta se mordía el labio, Damien elevó de nuevo la voz.

–¡No estoy de broma, Estefanía! ¡¡Te has colado en mi casa sin mi consentimiento!! ¡¡ESO ES ALLANAMIENTO DE MORADA COMO MÍNIMO!! –bramó, histérico y rojo de ira—. Soy abogado, ¡puedo joderte la vida y lo sabes! ¡¡Así que ya me estás diciendo de una vez qué narices quer...!!

De repente, los ojos de Estefanía se cubrieron de lágrimas.

Damien se vio cortado a media frase cuando ella, tras cambiar su expresión abochornada por una de profunda desesperación, se acercó a él con rapidez y lo envolvió en un fuerte y caluroso abrazo. Este simple gesto le pilló tan de sorpresa que se quedó, momentáneamente, sin habla.

—Damien, te amo... —sollozó ella con voz ahogada—. Por favor, vuelve conmigo... ¡Te echo de menos!

Él se atragantó con su saliva. Cerró los ojos con fuerza, y la clara imagen de Yolanda sonriéndole con cariño en el bar regresó a su mente con fuerza. Recordó su paseo en el parque de madrugada, cuando estuvo con ella en la comisaría para ayudar a su madre, cuando hicieron el amor con tanta ternura a las afueras de la ciudad... y cuando ella, con voz triste, le había dicho que podía quedarse con ella y sus amigas porque no era ningún estorbo.

Y tras endurecer su gesto y con manos firmes y seguras, agarró a Estefanía por los brazos y la alejó unos pasos de sí. Contempló su gesto enrojecido y mojado y apretó los labios.

—Me destrozaste la vida, lunática —le reprochó—. ¡¡Pusiste en mi contra a todos mis amigos y a parte de mi familia con tus mentiras de arpía!! ¡¡CASI LO PIERDO TODO POR TU CULPA!!

Estefanía comenzó a llorar con mayor intensidad que antes.

—¡Ellos no te querían como yo te quiero! —se excusó dando una fuerte patada al suelo—. ¡¡Ninguno de ellos creyó en ti cuando fui con mis mentiras, como tú dices!! Si tan amigos suyos son y tanto te quiere tu familia, ¡¿por qué ninguno dudó de lo que les dije?! ¡Te hice un favor, Damien, ¿por qué no puedes verlo?! ¡¡Lo único que hice fue quitar de tu vida a personas que pensaban que eras un maldito cabrón!! ¡¡LO HICE POR TI!!

Damien se rio con ganas.

—¿Tú te estás escuchando, Estefanía? Vamos a ver, vas con mentiras a todos los que me rodean, me pones como un maldito demonio desalmado y sin escrúpulos, ¡¿y me dices que lo hiciste por mí?! ¡¡Estás como una puta cabra!! —Suspiró y adoptó, en esta ocasión, una expresión real de preocupación—. Deberías buscar ayuda profesional...

—¡¡Lo único que necesito es a ti!!

—Lo siento, pero ya no siento nada por ti. Ahora estoy con Yolanda.

Damien se llevó una mano a la cabeza y se apretó la sien en un intento de liberar un poco de estrés. Luego, añadió:

—Escucha... esta vez lo dejaré pasar. Pero como vuelva a verte a menos de diez metros de esa verja... te juro por Dios que llamaré a la policía.

Estefanía apretó los puños y los dientes. Su rostro adquirió, de repente, un semblante serio y enloquecido que atemorizó a Damien. Y, cuando le habló de nuevo

con aquella ominosa voz agresiva y amenazadora, sintió un miedo atroz en su estómago que lo dejó totalmente clavado en el suelo.

—¿Quieres que te demuestre que esa puta barata no es tan buena como dice ser, Damien? ¡¿Eso quieres?! ¡¿Está bien!! —Pasó a su lado y agarró la puerta de la verja para irse—. Mantén los ojos bien abiertos, cariño: voy a hacer que te des cuenta de una maldita vez.

Damien se giró hacia ella, tenso y preocupado.

—¡¿Qué coño vas a hacer?! ¡¿Estefanía!!

Ella, sin embargo, no le respondió.

Cerró la puerta con fuerza tras ella y se perdió al final de la calle.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó Yolanda.

Damien se había dejado caer en la silla del bar de Virginia con una intensa expresión preocupada.

Sus pies lo habían llevado, de inmediato, a ver a Yolanda. Y, nada más entrar al bar y verla con sus amigas, había comenzado a explicarle entre lágrimas y angustia todo lo que acababa de pasar con su ex en su casa.

—Ahora vuelvo.

Virginia se incorporó con voz tensa y se perdió tras la barra.

—¿Qué le pasa a esa tía? —estalló Mar.

—Que está loca —le respondió Mamen—. Se ha encaprichado de él y va a hacer todo lo posible por recuperarlo... —se giró hacia Yolanda— y por desprestigiarte y hundirte a ti.

Yolanda soltó una carcajada potente y perversa.

—¡Que lo intente, aquí la espero!

Se giró hacia Damien.

—Cariño, escucha, lo que ha hecho esa lunática es ilegal, y lo sabes. Está totalmente desquiciada, tanto como para entrar en tu casa cuando tú no estás. De alguna forma habrá entrado... ¿Has comprobado si falta algo, si hay algo fuera de lugar o lo que sea? Es importante... Me da miedo que pueda hacerte daño.

Damien levantó una sombría mirada hacia Yolanda.

—No he entrado en casa desde que se fue. He hablado con un vecino con el que me llevo bien, estará atento. Si vuelve, me llamará de inmediato.

Río negó con la cabeza.

—No es suficiente. Damien, Yolanda, sois abogados. ¿No habéis visto ya suficiente mierda como para saber que esa tía puede intentar algo malo? —Miró fijamente a Damien—. Estefanía te ha mentado, tiene que tener una llave de tu casa en algún sitio. Deberías ir a la policía...

Damien se removió incómodo en la silla.

No obstante, antes de poder responder, Virginia regresó con una copa de ron-cola

bien cargada para él y la puso en su mano. Le acarició la espalda con gesto preocupado y le sonrió.

—A esta invita la casa. Siéntete como uno más de las Cierrabares, ¿vale?

Mar se rio.

—¿Ves? Te dije que encajarías de miedo en el club...

—¡Y! —añadió Virginia elevando la voz—. Cuando un miembro de las Cierrabares tiene un problema, las demás hacemos todo lo que esté en nuestra mano y más por aconsejarle y ayudarle en todo lo que podamos.

—Eso es cierto —asintió Maite.

Virginia le puso una mano en el hombro.

—Damien, acepta el consejo de un grupo de treintañeras preocupadas por ti, esa tía parece peligrosa. Ya has visto todo lo que te hizo cuando estaba casada contigo... Imagínate ahora, que no le perteneces. Y no solo eso, piensa en lo que podría hacerle a Yolanda para hacerte daño a ti. Esa clase de personas deberían darte miedo...

Yolanda frunció el ceño.

—No va a hacerme nada. Que se atreva a acercarse, la haré picadillo.

Arancha se mordió el labio y miró a Yolanda, incómoda.

—No deberíais dejar pasar el tema... Vosotros os fuisteis en Nochebuena, pero... Marc y yo nos quedamos en la discoteca un buen rato. Y la vimos...

Damien se giró hacia ella, interesado de verdad.

—¿Qué viste, Arancha? Marc no me ha contado nada...

—Porque no lo creería importante. Sin embargo... a mí me inquietó un poco la forma en la que se comportó, y me quedé un rato mirándola. Cuando te llevaste a Yolanda de allí, su actitud cambió. Parecía una persona totalmente distinta, lo digo en serio. Damien, la actitud complaciente y de chica buena que te mostró... se convirtió en algo oscuro que me acojonó. Nunca, en toda mi vida, he visto nada igual...

—Me estás asustando —intervino Río, nerviosa.

Yolanda se acercó a Arancha y la miró desde arriba.

—¿A qué te refieres con eso?

Arancha dedicó unos segundos a pensar en cómo contarle bien.

—Cuando os fuisteis... empezó a acercarse a todas las personas que estaban en la discoteca. No preguntando por ti, Damien, sino... por ella —explicó, señalando a Yolanda con la cabeza—. Al principio estaba calmada, entre comillas... pero, a medida que pasaba el tiempo y no conseguía lo que quería, comenzó a desesperarse. Y me refiero a desesperarse de verdad. Marc me advirtió en susurros —creo que fue la única vez que habló conmigo en toda la noche— que tuviese cuidado con ella, que era una mujer manipuladora, maniática y peligrosa... y, entre eso y su comportamiento, me consiguió asustar un poco.

Hizo una pausa para recuperar el aliento y pensar con calma.

—Su actitud cambió de desesperación a hostilidad, y luego a la agresividad. Fue entonces cuando se acercó a nosotros...

—No te haría nada la puta esa, ¿verdad? —gruñó Yolanda, enfadada.

Arancha negó con la cabeza.

—No, qué va... No sé qué le pasa a tu amigo —comento, girándose hacia Damien —, no sé por qué es tan distante y callado, pero... cuando esa mujer se acercó a nosotros y empezó a insultarme y a menospreciarme para sacarme cosas de ti —no le dije nada, desde luego—, su actitud cambió de repente. Ella se volvió realmente... peligrosa. No sé cómo explicarlo. Su mirada era... como la que ponen los psicópatas en las pelis de miedo. Sí, algo así. —Todos los presentes se miraron en silencio, asustados—. Cuando Marc vio su estado, se puso delante de mí, como si fuese mi escudo protector, y le advirtió que me dejase en paz. Le dijo que ni se le ocurriese molestarme y que se estaba equivocando mucho, que no siguiese por ese camino porque iba a acabar muy mal. Damien, Yolanda, os lo digo en serio... nunca en mi vida he visto a alguien que me diera tanto miedo como ella. Deberíamos tomarnos muy en serio su amenaza y su allanamiento de morada y denunciarlo en la policía.

Damien asintió, preocupado. Se puso en pie y le dio la mano a Yolanda.

—Está bien... Conozco lo suficiente a mi exmujer como para saber la clase de persona que es. No voy a arriesgarme a que vuelva a hacer daño a las personas que quiero. Muchas gracias a todas, sois estupendas. Vamos, Yolanda...

Ellos salieron del bar y se marcharon a la comisaría... ajenos a que, oculta tras uno de los árboles frente al bar, una mujer rubia los había seguido y los observaba, tensa, enfadada y en silencio.

Capítulo 22

Dos semanas y media más tarde, justo el cinco de febrero, tuvo lugar el juicio contra Víctor de Andrade.

Como era costumbre, la previa antes de cada vista, Yolanda y Abril ya esperaban en los pasillos de la Ciudad de la Justicia de Barcelona, lugar donde se celebraría el juicio contra la parte contraria.

Yolanda se había vestido con la acostumbrada toga negra. Era la vestimenta reglamentaria para los jueces y abogados y, aunque a la mayoría no les sentaba del todo bien... ella podía sentirse realmente orgullosa de cómo ese atuendo realzaba sus curvas femeninas y de cómo potenciaba el castaño de sus ojos. Además, se había asegurado de mostrar su mejor versión, de tener cada mechón en su lugar y su mejor cara... todo para aportar la mejor visión de sí misma en tan ansiado encuentro.

A su vez, Abril, a su derecha, había intentado arreglarse con ropa elegante, pero su expresión agotada y asustada y sus oscuras ojeras no conseguían ocultarse ni con el mejor maquillaje del mundo.

—¿Dónde está Víctor...? ¿Crees que no va a venir? —musitó Abril, nerviosa.

Yolanda sonrió y negó con la cabeza.

—No puede negarse a venir al juicio, Abril. Relájate y confía en mí... lo tengo todo bajo control. Está cogido por los huevos, lo sé muy bien.

Abril le sonrió con notable nerviosismo. Y, justo antes de que Yolanda pudiese añadir nada más, lo vieron aparecer.

Un par de personas se acercaron desde el final del pasillo, hablando entre ellos en voz muy baja y con la vista clavada el uno en el otro. El de la izquierda, un hombre rubio y sonriente de cuarenta y pocos años, de penetrantes ojos negros y vestido con la misma toga negra que Yolanda estaba usando era, sin lugar a dudas, el abogado de la parte contraria.

Y allí, a su lado... Víctor de Andrade Segura.

Aquel cabello castaño y ondulado con reflejos dorados era inconfundible todavía a día de hoy, a pesar de los años que habían transcurrido. Yolanda sonrió con marcada ironía al contemplar el reloj de gran valor que llevaba en su mano izquierda, y luego lo observó de arriba abajo con gran esmero.

Apreció, al instante, su intento de presunción.

Víctor seguía siendo alto —de hecho, era una cabeza más alto que su abogado—, e iba vestido con un pantalón chino de color *beige*, un polo blanco de Carolina Herrera y unos náuticos del mismo color que sus pantalones.

Se detuvieron a unos metros de ellas y, entonces, Víctor levantó la mirada y las observó con sus inquietantes ojos azules.

Abril apartó la mirada de él de inmediato, intimidada ante la seguridad y la fuerza que Víctor proyectaba con su mirada. Yolanda, en cambio, mantuvo el cruce de miradas con convicción... y, todo sea dicho, con unos nervios incontrolables en el fondo de su estómago. «Dios, Víctor sigue estando como un tren», pensó Yolanda.

—Mi abogado me había dicho que tú eras quien llevaba a la parte contraria... —comentó Víctor ojeándola de arriba abajo—, pero no me había comentado nada más. Veo que sigues siendo una mujer realmente hermosa...

—¡¡Cariño!! —exclamó, de repente, una voz potente y vigorosa.

Yolanda se giró y sonrió, con felicidad, a Damien. Ante la atenta mirada de Víctor, que había fruncido los ojos y se había tragado la lengua, ambos se dieron un beso en los labios.

—No os he presentado todavía, ¿verdad? ¡Qué desconsiderada soy! —exclamó con fingido malestar—. Damien, cariño, te presento a Víctor. Víctor, te presento a Damien, mi... prometido.

La palabra «novio» murió en sus labios en el último segundo, y su cerebro decidió reemplazarla por «prometido». Algo que pareció enfurecer a Víctor y avergonzar, al mismo tiempo, a Damien.

A su lado, Damien sonrió con cortesía.

—Buenos días, Víctor... —dijo Damien, después le dio la espalda y se giró hacia las dos mujeres—. ¿Cómo estás, Abril? —Esta se encogió de hombros, pero no respondió—. ¡Tranquila, cielo, todo saldrá maravillosamente bien! Conozco a Yolanda, no hay nada que se le resista. —Tras lanzar una breve mirada a Víctor, miró a Abril y a Yolanda de nuevo—: No tengo la menor duda de que ganaréis el caso...

Sentada junto a Abril, con Damien justo en los asientos traseros y con toda la sala a rebosar, Yolanda trataba, en vano, de ocultar el enorme nerviosismo que se había asentado en sus entrañas.

Hacía tanto tiempo que no estaba cerca de él que había olvidado lo que era sentirse pequeña e insignificante en su presencia... El hecho de que él le lanzara miradas furtivas y sonrisas elocuentes no lo facilitaba demasiado. Además de que, por supuesto, estaba empezando a enfurecer a Damien. «Joder, tiene que dar por culo

incluso en el juicio...», pensó Yolanda con los nervios a flor de piel.

Al darse cuenta de la situación, Silvia, sentada junto a Damien, le puso la mano en la pierna y se la acarició para tratar de tranquilizarlo un poco, en vano.

Yolanda respiró muy hondo, frunció el ceño, endureció la mirada y trató de envolverse con esa máscara de seguridad y profesionalidad que siempre utilizaba en los juicios en los que se sentía más nerviosa.

Toda la sala se puso en pie cuando se abrió una puerta al fondo y entró, con aire ilustre y solemne, un hombre de casi sesenta años. Su pelo era corto y castaño, su tez morena se percibía visiblemente arrugada en algunas zonas de su rostro, y sus ojos, caídos y verdes, brillaron con solemnidad cuando inclinó la cabeza ante la sala en señal de saludo.

—Es el juez Santiago Navarro... —susurró Yolanda—. Lo conozco, he tenido juicios con él en otras ocasiones.

Abril la miró de reojo.

—¿Y cómo fueron...?

Yolanda se mordió el labio, inquieta.

—Este saldrá mucho mejor que todos esos, te lo aseguro.

El juicio dio comienzo con la voz suave y autoritaria del juez:

—Procedimiento abreviado, Juicio Oral número 234 —anunció con voz formal y mirada seria—. Se declara abierta la sesión. El señor Víctor de Andrade, parte demandante, ¿ratifica su demanda y confirma que sigue adelante con su petición?

El abogado de Víctor, un pez gordo del sector llamado Tobías y que, hasta la fecha, no había perdido ningún caso, se puso en pie y asintió con una enorme sonrisa en su rostro.

—Sí, señoría. Ratifica.

Víctor asintió y se giró hacia Yolanda.

—Por la parte demandada, la señora Abril Estrada... ¿confirma que sigue adelante con la petición de la parte demandante?

Yolanda se incorporó y adquirió, súbitamente, un gesto confiado.

—Con la venia, señoría —saludó Yolanda con respeto—. Esta parte quisiera contestar a la parte demandante sobre unos posibles cambios o matizaciones que ha esgrimido en su escrito de demanda.

El juez asintió.

—De acuerdo. Esto corresponderá en la declaración de las partes. Aun así, queda avisada, letrada, sobre la imposibilidad de modificación de forma sustancial el escrito de la demanda por la parte demandante.

Yolanda asintió, conforme.

—Sí, señoría. Esta parte se da por avisada.

—Bien. Aclarado todo, señora Abril Estrada, si va usted a declarar, responda a las preguntas del Ministerio Fiscal y, posteriormente, al letrado de la parte demandante.

Yolanda le sonrió para infundirle ánimos y asintió. Abril, tan nerviosa que sus piernas parecían ser de gelatina, se puso en pie y se dispuso a dar contestaciones a las preguntas del Ministerio Fiscal, que se centraron todas en lo mala madre que había sido y en el poco tiempo y trato que tenía con sus hijos.

Las preguntas del abogado contrario fueron más aplastantes.

—¿Cuánto tiempo pasa con sus hijos, señora Estrada? —inquirió él.

—Lo que el trabajo me permite, pero nunca están desatendidos por mi parte. Siempre les dedico entre cinco o seis horas al día.

El abogado asintió.

—Entiendo —repuso él—. ¿Y considera que es tiempo suficiente para unos hijos tan pequeños, señora Estrada?

—Protesto —intervino Yolanda de inmediato—. Señor juez, esa pregunta no es en absoluto relevante para lo que se está tratando en el caso.

El juez asintió.

—Reformule su pregunta, letrado.

—Disculpe, señoría —asintió el abogado. Se giró hacia Abril—: sus hijos van a primaria. De hecho, tienen seis años. Primer curso. Por la mañana están en el colegio, como es lógico. ¿Y por las tardes? ¿Cuánto tiempo estima que están con usted, y cuánto tiempo considera que pasan con la niñera?

Abril apretó los labios antes de responder.

—Pues... desde que regresan del colegio hasta las cinco de la tarde, más o menos, están con la niñera. Luego, yo vuelvo a casa y me ocupo de ellos hasta que su padre vuelve del trabajo.

—¿Puede decirle a este Tribunal cuándo fue la última vez que pasó todo el día íntegro con ellos?

Yolanda iba a replicar de nuevo, pero Damien le puso una mano en el hombro y negó con la cabeza.

—Déjalo, cariño... Tu defensa es mejor, no tienen nada —le dijo sin mencionar ni una palabra sobre los potenciales argumentos de la parte contraria—. Ten paciencia.

Yolanda pronto comprobó que la defensa de la parte contraria se centró, única y exclusivamente, en los ingresos de Abril —que, como abogada, rondaba los dos mil euros al mes, aproximadamente— y en el escasísimo tiempo que les dedicaba a sus

hijos pequeños. Ella sonrió, consciente de que Damien tenía razón.

Una vez que el aluvión interminable de preguntas llegó a su fin, el juez se calló unos minutos en los que se dedicó a contemplar algo en sus papeles.

—No te preocupes, lo has hecho muy bien —la tranquilizó Yolanda con una sonrisa—. Ahora es mi turno... Ponte cómoda, que empieza el espectáculo.

Entonces, el juez, al escuchar el cuchicheo, dejó los papeles y prestó a Yolanda toda su atención.

—¿Desea hacerle alguna pregunta a su cliente, letrada?

Ella se incorporó.

—No, señoría —dijo Yolanda, y se sentó de nuevo.

—De acuerdo —repuso él—. Escuchada la parte demandada y viendo que no hay proposición de pruebas, doy traslado de los documentos de prueba aportados a este juicio al secretario judicial, no sin antes proporcionar a las partes y al Ministerio Fiscal una copia de los mismos para su examen posterior en el acto de esta vista. Letrados —añadió el juez—, ¿tienen alguna alegación o quieren efectuar alguna impugnación?

Ambos negaron a la vez.

—No, señoría —respondieron al unísono.

De repente, antes de que el juez pudiese hacer un nuevo comentario, Yolanda adquirió un gesto formal y severo y se dirigió, directamente, al juez. Esta intervención pilló tan por sorpresa a la parte contraria que la contemplaron con desconcierto.

—Con la venia, señoría.

Yolanda estaba tan metida en su máscara de seguridad y convicción que no se había percatado de que todo su miedo interior y su nerviosismo habían ido desapareciendo, paulatinamente. Le guiñó un ojo a Abril con disimulo antes de seguir:

—Esta parte solicita interrogar a la parte contraria con la pretensión de esclarecer o matizar varios puntos en el escrito de la demanda presentada por su parte —dijo Yolanda.

El juez asintió.

—Muy bien, señora letrada, se procede —confirmó el juez. Se giró hacia Víctor—. Señor De Andrade, póngase de pie y, por favor, conteste a todas las preguntas que la parte demandada va a realizarle.

Víctor se puso inmediatamente en pie. Yolanda se acercó a él y se colocó enfrente. Cuando sus ojos se encontraron, el interior de Yolanda titubeó con gran fuerza durante unos minutos. Se sintió, una vez más, como en la universidad... frente a un chico guapo y seguro de sí mismo que conseguía hacerla sentir increíblemente pequeña. Insignificante y, a la vez, deseada.

Se giró levemente hacia Damien, y este le guiñó un ojo con fuerza para infundirle ánimos. Todos esos pensamientos se esfumaron de su mente cuando lo miró, y toda la fuerza que había perdido regresó a ella con inusitado impulso. Entonces, se giró hacia Víctor con seguridad. Y él, de repente, ni corto ni perezoso, le guiñó un ojo.

Damien tuvo que controlarse muchísimo para no lanzarse contra él...

—Gracias, señoría. Con la venia. Buenos días, señor De Andrade.

Este cruzó las manos sobre su cintura y le lanzó una sonrisa socarrona y picarona que puso a Damien, todavía más nervioso y agresivo. Ella, empero, no se dejó intimidar.

—¿Cuáles son sus ingresos?

—¿Ahora? ¿En la actualidad? —inquirió él con voz segura—. Poco...

Yolanda entrecerró los ojos.

—Señor De Andrade, ¿podría ser más específico, por favor?

—Es fluctuante, señora letrada. Depende del mes...

Ante esto, el juez se irguió en su silla y decidió intervenir.

—A ver, señor De Andrade —repuso con notable molestia—. Haga usted el favor de responder a la pregunta de la señora letrada con la misma educación con la que ella a usted se la está efectuando.

Víctor frunció el ceño y adoptó, repentinamente, un gesto enfadado.

—Actualmente tengo unos ingresos de 2500 euros al mes.

Yolanda asintió, conforme y satisfecha.

—¿Podría decirme cuál es su horario de trabajo?

—Empiezo a trabajar sobre las diez de la mañana y, dependiendo del trabajo que tenga, suelo terminar sobre las siete de la tarde.

Yolanda aprovechó aquella oportunidad de oro para fingir sorpresa.

—¿Entiendo entonces que pasa menos tiempo todavía que mi cliente con sus hijos, señor De Andrade?

—¡Protesto! —exclamó su abogado—. Señor juez, esa pregunta no es relevante para el caso que nos atañe.

El juez miró a Yolanda e iba a replicar, pero esta habló antes:

—Con la venia, señoría. Reformulo mi pregunta.

Se giró hacia Víctor y, usando las mismas y exactas palabras que el abogado, inquirió:

—Sus hijos van a primaria. Seis años, primer curso. Acaba de decir que su horario laboral es de diez de la mañana a siete de la tarde, aproximadamente. ¿Cuánto tiempo estima que están con usted, y cuánto tiempo considera que pasan con la niñera?

Víctor la miró con tirantez.

—Unas... unas tres horas.

Yolanda sonrió.

—Quiero dejar constancia, señorita, de que el señor De Andrade pasa todavía menos tiempo con sus hijos que mi clienta.

El juez asintió.

—Queda constancia, letrada.

—Bien —se giró hacia Víctor una vez más—. ¿Podría decirme el nombre de las profesoras de sus hijos?

—Ahora me pilla descolocado —murmuró, con desconcierto real—. Sé quiénes son, pero no me acuerdo de sus nombres.

—¿Y del color de sus ojos?

Víctor sonrió.

—Creo recordar que una los tiene azules y la otra los tiene marrones.

Ella asintió.

—Ya... Respóndame, por favor: ¿quién ha cuidado a sus hijos desde que ambos iniciaron el colegio hasta la actualidad?

Víctor asintió.

—Mi ex se puso a trabajar —algo con lo que no estaba de acuerdo, porque los niños tienen que estar con su madre en casa—, y ella contrató a una chica, Raquel, vecina de por allí. Y... así han estado hasta el día de hoy.

Yolanda sintió el júbilo crecer en su interior. El gran final estaba cerca... y nada podría hacerla más feliz que hundir a ese hijo de la gran puta en la miseria.

—Perfecto. ¿Cuál es el nombre del pediatra de sus hijos?

Víctor la contempló con curiosidad e intriga al mismo tiempo.

—Pues... me vuelve a pillar —admitió—. Sé quién es, pero no me acuerdo. Es un hombre mayor...

En su asiento, Damien disfrutaba como un niño pequeño de las expresiones confusas y nerviosas que se potenciaban, a cada pregunta, en el rostro egocéntrico de aquel cretino. Yolanda también se había percatado de ese detalle.

—¿Podría decirme cómo se llama el mejor amigo de su hijo Enrique?

Él se encogió de hombros.

—Sé que es un nene, vecino del barrio y que va con él al colegio. A veces lo ha traído Marga, su madre, pero no me acuerdo.

—Muy bien. ¿Cómo es su relación actual con sus suegros?

Ante esto, Víctor sonrió con sarcasmo.

—Bueno... ¿qué quieres que te diga? —dijo entre risas—. Son los padres de mi ex... ¿Tú qué crees?

Ante esta falta de respeto, el juez frunció el ceño e intervino de nuevo:

—Señor De Andrade, vuelvo a llamarle la atención —le advirtió—. Respete a la letrada contraria. No es ni su amiga ni su colega. Trátela con el mismo respeto con el que ella le trata a usted.

Yolanda sonrió.

—Gracias, señoría. Esta parte está muy tranquila y no tiene en cuenta los desplantes o el trato del demandante.

Víctor apretó los puños. Y Yolanda, que estaba a punto de empezar la parte divertida del espectáculo, disimuló una pequeña sonrisa. «Te tengo cogido por los huevos, estúpido...», pensó ella, victoriosa, antes de continuar.

—Prosigo. ¿Y con sus padres, señor De Andrade? ¿Cómo es su relación con sus padres?

Víctor apretó los labios y le lanzó una mirada de ira que ocultaba —en vano— un intenso desprecio.

—Con mis padres actualmente no... no mantengo relación desde que decidí divorciarme.

Yolanda asintió.

—Bien. Señoría —añadió, girándose hacia el juez—, esta parte ha terminado el interrogatorio a la parte contraria. Gracias.

Yolanda se sentó de nuevo.

—De acuerdo —asintió el juez—. Ahora, la parte demandante procederá a exponer sus argumentos.

Yolanda no pudo evitar relamerse los labios con esos argumentos. Todos ellos se centraron en el poco tiempo que Abril pasaba con sus hijos y en el poco trato que le dedicaba a su esposo, por lo que no estaba capacitada para hacerse cargo de sus hijos. La argumentación fue mucho más larga, pero en eso se basó fundamentalmente toda la perorata de varios minutos.

—Su turno, letrada.

Yolanda se puso en pie.

—Con la venia, señoría. Esta parte, una vez escuchado el Ministerio Fiscal y la parte demandante, pasa a exponer su argumento. Bien. Respecto a la suposición de que mi representada sea buena o mala madre al apoyarse en el hecho de ir a trabajar, creemos que, aparte de ser totalmente machista e injustificada —y más en el año en que nos encontramos—, es torticera y retrógrada... y más teniendo en cuenta, además,

que el propio demandante, como usted mismo ha sido testigo, señoría, pasa menos tiempo y tiene menos trato aún con sus hijos que mi clienta. A la demanda interpuesta por divorcio, su señoría, esta parte está totalmente de acuerdo, ya que el simple hecho de que mi representada esté en presencia del demandante le representa una angustiosa ansiedad. A la demanda interpuesta por divorcio y custodia en exclusiva para la parte contraria, esta parte se niega, queriendo a su vez que la custodia pase a ser en exclusiva para mi representada. Quisiera añadir, señoría, la siguiente pregunta que lanzo a la parte demandante: ¿cómo puede ser posible que, afirmando tener solo 2500 euros de ingresos mensuales... el demandante —que viste, tal y como se puede comprobar, con marcas de moda bastante caras a nuestro entender— pueda mantener la casa en la que reside, con una hipoteca de 6000 euros mensuales, otra propiedad en Cádiz, por la que paga otra hipoteca de 2000 euros mensuales y, además, mantener un automóvil Porsche Cayenne? Señoría, debo aclarar que a esta parte no le importan en absoluto los bienes inmuebles o de otra índole que pueda mantener o tener el demandante. Lo que le interesa a esta parte es el bienestar de los dos hijos en común, Sara y Enrique. Poder estar con sus hijos, los cuales, si pudieran ser interrogados —aunque, debido a sus edades, es más que imposible— le dirían que solo quieren estar con su mamá.

»A esta parte le intriga y se pregunta cómo puede ser posible que el demandante se acuerde perfectamente del color de ojos de las profesoras de sus hijos y del nombre de la persona encargada de recoger por las tardes a los hijos de mi representada y darles la merienda. Cosa que no significa que estén en precario o abandonados por la madre. Solo contrató a la señorita canguro para exclusivamente recogerles por las tardes del colegio. Al contrario, mi representada, tal y como podrá comprobar en nuestra contestación, aporta mensajes de WhatsApp debidamente documentados donde consta su continua comunicación con las profesoras, Elisenda y Marta, y con la canguro, Raquel, donde se comprobará el hecho de que es ella, y solo ella, quien se hace y se ha hecho cargo del bienestar y de la educación de sus hijos. Nos sorprende, además, que el demandante tampoco sepa el nombre del pediatra, alguien muy presente en el cuidado de los hijos, señoría. Lo normal es que el médico que se ha encargado de vacunar a tus hijos, de realizarle una simple revisión, de recetarles un simple Paracetamol, esté siempre presente hasta la edad en que estos pasen a medicina general. Esta parte no entiende cómo el demandante no sabe ni siquiera el nombre de uno de los mejores amigos de su hijo Enrique —que, por cierto, se llama Miguel—, y sí se acuerde a la perfección del nombre y de cómo es físicamente la madre del menor en cuestión. Por lo tanto, esta parte, y para terminar nuestra exposición, pide a su señoría y al Ministerio Fiscal la custodia en exclusiva de los menores, Sara y Enrique. Pide una pensión por alimentos de 250 euros mensuales para cada uno de los menores más los gastos extraordinarios. Y, debido a las tareas que mi representada tuvo mantenidas en el tiempo hasta que los niños cumplieron tres

años —ya que, como usted sabe, es obligatoria la escolarización—, esta parte pide una pensión compensatoria de 300 euros mensuales para mi representada al tener esta que dejar de trabajar y pasar a cuidar de sus dos hijos mellizos. Cosa que hizo con mucho gusto, pero recalcamos que tuvo que dejar de trabajar durante tres años. Gracias, señoría.

El juez se irguió en la silla de nuevo.

—Bien. Escuchadas las partes. Visto para sentencia *in voce*. Respecto a la demanda de divorcio contencioso presentado por ambas partes, el secretario procederá a tomar nota. A la demanda presentada por el señor Víctor de Andrade, procedo a determinar la custodia en exclusiva para la madre de los dos menores, Sara y Enrique.

Yolanda intentó, por todos los medios, no girarse hacia Víctor. Sin embargo, Damien y Silvia no pudieron más que deleitarse con aquella expresión terriblemente enfadada con la que aquel hombre miró a Yolanda.

—Determino una pensión por alimentos de 300 euros mensuales por cada menor, a ingresar en la cuenta de la entidad bancaria donde la madre disponga, además de una pensión compensatoria de 400 euros a favor de la parte demandada durante tres años. —Tras esto, el juez miró directamente a Víctor—. Señor De Andrade, me da vergüenza, como hombre y padre, encontrarme en su presencia. Es usted una persona egoísta y pretenciosa. Tal y como nos ha indicado la parte demandada, ¿cómo es posible que, con todos los bienes que usted tiene, indique que solo obtiene 2500 euros al mes? Esto me hace pensar en que voy a proceder a realizar una investigación de parte, y vamos a ver si, después de que lo investiguen los pertinentes peritos que auditarán todas sus cuentas, tiene usted realmente los ingresos que dice tener... o bien usted está defraudando a la Hacienda Pública.

Yolanda sintió un remolino orgulloso y jubiloso en su interior, que se potenció con creces tras la charla del juez.

—Así pues —concluyó este poniéndose en pie—, declaro firme la sentencia. Tome nota, señor secretario. Gracias, Ministerio Fiscal. Gracias, letrados. Pueden despejar la sala.

Más orgullosa que nunca de sí misma, sintiendo que acababa de destrozar al fantasma de su pasado, al demonio que la había perseguido desde que abandonó la universidad... Abrazó con fuerza a Abril y, después, se giró hacia Damien y le correspondió el beso que este posó en sus labios.

Ese día, el alma de Yolanda, por fin, se restauró por completo.

Capítulo 23

Yolanda introdujo los papeles en el sobre con una gran sonrisa victoriosa. Era diez de febrero, y acababa de recibir la noticia que tanto había ansiado conocer estos últimos días: el veredicto del juicio.

Silvia y Yolanda estaban reunidas en su bufete de abogados a media tarde, en una amplia habitación con dos mesas de escritorio y estanterías a rebosar de documentos. Yolanda marcó el número de Abril y esperó a escuchar su cansada voz al otro lado del teléfono antes de expandir, nuevamente, una enorme sonrisa.

—¿Abril? Soy Yolanda.

—Ah, hola, Yolanda... ¿Qué tal va todo?

Su débil voz sonaba tan agotada que esta sintió, al instante, un malestar en el corazón. Aun así, sabía que su noticia la animaría. Carraspeó antes de hablar de nuevo.

—Cariño, ¿puedes venir a la oficina? Necesito hablar contigo. —Se hizo un breve e inquietante silencio que la obligó a aguantar la risa—. ¿Abril?

—¿Ha pasado algo malo? —repuso Abril, evidentemente nerviosa.

Yolanda se mordió la lengua.

—Prefiero que hablemos en persona, si no te importa. Son las cinco y media, ¿podrías pasarte por el bufete a eso de las siete y media?

—Sin falta.

Yolanda colgó, y no pudo evitar soltar la carcajada enorme que se había estado conteniendo. Estaba segura de que esa noticia le iba a sentar de maravilla a Abril...

Silvia, que trabajaba sobre una pila enorme de folios, levantó sus ojos hacia ella y sonrió al apreciar su repentino buen humor.

—¿Buenas noticias? —inquirió al ver su enorme sonrisa.

Yolanda la miró y asintió.

—¡Las mejores! He de hablar con mi cliente.

—Creo que voy a enviarle una cesta navideña atrasada a Damien para darle las gracias... —susurró, rascándose la barbilla.

Ella se rio.

—¿Darle las gracias por qué?

—¿Cómo que por qué? —dijo Silvia.

Se puso en pie, bordeó la mesa y se acercó al escritorio de su compañera con

pasos pesados, pero con una desbordante sonrisa feliz. Le puso una mano en el hombro antes de decirle a dos palmos de su cara:

—Déjame explicarte rápidamente por qué. Cariño, te conozco desde hace años, y... nunca te he visto actuar con tanta profesionalidad como estas últimas semanas. Has pasado de ser una abogada verdulera a una abogada de primera.

Yolanda no estaba del todo segura de si debía reírse por su comentario u ofenderse ante sus palabras. Lo solucionó encogiéndose de hombros.

—Y todo se lo debemos a Damien, aquel bombón del que tanto renegaste... pero no pudiste evitar caer a sus pies al final, ¡y menos mal! Gracias por transformar a mi compañera, Damien! —exclamó al aire.

—¡¡De nada!! —repuso, de repente, una voz masculina.

Ambas se sobresaltaron y miraron hacia la puerta, asustadas. Allí, un hombre alto les sonreía con felicidad y una sonrisa divertida. Había peinado su bonito cabello azabache y rebelde —con aquellas vetas blancas que tanto hacían suspirar a Yolanda— con espuma, y ahora parecía todavía más revuelto que de costumbre. Les guiñó uno de sus penetrantes y enormes ojos azules con falsa petulancia, y Yolanda no pudo evitar percatarse de que había cambiado sus acostumbrados vaqueros y cómodos jerséis por un elegante y precioso tejano negro tizón y una camisa blanca de botones.

—Mmm... Cariño, qué sexy vienes. ¿Es debido a algo, o quieres que te viole antes de llegar a casa?

Él sonrió y negó con la cabeza. Aun así, sacó de detrás de su espalda el brazo izquierdo, que había mantenido oculto todo el tiempo, y dejó al descubierto un enorme ramo de lilas preciosas que dejaron a Yolanda boquiabierta.

Silvia aplaudió con ganas.

—¡Qué bonitas!

Yolanda, en cambio, habló con confusión.

—Y... y esto... ¿a qué viene?

Damien se acercó y se lo entregó tras darle un delicado beso en los labios.

—Un pajarito me ha avisado de que habías recibido una carta de los juzgados con la sentencia del caso...

Yolanda desvió la mirada hacia Silvia, que le guiñó un ojo con expresión pícara y divertida.

—Y, como sé de buena mano que eres la mejor abogada del pueblo, adiviné de inmediato que habías ganado el juicio. —Alzó una ceja con fingida inseguridad—. Porque... lo has ganado, ¿verdad? Mira que si no voy a tener que devolverle este ramo a la adorable y *buenorra* florista de la esquina.

Yolanda le golpeó el brazo con enojo.

—¡Claro que lo he ganado! No te acerques a esa tía o te corto el...

—Era broma, cariño —se rio él.

A estas alturas, Silvia ya se estaba descojonando a su lado.

—¡Bueno! —exclamó Yolanda para acallarla—. ¿Y debo tu visita a algo en especial, o solo querías sacarme de quicio uniéndote con la cruel de Silvia?

—¡¿Cruel yo?! ¡¡Pero bueno!! —repuso la aludida con los ojos muy abiertos—. ¡Pero si yo soy un verdadero amor!

—Si, amor... lo que eres es amorfa —replicó Yolanda entre risas.

Ignoró su cara ofendida y se giró hacia Damien.

—Bueno, ¿vas a decirme ya a qué viene que el hombre más maravilloso del mundo se plante en mi trabajo vestido de forma tan *violable* y con un ramo de lilas... que, además, da la casualidad de que son mis flores favoritas?

Este sonrió y agarró ambos brazos de Yolanda con una sonrisa ansiosa.

—¿A qué hora sales del trabajo, cariño?

Yolanda miró a Silvia con expresión pensativa.

—No lo sé... ¿A qué hora, Sil? —inquirió esta.

—¿Por qué me preguntas a mí? Ni que fuera tu jefa... —respondió ella—. ¡Vete cuando quieras! Pero avisa antes a Abril del resultado del juicio, le vas a hacer muy feliz... —Silvia se giró hacia Damien—. Ha llamado todos los días desde el juicio en busca de noticias, está desquiciada la pobre. Normal, con un cabrón como Víctor...

Damien endureció la mirada, pero prefirió no decir nada y olvidarse de una vez de la cara de ese hombre tan engreído. Se giró hacia Yolanda.

—Si te pido que vengas a un sitio en especial a una hora en concreto... ¿lo harás sin hacer preguntas? —murmuró con voz ahogada.

Esta alzó una ceja, desconcertada.

—¿Eh? ¿Por qué, a dónde?

Damien suspiró.

—He dicho «sin hacer preguntas...» —le recordó.

Yolanda se quedó un buen rato contemplando a su novio en completo silencio, a medio camino entre la confusión y un ligero nerviosismo.

Desvió los ojos hacia Silvia con curiosidad. Sin embargo, ella negó con la cabeza para darle a entender que no tenía ni idea de qué iba todo aquello. Después, Yolanda miró de nuevo directamente a Damien.

—¿Qué estás tramando tú...? —murmuró Yolanda.

—¿Por qué no dejas de querer tenerlo todo bajo control y simplemente aceptas mis

condiciones, pesada? —repuso Damien con un tono algo enfadado—. ¿Lo harás...?

Yolanda se rio.

—Pero solo porque me da pena ver una cara tan bonita suplicar como un corderito degollado. —Se giró hacia Silvia—. ¿No te importa que me vaya cuando hable con Abril?

—Que no, ¡si lo que quiero es perderte de vista cuanto antes! —exclamó Silvia con los brazos en jarra sobre la cintura.

—Mmm... Gracias, yo también te quiero, amiga.

Damien carraspeó para captar su atención de nuevo.

—Yolanda, cariño... ¿recuerdas donde hicimos el pícnic el otro día? Ya sabes, donde...

Él miró de reojo a Silvia y no terminó su frase. Yolanda, en cambio, sonrió con picardía y la completó por él:

—Sí, donde me hiciste el amor después de un pícnic maravilloso, ¿no?

Damien abrió los ojos con exagerada vergüenza y las mejillas sonrosadas.

—Creo que me llaman de la habitación de al lado —intervino Silvia con gesto incómodo—. ¡YA VOY, ESPERA!

Yolanda, que sabía muy bien que en la habitación de al lado tan solo había escobas, fregonas y cubos, se rio y le dijo en voz alta:

—¡Saluda al señor Fregonchi de mi parte!

Silvia le sonrió con una expresión psicópata y levantó el dedo corazón en un gesto obsceno antes de salir por la puerta y cerrarla con fuerza.

Damien miró a Yolanda con incomodidad.

—No deberías haber dicho eso, cariño, se ha debido sentir incómoda.

Ella le restó importancia con un gesto.

—Bueno, dime, ¿a qué hora debo estar en el paraíso sobre la tierra para que me hagas el amor de nuevo?

Damien adquirió un gesto lujuriosamente agresivo que derritió a Yolanda. Antes de que pudiese decir nada, Damien se acercó a ella hasta colocarse a dos milímetros de su rostro. La agarró por la cintura y la sentó sobre el escritorio que tenía a su espalda con una respiración muy profunda. Yolanda aspiró todo el aire de golpe cuando Damien, con una mirada tan penetrante que le derritió el corazón y le humedeció todo su cuerpo, abrió sus piernas y comenzó a besar, con mucha delicadeza, el cuello de Yolanda, desde debajo de su oreja hasta el final de su hombro derecho.

Yolanda gimió de placer cuando las yemas de sus dedos acariciaron con mucha suavidad su parte más íntima... Y, de repente, Damien sonrió maliciosamente y se

separó de ella, dejándola en pleno calentón y con un gesto enfadado y desconcertado.

—¡Oye, no me dejes así!

Damien dio varios pasos hacia atrás y le guiñó un ojo.

—Si quieres ver cómo termina esta peli porno para mayores de dieciocho... reúnete a las nueve conmigo donde hicimos el pícnic el otro día —repuso él con ilusión—. No llegues tarde o me tiraré a la florista...

Yolanda resopló con malhumor.

—Joder —se bajó de la mesa con enojo sintiendo palpar su entrepierna y asintió—. Muy bien... Pero más te vale que sea de verdad una peli porno para mayores de dieciocho, ¡¡o quien se tire a la florista seré yo!!

Damien se acercó a ella con sus ojos brillando de pura ilusión. Le agarró la cara por las mejillas, le dio un beso apasionado y, tras separarse de ella con una amplia sonrisa, le guiñó un ojo:

—Te aseguro que no te arrepentirás de esto... ¡Será el mejor día de tu vida!

—¿Qué narices estrás tram...?

En ese momento, el suave golpeteo en la puerta los interrumpió. Damien y Yolanda se giraron hacia la entrada, y entonces ella lo agarró y le dio un beso en los labios antes de separarse de él.

—Debe ser Abril. Abre la puerta, cariño... —le pidió mientras tomaba asiento en su silla— y dile a Silvia que salga de una vez del armario de la limpieza y que regrese, a no ser que quiera hacerse allí su nueva y *limpia* oficina.

Damien se rio y asintió. Abrió la puerta y saludó a Abril, cuyo rostro pálido estaba más ojeroso y maltratado que la última vez que la había visto. Damien no pudo evitar compadecerse de ella al verla en ese estado y sentir, una vez más, aquella intensa rabia contra el cabrón de Víctor.

—Buenas tardes, Abril. Ánimo, ya ha pasado la peor parte... —Se giró hacia Yolanda—. Adiós, cariño. ¡A las nueve! —le recordó.

—¡Que sí! —exclamó ella. Cuando se marchó, miró a Abril con una sonrisa—. Por favor, toma asiento, debemos hablar de inmediato.

—¿Qué ha pasado, Yolanda? Dímelo, por favor, me estás asustando... —murmuró ella acercándose unos pasos.

Se sentó frente a ella y la contempló con gesto asustado.

—Me ha llegado la sentencia del juicio, Abril...

Damien aparcó el coche frente a su casa con una sonrisa tan enorme que no le cabía en el rostro. Se sentía eufórico, nervioso y excitado, todo al mismo tiempo, y no podía

evitarlo.

—¡Hoy va a ser una gran noche, joder! —exclamó.

Salió del coche y se encaminó a su casa dando enormes y felices zancadas, dispuesto a prepararlo todo para esa noche de ensueño. Antes de entrar, se detuvo en el sendero y sacó su móvil. «Marc, ya está: si todo sale bien, esta noche te llamo. ¡Deséame suerte!», le escribió en el WhatsApp. Se guardó el móvil y sacó sus llaves. No obstante, antes de poder meterlas en la cerradura y entrar en casa, Marc le respondió. «No la necesitas, hermano, ¡todo va a salir genial! ¡¡Ya me contarás!! ».

«Je, je, je, je, ¡gracias! Por cierto, te debo una birra. Gracias por ir a la pastelería en mi lugar, ¡he tenido una semana ajetreadísima preparándolo todo!», respondió Damien antes de entrar en casa. Dejó las llaves en una cestita de la entrada y cerró la puerta tras de sí. Lo primero que hizo, para intentar calmar sus enormes nervios, fue cruzar el recibidor y el pasillo, que conducían directamente a la cocina. Abrió la enorme nevera negra y ojeó la enorme tarta de nata con fresas que había dejado allí para que no se derritiera. Una amplia sonrisa volvió a inundar su rostro.

Dio media vuelta y, más a la carrera que andando, se dirigió hacia el salón.

En el amplio espacio había un sofá de tela negra, una tele enfrente y una enorme estantería al otro lado del salón repleta de libros de Derecho, novelas de misterio y de *thriller*, las que más le gustaban. Se encaminó, de inmediato, hacia la estantería... Y, entonces, se puso muy nervioso.

Sintió que su estómago daba un vuelco y que su corazón se detenía en ese instante, porque allí, en el cuenco de cerámica decorativo, no estaba lo que él —con toda seguridad— había dejado antes de salir en busca de Yolanda. Sus nervios le impulsaron a mover con desesperación todo el contenido de las estanterías, incluso a tirar varios libros y adornos al suelo, presa de la angustia e ignorando que varias de sus figuras de porcelana se rompieron.

—¿Buscas esto, cariño...?

Aquella voz rota y amenazadora le dio escalofríos. Se giró, tenso y asustado, y buscó con la mirada... hasta toparse con los ojos vidriosos, hinchados y enrojecidos de Estefanía. Pero no fue eso lo que más lo aterró. Ella tenía toda su cara cubierta con el rastro descorrido del rímel de sus ojos. Su expresión se mostraba totalmente desquiciada y lunática, sus labios estaban apretados con fuerza... y su mano, alzada en el aire, lo apuntaba directamente al corazón con una pistola.

Damien sintió que todo su cuerpo se tensaba de golpe por el miedo y la rabia y notó que sus piernas comenzaban a temblar. Como abogado, se había enfrentado muchas veces a clientes insatisfechos y agresivos... pero jamás en su vida se había

visto amenazado de una forma tan peligrosa y perturbadora.

Alzó las manos en pose apaciguadora.

—Estefanía, baja esa cosa...

Ella se rio con amargura y levantó, con su mano libre, una pequeña cajita de color rojo sangre. Él sabía perfectamente lo que había dentro, pero, aun así, lo abrió para que lo viese: una preciosa alianza plateada, con un diamante engarzado en forma de flor, que, esperaba, dentro de unas horas abrazase el dedo de Yolanda.

—Esto es para esa puta zorra asquerosa, ¿verdad? —insinuó ella con una ligera vibración agresiva.

Damien dio un paso hacia ella y lo intentó de nuevo:

—Estefanía... dame la pistola. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Créeme, he asistido a muchos casos similares a esto, sé muy bien cómo acaba esta historia, lo he visto muchas veces...

Dio otro paso más hacia ella, totalmente consciente de que un paso en falso podría acabar con su vida en menos de un segundo. Estefanía, en cambio, apretó la culata del arma y negó con la cabeza.

—¿Quién te ha dicho que te muevas...?

Él apretó los labios y se detuvo al tiempo que bajaba los brazos.

Estefanía, en cambio, sonrió con una sombría e inquietante amargura y se acercó a él sin bajar el arma. Se detuvo a un par de metros de distancia y lo miró con un profundo sentimiento de congoja y desesperación.

—Tú eres mío, Damien... ¡¡Mío!! Y, si no eres mío... no serás de nadie.

—Estefanía...

—¡¡Yo te lo di todo!! —exclamó, histérica—. ¡¡TODO!! ¡¿Y ahora me vas a reemplazar por la primera zorra que se te cruce en el camino?! —Damien sintió aquella pregunta como una jarra de agua fría—. Ven aquí... —ordenó con los dientes muy apretados. Él estaba tan asustado que sus piernas no le respondieron—. ¡¡Que vengas aquí, joder!! —bramó Estefanía fuera de sí con lágrimas de rabia en sus ojos.

Damien no apartó ni un solo segundo la mirada de la pistola de Estefanía, que temblaba entre sus manos. Ni de su expresión enloquecida, que cada vez iba a mayores.

Y, sin pensar, su cuerpo actuó por él. Se abalanzó sobre ella con extrema rapidez y agarró el arma en un intento desesperado de apartarla de su camino.

Estefanía, sobresaltada, comenzó a forcejear con él... y disparó.

—¡¡Muchas gracias, Yolanda, eres maravillosa!! —exclamó Abril con una amplia

sonrisa de felicidad y ojos vidriosos—. ¡¡De verdad, eres increíble!! Siento mucho haberte jodido la vida cuando éramos jóvenes...

Yolanda negó con la cabeza.

—Me has dejado aplastar a Víctor en los tribunales, eso ya lo compensa. Tú disfruta de tus hijos, que te lo has ganado... Pero recuerda: no faltes al acuerdo del juez, o Víctor podría joderte viva.

Abril asintió.

—Tranquila, lo haré. ¡Mil gracias! En unos días tendrás el dinero en tu cuenta, más un pequeño plus de agradecimiento. De verdad, muchas gracias... ¿Puedo invitarte a un trago en alguna parte como agradecimiento?

Yolanda estuvo a punto de decir que sí, pero sacó su móvil y miró su reloj. Las nueve menos cuarto.

—Vaya, qué tarde es... Se me ha pasado el tiempo volando contigo. Lo siento, pero tengo una cita a la que debo acudir, es importante. Pero te consiento que me tientes otro día, si quieres —le guiñó un ojo.

Abril se rio.

—¡Claro que sí! Te llamaré para quedar. Os invitaré a ti, a Damien y a Silvia. Todos os habéis portado genial conmigo, a pesar de lo que hice.

Yolanda le dio un fuerte abrazo y le sonrió.

—Deja de martirizarte, todo está bien. Víctor nos engañó a las dos... y, ahora, se la hemos devuelto con ganas.

Se encaminaron juntas a la salida del despacho.

—Gracias... eres un sol. Bueno, he de irme. ¡Que te lo pases bien en tu cita! —exclamó, guiñándole un ojo.

—¡Eso espero, chica! —repuso Yolanda.

Fue a casa y se arregló lo mejor que pudo en tan solo cinco minutos.

Se vistió con un vestido azabache que se ceñía bajo su pecho y que dejaba al vuelo una falda hasta las rodillas. Su largo cabello oscuro caía por encima de su vestido y se colaba por su escote en pico, que era lo bastante pronunciado como para mostrar las pecas de su pecho. Se calzó unos zapatos bajos rojos y, tras coger un bolso de noche a juego, se despidió de su madre entre gritos y se metió directamente en su coche.

—Vamos, Damien... me debes una noche de sexo salvaje. ¡No me decepciones, hombretón! —exclamó con una amplia sonrisa.

Yolanda condujo hasta las afueras del pueblo, nerviosa, feliz y excitada, todo al

mismo tiempo. Aparcó el coche a unos metros del árbol, en un desvío hacia un viejo camino de tierra angosta y salvaje, y se bajó de él con una enorme sonrisa entusiasta.

Cuando buscó a su alrededor, en cambio, descubrió un poco nerviosa que Damien todavía no había llegado. Tras comprobar la hora que era en su teléfono móvil —las nueve y veinte de la noche—, suspiró y se sentó de nuevo en el asiento del copiloto, dispuesta a esperarle. Llegaba tarde, pero no lo bastante como para que él se hubiese ido.

Decidió enviarle un wasap: «Cielo, estoy en nuestro sitio. ¡Y llegas tarde! ¡¿Dónde está la peli porno para mayores de dieciocho que me habías prometido?! ¡¡Llámame!». Yolanda guardó el móvil y levantó la mirada al cielo.

El sol se había puesto hacía un rato y, en ese momento, el cielo salpicado de estrellas le regalaba una visión del universo maravillosa. La luna creciente iluminaba parcialmente aquel lugar tan maravilloso, y la calurosa brisa veraniega mecía el árbol, ese que se había convertido en el testigo de su unión y al que se sentía tan conectada desde aquel momento.

Y, entonces, su móvil sonó. Ella lo cogió y leyó, rápidamente, el mensaje de Damien: «Cariño, cambio de planes: vente a mi casa. Lo siento, nos vemos ahora».

Suspiró y le respondió: «Vale... pero acabas de convertir la peli de más dieciocho en una peli de más cuarenta, ¡tenlo en cuenta!». Sin más, encendió el coche, puso la radio para distraerse un poco y emprendió el camino a casa de Damien.

Capítulo 24

—Amor, son casi las diez, ¿a qué hora vienes?

Yolanda parpadeó, desconcertada y desubicada al mismo tiempo.

—¿Habíamos quedado?

Su mejor amiga, Mar, la llamó justo en el instante en el que Yolanda había aparcado frente a la casa de Damien. Escuchó el resoplido de Mar al otro lado.

—¿No te acuerdas?! —se quejó esta—. ¡¡Dijimos que tomaríamos unas birras con todas las chicas para celebrar lo de Víctor!! En el bar de Virginia, a las 9 y media... Chiqui, ¿en qué coño estás pensando que se te ha olvidado?

Yolanda llevó la vista a la casa de Damien.

—Pues... la verdad es que tengo planes mejores. Estoy frente a la casa de Damien, me vino a buscar al curro y me dijo que fuese donde él dijese y cuando él dijese, sin preguntas. —Un breve silencio al otro lado de la línea la puso nerviosa—. ¿Mar?

—¿Estaba nervioso? —quiso saber ella, repentinamente muy interesada.

—Sí.

—¿Cómo iba vestido?

Yolanda se rio.

—¿A qué viene este interrogatorio?

—A nada... Vale, avisaré a las chicas. Ya celebraremos otro día tu victoria en el caso. ¡Diviértete! Y, por favor... llámame mañana sin falta y cuéntamelo todo con pelos y señales. ¡Es una orden! ¡¡No te olvides!!

Yolanda volvió a reírse.

—Vale, pesada... ¡¡Bébetes un cubata bien cargado de mi parte!!

Antes de colgar, Mar gritó:

—¡¡Y PONTE CONDÓN!!

Yolanda se rio y se mordió el labio.

La realidad era que se había dado cuenta de un detalle importante: lo había hecho ya varias veces con Damien... sin condón... y tenía un retraso importante. De hecho, tendría que haberle bajado la regla hacía ya casi un mes. Y le daba un pánico terrible hacerse la prueba y descubrir lo que eso significaba... Aun así, pensaba aprovechar esa noche para hablar con él y explicárselo, pasase lo que pasase.

—¿Yolanda?

Ella volvió a la realidad de golpe.

—Sí, sí, estoy aquí... Perdona. Tranquila... lo usaremos... Bueno, cariño, te dejo, tengo que ir a follarme al *tiarrón* más bueno sobre la faz de la tierra. ¡Divertíos!

Yolanda colgó. Se agarró con fuerza al volante, suspiró hondo un par de veces y salió al exterior con aire asustado e inquieto. Conteniendo el miedo de sus entrañas a su respuesta, comenzó a caminar hacia su casa. Pasó de largo junto a una ranchera vieja, tan antigua que tenía señales de óxido y falta de pintura por todas partes, y se detuvo frente a la verja de la entrada con los nervios a flor de piel.

Damien le abrió la puerta a los pocos segundos de que ella tocara el telefonillo, y Yolanda recorrió, en apenas diez segundos, el sendero que la separaba de la puerta principal. Pero nadie salió a recibirla.

—¿Damien? —preguntó en voz alta. Al no obtener respuesta, frunció el ceño y cerró la puerta tras de sí—. Damien, ¿dónde estás?

Yolanda recorrió el pequeño y estrecho corredor, siguiendo el suave murmullo de un gorgoteo extraño que provenía de la sala de la derecha.

El sol se había ocultado hacía ya mucho y la oscuridad se había asentado con fuerza sobre el pueblo... pero el hecho de que las cortinas estuviesen echadas y las luces apagadas no ayudaba demasiado a ver por dónde iba. Así pues, una vez entró en la siguiente habitación, palpó con las manos sobre la pared hasta dar con algo que, sin duda, debía de ser el interruptor.

Y cuando la luz lo envolvió todo y pudo ver, al fin, lo que había ante ella... abrió los ojos al máximo con un pavor tan grande que se le cortó la respiración.

—¡¡Damien!! —gritó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cruzó el salón en un abrir y cerrar de ojos y se dejó caer de rodillas junto a Damien con sus ojos encharcados en agua. Una gruesa cuerda lo mantenía firmemente atado al respaldo de una silla de madera. Tenía la cabeza caída sobre su pecho, los ojos ligeramente entrecerrados y una respiración casi imperceptible que le puso los pelos de punta. Lo que más le preocupó, no obstante... era aquel rastro de sangre rojiza que cubría todo su abdomen.

—Joder... —sollozó Yolanda intentando sacar, a la carrera, su móvil del bolso que llevaba colgado—. ¿Quién te ha hecho esto...? Aguanta, cariño...

—Tienes... tienes que... irte... —murmuró él con un terrible esfuerzo.

Yolanda lo ignoró y comenzó a marcar el número de emergencias. Sin embargo, antes de que pudiera darle al botón de llamada... sintió un golpe brusco y contundente por la espalda y todo se volvió negro para ella.

Sintió un dolor de cabeza tan intenso y profundo que apenas era capaz de pensar con claridad. Intentó moverse un poco. A pesar de ello, notó que su cuerpo le pesaba un quintal y que aquella superficie sobre la que se hundía —posiblemente el sofá— la abrazaba con una fuerza casi soporífera.

Su mente recordó, casi al instante, que Damien estaba herido y abrió los ojos... y, entonces, todo su interior ardió en miedo y rabia a la vez. Allí, de pie, junto a Damien, Estefanía la contemplaba con un gesto a medio camino entre el odio y el desprecio.

Sus mejillas estaban manchadas con restos de rímel que se habían corrido con sus lágrimas. Sus ojos, oscuros e hinchados, expresaban una emoción tan intensa de locura y aborrecimiento que Yolanda sintió una punzada de terror recorriendo toda su columna. Había cambiado su pulcra, cara y elegante ropa de marca por un chándal viejo, manchado y oscuro. Lo que más le preocupaba a ella, empero... era la pistola con silenciador que mantenía en el aire, apuntando directamente a la sien izquierda de Damien.

—Ya estamos todos... —murmuró Estefanía con un temblor en la voz.

Yolanda no apartó la mirada de Damien ni un segundo.

—Estefanía, qué... ¿qué has hecho...?

Intentó ponerse en pie, pero ella apretó con mayor fuerza el cañón sobre la cabeza de Damien.

—No te muevas... o te juro que le abro la puta cabeza delante de ti, para que lo veas morir...

Yolanda sintió un ardor asfixiante sobre la garganta. Sentía un pánico atroz que le enturbiaba los sentidos y, a la vez, un odio tan intenso que sentía la necesidad de abalanzarse sobre ella y reventarla con su propia arma. Aun así... era plenamente consciente de que, en ese momento, eso sería un error terrible.

—Estefanía, míralo... —murmuró entre sollozos, en un intento desesperado de hacerla entrar en razón—. Está sangrando mucho, necesita atención médica... ¡Se va a morir!

—¡¡Pues que se muera!! —vociferó—. ¡¡QUE SE MUERA, JODER!!

Yolanda cerró la boca, furiosa. De repente, Estefanía sonrió con furia y sacó una pequeña cajita roja de uno de los bolsillo de su sudadera negra.

Se lo mostró a Yolanda con una peligrosa mirada iracunda.

—¿Sabes qué es esto, Yolanda?

—No... —respondió ella.

—¡¡Esto debería ser mío!! —chilló a todo pulmón—. ¡¡MÍO!! Pero él te lo iba a dar esta noche a ti... ¡¡A TI!!

Estefanía agarró, con rabia, un jarrón con flores que estaba en una mesita, a su lado. Era tanto el odio que sentía que no pudo evitar cogerlo y lanzarlo, con exagerada fuerza, hacia una de las ventanas. Esta se rompió en mil pedazos provocando un tremendo ruido de cristales rotos.

Con una rabia que rayaba la locura, Estefanía se giró y tiró la cajita al suelo con fuerza... que se abrió, casi automáticamente, a los pies de Yolanda. Pudo ver, entonces, la alianza que guardaba en su interior.

Yolanda abrió los ojos con sorpresa y levantó la mirada hacia Damien, que seguía con la cabeza gacha sobre su pecho. Todo su interior se removi6 de golpe entre el miedo, la rabia y la desesperación... y supo que, si no actuaba de inmediato, aquella puta loca los mataría a los dos.

—Estefanía... —lo intentó de nuevo— tú lo amas, ¿verdad?

Ella se giró hacia Yolanda apretando los dientes. Y, entonces, cambió la dirección de su arma y la posó directamente sobre el corazón de Yolanda. Esta hizo un vano intento de retroceder, pero el respaldo del sofá no se lo permitió.

—¡Más que a nada en el mundo, joder! —exclamó—. ¡¿Por qué crees que hice lo que hice?! Sus amigos, su familia... no lo entienden como yo, ¡¡no lo quieren de la misma forma en que yo lo hago!! No tardaron ni dos segundos en creer mis mentiras. ¿De verdad crees que lo quieren? ¡¡Dudaron de él sin siquiera planteárselo!! Putos falsos...

Yolanda apretó los dientes con fuerza. «Se le ha ido completamente la olla...», pensó, sorprendida.

—Es cierto... —asintió con esfuerzo—. Ellos no lo quieren. No como tú, Estefanía...

Había estudiado suficientes casos de ese estilo como para suponer de qué manera debía manejar la situación. Sin embargo, la realidad era siempre tan distinta cuando la vivías en primera persona, que no podía evitar que sus ojos llorasen y que todo su cuerpo temblara de miedo. Necesitaba avisar a alguien cuanto antes, hacer ruido, pero ¿cómo?

—¡Exacto! —exclamó ella con fuerza—. Ni siquiera tú lo amas como yo...

—¿Y vas a dejar que muera? —preguntó de repente. Aquella pregunta dejó a Estefanía tan desconcertada que se quedó completamente muda en el acto. Yolanda aprovechó la oportunidad para ponerse en pie—. Míralo, Estefanía... míralo bien. —Estefanía giró los ojos hacia él—. Está perdiendo muchísima sangre... Necesita que lo vea un médico, o... o morirá —murmuró, con una punzada en el corazón—. ¿Entiendes eso?

Yolanda intentó sacar provecho de aquella repentina distracción. Gritó y se

abalanzó sobre Estefanía con toda la rabia que guardaba en esos momentos... Pero ella, de improviso, se giró hacia Yolanda y la golpeó en la cabeza con la culata de su pistola.

Yolanda cayó al suelo con un golpe sordo, y se arrastró hacia los pies de Damien con los ojos anegados en lágrimas.

—Estefanía, por favor... Va a morir...

—Si hay algo que quieras decirle, díselo ya... —ordenó de repente, apuntando a la cabeza de Damien con una expresión lunática.

En ese mismo momento, Damien abrió los ojos. Miró a Yolanda con torpeza, apenas sin fuerza... pero con un brillo cariñoso que le llegó al corazón. Sus miradas se encontraron, y él le dedicó una sonrisa cargada con todo el amor que le pudo profesar en esos momentos. Sus ojos brillaron con cariño, su sonrisa se curvó con anhelo y sus labios le lanzaron un beso. Y, sin saber por qué, Yolanda pensó que era el momento perfecto para hacerle saber la verdad...

—Damien... —susurró ella con un quejido en la voz—. Damien, tengo... tengo un retraso... —Se llevó las manos al vientre y sonrió entre lágrimas—. Cariño, tengo que confirmarlo, pero... creo que vas a ser padre.

Él abrió los ojos de par en par.

—¡¿QUÉ?! —gritó Estefanía fuera de sí—. ¡¿QUÉ HAS DICHO?!

De repente, Estefanía la incorporó con inusitada fuerza y, agarrándola por su vestido, la estrelló contra la estantería más cercana. Algunos libros cayeron al suelo y, también, varios jarrones se hicieron añicos ocasionando estruendosos sonidos de cerámica rota.

Y Yolanda supo lo que debía hacer...

—Es cierto, Estefanía... —murmuró—. Damien y yo hemos hecho el amor cientos de veces y me ha dejado embarazada...

—¡¡CÁLLATE!! —bramó.

La agarró y la lanzó de nuevo contra la estantería. Un enorme jarrón de cristal cayó a sus pies provocando un ruido atronador. Yolanda sonrió con esfuerzo, sabiendo lo peligroso que era lo que estaba haciendo en esos momentos.

—Me hizo el amor durante horas, disfruté como no he disfrutado con nadie... Ese hijo será el fruto de dos personas que se aman de verdad. Y no, no será tuyo... ni el niño ni Damien. ¡Nunca lo serán! ¡¡Loca, que estás loca!!

A estas alturas, Yolanda también estaba dando unas voces alarmantes.

—¡¡CIERRA LA MALDITA BOCA!!

En ese momento, Estefanía perdió la poca cordura que le quedaba y apuntó con su

cañón directamente al entrecejo de Yolanda.

—Estefanía, no... Por favor... —suplicó Damien entre susurros—. No... no le hagas daño... Te lo suplico...

Ella apretó los dientes y, sin volverse hacia él y sin apartar la pistola, respondió:

—¿Qué tiene esta maldita buscona que no tenga yo...? —preguntó entre sollozos desesperados.

Yolanda miró a Damien y le sonrió con ternura. Y, sin mencionar palabra alguna, le hizo saber que le amaba. Era plenamente consciente de que necesitaban un verdadero milagro para poder salir de allí con vida... y estaba harta de tener miedo. Así pues, tras dedicarle aquella mirada de despedida, se giró hacia Estefanía y respondió:

—Cordura, Estefanía... cordura. ¿Nunca te lo han dicho...? Si ya eras así cuando te casaste con él... Damien debía de estar completamente ciego para no verlo. Porque, chica, estás como una puta cabra.

Yolanda vio el peligro. Damien gritó y trató de ponerse en pie, en vano. Estefanía adquirió el gesto más peligroso y amenazador que había adquirido en toda la noche y, con las manos temblorosas de rabia, llevó el dedo índice hacia el gatillo...

Un estruendoso disparo hizo eco en la noche.

Ese tiro no fue efectuado por Estefanía... sino por una pareja de policías nacionales que irrumpieron de repente en casa de Damien y dispararon, sin vacilar, sobre la pierna de Estefanía.

Al parecer, los vecinos escucharon los ruidos de cristales rotos de las ventanas. Y, gracias a que esta se resquebrajó, pudieron escuchar los gritos que Estefanía estaba soltando al aire sin ton ni son. Eso los alarmó, y varios de ellos llamaron a la policía casi de inmediato.

Gracias a eso, salvaron su vida.

Damien pasó semanas ingresado en el hospital en estado crítico. El disparo que Estefanía efectuó sobre su abdomen provocó una hemorragia interna tan grave que tuvo que ser intervenido en cuanto llegó al hospital. Por fortuna para él, los doctores consiguieron estabilizarlo, a pesar del peligro que conllevaba el postoperatorio. Pero era un hombre muy fuerte y, apenas un par de semanas después, lo trasladaron a planta.

Yolanda no se separó de Damien ni un solo día desde entonces. Iba a casa a ducharse y a prepararse algo de comer, pero luego pasaba todo el tiempo en el hospital. Incluso dormía allí con él. Su madre, Marc y sus amigas fueron todos los días a hacerles compañía... y criticar a Estefanía, todo hay que decirlo.

—Put a loca de los cojones... —masculó Mamen al enterarse de lo acontecido en casa de Damien—. ¡Podría haberos matado!

Yolanda suspiró.

—Bueno, ya no dará más problemas a nadie. Los policías me han dicho que la han ingresado en un centro para personas violentas, así que... ya no puede llegar hasta él y hacerle daño.

A la segunda semana de lo ocurrido, Yolanda decidió salir de dudas al fin.

Se pasó a ver al doctor que atendía a Damien y le contó sus inquietudes... Él, un verdadero encanto, habló con otro profesional y le programó una ecografía para esa misma mañana.

Al terminar, y nerviosa como nunca antes lo había estado, Yolanda se limpió el gel del estómago y suspiró profundamente para tratar de calmarse.

—Bueno, Yolanda... échale huevos.

Recorrió la sala del hospital y, tras evocar un nuevo suspiro, giró el pomo de la puerta y entró en la habitación de Damien.

Marc y Mar estaban allí, el primero mirando en silencio junto a la ventana y la segunda riéndose a carcajadas de algo que Damien le acababa de contar.

—¡Hola, preciosa! —exclamó él al verla entrar—. Pensaba que había ocurrido algo, como no has venido a verme en toda la mañana...

Ella sonrió un poco nerviosa y miró a sus amigos.

—Chicos... ¿os importa dejarnos solos un... momento?

Mar frunció el ceño.

—Mmm... no, no quiero perderme algo bueno.

Damien se rio.

—Venga, Mar, ¡lárgate! —chilló Yolanda, sonrosada.

Ella frunció el ceño. Cogió a Marc del brazo y tiró de él hacia la salida. Y, justo antes de salir por la puerta, se volvió y lanzó una mirada de advertencia a la pareja.

—Pero luego quiero detalles...

Yolanda se rio y se sentó junto a Damien, al borde de la cama.

Este le cogió de la mano y sonrió con un cariño tan profundo que derritió a Yolanda casi de inmediato.

—Tengo que habl... —empezó ella.

—Espera, yo primero —la interrumpió él.

Yolanda ladeó la cabeza, confusa.

—Con todo lo que pasó ese día, no he tenido tiempo de hacer esto... pero la

verdad es que llevaba tiempo planeándolo y quiero hacerlo bien. ¿Me ayudas a levantarme?

Ella frunció el ceño.

—Mmm, no. No debes, aún no estás lo bastante f...

—Venga, no te hagas de rogar... —dijo con una amplia sonrisa.

Yolanda suspiró. Lo agarró por los brazos y, manejándolo con sumo cuidado, lo puso frente a ella. Cuando vio que Damien, con marcado esfuerzo, hincaba una rodilla en el suelo, abrió los ojos, enrojeció y apartó ligeramente la mirada...

Él sacó la misma cajita roja que había visto en su casa y la abrió para que viese la alianza.

—Yolanda Hernández Morales —recitó, con voz solemne y nerviosa—, has conseguido que el corazón de este tontorrón lata con fuerza cada vez que me miras, que me tiemblen las piernas cuando me hablas... que arda todo mi interior en llamas cuando me acaricias y me tocas. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

Yolanda estaba tan nerviosa que no pudo evitar decir una tontería.

—Habiendo conocido a tu ex, no me extraña...

Damien suspiró antes de continuar:

—Has puesto toda mi vida patas arriba en unos pocos meses, me has regalado momentos que nunca olvidaré...

Ella volvió a hablar.

—Ni yo. Joder, tendré pesadillas con ella toda mi vida...

Damien resopló, ligeramente molesto.

—Yolanda, por favor, no me interrumpas —le riñó.

—Perdón... es que estoy nerviosa.

Él sonrió antes de continuar:

—Me harías el hombre más dichoso de este mundo si aceptases convertirte en mi esposa... Recoger tus cosas de casa de tu madre y venir a vivir conmigo... tú y yo, solos. Yo cuidaré de ti, te protegeré... y te haré inmensamente feliz. ¿Aceptas?

Yolanda guardó silencio.

Su interior era un revoltijo de emociones tan intenso que era incapaz de abrir la boca y articular ni una sola palabra. Esto puso nervioso a Damien.

—¿Yolanda...?

Ella le acarició la cara con cariño antes de responder:

—Creo... que hay un ligero error de cálculos en esa ecuación, Damien... —murmuró, sintiendo los nervios en su estómago.

—¿Error de cálculos...?

Esta asintió.

—Esta mañana he estado en la consulta del ginecólogo... por eso he llegado más tarde que de costumbre.

Él recordó, en el acto, lo que Yolanda le dijo ese día, en su casa, frente a Estefanía. Y, más nervioso que antes, abrió los ojos y aguardó en silencio.

Yolanda dejó escapar varias lágrimas de felicidad y anunció:

—No solo seremos tú y yo, Damien... Seremos tú, yo... y el pequeño Damien Jr. O Damiena Jr., todavía no lo sé.

Damien abrió los ojos, sorprendido y feliz a partes iguales.

—¿Estás embarazada?!

Yolanda asintió.

Él dio un brinco y se puso en pie con tanta rapidez que soltó un quejido de dolor y se llevó la mano al vientre.

—¡Eh, eh! ¡Ten cuidado, todavía no estás recuperado del todo!

Damien la miró con ojos vidriosos y, sin importarle nada más en ese maldito mundo ahora mismo, la abrazó con fuerza y la alzó en volandas. Dio varias vueltas con ella en el aire y, tras mirarla con una amplia sonrisa, le dio un beso apasionado que le cortó la respiración.

Ella se rio con ganas y le dio un fuerte abrazo.

—Te quiero Damien...

—Y yo a ti, preciosa...

Yolanda lo miró con amor y le acarició la cara.

—Damien... llegaste a mi vida como alguien terriblemente molesto para mí y me la pusiste patas arriba. Te convertiste en alguien que siempre estaba ahí para ayudarme, para guiarme por el buen camino... y, bueno, para otras cosas también —añadió, riéndose con picardía—. Solo quiero que sepas que me has salvado la vida. Me has sacado del abismo de depresión y rabia en el que estaba inmersa y me has hecho ver que hay muchas cosas que merecen la pena. Tú, entre ellas... Así que, sí. Acepto... ¡Claro que acepto!

Damien volvió a darle un enorme beso.

Y, así, dos vidas, antaño tristes y solitarias, dejaron paso al amor de nuevo. Desde ese momento, sus corazones sanaron, sus almas se restablecieron... y ellos transformaron dos vidas en un solo ser.

O tres, en este caso.

Epílogo

Le dio un largo sorbo a su cóctel.

Eran las once de la noche, pero, a pesar de ello, el ambiente era cálido y húmedo. Las personas que lo estaban dando todo en la pista de baile mostraban amplias sonrisas de felicidad mientras brincaban y reían a todo pulmón. El ambiente festivo era contagioso, la música sonaba a todo volumen y ella era incapaz de dejar de sonreír.

Yolanda vestía un traje blanco, corto y fresquito que se ceñía a su torso, pero caía en volantes hasta sus rodillas. Estaba sentada a la barra en aquel *pub*, al aire libre y en mitad de la playa. Había adornado su cabello, suelto hasta media espalda, con una monja blanca, una flor enorme con tres pétalos blancos y una corona central.

El local no tenía paredes, el techo —en forma de cono—, estaba construido en paja. El suelo no era más que una tarima central rodeada de la arena cálida del lugar... y la barra, un trozo de madera oscura y bien pulida, estaba adornada con hojas de palmeras y flores amarillas y rojas.

Era incapaz de dejar de sonreír. Sus ojos iban y venían entre todos los presentes, puesto que la persona a la que estaba esperando había cogido últimamente la mala costumbre de llegar tarde. A pesar de ello, estaba tan enamorada y feliz que no le importó tener que esperar un rato más.

En ese mismo instante, la música rítmica fue sustituida por una melodía tranquila y pasional que consiguió que la pista de baile se llenase de parejas con sonrisas enamoradas. Entonces, un hombre joven, tal vez de treinta y pocos años, se acercó a ella. Vestía un conjunto veraniego, unos *shorts* marrones y anchos y una camisa blanca desabrochada que dejaba entrever su cuerpo poco trabajado. Él le guiñó su ojo castaño con picardía y se atusó su corto cabello azabache con claros movimientos de seducción.

—¿Qué hace la mujer más guapa de todo Miami aquí sola? ¿Puedo invitarte a bailar, guapa? —dijo con claros intentos de cortejarla.

Yolanda sonrió y levantó su copa.

—No, gracias, estoy ocupada.

Él, empero, no desistió.

Se acercó más a ella. Tomó la banqueta de madera libre que estaba a su derecha y se sentó sin pedir permiso.

—Me llamo Jacob, encanto.

Ella suspiró y le dio ligeramente la espalda. Aun así, él hizo caso omiso a aquel rechazo más que evidente y arrastró su asiento hasta ponerse delante de ella.

—¿Puedo saber tu nombre, preciosa?

—Señora Lizano, caballero —intervino, de repente, una voz.

Ambos giraron la cabeza hacia la derecha, ella sonriente y él con un evidente gesto de enfado. Yolanda iluminó su rostro todavía más al ver a Damien, allí, ante ellos. Iba vestido con unos pantalones cortos oscuros y con una camisa celeste abierta que, a diferencia del hombre que tenía al lado, dejaba ver sus pectorales de infarto y aquellos abdominales que la volvían loca. Su cabello azabache estaba muy revuelto a causa de la humedad, y sus ojos azules mostraban una expresión a medio camino entre la felicidad y la agresividad.

—Si me disculpa, he de bailar con mi mujer —replicó Damien con altanería.

Jacob se incorporó y se marchó, cabizbajo y humillado, cuando Damien agarró la mano de Yolanda y la ayudó a levantarse.

Ella sonrió, complacida.

—Ya era hora... Llegas media hora tarde.

—Lo bueno se hace esperar, señora Lizano —repuso él con una sonrisa.

Yolanda se rio.

—Que me llames por tu apellido es algo muy anticuado, ¿no te parece? Pero... la verdad es que me gusta.

Damien la arrastró, poco a poco, hacia la pista de baile.

—Voy a tener que ponerte un aviso para alejar a los malditos buitres. Voy a grabar a fuego «Propiedad de Damien» aquí, en tu frente.

Se detuvieron en mitad de la pista de baile, justo cuando aquella música lenta y pastelosa se detenía y hacía que decenas de parejas se separasen, se mirasen embelesados y aplaudiesen con fuerza. Damien se puso frente a Yolanda y, con los ojos hipnotizados y una intensa expresión cariñosa, cogió uno de los mechones negros que habían caído por delante de sus hombros descubiertos y lo pasó por detrás de su oreja. Yolanda no pudo evitar bajar la mirada, un poco avergonzada.

Llevaban ya una semana en Miami, y lo estaban pasando tan bien que, a pesar de que su luna de miel terminaba en unos pocos días, ambos se estaban replanteando alargarla. ¿Una semana? ¿Dos? Tal vez para siempre...

Entonces, la música tierna y tranquila fue sustituida, abruptamente, por un extraño ritmo rockero y ochentero que provocó, al instante, el desmelenamiento de todos los presentes. De repente, la gente comenzó a cantar, a gritar y a saltar a su alrededor.

Damien y Yolanda no pudieron evitar mirarse y reírse a carcajadas durante unos minutos.

—Algo me dice que el destino no quiere que bailemos algo lento... —comentó Damien, exagerando un movimiento sensual que hizo reír a Yolanda.

—Si no quiere que bailemos algo lento, ¡habrá que moverse!

Yolanda le agarró las manos y, sin avisar, lo forzó a saltar con ella y a moverse de un lado a otro con movimientos exagerados y desiguales.

Damien se rio y trató de seguirle el ritmo como buenamente pudo, en vano.

—¡Yo no sé bailar esto! —se quejó él.

—¡¡Yo tampoco!!

Damien negó con la cabeza y la paró.

—Espera, Yolanda, vayamos afuera y demos un paseo. No quiero tener que partirla la cara al subnormal ese...

Yolanda miró a la barra, donde Jacob contemplaba a la pareja con expresión malhumorada y el ceño fruncido en señal de envidia.

Damien la agarró de la mano y la arrastró a la carrera. La llevó a orillas de Crandon Park Beach, la playa donde se encontraba aquel *pub*. Sus arenas eran blanquísimas, su océano impresionante... y aquella luna menguante, que se reflejaba sobre el espejo oscuro de agua salada, rodeada de cientos de estrellas era, simplemente, maravillosa. Algunas parejas caminaban de la mano mientras se mojaban los pies y algún que otro perro corría de un lado a otro para recoger la rama que le lanzaba su dueño.

Él, en cambio, la llevó bajo un conjunto solitario de palmeras que se encontraba a unos veinte metros de ellos. Yolanda parpadeó, sorprendida, al llegar allí y ver una amplia sábana roja extendida sobre la arena. Una canasta de mimbre cerrada reposaba en el centro, seguramente llena de comida. Además, pudo ver una bandeja de flores de todos los colores en el centro del mantel, y un jarrón metálico con hielo y una botella de vino con dos copas cubiertas por manteles blancos.

—Aquí no tenemos nuestra cala... pero tenemos este sitio —comentó Damien con una sonrisa nerviosa.

Se descalzó, entró en el mantel y descorchó la botella de champagne.

Yolanda sonrió y se sentó frente a él.

—¿Por esto estabas tardando tanto?

—Tenía que dejarlo todo perfecto antes de traerte aquí. Tú te mereces lo mejor...

—murmuró, ligeramente nervioso.

Ella se incorporó sobre sus piernas para acercarse a él. Le dio un beso largo y delicado sobre sus labios y luego, tras sonreírle, le acarició la mejilla.

—Ya lo tengo...

Él sonrió y le devolvió el beso.

—¿Sabes? —susurró Damien, incapaz de mirarla a los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te lo digo de verdad: estoy loco y perdidamente enamorado de ti...

Ella se sentó a su lado y le puso una mano en la pierna.

—No te haces una idea de lo perdida que estaba antes de conocerte, Damien... todo mi mundo se había convertido en una mentira. Todo. No aguantaba a los demás, sus ñoñerías de enamorados, sus tonterías melosas... pero menos aún me soportaba a mí misma. —Dejó caer la cabeza sobre su hombro y suspiró—. Tú y el pequeño Daniel me habéis salvado la vida. Me habéis devuelto a lo que yo era antes de destrozar mi alma, a lo que yo soy de verdad...

Damien frunció el ceño ante esto.

—Todavía no estoy seguro de que dejar a Dani con tu madre y las Cierrabares sea una... buena idea.

Yolanda levantó la cabeza y lo miró.

—No te preocupes por él. Cuando regresemos, nuestro inteligente chico ya será capaz de beberse el local de Virginia en vez de su biberón, ya lo verás.

Damien se rio.

—Aunque no te lo creas, eso es lo que menos me preocupa.

—Cariño, escucha... quiero darte las gracias.

—¿Por qué? —preguntó él, sorprendido.

Yolanda le agarró las manos y lo miró con intensidad.

—Por esforzarte tanto por mí, por sacarme de la oscuridad, por recordarme quién soy... y, sobre todo, por no rendirte conmigo —musitó con la voz entrecortada—. Me has devuelto las ganas de vivir, de amar... las ganas de mirar a un buen hombre a los ojos y decirle: te amo...

Damien cogió varios mechones de su cabello y jugueteó con ellos entre sus manos antes de adoptar un gesto serio y mirarla con vigor.

—No te haces una idea... de cuántos quebraderos de cabeza me has dado. La de noches que me dejaste pensando en ti, la de veces que me tuve que forzar por no robarte un beso delante de todos... La de días que insistí a voces a lo que sea que hubiese allí arriba para que me abrieras tu corazón.

Yolanda se rio.

—Lo sien...

—Pero... —la interrumpió—. A la vez, tú has sido, eres... y siempre serás... el

esfuerzo más bonito que he hecho en mi vida. Y jamás me arrepentiré de haberlo dado todo por ti.

Ambos se miraron unos segundos en silencio. Y, entonces, Damien la agarró y la tumbó sobre la manta. Se echó a su lado y acarició su cabello unos segundos antes de mirarla con expresión enamorada. Bajó su mano por su vientre y comenzó a acariciar cada parte de su cuerpo con un cuidado y tanto amor que Yolanda no pudo evitar arquear parte de su espalda, tensa y ligeramente humedecida.

Damien se acercó mucho a sus labios.

—Te quiero, Yolanda... te quiero con todo mi corazón.

—Yo te quiero más, Damien...

Fin

Agradecimientos

Quisiera expresar mi agradecimiento a Paco, Xavi y Francesc por darme mi espacio a la hora de escribir.

A María y Rafael por darme día a día motivos para seguir en esto y no derrumbarme en el camino. Sois mis ángeles de la guarda personal.

A Irene Wings por estar a mi lado en el proceso de esta locura.

A Clara C. Scribá y a Letropía por ayudarme en todas y cada una de las correcciones de esta novela, y las que seguirán, sin perder la paciencia.

Y a ti, mi lector/a, por apostar por mí y por este club tan excepcional y maravilloso que, te aseguro, más de una sorpresa te va a deparar.

Gracias, gracias, gracias...

Yolanda